
FEDERICO
AXAT
SONRISAS
DE
PORCELANA
SERIE LUCA BRUZZO

Sonrisas de porcelana

(Luca Bruzzo 3)

Federico Axat

Copyright © 2025 by Federico Axat

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por la Ley de la Propiedad Intelectual.
Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier método o procedimiento, salvo autorización expresa de su autor.

Versión 1.0: mayo 2025

Índice

Suscripción lista de correo

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21

22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44

45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
EPÍLOGO
Siguiente libro de la serie
Lista de correo / NOVELA GRATIS
Nota al lector

Suscripción lista de correo

Ahora puedes unirte a mi lista de correo y recibir novedades y promociones exclusivas.

Además, podrás conseguir GRATIS El caso cero, una precuela de la serie de Luca Bruzzo.

Lista de correo de Federico Axat



A mi padre,
Raúl E. Axat

1

Luca llegó al imponente edificio del FBI en la calle Wilshire, en la ciudad de Los Ángeles, a las nueve menos cuarto de la mañana. Tenía quince minutos antes de la reunión, por lo que se sentó en uno de los sillones de la recepción. Llevaba puesto un traje azul, gafas de espejo, e incluso su cabello, que todavía llevaba largo por debajo de las orejas a sus cuarenta y cinco años, estaba más pulcro que de costumbre. Para un observador casual podría haber pasado por uno de los tantos agentes que entraban y salían diariamente por el imponente portal, pero los agentes del FBI tenían un sexto sentido para los policías, por eso algunos de ellos lo observaron con curiosidad.

A las nueve en punto se acercó al mostrador de la recepción donde una muchacha lo saludó con una sonrisa.

—Soy el detective Luca Bruzzo —dijo mientras se quitaba las gafas—. Vengo a ver a la agente Paget, de la Unidad de ciencias del comportamiento.

—¿Tiene cita con ella?

—Sí, a las nueve.

—Un momento por favor.

La muchacha habló por el intercomunicador que tenía adosado al rostro y al cabo de un momento regresó su atención a Luca.

—La agente Paget bajará en un momento.

Luca no estaba incómodo con el hecho de que Alyssa decidiera bajar, pero sí sorprendido. La reunión anterior, cuando ella le había propuesto volver a colaborar con el FBI, había sido en su despacho. ¿Por qué ahora preferiría verse con él en la recepción?

Mientras regresaba al asiento observó a través de la pared de cristal hacia Wilshire Boulevard, donde había un flujo constante de

vehículos con las montañas de Santa Mónica de fondo y un cielo completamente despejado. Era una mañana más que agradable de finales de mayo y quizás Alyssa quería aprovechar para caminar un poco. Más allá de la relación profesional, Alyssa y Luca eran amigos y las caminatas eran uno de los rituales que alimentaban la amistad.

Cuando vio aparecer a Alyssa desde la zona de ascensores con dos vasos de Starbucks no pudo más que sonreír.

—¡Espero no esté demasiado frío! —dijo ella mientras se acercaba—. Sabía que serías puntual, por eso me arriesgué.

Él cogió el vaso con su nombre y con cuidado la abrazó, no sólo para no derramar el café, sino porque Alyssa estaba embarazada y en el último mes el hecho se había vuelto evidente. Pudo sentir su vientre cuando ella lo estrechó.

—Vamos, que el bebé no va a salir despedido si me das un abrazo como Dios manda.

Luca, que había presenciado el parto de su hija Lily y sido testigo privilegiado —e inútil— del esfuerzo enorme que Sarah había hecho durante casi dos horas, sabía que haría falta más que un abrazo para que el bebé de Alyssa llegara al mundo.

—¿Estás segura de que quieres caminar?

—Segurísima. Es lo que más quiero en el mundo, Luca. Cuando me quedo sentada es mucho peor. Estoy en la semana treinta y debería estar en Disney World; yo creo que este muchachito nacerá antes.

Salieron por una de las puertas traseras, donde estaba el aparcamiento y el parque Westwood. Luca probó por primera vez su café cuando ya estaban fuera.

—Está bastante bien. Gracias.

Ella asintió en silencio, mientras cruzaban el aparcamiento. Ninguno de los dos lo mencionó, pero ambos recordaban perfectamente la última vez que habían caminado por los senderos de ese parque, casi en otra vida, luego de colaborar juntos en lo que más tarde se conoció como los crímenes de Hollywood. Si bien la colaboración entre el FBI y el departamento de policía resultó en un fracaso absoluto, al menos sirvió para consolidar el vínculo entre ellos.

—Probablemente no lo recuerdes —dijo Alyssa cuando ya habían llegado al parque—, pero una vez te dije que en el funeral de Mariann me quedé un rato largo junto al ataúd.

Mariann había sido la hija de once años de George Allen —el agente a cargo de la unidad de la que ahora estaba al frente Alyssa —, que además había sido la última víctima de los crímenes de Hollywood. Si el hecho no era de por sí lo suficientemente terrible, resultó que la asesina de Mariann, y de once víctimas más, había sido Peyton Allen, la hermana menor de George. En un inesperado giro del caso, resultó que Peyton era en realidad la hija de George, a la que sus abuelos habían criado como una hija propia para proteger a su hijo. Por supuesto, George desconocía este secreto familiar que terminó saliendo a la luz de la peor manera.

Después de cometer los asesinatos Peyton Allen había conseguido huir. Llevaba siete años prófuga.

Luca recordaba perfectamente el relato de Alyssa de lo ocurrido en el funeral de Mariann, al que él no había asistido. La madre de Mariann había exhibido el comportamiento esperable: completamente ausente, disociada de una realidad que parecía surgida de la peor de las pesadillas. George, por el contrario, no parecía ser consciente de la magnitud de la tragedia; su cerebro lo protegió mientras pudo, construyendo un muro a su alrededor, no de desconexión, sino de una falsa sensación de fortaleza para estar al frente de la situación. Cuando la realidad se impuso, lo destruyó. George lo abandonó todo y se recluyó en una ciudad perdida donde aprendió el oficio de carpintero, aislado y lejos de su vida pasada.

—Aunque no lo creas —dijo Luca—, sí que recuerdo lo que hiciste ese día frente al ataúd.

—A nadie le gustan los funerales, no es una novedad. Pero ya sabes, yo ni siquiera puedo acercarme al ataúd. Y sin embargo esta vez lo hice. Me quedé a su lado quince o veinte minutos…, una eternidad. Le prometí a Mariann que iba a encontrar a Peyton.

—Y la has encontrado…

Caminaban hacia la avenida Sepulveda. Alyssa se detuvo y Luca hizo lo mismo. Ella debió levantar la vista para observarlo a los ojos. Había en ellos una mezcla de miedo y sed de venganza.

—No podemos tener la certeza de que esté allí, pero hay algo dentro de mí que me dice que no estamos equivocados.

—Confío en ti.

—Luca, quería hablar contigo antes de la reunión para decirte cuánto valoro que hayas aceptado.

—Alyssa…

—No, por favor, déjame terminar. Me juré que una vez que la encontrara iba a encargarme yo misma de que pague por lo que le hizo a Mariann, a las otras víctimas, y por supuesto a George. Especialmente a él. George está muerto en vida por culpa de ella.

Alyssa se llevó la mano al vientre.

—Si yo no puedo hacerlo, para mí es muy importante que seas tú el que esté al frente de la operación en el campo.

Luca todavía no sabía casi nada de la operación a la que Alyssa hacía referencia; la reunión de hoy tenía justamente el propósito de ponerle al corriente. La postura del FBI había sido no discutir la naturaleza del caso hasta que no estuvieran definidos los términos de la colaboración con la policía. Luca había aceptado a ciegas, pero confiaba en Alyssa.

—No sólo hago esto como un favor a ti, eso quiero que lo sepas. Yo también quiero atraparla. No tengo con George la misma relación que tú, pero eso no quita que Peyton se burló de todos nosotros.

Retomaron la caminata.

—¿Cómo lo ha tomado Sarah?

—Bastante bien. El peligro al que estamos expuestos no es algo nuevo para ella.

Lo anterior no era del todo cierto. Una cosa era el peligro impredecible intrínseco al trabajo como detective, y otra muy diferente era ir a meter la cabeza en la boca del lobo. Porque si bien era cierto que Luca no conocía los detalles de dónde estaba exactamente Peyton y cómo el FBI pretendía atraparla, lo que sí sabía era que su participación lo colocaría inmediatamente en la línea de fuego.

Luca actuaría de carnada.

—Me alegra que Sarah lo vea de esa forma. Sé lo difícil que será para tí estar tanto tiempo separado de ella y de Lily.

—Sobre eso no sé qué decirte, francamente. Será la primera vez que estaré lejos de Lily; me preocupa un poco cómo lo tomará ella. Al mismo tiempo, son cuatro semanas y no es que me iré a la luna, podremos hablar todos los días. Será un aprendizaje para ella. También para mí.

Habían llegado al extremo del parque por la avenida Sepulveda. La última vez habían dado la vuelta completa. Ahora Alyssa sugirió regresar.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Luca.

El semblante de Alyssa cambió. Lo único que le había dicho respecto a su embarazo era que estaba feliz y que el padre no era Lee, de quien se había separado hacía unos meses. El tema era evidentemente sensible para ella.

—Yo estoy bien. Ansiosa. Quiero conocer a esta personita…

Luca no iba a presionarla. Sabía que Alyssa le diría el resto a su debido tiempo, así como en el pasado le había sido franca respecto a sus dudas de convertirse en madre y de los tratamientos que había llevado adelante con Lee para concebir. Ahora lo importante era que Alyssa disfrutara de su embarazo.

—Yo quiero formar parte de la lista de candidatos para ser el padrino —señaló con la mano en alto.

Alyssa rio.

—Como para pensar en eso estoy yo ahora.

—El tiempo pasará más rápido cuando tengas ese niño en brazos. Recuerda mis palabras.

Unos minutos después estaban de vuelta en el aparcamiento. Luca tenía grabado a fuego lo que había sucedido allí muchos años atrás, cuando recibió el mensaje de su esposa —por entonces sólo la detective Tripplehorn— que cambiaría su vida.

2

En una sala pequeña de la sexta planta estaba el equipo que prestaba apoyo al único agente de campo asignado a la operación. Alyssa ya le había adelantado a Luca que el presupuesto asignado era limitado, pero tomó verdadera dimensión cuando vio a la única agente sentada a la mesa y a un técnico con cara de asustado que estaba a su lado. Nada de multitudes ávidas de emitir opinión como había sucedido durante los crímenes de Hollywood. Luca intercambió una mirada rápida con Alyssa en cuanto entró a la sala; fue un contacto breve pero efectivo. Ella frunció sutilmente los labios.

La agente que iba a monitorear la operación desde Los Ángeles se llamaba Victoria Cowsill, mano derecha de Alyssa, con cinco años de experiencia en la unidad. La mujer, de unos treinta y cinco años y casi la misma altura que Luca, le estrechó la mano con firmeza cuando llegó el momento de las presentaciones.

El joven que estaba al lado de la agente Cowsill, Ross Turpin, era evidente que hacía sus primeras armas en el departamento porque no aparentaba ni veinticinco años; Alyssa lo había descrito como meticuloso y responsable, y con eso sería más que suficiente para cubrir las expectativas que Luca tenía depositadas en él.

Alyssa ocupó la cabecera de la mesa. Luca se sentó de frente a Cowsill y Turpin.

—Al fin estamos aquí —dijo Alyssa—, ha sido una negociación más compleja de lo que había anticipado, pero hemos llegado a un acuerdo con el departamento de policía para que el detective Bruzzo se una al equipo. Su conocimiento de Peyton Allen será fundamental, por las razones que ya hemos hablado. En mi ausencia, el detective Bruzzo estará a cargo de la operación.

—¿El agente Hoyle está al tanto? —preguntó Cowsill.

Ryan Hoyle era el único agente de campo.

—Todavía no he hablado con él. Lo haré en cuanto terminemos aquí. Es importante que estemos todos en la misma página; no tenemos mucho tiempo.

Cowsill asintió y se quedó observando a Luca. La agente no desvió la vista cuando él lo advirtió, sino que le sostuvo la mirada sin pestañear, como si buscara una verdad revelada. A Luca, Cowsill empezaba a caerle bien.

—Victoria —dijo Alyssa—, empecemos por el sitio donde creemos que está escondida Peyton Allen. Luego pasaremos a las razones que nos han llevado a ello.

La agente asintió y eligió una de las tres carpetas que tenía sobre la mesa.

—Falcon Island —dijo Cowsill mientras abría la carpeta y exhibía una fotografía aérea de una porción de la costa oeste donde había una península exuberante, bordeada por aguas de un azul intenso y lujosas propiedades. Entre los elementos más visibles, Luca vio un campo de golf, un bosque y lo que parecía un faro— ¿La conoce, detective Bruzzo?

—Llámame Luca, por favor —dijo él de modo amable—. Y la verdad es que no, no la conozco.

La mujer se tomó un segundo antes de seguir.

—Como ves, técnicamente es una península, pero el acceso terrestre es realmente estrecho. Está a treinta kilómetros al norte de San Francisco.

Luca miró a Alyssa, sorprendido ante la revelación del destino elegido por Peyton. Ella asintió en silencio. Si Falcon Island estaba a treinta kilómetros de San Francisco, entonces Peyton Allen estaba a poco más de seiscientos kilómetros de Los Ángeles. Ellos siempre habían trabajado bajo la hipótesis de que Peyton se habría alejado lo máximo posible de la ciudad; que quizás incluso habría salido del país. ¿Por qué elegiría un sitio tan próximo, donde las posibilidades de ser reconocida serían mucho mayores? Su rostro había tenido una fuerte exposición a partir de los crímenes, por no mencionar su efímera fama durante el programa de televisión *Su propia medicina*.

—Es un sitio exclusivo —continuó Cowsill—. No sólo hablo de mansiones y yates, sino de un ecosistema cerrado de poder e influencia. Tiene residentes de toda la vida, que suelen ser los trabajadores de la isla, y también multimillonarios que tienen su segunda residencia, que pasan allí el fin de semana o períodos acotados de tiempo. Por último, están los turistas. Es una mezcla explosiva, especialmente durante la Regata Halcón.

Luca frunció el ceño.

—¿La Regata Halcón?

Cowsill asintió.

—Una semana de carreras de yates de lujo, justo después del cuatro de julio. Piensa en el Gran Premio de Mónaco, pero en el agua. Yates descomunales, tripulaciones profesionales, fiestas interminables. La población base, la que vive todo el año en la isla, es de unos tres mil habitantes, pero durante la regata se suman unos dos mil más. La isla se desborda.

—Cuatro de julio… —dijo Luca—, por eso la premura. Tenemos menos de un mes antes de ese aluvión de gente.

—Exacto —intervino Alyssa—. Tenemos controles en la única ruta de acceso terrestre y la guardia costera custodia las aguas. Va a ser imposible mantener el control marítimo durante la regata.

Luca empezaba a comprender la situación. Todavía no sabía cómo el FBI había llegado a la conclusión de que Peyton estaba en la isla, pero la regata sería su mejor oportunidad para huir.

—Tienen su propio gobierno local —prosiguió Cowsill—. Un alcalde, un pleno municipal… pero la realidad es que hay un concejo asesor informal, un grupo de gente poderosa que realmente mueve los hilos: dueños de negocios, representantes del exclusivo *Falcon Club*, gente con acceso directo al alcalde. Si quieres algo hecho en Falcon Island, hablas con ellos. Ellos deciden. Y, como te imaginarás, eso genera un ambiente muy particular.

Cowsill hizo una pausa, observando la reacción de Luca. Él la miraba con atención, asimilando la información.

—Y luego está la policía —continuó ella—. Un jefe de policía y dos agentes a tiempo parcial. Imagínate. Tratan de mantener el orden en una isla llena de millonarios borrachos y yates que valen

más que sus vidas. En teoría, responden al alcalde, pero el concejo asesor tiene mucho que decir en quién es el jefe de policía y qué políticas se implementan.

—Imagino que nuestra presencia allí no es bienvenida.

—Imaginas bien. Ya te darás cuenta.

—¿Quién es el alcalde?

—Raymond Roach —dijo Cowsill de memoria—, un nativo de la isla. Buena gente, sometido a presiones. El agente Hoyle es quien mejor conoce cómo funcionan los resortes políticos de la isla, dado el tiempo que lleva allí.

Luca creyó entrever que entre Cowsill y el agente de campo podía existir un cortocircuito. Tomó nota mental para confirmarlo con Alyssa más tarde; si iba a estar al frente del equipo, necesitaba conocer cómo era la comunicación entre cada uno de los miembros.

—Así que Peyton está escondida en una burbuja de riqueza y poder —dijo Luca—, seguramente cuenta con el apoyo de algún miembro de la comunidad. Conociendo su capacidad de manipulación, no me extrañaría nada. Mi pregunta ahora es cómo sabéis que Peyton está allí.

Cowsill cerró la carpeta con la información de Falcon Island y abrió la siguiente. Deslizó sobre la mesa una serie de fotografías, diez en total, seis de hombres y cuatro de mujeres, que Cowsill fue colocando de a pares para que Luca pudiera verlas.

Había dos pares de fotografías de mujeres, que a priori no parecían relacionadas entre sí, y tres pares de hombres, que tampoco guardaban una relación evidente.

—¿Son víctimas? —preguntó Luca.

Cowsill negó con la cabeza.

—Si no adviertes la relación, no te preocupes —lo tranquilizó la agente—. Nadie lo hace.

3

Luca miró a Alyssa y a la agente Cowsill, luego al joven Ross Turpin. Los tres parecían participar de alguna especie de broma que Luca no llegaba a comprender.

Sobre la mesa estaban las fotografías de hombres y mujeres cuya relación Luca no era capaz de ver.

—Cada par de fotografías —dijo Cowsill señalando las dos que tenía más cerca—, pertenecen a la misma persona.

—Imposible —dijo Luca.

Se inclinó y miró con más detalle el primer par. En la primera había un hombre de unos treinta y cinco años, mofletudo, ojos grandes y redondos, entradas en la línea capilar, tez extremadamente blanca. El hombre de la otra fotografía era entre cinco y diez años más joven, bronceado, rostro afilado, barba con perilla, ojos con forma de almendra, cabello ligeramente crecido.

—Esta fue tomada dos años después —dijo Cowsill señalando al hombre que parecía más joven.

La transformación era notable. Más allá de los cambios evidentes como la pérdida de peso o el bronceado de la piel, la morfología del rostro parecía completamente diferente.

Luca miró el resto de las fotografías. Las dos mujeres también evidenciaban transformaciones notables.

—Es el trabajo del doctor Tench, un reconocido cirujano plástico de la ciudad. Estos casos que ves aquí son personas que por diversos motivos han decidido que necesitaban un cambio de aspecto, todos en pleno derecho de hacerlo. Pero Tench tenía también otros pacientes…, los más *rentables*.

Alyssa intervino:

—Su clínica era el primer paso para que personas con problemas con la ley o vínculos con organizaciones delictivas que ponían en riesgo su vida, asumieran una nueva identidad. Si tenías el dinero, podías permitirte cambiar de apariencia y empezar una nueva vida. A Tench lo detuvimos hace seis meses. Por supuesto, nuestro interés principal no estaba puesto en él; intentamos que siguiera adelante con su negocio y cooperara con nosotros, pero no fue posible. Negociamos un acuerdo con él a cambio de información.

—Y Peyton pasó por su clínica.

—Así es. Uno o dos meses después de los crímenes. El dinero necesario para hacer algo así, incluyendo nuevos documentos, no baja de los doscientos mil.

Luca se dejó caer sobre el respaldo de la silla. ¿De dónde había sacado Peyton semejante cantidad de dinero?

—Si lo hizo en tan poco tiempo, entonces era todo parte de su plan.

—Eso es lo que creemos. En la clínica no había registros de estos pacientes *especiales*, así que todo lo que tenemos lo hemos reconstruido a partir de los dichos de Tench. Hemos despertado muchísimas investigaciones gracias a estos hallazgos, la de Peyton es sólo una de ellas.

Luca empezaba a entender el entusiasmo que Alyssa le había transmitido cuando le dio la noticia.

—Tench no aportó demasiado sobre Peyton —dijo Cowsill—. Pasó por la clínica hace mucho tiempo y él asegura que prefería no saber demasiado de los pacientes que llegaban a él por intermedio de otro nexo de la organización. De Peyton recuerda que le dijo que quería un rostro aristócrata, porque iba a irse a una isla a codearse con gente rica.

—Al principio no le creí —dijo Alyssa—. Hay muchas cosas que dijo Tench que no hemos podido probar, y lo de Peyton parecía un comentario demasiado preciso para recordarlo después de más de cinco años.

—Coincido en que es un detalle muy particular para recordar— estuvo de acuerdo Luca—. Al mismo tiempo, es algo bastante

general. Podría ser incluso una expresión de deseo y no un plan concreto.

—Ross es el responsable de que hoy creamos que Tench nos ha dicho la verdad.

Luca se volvió en dirección al técnico que todavía no había abierto la boca.

Ross Turpin sonrió.

—La agente Paget me pidió que buscara islas con esas características. Por supuesto, me enfoqué en el caribe, donde hay muchísimas, y donde la comunicación con las autoridades no era sencilla. Perdimos un montón de tiempo buscando casos en esas islas…

—Fue el camino correcto —dijo Alyssa—. Ross, además de no poder llamarme por mi nombre de pila a pesar de que se lo pido siempre que puedo, no es capaz de aceptar que no cometió un error al empezar por el lugar más lógico.

Ross se puso rojo como un tomate.

—Podría haber revisado primero las islas de la costa oeste —dijo Ross—. Lo hubiera hecho en una o dos semanas.

—Lo importante ahora —dijo Alyssa— es que creemos que la hemos encontrado, y que Peyton ha estado mucho más cerca de lo que pensábamos. Quizás fue astuto de su parte recluirse relativamente cerca de Los Ángeles.

—Como en *La carta robada* —dijo Ross.

Luca volvió a concentrarse en las fotografías que tenía delante.

—Es increíble. Si Peyton ha sufrido una transformación como estas, podríamos tenerla enfrente y no darnos cuenta.

—No sólo eso. ¿Recuerdas el programa de televisión en el que participó?

Luca nunca lo había visto; si bien había tenido cierta trascendencia, nunca había alcanzado índices importantes de popularidad.

—Creo que vi algunas escenas cuando investigamos el caso.

—Es una comedia con personajes caricaturescos, chicas tontas comportándose como hombres. Peyton habla todo el tiempo con una voz nasal que no es la suya. Tenemos una grabación casera de

cuando era más joven y una breve entrevista, pero te aseguro que no son registros demasiado buenos.

Luca suspiró. Todavía no había puesto un pie en esa isla y ya podía imaginar la paranoia.

—Ryan casi se vuelve loco.

—¿Quién es Ryan?

—Ryan Hoyle —dijo Alyssa—, el agente de campo, ya lo conocerás. Cuando llegó a Falcon Island se dio cuenta de que la mayoría de las personas han pasado por algún tipo de procedimiento estético. De hecho, hay dos clínicas instaladas allí en la isla, bastante lucrativas por lo que tengo entendido. Son moneda corriente las narices perfectas, las frentes lisas y las sonrisas de porcelana…

Luca se quedó de piedra.

—¿Qué sucede?

—¿Yo te he hablado alguna vez de *Sonrisas de porcelana*? —preguntó acercándose a Alyssa y hablándole en un tono confidencial.

—¿A qué te refieres?

Luca estaba seguro de que no había compartido con Alyssa el título de la novela que Sarah había escrito casi en secreto, pero quizás estaba equivocado.

—Olvídalo —dijo Luca—. Entonces Peyton ha escogido el sitio perfecto para esconderse, no sólo frente a nuestras narices, sino donde la mayoría de las mujeres han pasado por algún tipo de procedimiento estético.

—Eso, o cuidan mucho de su aspecto.

Luca señaló la tercera carpeta.

—Imagino que allí está la verdadera razón por la que estamos aquí, ¿verdad?

—Así es —dijo Cowsill—. A ver si esto termina de convencerte.

4

Cowsill sacó de la carpeta la fotografía de una muchacha guapísima, posando para lo que parecía algún concurso de belleza, con un vestido color champán ajustado al cuerpo. El vestido tenía unos cristales cosidos en líneas verticales bien definidas y una cola que apenas rozaba el suelo.

—Eleanor Vance —dijo Cowsill—, veintidós años, elegida dos años consecutivos como reina de la Regata Halcón. Nacida en la isla, hija de dos nativos que empezaron desde abajo y se han ganado un lugar de reconocimiento en la isla: Richard y Juliette Vance. No forman parte de las familias más influyentes, pero cuentan con un negocio próspero que manejan ellos mismos. Lo que les sucedió sacudió a todo el mundo; nadie merece que le pase una cosa así.

Luca observaba la fotografía de Eleanor. El momento de felicidad que había sido capturado en ese pedazo de papel, ya no existía, lo sintió con una claridad asombrosa.

—Hace siete meses —continuó Cowsill—, Eleanor salió de su casa antes de que oscurezca. Le dijo a su madre que iría con unos amigos a la costa. Varios de sus amigos y amigas tienen barcos privados, y era común que ella saliera a navegar con ellos. Fue caminando y nunca más se supo de ella, más allá de una grabación camino a la marina.

—¿Alguno de los amigos confirmó la reunión?

—No —dijo Cowsill—, y Eleanor rara vez salía a navegar sin alguna de sus amigas, por lo menos cuando lo hacía en grupo.

—¿A qué te refieres?

Cowsill observó sutilmente a Alyssa. Evidentemente algo la incomodaba.

—El jefe de policía hizo lo que hacen siempre —dijo señalando la fotografía de Eleanor.

—Eleanor no tenía novio —dijo Alyssa—, pero se veía con varios chicos ricos que no eran de la isla. Siendo tan popular y guapa, tenía una fila para elegir. La policía investigó a dos sospechosos; Hoyle también habló con ellos. Ninguno reconoció haber convenido un encuentro con ella esa noche.

—La hipótesis que maneja la policía —dijo Cowsill— es que Eleanor se encontró con alguien más, alguien de los que sus amigas no estaban al tanto, y que ese hombre la mató.

—¿Qué hay del registro de llamadas?

—Lo revisamos todo y no hemos encontrado una conversación fuera de su círculo habitual. Creemos que Eleanor podría haberse comunicado por Facebook, porque después de su desaparición su perfil fue borrado.

—¿Borrado?

Las dos mujeres miraron a Ross Turpin. El técnico hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza.

—La única forma de borrar un perfil de Facebook es teniendo acceso a él —dijo Ross—. Tiene sentido que Peyton Allen, o alguien, la haya obligado a borrarlo.

Luca agradeció que por lo menos el técnico pusiera en duda que Peyton fuera la responsable. Es cierto que él no contaba todavía con todos los elementos, pero le preocupaba que Alyssa y Cowsill pudieran estar siendo sesgadas por un caso de visión de túnel.

—¿Qué más tenéis?

Cowsill sacó de la carpeta una copia de una instantánea. Luca esperaba encontrarse con un cadáver; una experiencia que sus trece años en la policía todavía no había conseguido normalizar. Lo que vio fue incluso peor.

Eleanor Vance estaba sentada en una silla, semidesnuda, con las manos en la espalda —probablemente amarradas—, vestida con ropa interior y una camiseta rota. Observaba a la cámara con ojos cansados; el cabello sucio le caía a los costados de la cara. Tenía cortes en los brazos y en los muslos.

Luca se masajeó la frente y suspiró. Desde que era padre de Lily los casos de violencia contra las mujeres lo desestabilizaban particularmente.

—Pensé que la chica estaba desaparecida.

—Lo está —dijo Cowsill—. La familia Vance tiene un pequeño hotel con algunas habitaciones. Juliette Vance encontró la fotografía en el recibidor; alguien la deslizó por debajo de la puerta durante la noche. Eso ocurrió siete días después de la desaparición.

Antes de que Luca pudiera preguntar algo más, Cowsill sacó dos fotografías más, muy similares a las anteriores, sólo que Eleanor parecía más demacrada en cada una de ellas.

—Esta fue recibida en diciembre, dos meses después. Y esta que ves aquí, en febrero. Desde entonces, nada.

—Entre cada fotografía pasaron dos meses —dijo Alyssa—. Llevamos tres y todavía no hemos recibido nada.

Luca examinó las fotografías. En las dos últimas, Eleanor tenía más cortes y su higiene había empeorado, pero las fotografías bien podrían haber sido tomadas en un período de tiempo menor.

—Sé lo que piensas —dijo Alyssa—, y es posible que Peyton haya tomado las fotografías durante las primeras semanas y las haya guardado.

—De hecho —dijo Cowsill — la madre está convencida de ello.

Luca se fijó por primera vez en el contexto de las fotografías. Detrás de Eleanor había una pared gris con un sinnúmero de fisuras, sin ventanas ni detalles que hicieran posible su identificación. El suelo, por el contrario, parecía bastante particular: baldosas de color terracota con diseños abstractos: flores, una torre, un león.

Luca señaló el suelo.

—Nadie ha reconocido esas baldosas —dijo Cowsill—, hemos consultado con fabricantes de la región, arquitectos, y nada.

—Parecen antiguas. Podría ser un hilo del que tirar —dijo Luca —. Mi intuición me dice también que estas dos fotografías no han sido tomadas con cuatro meses de diferencia, pero no podría establecer por qué. ¿También las recibió la madre en el hotel?

—No. El sitio estaba mucho más vigilado. La segunda apareció en el mercado, entre la fruta; la encontró una mujer. La restante la

encontró una empleada del hotel en la canasta de su bicicleta.

Luca se quedó pensativo.

—Quizás haya quedado alguna fotografía sin descubrir.

—¿Crees que Peyton dejaría que algo así sucediera? Si quisiera que encontrásemos otra fotografía, ya lo hubiésemos hecho.

—Alyssa, ¿podríamos hablar un momento a solas?

La pregunta desconcertó a todos, incluida a la propia Alyssa.

—Por supuesto.

Victoria Cowsill se levantó sin que nadie se lo pidiera. Tras un instante de desconcierto, Ross Turpin hizo lo mismo. La agente y el técnico se dispusieron a abandonar la sala de reuniones y Alyssa se los agradeció.

—¿Sucede algo, Luca?

Él se levantó y caminó hacia la ventana. No quería que Alyssa malinterpretara lo que iba a decirle; tenían una confianza que habían construido a lo largo de los años, pero también era cierto que Alyssa estaba sometida a muchas presiones en el FBI. Lo que menos quería Luca era ser un motivo más de tensión.

—Alyssa, te he visto trabajar a ti, a George Allen, a toda la unidad. Sois obsesivos a la hora de mantener la cabeza abierta. Os he escuchado una y otra vez referirse al *sujeto* para no encasillarse en un género definido o en una tipología específica. Hasta yo mismo he adoptado ese hábito, y eso ha sido gracias a vosotros.

—Sé a dónde vas…

Alyssa seguía sentada. No estaba enfadada, pero Luca sabía de sus dificultades a la hora de recibir una crítica, no importaba que fuera o no constructiva. Luca no buscaba ni siquiera criticar su trabajo, pero entendía que ella pudiera percibirlo de esa forma.

—Has dado por sentado varias veces que es Peyton —dijo Luca—. Me preocupa que estemos asumiendo cosas que no son.

—Es ella, Luca. En esa isla no hay registros de un secuestro con un ensañamiento así. ¿Secuestrar a esa chica y torturarla? ¿Enviarle fotografías a su familia? Es ella.

—Seguramente tengas razón. Pero creo que enfocarnos únicamente en Peyton podría limitarnos. Podría tener un cómplice,

por ejemplo, o haber abandonado la isla y hacernos creer con esas fotografías que sigue allí.

Alyssa se levantó con cierta dificultad.

—No te levantes —. Luca regresó a la mesa.

—No te preocupes —lo detuvo ella—. Me hace bien moverme.

Los dos fueron hasta la ventana.

—Tienes razón en que en mi mente es ella y sólo ella —dijo Alyssa—. Pero mi juicio no está nublado por mis ganas de atraparla, eso te lo aseguro. Yo estuve en la isla dos veces, Luca. No sé cómo explicártelo, pero ya lo sentirás tú mismo. Peyton está allí, en cada rostro, en cada persona. Te darás cuenta tú mismo.

—Yo también quiero atraparla. Es la razón por la que estoy aquí.

Ella negó con la cabeza.

—No, tú estás aquí porque yo te lo he pedido. No creas que no lo sé.

Luca guardó silencio.

—Sé el esfuerzo que conlleva estar alejado de tu familia. Ven, quiero mostrarte algo.

Los dos regresaron a la mesa. Mientras seguían de pie, Alyssa buscó el mapa que hace un rato les había mostrado la agente Cowsill. Con el dedo señaló Falcon Island, a casi seiscientos kilómetros de Los Ángeles. Luego siguió recorriendo la costa oeste hasta llegar a Newport, Oregon, mil kilómetros más al norte.

—Aquí está viviendo George.

El punto que había elegido Peyton para instalarse —si es que Peyton realmente estaba allí— estaba más o menos en la mitad entre Los Ángeles y Newport.

—Estoy casi segura —dijo Alyssa—, que una vez te conté lo que me dijo George cuando le pregunté por qué eligió recluirse en Newport.

Luca hizo memoria.

—No lo recuerdo.

—George me dijo que había buscado en internet ciudades costeras con faros, y que eligió una al azar. Por alguna razón eligió una ciudad con un faro. Y adivina que otra ciudad tiene un faro…

—No entiendo.

—No hay nada que entender. Nunca he compartido esto con el equipo, sabes que no creo en supercherías y que tengo los pies en la tierra. Es sólo que George se instala en una ciudad únicamente porque tiene un faro —no tengo idea si le gustan o por qué lo hizo —, y resulta que su hija también elige una ciudad con un faro magnífico. No lo sé…

Alyssa levantó las cejas.

Luca no pudo más que sonreír. Él tampoco creía en ese tipo de cosas.

—Quizás tu teoría tenga algo de sustento. A veces Lily se rasca la cabeza y se pone ceñuda, y es idéntica a mi madre.

Alyssa también sonrió.

—Ahora sí voy a sentarme.

—Hay algo que quiero decirte —dijo Luca, todavía de pie—. Tengo pensado ir a ver a George hoy por la tarde.

Alyssa se lo quedó mirando. Evidentemente no había esperado eso de Luca.

—George está al tanto de todo esto —dijo ella con cautela—. No quiere involucrarse. Ni estar al corriente.

—Lo sé. Pero necesito verlo. Ya tengo el billete, y no te preocupes, no voy a cargárselo al FBI.

Esto último distendió la situación y Alyssa volvió a sonreír.

—¿Por qué quieres hablar con él?

—No lo he visto desde aquellos años —dijo Luca—. Siento que, si voy a ir tras su hija, mi deber es contárselo.

Ella asintió.

—No es así, pero no voy a decirte lo que tienes que hacer. Ya sabes que mi futuro está puesto en esta investigación, y te he elegido porque confío en ti. En ti y en tu juicio. Si todo esto no sale bien…

Alyssa negó con la cabeza.

Luca sabía que la unidad que Alyssa lideraba estaba al borde de la disolución. Los asesinos en serie habían pasado de moda. El FBI no veía con buenos ojos centralizar investigaciones que demandaban miles —a veces millones— de dólares. Alyssa había

tirado de todos los hilos posibles para obtener el respaldo de la financiación de una operación que llevaba meses, y que demandaría por lo menos un mes más. Sumado a eso, había elegido a un policía para que fuera su reemplazo. Si no tenían éxito, el desastre sería total.

—Si Peyton está en Falcon Island, vamos a encontrarla —la animó Luca.

—Eso espero. Vamos a buscar a los demás. El café descafeinado es horrible, pero necesito tomar otro.

Cuando se disponían a salir de la sala de reuniones, Luca pareció recordar algo.

—Una cosa… Antes, cuando hablabas de los habitantes de la isla, dijiste que todos tenían sonrisas de porcelana. ¿Te he hablado de la novela que ha escrito Sarah?

Alyssa no parecía comprender.

—Sé que Sarah ha escrito un libro, por supuesto. Me has dicho que quiere buscar un editor para publicarlo.

—Así es. Ese es el título de la novela: *Sonrisas de porcelana*.

Se quedaron en silencio y abrumados.

—Quizás sí me lo has dicho —aventuró ella, pero la duda en su voz era palpable.

Ambos sabían que eso en realidad nunca había sucedido.

—Quizás deberíamos revisar nuestros sistemas de creencias y George y Peyton no eligieron esas ciudades al azar.

5

Luca llegó al aeropuerto de Eugene a las dos de la tarde. Recogió el coche de alquiler en Alamo y condujo durante más de una hora hasta la ciudad costera de Newport, donde George Allen había elegido recluirse desde hacía siete años.

La carpintería en la que George ocupaba sus días estaba al norte de la ciudad, y hacia allí se dirigió, sin utilizar el GPS que tenía en la guantera. Luca experimentó una sensación de suficiencia cuando se detuvo en una callejuela despoblada donde había una estación de servicio y un par de naves industriales.

No haber anunciado su visita era un arma de doble filo, y Luca lo sabía. Pero también sabía que si Alyssa se hubiera puesto en contacto con George para decirle que él quería verlo, probablemente se hubiera opuesto.

Luca se bajó del coche. La carpintería no tenía ningún letrero y la pintura estaba deteriorada. Había una persiana cerrada para que entren vehículos y al costado un pasillo. Al acercarse Luca escuchó el inconfundible sonido de una sierra de disco que producía cortes a intervalos regulares.

Caminó por el pasillo hasta una abertura a la izquierda bastante más grande que una puerta. Se detuvo en el umbral y contempló la carpintería, que era ciertamente más grande de lo que había esperado. El olor a madera lo impregnaba todo. Había varias máquinas grandes, pilas de serrín y algunos muebles terminados en una esquina. Al fondo, de espaldas a él, estaba el hombre que operaba la sierra que había escuchado desde fuera. Un corte. Luego George cogió un trozo de madera del tamaño de un ladrillo y lo dejó a un costado. Otro corte. A continuación un nuevo trozo de madera, idéntico al anterior. Otro corte…

Había algo hipnótico en esa simple tarea. En uno o dos minutos Luca entendió cómo podía ser posible que aquel hombre, que había llevado una vida acelerada en una unidad del FBI, se hubiera convertido prácticamente en un ermitaño y dedicado su tiempo a tareas manuales, muchas de ellas repetitivas. Luca sabía que George había empezado a trabajar en la carpintería como ayudante y que el dueño la había dejado a su cargo cuando se jubiló.

George dejó el último trozo de madera en la pila y apagó la sierra. El silencio fue abrumador, a tal punto que Luca dudó en cómo llamarle la atención. Optó por aplaudir dos veces y George, que estaba a unos diez metros de distancia, se dio la vuelta con suma lentitud. Llevaba un mono gris, el cabello un poco más largo y canoso que la última vez que se vieron, pero fuera de eso parecía el mismo de siempre. Sus ojos vivaces seguían allí, ahora clavados en Luca, intentando descifrarlo como si fuera un puzle, tal como había hecho con las personas la mayor parte de su vida.

Se quitó unos guantes de cuero, que apoyó con suavidad sobre la mesa de trabajo, y se acercó, todavía sin pronunciar una sola palabra. Luca podría haber esperado casi cualquier cosa: que lo echase a patadas de la carpintería, que lo golpeara sin mediar aviso o lo que finalmente ocurrió, cuando le tendió la mano.

—No puedo decir que me sorprenda verte por aquí, Luca.

Era la primera vez que Luca volvía a escuchar su voz desde la tragedia. Cada vez que Luca pensaba en George, sentado en el suelo acunando el cadáver de su hija como si ella en realidad estuviera dormida, una puerta de horror se abría también para él. ¿Cuántas veces había despertado en plena noche sólo para comprobar que Lily respiraba?

Estrechó la mano de George.

—Perdón por venir sin avisar. Temía que no quisieras verme y realmente necesito hablar contigo.

—Alyssa me dijo que vendrías.

Luca sonrió. No se sintió traicionado, sino aliviado.

—Vamos a la parte de atrás. Es muy temprano para una cerveza, pero tengo café.

Luca lo siguió, observando las máquinas con curiosidad; algunas de ellas parecían muy antiguas. Se detuvo un segundo junto a una serie de mesas redondas no demasiado grandes. Tenían un nivel de detalle asombroso. Era evidente que George tenía facilidad para ese oficio y no lo había elegido sin razón. Le hubiera gustado hablar de eso con él, pero optó por seguirlo en silencio hasta una puerta que había atrás, casi escondida entre unas estanterías con piezas de madera.

Entraron a una habitación donde había un escritorio abarrotado de libros, planos y bocetos a medio hacer. En el centro había una mesa cuadrada con tres sillas y en un costado una cama y una pequeña cocina. Luca no tenía idea si George utilizaba esa diminuta habitación como vivienda permanente, pero de seguro había pasado allí muchas noches. En una de las paredes había tres fotografías enmarcadas de Mariann, algo que ciertamente pilló a Luca por sorpresa. En la primera de las fotografías Mariann tendría poco más de un año y daba sus primeros pasos. En la siguiente tenía más o menos la edad de Lily y estaba disfrazada de princesa.

—Las miro todos los días —dijo George mientras se dirigía a la encimera—. Me ha dicho Alyssa que tienes una hija.

—Sí —dijo Luca, sin poder sacar los ojos de la fotografía de Mariann disfrazada de princesa.

Como si le leyera la mente, George preguntó:

—¿Qué esperabas encontrarte, Luca?

Era increíble, apenas había pasado unos minutos en compañía de George y experimentó la misma sensación que cuando lo conoció por primera vez: la de estar ante un hombre que parecía tener un sexto sentido. Luca no sabía exactamente a qué versión de George había esperado encontrarse en la carpintería.

—No lo sé, francamente —reconoció Luca—. Alyssa siempre ha sido bastante reservada respecto a tu presente. Mi hija tiene cinco años. Se llama Lily.

—Lily —dijo George mientras servía el café—. ¿Tienes una fotografía de ella?

Luca dudó.

—Sí, claro.

Luca actualizaba todos los años la fotografía de su hija que guardaba en una de las divisiones de su cartera. Se la entregó a George, que la miró durante un rato largo.

—Siéntate, por favor —dijo George mientras le devolvía la fotografía—. Te felicito.

A continuación señaló la taza de café humeante.

—Al menos te recibo con una taza de verdad.

Luca se quedó perplejo.

—Lo recuerdas…

—Claro que recuerdo que no te gustan los vasos descartables. Recuerdo todo lo que pasó, lo bueno y lo malo.

—He flexibilizado un poco las reglas de los vasos de cartón…; te sorprenderías —dijo Luca mientras cogía la taza y se la llevaba a la boca—. Con Alyssa solemos ir a Starbucks.

Aquello le arrancó a George la primera sonrisa franca. Era bueno ver que era capaz de hacerlo.

—George… —dijo Luca mientras devolvía la taza a la mesa—. Tengo que ser sincero contigo. He venido a verte por una razón egoísta, quizás me esté dando cuenta ahora. Supongo que sabes que me haré cargo de la operación para encontrarla.

—Encontrar a Peyton —dijo George—. Puedes decir su nombre.

Luca asintió con la cabeza.

—Sí, encontrar a Peyton. Vine hasta aquí bajo la premisa de que mi deber era decírtelo, pero ahora me doy cuenta de que en realidad necesitaba decirte cuánto lamento todo lo que pasó. Sé que no es mucho, que nadie es responsable, pero he tenido esa espina clavada todo este tiempo.

George se masajeó la barba.

—Ojalá las cosas hubieran sido de otra forma. Nadie está preparado para saber cómo actuar en una situación así, y me refiero también a mí y a las decisiones que he tomado. La mayor parte del tiempo creo que estoy en el sitio correcto, pero no ha sido siempre así; he pasado momentos de mucha oscuridad. Es una lucha diaria; encontrar las motivaciones correctas.

Luca estaba sorprendido. No había esperado encontrarse con un hombre entero en sus pensamientos. La mentalidad de George siempre le había resultado fascinante.

—Mira, Luca… ni en mis mayores momentos de confusión he querido transformar esto en una caza, pero entiendo que es vuestro deber encontrarla. Yo, aunque te resulte difícil creerlo, no la odio.

Luca no supo qué responder. Si alguien le hacía daño a Lily, Luca no tenía ninguna duda de lo que sentiría por esa persona. Pero claro, George no estaba hablando de cualquier persona, sino de Peyton, a quien había considerado su hermana menor durante buena parte de su vida, y que resultó ser nada menos que su hija; un secreto familiar que sus padres le habían ocultado, a George y a Peyton.

—Los crímenes de Hollywood fueron la forma que Peyton encontró para acercarse a mí —dijo George.

—¿De verdad crees eso? Todas esas muertes…, tanta planificación.

—Ella sabía que yo sería el responsable de la investigación. Viéndolo en retrospectiva, los crímenes no eran el foco de su sadismo; lo vimos en su momento y no supimos interpretar la razón. Cada asesinato era, en la mente de Peyton, una forma más de lastimarme.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque es la razón por la que estoy en esta carpintería, fuera del juego.

—¿Tú crees que si siguieras en el FBI, ella buscaría la forma de volver a hacerte daño?

George dudó.

—No sería nada en comparación con lo que me hizo…, pero puede que sí. Luca, lo que estoy tratando de decirte es que el sadismo de Peyton no proviene de cruzarse con un extraño y hacerlo sufrir, no funciona de esa forma.

Nada de lo que George le estaba diciendo era completamente nuevo para Luca; con Alyssa habían especulado varias veces sobre la naturaleza de Peyton. Sin embargo, escucharlo directamente de boca de George le daba otro valor, no sólo porque era una de las

mentes más brillantes del país en la materia, sino porque conocía a Peyton mejor que nadie.

—Tomaré los recaudos necesarios.

—Luca, desde el momento que pongas un pie en esa isla, la fascinación de Peyton aumentará. Sabrá que has hablado conmigo, que yo estaré pendiente. Se lo he dicho también a Alyssa y he hecho todo lo que pude para que ella se mantenga lejos de allí. Ese embarazo ha sido una bendición, en más de un sentido.

—Tendré cuidado, George.

—Cuida a tu familia.

A Luca lo recorrió un escalofrío.

—Sarah y Lily no irán a la isla conmigo.

—Lo sé.

La expresión de George era severa, no había en ella rastro alguno de condescendencia.

—No quiero preocuparte innecesariamente, Luca. Pero debes tener siempre presente que Peyton busca una conexión emocional muy fuerte con sus víctimas, y que sus víctimas no son necesariamente las que sufren en carne propia sus ataques, sino los que siguen vivos. ¿Tu familia tendrá custodia en tu ausencia?

—No pensé que fuera necesario. Mi esposa es ex policía, sabe defenderse.

—Exígele al FBI que le asigne custodia permanente mientras estás en la isla.

George se levantó de la silla.

—No recuerdo haber hablado tanto en mucho tiempo —bromeó mientras levantaba las tazas vacías.

Luca también se levantó.

—Y una cosa más —dijo George—. Si la encuentras…, no le creas nada de lo que te diga.

6

Cada sábado por la mañana, Luca pasaba un par de horas en el club de ajedrez. Hacía tiempo que había alcanzado su techo como jugador —que por cierto era bastante bajo en comparación con el resto de la concurrencia habitual—, pero su interés por el juego seguía intacto; para él, era un recordatorio constante de que podía disfrutar de algo sin que el resultado importara demasiado. Una o dos veces Lily lo había acompañado al club, y lo primero que su hija de cinco años le había preguntado era por qué perdía tantas partidas. El ajedrez servía para explicar muchas cosas.

El rival de turno era su amigo Peter Lanskey, uno de los dos hombres de su edad que se tomaban el juego más o menos de la misma manera. Entre ellos el espíritu competitivo estaba a la orden del día, por supuesto, pero Peter tampoco era una luz ni aspiraba a descubrir, a sus casi cincuenta, un talento excepcional que sabía que no poseía. A veces, algún niño curioso se acercaba para verlos jugar, asumiendo que se encontraría con dos jugadores experimentados que volcaban en el tablero una tensión palpable, mirando el reloj con nerviosismo, moviendo cada pieza con vehemencia, para descubrir con sólo examinar la posición de las piezas que en ese duelo no había nada grandioso más allá de dos fuerzas parejas pujando por ganar.

A Luca le gustaban dos cosas de su amigo Peter. La primera, que Peter tenía un negocio de reciclado de vidrio, es decir que no estaba relacionado de ninguna manera con la policía. Para Luca, cuyos círculos de amistades eran mayormente policías, y que además estaba casado con una, hablar de vez en cuando del negocio del vidrio o de las aspiraciones expansionistas del negocio de Peter era una bocanada de aire fresco. La segunda cosa que le

gustaba de su amigo era que hablaba poco, y que no hacía demasiadas preguntas.

—Pensé que no iba a encontrarte por aquí —dijo Peter mientras se sentaba frente al tablero—. ¿No te ibas mañana?

—Mañana por la tarde. Iba a quedarme en casa, pero mi hija quería visitar a sus primos, como hace todos los sábados.

Peter asintió y movió el peón a la casilla D4.

A Luca le había parecido buena idea que Lily fuera a la casa de Jennifer —la mayor de las hermanas de Sarah— para no alterar la rutina. Quería que su ausencia durante los próximos días fuera lo menos traumática posible para ella, aunque Luca sospechaba que la experiencia sería mucho más dura para él que para su hija.

Mientras jugaba la apertura de manera casi automática, Luca pensó en las veces que le tocó estar lejos de su familia, siempre por cuestiones de trabajo y por uno o dos días en el peor de los casos. Pasar algunas semanas en la isla, más allá de que pudiera regresar al menos una vez, sería una experiencia completamente diferente.

—¿Estás seguro de que terminarás en menos de un mes? —preguntó Peter.

Su amigo no tenía idea de lo que Luca haría en Falcon Island. No sólo por una cuestión de confidencialidad, sino porque formaba parte de los códigos de la amistad que los unía.

—Espero que sí —dijo Luca mientras se disponía a coger una torre y se arrepentía a último momento.

—¿Y Sarah cómo está?

—Estás tratando de desconcentrarme.

—En parte.

Peter lo había puesto en aprietos en el tablero. En el reloj de su amigo se habían consumido apenas treinta segundos, de los cinco minutos totales. A Luca le quedaba apenas un minuto y tenía que defender una posición difícil.

—Está bien. Sarah está bien.

Luca avanzó un peón delante del rey; una jugada tan arriesgada como inevitable para defenderse del ataque.

Peter se tomó el tiempo para pensar la mejor forma de liquidar la partida.

—Le hablé al tipo de la editorial —dijo Peter mientras se masajeaba la barbilla.

Luca levantó la vista. Miró a Peter, que de todas formas no lo advirtió. Si aquella efectivamente era una táctica para desconcentrarlo, tuvo un efecto inmediato, porque la cabeza de Luca se fue de la partida de inmediato.

Hacía algunas semanas, Luca le había hablado a Peter de la frustración de Sarah al ser rechazada en una editorial de renombre para publicar su primera novela. Si bien ella sabía de antemano que el camino de la publicación estaba lleno de historia de rechazos, incluso el de grandes talentos como J. K. Rowling, lo cierto era que Sarah había depositado grandes expectativas en la que consideraba que era la única puerta en donde tendría algo de atención asegurada.

Unos años antes, Sarah había trabajado para la comisaría de Hollywood en un caso de abuso doméstico. Su participación resultó ser determinante y la mujer quedó sumamente agradecida; prácticamente Sarah le salvó la vida esa noche fatídica. La mujer tenía un puesto directivo en un grupo editorial y, tras meditarlo bastante y ante la insistencia de Luca, Sarah terminó por llamarla. La mujer, lejos de molestarse, se mostró encantada de que Sarah acudiera a ella y le dijo que se aseguraría de que su manuscrito llegara dentro de la editorial a las personas correctas, que no se preocupara.

Durante aquellos primeros días Sarah tocaba el cielo con las manos. Había dejado su trabajo en la policía y la situación económica no era holgada, pero con Luca habían convenido subsistir de esta forma ocho meses para que ella consiguiera terminar el libro y la ansiada publicación. De buenas a primeras, Sarah ya tenía una oportunidad firme entre manos. Luca la animó —quizás excesivamente—, convencido de que la novela era buena y de que ella no sólo tenía talento, sino que además conocía los procesos policiales porque había sido *uno de ellos* durante más de una década. Ese era un diferencial respecto a tantos escritores de novelas policíacas que creen saberlo todo porque han visto CSI o leen a Michael Connelly.

Durante esos días de ilusión, Sarah experimentó una dosis placebo de lo que sería tener una carrera como escritora. Porque una parte de ella estaba realmente ilusionada. ¿Por qué no? ¿Por qué todos los caminos tenían que ser tortuosos? ¿Por qué alguien no podía dar en el centro de la diana la primera vez?

Sarah había fantaseado con la llamada y las palabras mágicas: "tu novela nos ha gustado mucho. Estaríamos encantados de poder publicarla"

La experiencia resultó emocionante y tortuosa a la vez. Se emocionaba cada vez que sonaba el móvil, revisaba el correo cincuenta veces al día; le decía a Luca que iba a volverse loca, que el pecho le estallaría si le decían que sí.

Y cuando llegó el correo del departamento editorial con la respuesta negativa —aunque con palabras de aliento y un trato personal que quizás no utilizaban con el resto de los aspirantes—, a Sarah se le heló el corazón. Nunca en su vida sintió algo así. El castillo que había construido en su cabeza se desmoronó.

«¡¿En qué estaba pensando, Luca?! ¿Que una policía como yo iba a transformarse así sin más en Patricia Cornwell?»

Peter levantó la cabeza del tablero y miró a Luca, que lo miraba a su vez, sin prestar atención a su reloj, donde el tiempo se había agotado.

—¿Qué te dijo el tipo de la editorial?

El tipo se llamaba Forrest y era el marido de una amiga de la esposa de Peter.

—Me pidió que le enviara en manuscrito, que él se encargaría a partir de allí.

—¿Tiene un puesto importante?

Peter hizo una mueca.

—No lo sé realmente. Tiene una buena vida, así que supongo que sí.

Luca estaba emocionado, no veía la hora de decírselo a Sarah.

—Gracias, Peter.

—Pásame el documento cuando puedas.

—¿No es mejor que se lo envíe Sarah?

Peter se encogió de hombros.

Si había algo que Luca había aprendido en el poco tiempo que llevaba acompañando a Sarah en el proceso de enviar manuscritos a editoriales, era que cada una tenía sus metodologías específicas y que no tenía sentido buscarle explicaciones ni torcer las reglas.

—Te lo haré llegar hoy mismo, Peter. Gracias.

Peter empezó a ordenar las piezas en sus casillas de origen.

—Juguemos de nuevo. Esta vez enciende tu cerebro.

7

A unos veinticinco kilómetros al oeste del centro de Los Ángeles se encuentra el histórico Muelle de Santa Mónica, ícono de la ciudad, que además marca el final de la mítica Ruta 66. Allí está Pacific Park: un parque de atracciones que evoca la nostalgia de las ferias clásicas, con una noria que ofrece vistas panorámicas de la costa y el océano Pacífico.

Luca llegó allí en el coche. Sarah ocupaba el asiento del acompañante y en la parte de atrás estaba Lily con su amiga Kathy. Las dos niñas exclamaban sin cesar ante el tamaño de la noria en movimiento y los intrincados tramos de la montaña rusa.

—¡Abre la puerta, papá!

Luca se bajó del coche. El aroma a algodón de azúcar y palomitas impregnaba el aire, mezclados con el bullicio de los asistentes y una música amortiguada que surgía de alguna de las atracciones. Abrió la puerta del lado de Lily, que estaba tan emocionada y feliz que trató de bajarse dos veces antes de que Luca pudiera quitarle las correas de sujeción de la silla. Sarah hizo bajar a Kathy por el otro lado y las dos niñas se reunieron y se abrazaron mientras hablaban a una velocidad supersónica en un lenguaje que sólo ellas parecían entender.

Fue en ese momento que Luca supo que había hecho lo correcto. Lily necesitaba pensar lo menos posible en el viaje de su padre al día siguiente.

—Niñas, repasemos una vez más la regla de oro —dijo Sarah.

—Siempre cerca de papá o mamá.

—Siempre cerca de Luca o Sarah.

—Perfecto.

Lo primero que quisieron hacer las niñas fue subirse a la noria. No hubo forma de disuadirlas. De hecho, cuando comprobaron que tenían la altura justa para subirse solas insistieron en hacerlo, a lo que Luca y Sarah se opusieron rotundamente. La noria no tenía las clásicas sillas sino unas góndolas redondas con una capacidad máxima para seis personas. A medida que se acercaba el momento de subirse, ya a los pies de la inmensa rueda de más de 30 metros de diámetro, las dos empezaron a tomar conciencia de lo que iban a hacer. Lily era en general una niña bastante osada, y también orgullosa, así que no iba a reconocer que la noria la intimidaba; mucho menos arrepentirse de subir. Kathy, que era naturalmente más retraída, parecía encontrar fuerzas en la valentía de Lily.

—Qué bueno que esas góndolas tienen cinturón de seguridad —comentó Sarah a Luca, asegurándose de que las niñas la escucharan.

—Totalmente —estuvo de acuerdo él—, así podremos disfrutar de la vista.

Un letrero, además de las recomendaciones para los participantes, explicaba que esa noria era la única en el mundo totalmente impulsada por energía solar. Luca se lo comentó a Lily y a Sarah, pero ninguna se mostró particularmente impresionada. Conforme se acercaban al momento de subir, se fueron quedando más y más calladas.

Cuando les llegó el turno, ascendieron por una escalera hasta la góndola que los esperaba con la portezuela abierta. Tenía forma circular, con un asiento continuo en todo el perímetro, y un caño de acero en el centro. La parte superior de la góndola estaba completamente abierta. La pared perimetral tenía una altura de aproximadamente un metro, por lo que, incluso sentado, era posible tener una visión panorámica de la costa.

—Mamá, aquí no hay ninguna correa para atarse.

Luca y Sarah se miraron. En efecto, los asientos no tenían correas de seguridad. Eso sí, había varios carteles que prohibían pararse durante el paseo.

—Vamos a sentarnos —las animó Luca.

Sarah y él lo hicieron primero dejando espacio suficiente entre ambos para las niñas. Eso las tranquilizó un poco.

—¡Esto es genial! —dijo Lily—. No tengo nada de miedo.

Cuando la góndola empezó a moverse, Lily se aferró al muslo de Luca. Al principio les resultó intimidante, pero lo cierto es que el movimiento era suave y rápidamente se acostumbraron a él.

—¿Por qué se detiene? —preguntó Kathy con nerviosismo.

—Los demás tienen que subir —dijo Luca con calma.

Kathy tardó un poco más en relajarse. Si bien la conocían desde que tenía tres años, subir a la noria sin sus padres debía de ser todo un desafío para ella. Sarah le aferró una de sus manos para que se sintiera más segura.

Pasada la primera vuelta, las niñas comenzaron realmente a disfrutar. La vista era magnífica: la noria estaba justo en la línea de la costa, por lo que de un lado estaba la inmensidad del océano y del otro las playas de Santa Mónica.

Cuando finalmente bajaron, ninguna de las dos pidió dar otra vuelta. A continuación se dirigieron a unos globos aerostáticos que habían visto desde la noria, que subían y bajaban accionados por unos brazos mecánicos. Allí también podían subir solas, y esta vez Luca y Sarah accedieron. El *Inkie's Air Lift* —así se llamaba la atracción— no tenía espera por lo que se subieron al siguiente turno. Los asientos de cada globo sí contaban con correas de seguridad y una empleada las ayudó a sujetarse correctamente, mientras las dos saludaban y hablaban con Sarah y con Luca, que las miraban desde el otro lado de la baranda de protección.

Cuando todo estuvo listo, la atracción empezó a girar y cada brazo a subir y a bajar para que los globos se movieran de manera oscilante. Los otros niños, muchos de ellos solos y otros acompañados, chillaron de felicidad.

Luca y Sarah estudiaban los rostros de las niñas cada vez que pasaban frente a ellos. Si bien la altura a la que subían esos globos no era nada en comparación con el punto más alto de la noria, no dejaba de ser un desafío para ellas. Rápidamente se sintieron a gusto y disfrutaron de la experiencia como el resto. Cada vez que pasaban por donde ellos estaban, saludaban con efusividad.

Luca estaba apoyado en la baranda, levantando la mano cada vez que Lily lo saludaba desde el globo mecánico.

—Ayer hablé con Peter —dijo sin mirar a Sarah—. Me dijo que habló con su contacto en la editorial.

Sarah lo observó en silencio. Allí estaba esa mirada de nuevo, la que Luca rara vez veía en los ojos de su mujer: esa mezcla de anhelos y miedo.

Durante el día anterior, Luca había contemplado la posibilidad de darle él mismo el manuscrito de *Sonrisas de Porcelana* a Peter, sin decirle nada a Sarah ¿Qué sentido tenía hacerla pasar otra vez por el mismo proceso de incertidumbre cuando ni él tenía tan claras las posibilidades reales de que pudieran comprarle la novela?

Le dio vueltas a la idea cuando se fue a acostar, lo cual ahora, a la luz del día, lo avergonzaba profundamente. Mirando a Sarah a los ojos entendía que el camino para ella empezaba en este instante, y que posiblemente así sería por el resto de su carrera literaria, si es que conseguía forjar una.

Luca sonrió y levantó la mano para saludar a Lily, que ahora daba vueltas en el globo con las manos en alto.

—¿Qué te ha dicho Peter?

—Su contacto le pidió que le enviara el manuscrito y que él se encargaría desde allí.

Sarah meditó la respuesta. Empezaba a descubrir que el mundo editorial se manejaba como una sociedad secreta y antigua —lo cual tenía algo de sentido—, con procesos misteriosos que a veces convenía no cuestionar.

—¿No quiere que lo envíe yo?

—Pregunté lo mismo. Parece que no.

—¿Y quién es exactamente su contacto?

—¡Papá! ¡Mírame!

Luca volvió a saludar y abrió la boca de sorpresa.

—No es amigo de Peter. Es el marido de una amiga de su esposa.

Sarah dio vuelta los ojos. El editor bien podría ser Kevin Bacon.

—¿Cómo se llama?

—Forrest algo. Peter no me ha dicho su apellido. Quizás ni siquiera lo sepa.

Sarah hizo una mueca.

Luca no quería que se desanimara:

—Oye, Peter me ha dicho que el tipo lleva una muy buena vida, seguro que tiene un puesto importante. A mí me parece una buena señal que le haya pedido a Peter que le envíe el manuscrito, para él será más sencillo volver a preguntarle.

—Eso es cierto.

La atracción había finalizado, pero Lily y Kathy seguían sentadas en el mismo sitio.

—¡Otra vez! ¡Otra vez!

Luca se encogió de hombros y fue a entregarle dos pases a la muchacha encargada de la fila. Había pocas personas así que no hubo problemas.

—¿Se la podría enviar a Peter hoy mismo? —dijo Sarah.

—Por supuesto. Él podría enviarla mañana a primera hora.

Sarah asintió y se quedó ensimismada, mirando los globos que habían vuelto a cobrar vida.

—Todo va a salir bien —dijo mientras la abrazaba.

—Quizás me apresuré —dijo ella sin mirarlo.

—No digas eso. Hay que darle tiempo.

8

Luca había dejado atrás la *Pacific Coast Highway,* que serpenteaba a lo largo de la costa oeste al norte de San Francisco, y ahora su coche de alquiler, un viejo Ford Focus gris anodino, se deslizaba por una carretera secundaria mucho más tranquila. El aire, que en Los Ángeles había sido denso y cargado de escape, aquí se sentía fresco y limpio, con un inconfundible aroma a pino y salitre. El cielo azul inmaculado se extendía sobre un paisaje que se volvía progresivamente más verde y exuberante, con abetos y alisos. Era finales de mayo y la brisa marina, aunque suave, ya prometía el calor del verano.

La carretera se estrechó, flanqueada por densos bosques de secuoyas que se alzaban majestuosos. Luca sintió una punzada de asombro. Nunca había estado en esta parte de California y la belleza natural era sobrecogedora. La sensación de aislamiento era casi total; el tráfico había desaparecido por completo y el único sonido era el suave murmullo del viento.

De repente, los árboles se abrieron, revelando un tramo recto que constituía el único acceso terrestre a Falcon Island. A lo lejos, Luca distinguió una estructura que parecía un puesto de control y una fila de coches, la mayoría de ellos de alta gama, esperando su turno. Se unió a la cola, sintiendo la mezcla de curiosidad y la leve tensión que siempre lo acompañaba al entrar en un territorio desconocido. No llevaba su placa a la vista ni nada que lo identificara como policía. En ese momento, lo único que pretendía era llegar a la isla como un turista más.

El coche que tenía delante era un Bentley Continental GT de un reluciente color blanco perla, tan impoluto que parecía recién salido del concesionario. Cuando el Bentley llegó a la caseta de

acceso, un joven guardia con un uniforme inmaculado y una gorra que le quedaba un poco grande, se acercó a la ventanilla del conductor. Luca observó la escena con interés. El guardia, que parecía no tener más de veintitantos, llevaba una tableta en la mano y un escáner en el cinturón.

La conversación entre el guardia y el conductor del Bentley se prolongó más de lo habitual. Luca bajó ligeramente su ventanilla para escuchar mejor. El tono del conductor se elevó, denotando una creciente irritación.

—No entiendo cuál es el problema —dijo el hombre del Bentley, su voz resonando con una mezcla de incredulidad y fastidio —. Hago este camino al menos dos veces por semana. Nunca he tenido que mostrar una identificación.

El guardia se ajustó la gorra.

—Lo siento, señor. Tengo las órdenes de registrar a todos los que entran a la isla, sin excepción.

—¿Sin excepción? —El conductor soltó una risa corta—. Tú no eres de la isla, ¿verdad?

—No. Soy de Santa Rosa.

El guardia miró para el costado. Su mirada se cruzó con la de Luca, que negó imperceptiblemente con la cabeza; lo que menos quería era meterle más presión a ese chico.

—Mi nombre es Alan Goldstein —dijo el conductor del Bentley —. Nunca he tenido que mostrar una identificación para entrar a la isla; no voy a hacerlo ahora.

Luca arqueó una ceja. El nombre de Alan Goldstein no le resultaba familiar, pero seguramente era uno de los personajes influyentes que movían los hilos de la isla.

—Lo entiendo, señor Goldstein —dijo el guardia con firmeza impostada—. Pero la orden es estricta. Necesito su identificación para ingresarla en el sistema.

Aquello terminó de hacer explotar a Goldstein.

—¡No tengo mi identificación encima! Llame al alcalde Roach o al jefe de policía y dígales que Alan Goldstein quiere pasar.

Detrás de Luca apareció un coche más. El guardia miró por encima del hombro otra vez. Abrió la boca para decir algo, pero el

brazo de Goldstein apareció por fuera de la ventanilla enarbolando un dedo de advertencia.

—¡No voy a moverme! Así que más te vale que hagas lo que te digo.

Con un suspiro, el joven dio media vuelta y se metió a la caseta. Salió al cabo de cinco minutos que resultaron eternos.

—Puede pasar, señor Goldstein.

El Bentley avanzó con lentitud, como un animal enorme y ronroneante.

Cuando desapareció de la vista, el guardia se acercó al coche de Luca con una sonrisa forzada.

—Disculpe la demora, señor. Es que…

—No te preocupes. Idiotas hay en todas partes. Aquí tienes…

El guardia tomó la identificación que Luca le ofrecía y entró en la caseta. Luca lo vio teclear en el sistema a través de una pequeña ventana.

—Primera vez en la isla, ¿verdad, Señor Bruzzo?

—Sí, así es.

— Disfrute de su estancia —dijo el guardia con una sonrisa más relajada—.

Luca asintió, puso el coche en marcha y cruzó el puesto de control. La carretera se ensanchó, convirtiéndose en una avenida impecablemente asfaltada, flanqueada por palmeras altas y esbeltas. Un cartel de bienvenida tallado en madera de secuoya anunciaba: "Bienvenido a Falcon Island".

A medida que Luca avanzaba, la promesa de lujo y exclusividad de la que le había hablado Victoria Cowsill se materializaba ante sus ojos. A ambos lados de la Avenida Andersen se alzaban mansiones imponentes, cada una más grandiosa que la anterior. Eran estructuras de arquitectura variada, desde el estilo mediterráneo con techos de tejas rojas y amplias terrazas, hasta diseños modernos de cristal y acero que se integraban con el paisaje. Los jardines eran obras de arte paisajístico, con céspedes inmaculados, fuentes burbujeantes y esculturas abstractas. No había un solo detalle fuera de lugar.

Luca pasó junto al campo de golf, con sus *greens* de un verde irreal extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista.

La Avenida Andersen lo llevó al corazón de la pequeña ciudad. Las calles estaban limpias y ordenadas, bordeadas por tiendas especializadas: boutiques de moda de alta gama, galerías de arte, joyerías y una vinoteca con una fachada de madera oscura. Había también una tienda de artículos náuticos, con maquetas de yates en el escaparate, y una tienda de golf, con maniquíes vestidos con ropa deportiva.

Todo en Falcon Island gritaba riqueza y un estilo de vida aspiracional. Era una burbuja, tal como lo había descrito Cowsill. También las personas que vio en la calle estaban a tono con la ciudad que habitaban. Luca estuvo inmediatamente de acuerdo con la premisa de que Peyton Allen no sólo había elegido un lugar para esconderse, sino un escenario: un lugar donde la apariencia lo era todo, y donde la perfección superficial no era una excepción, sino la norma.

Mientras Luca conducía sin rumbo fijo, al final de una de las calles divisó a lo lejos el faro característico de la ciudad. Detuvo el coche a un costado y lo observó un largo rato. Era mucho más imponente de lo que había imaginado y llegó a sopesar la idea de ir hasta allí para verlo de cerca, pero la descartó porque sabía que no faltaría oportunidad para hacerlo en el futuro.

A su derecha, un grupo de mujeres jóvenes, todas con cabellos perfectamente peinados y sonrisas radiantes, salían de una cafetería riendo y se quedaron mirándolo. Quizás les llamó la atención un coche tan poco llamativo en aquellas calles de opulencia, o les resultó curiosa la forma en que el único ocupante se había quedado ensimismado con el faro.

Cuando Luca advirtió que el grupo de mujeres lo observaba, se volvió para encontrarse con cinco rostros que no diferían demasiado entre sí: cejas perfiladas, frentes lisas, pestañas largas. Sonrisas de anuncio de pasta dental.

Tardó en encontrar los matices. Pero cuando lo hizo el corazón se le paralizó.

Desde el centro del grupo lo observaba nada menos que Peyton Allen.

9

Luca detuvo el Focus frente a la fachada de madera clara y grandes ventanales del Dana's Cafe. De allí habían salido las mujeres que lo habían observado con curiosidad, entre las cuales había creído reconocer a Peyton. Más allá de un presagio de cómo serían las cosas en la isla, lo consideró una señal. Se bajó del coche y el aroma a café recién molido y a bollería dulce lo invitó a entrar. Había decidido adelantarse un día a su llegada oficial para tener tiempo de explorar la zona sin presiones. Primero necesitaba sentir el pulso de Falcon Island para entender su ritmo.

Al cruzar el umbral, Luca se encontró en un espacio acogedor con una pulcritud casi quirúrgica. Las mesas de madera estaban impecablemente limpias, los cojines de los asientos de las banquetas eran de un lino inmaculado y las plantas colgantes parecían haber sido clonadas. La luz natural inundaba el lugar, haciendo brillar los detalles de cobre de la máquina de café y los cristales de las vitrinas.

Había algunas mesas ocupadas. En una esquina, una pareja joven con ropa deportiva reía en voz baja mientras compartía un pastel. Cerca de la ventana, un hombre de mediana edad con gafas de montura fina, tecleaba concentrado en su ordenador portátil, sorbiendo de una taza de cerámica. Incluso él, en su concentración, parecía encajar en el cuadro de una vida idealizada.

Luca no pudo evitar la extraña sensación que lo había asaltado desde que puso un pie en la isla: la de estar en un mundo irreal, como si todos estuvieran actuando para él, interpretando el papel de habitantes de un paraíso perfecto.

Su mirada se dirigió al mostrador, donde una joven lo saludó con una sonrisa.

Peyton.

Allí estaba de nuevo, la misma punzada de inquietud. El rostro de la chica —el prendedor decía que se llamaba Chloe— era impecable, con una nariz pequeña y respingona, labios carnosos, ojos grandes de un azul claro.

Luca se acercó, sintiendo cómo la paranoia que George le había advertido comenzaba a instalarse. Durante los crímenes de Hollywood, Peyton Allen tenía veinticinco años. Ahora, siete años después, tendría treinta y dos. Chloe, la chica del mostrador, parecía mucho más joven, quizás veintidós o veintitrés. Pero, ¿acaso no era ese el propósito principal de las cirugías estéticas extremas? La eterna juventud; la capacidad de borrar el paso del tiempo y de reinventar un envase. ¿Podría ser Chloe, con su sonrisa perfecta y su piel inmaculada, una versión de Peyton que había logrado su objetivo de la eterna juventud?

Luca suspiró ¿Así iba a ser siempre? ¿Cada mujer que viera, cada rostro perfecto, lo llevaría a sospechar que podría ser Peyton?

—Buenos días —dijo Chloe, su voz tan dulce como el aroma del café. Su sonrisa no flaqueó ni un instante.

—Buenos días —respondió Luca, intentando sonar casual. Se detuvo frente a la vitrina, donde croissants dorados y muffins con arándanos grandes y esponjosos eran una invitación, incluso para alguien como él que no era especialmente amante de lo dulce.

—Un café *latte*, por favor. Y… —Luca señaló un muffin de arándanos—. Eso parece delicioso.

Chloe asintió y le dio una indicación a un muchacho que estaba detrás de la máquina de café que hasta ese momento había estado fuera de su vista. El muchacho, con el pelo revuelto y una expresión más natural, comenzó a preparar el pedido.

—¿Es su primera vez en Falcon Island? —preguntó Chloe mientras tomaba el muffin con unas pinzas y lo colocaba en una bolsa de papel.

La voz no parecía impostada, pero Luca tampoco tenía una referencia clara de Peyton.

—Sí, acabo de llegar —dijo Luca.

—Espero que disfrute su estancia —dijo ella entregando la bolsa.

—Gracias. Tengo el día para instalarme y recorrer un poco.

Luca tomó la bolsa y se quedó esperando el café.

—¿Ya sabe dónde instalarse?

—La Posada del Halcón —dijo Luca, observando atentamente la reacción de Chloe— ¿Podrías indicar cómo llegar?

La sonrisa de Chloe se desvaneció, no del todo, pero sí lo suficiente para que Luca notara el cambio. Sus ojos, antes tan brillantes, se opacaron ligeramente. Una sombra difícil de leer apareció en su rostro.

—Usted no será uno de esos… —empezó a decir Chloe, su voz casi un susurro.

Luca frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Chloe se inclinó ligeramente sobre el mostrador.

—De los que vienen a hospedarse allí por lo que le sucedió a Eleanor.

Luca decidió en un segundo que no tenía sentido negar a qué se refería Chloe.

—Por supuesto que no.

Luca sabía que si le revelaba a esa chica —o a cualquier habitante de la isla— que era policía, la noticia correría a la velocidad de la luz. Por el momento necesitaba de su anonimato.

—Pero usted sí sabe lo que le sucedió a esa familia —dijo Chloe.

Luca quería marcharse. El chico todavía no había terminado su café. Al parecer no todo era tan perfecto en Falcon Island.

—A la señora Vance no le hace ninguna gracia cuando la gente hace eso —dijo Chloe—. Es comprensible, ¿verdad? Ha habido algunos incidentes.

—Me lo imagino —dijo Luca. La idea de turistas morbosos buscando alojamiento en el hotel de una familia que había sufrido una tragedia tan brutal no le sorprendió realmente. Había visto cosas peores.

—¿Tú conocías a Eleanor? —preguntó Luca.

Chloe otra vez lo observó con cierta desconfianza.

—Claro que la conocía. Todo el mundo la conocía. Íbamos a la misma escuela, aunque ella era un par de años mayor que yo. Era la chica más hermosa de la isla.

Mientras Chloe hablaba, el muchacho que preparaba el café se había retirado a la parte trasera de la cafetería, fuera de la vista. Regresó al cabo de un momento y por fin se acercó y le entregó el café a Chloe, que a su vez se lo extendió a Luca.

—La Posada del Halcón está a unas diez manzanas de aquí —dijo Chloe—. Si sigue por la Avenida Andersen verá una calle que sube hacia la ladera. Se llama Grimm, pero todos aquí nos referimos a ella como la calle del Faro. El hotel está justo antes de llegar al faro. Es una casa antigua, con un jardín muy bonito.

—Gracias.

—De nada. Que tenga un buen día.

La sonrisa de Chloe regresó, perfecta y constante, como si la breve interrupción de la tragedia de Eleanor nunca hubiera ocurrido. Luca se despidió y salió del Dana's Cafe, el muffin de arándanos en la bolsa y el café caliente en la mano.

Decidió caminar un rato. Pasó por la Galería de Arte Marino, donde vio esculturas de bronce de delfines y pinturas al óleo de paisajes costeros. Más adelante había una Boutique, con maniquíes que lucían vestidos de noche y trajes de lino impecables; la vinoteca El Faro, donde se exhibían botellas como si se tratara de objetos arqueológicos

Luca se detuvo un momento frente a una tienda náutica, donde maquetas de yates de lujo se exhibían en el escaparate. Había un pequeño letrero de madera que decía: PASES PARA LA REGATA HALCÓN AQUÍ.

Se cruzó con otras mujeres, y en varias de ellas volvió a experimentar la misma incertidumbre. En su mente, sabía que buscaría a Peyton en cada rostro, y que dudaría ante cada mirada esquiva. ¿Era la mujer que acababa de pasar con su bebé en brazos? ¿O la que salía de la clínica de estética con un vendaje discreto en la nariz? ¿O quizás la que lo observaba desde el interior de la tienda de artículos de golf con demasiado interés?

Cuando terminó de comer el muffin, tiró la bolsa a un cesto de basura y recién ahí probó el café por primera vez. Estaba delicioso.

10

Luca detuvo el coche en el pequeño aparcamiento de grava adyacente a La Posada del Halcón. El motor se apagó con un suave suspiro y el silencio que siguió fue casi tan profundo como el que había experimentado en los bosques de secuoyas. Se bajó del coche y se encontró de pie en la base de una suave pendiente. La calle a la que la empleada del Dana's Cafe se había referido como la calle del Faro, serpenteaba cuesta arriba, flanqueada por setos bien cuidados y farolas de hierro.

La Posada del Halcón era una imponente casa antigua de piedra grisácea, con una arquitectura que evocaba la elegancia de principios del siglo pasado. Enredaderas de hiedra trepaban por sus muros, abrazando las ventanas con marcos de madera oscura y los balcones de hierro forjado. No había un letrero grande, sólo una pequeña placa de bronce pulido junto a la puerta principal, casi imperceptible.

El jardín, tal como Chloe había descrito, era verdaderamente bonito: caminos de adoquines entre parterres de flores, un pequeño estanque con nenúfares y algunos bancos de madera. Todo estaba cuidado impecablemente. Luca recordó lo que sabía de la familia Vance, tanto de Juliette como Richard, dos nativos de la isla que habían conseguido hacerse desde abajo hasta alcanzar una posición privilegiada. Observando el hotel, Luca no podía menos que sentir admiración por ellos, a la vez que experimentar una punzada de empatía desoladora por la tragedia que había azotado sus vidas.

Más allá de la casa, a unos doscientos o trescientos metros, se alzaba el faro, más imponente incluso a esa distancia. Luca lo observó por un momento pensando en la extraña conexión que ese

faro representaba con George, que al igual que Peyton había elegido un destino custodiado por un centinela de hormigón.

Subió los escalones de piedra hasta un porche cubierto, adornado con macetas de geranios. Allí había aparecido la primera fotografía de Eleanor Vance, lo que significaba que Peyton —o alguien cercano a ella— había estado precisamente allí, en el mismo suelo que Luca pisaba en este momento, para lanzar a la familia Vance el primer dardo de crueldad. En la mente de Luca fue una forma de representar que cada vez estaba más cerca de Peyton. ¿Podía sentirlo o era su imaginación? Alyssa se lo había advertido.

La puerta principal, de madera maciza y con un pomo de bronce, estaba ligeramente entornada. Luca la empujó con suavidad y se abrió sin un solo crujido, revelando el interior.

La quietud era palpable. Luca no creía en fenómenos sobrenaturales pero de inmediato percibió una energía especial, no necesariamente positiva, pero sí intensa y casi reverencial. La energía que deja atrás una tragedia, pensó.

Una música apenas audible, clásica, surgía de alguna parte.

No había nadie a la vista.

Luca avanzó unos pasos, sus pisadas amortiguadas por una moqueta que cubría parte del suelo de madera pulida. Se acercó al mostrador de la recepción, una pieza antigua de caoba oscura, brillante por el uso y el paso del tiempo. Detrás, un panel de madera con pequeños casilleros numerados, ahora en desuso, evocaba una época pasada. Sobre el mostrador había un ordenador portátil; luca se asomó para comprobar que estaba encendido.

A un lado de la recepción había una gran escalera curva. Del otro lado, a través de una arcada, se vislumbraba lo que parecía un jardín de invierno. Grandes ventanales dejaban entrar la luz, iluminando varias mesas de hierro con sillas de mimbre, rodeadas de plantas exuberantes. Al igual que la recepción, estaba completamente vacío.

Sobre el mostrador, junto al ordenador, había una pila de folletos turísticos. Luca los examinó: "Visita guiada al ayuntamiento de Falcon Island", "Senderismo por los Bosques de Secuoyas", "La historia de la regata Halcón". Mientras Luca se inclinaba para leer los

folletos, una puerta de madera, discretamente ubicada en la parte trasera del mostrador, se abrió con un clic. De ella emergió una mujer que Luca reconoció de inmediato como Juliette Vance, la madre de Eleanor.

La sorpresa lo asaltó. No esperaba encontrarse con ella allí, y mucho menos en ese momento. Juliette Vance era una mujer de unos cincuenta y tantos años, con una elegancia innata que el dolor no había logrado borrar por completo. Su cabello, de un castaño oscuro con algunas hebras plateadas, estaba recogido en un moño bajo y pulcro. Su rostro, lejos de la perfección artificial que había visto en tantas mujeres de la isla, dejaba claro que su hija Eleanor había heredado su belleza de ella.

—Buenos días ¿Puedo ayudarle en algo?

Luca dudó un instante.

—Buenos días. Me gustaría hospedarme aquí, si es posible.

—¿No tiene reserva?

Luca negó con la cabeza.

Juliette hizo una mueca parecida a una sonrisa.

—Lo lamento, el hotel está completo. Normalmente tenemos reservas con un mes de anticipación, pero con la cercanía de la Regata Halcón no tenemos disponibilidad ni en ese tiempo. Estamos completamente llenos.

Luca asintió

—Lo entiendo. Había pensado que quedarme aquí sería bueno para mi trabajo. Soy el detective Luca Bruzzo, del Departamento de Policía de Los Ángeles, y he venido a colaborar con el FBI en el caso de su hija Eleanor.

La revelación generó una reacción inmediata en Juliette.

—¿Colaborar?

—Así es.

Juliette lo estudió.

Luca retrocedió un paso y exhibió la placa que llevaba en el cinturón.

—Por favor, acompáñeme. No quiero que hablemos de ella aquí.

Rodeó el mostrador y le hizo un gesto para que lo acompañara al jardín de invierno.

—¿Me ha dicho detective Bruzzo?

—Luca Bruzzo.

Cruzaron el jardín de invierno. A través de los cristales, Luca pudo apreciar la belleza del jardín exterior, con sus flores y el estanque. La galería era un pasillo acristalado que conectaba la recepción con la parte trasera del hotel. Al final de la galería, Juliette abrió una puerta de madera maciza que tenía un discreto cartel que decía PRIVADO.

Entraron a un despacho no demasiado amplio donde había un escritorio de madera con algunos libros, carpetas apiladas y una lámpara de lectura con una pantalla de cristal verde. Un sillón de cuero desgastado se encontraba junto a una estantería llena de volúmenes encuadernados.

En una repisa Luca alcanzó a ver varias fotografías de Eleanor. Eran similares a las que él había visto en el FBI, pero aquí tenían un peso diferente. Verlas allí, alineadas, contando la historia de una vida corta, le hizo pensar inmediatamente en Lily.

Juliette lo invitó a sentarse en una de las sillas frente al escritorio, mientras ella hacía lo mismo con expresión escrutadora.

—¿Qué hay del agente Hoyle? —preguntó Juliette sin rodeos —. Tengo entendido que sigue en la isla.

—Así es —respondió Luca—. Él formará parte de mi equipo.

—Hoyle no me gusta —dijo Juliette, con una franqueza que sorprendió a Luca. No había rodeos en ella, ni intentos de suavizar sus palabras. Evidentemente, era una mujer que había enfrentado lo peor y no tenía tiempo para sutilezas. El hecho de que siguiera adelante con su negocio decía mucho de ella.

—Aprecio su sinceridad —dijo Luca—. De ahora en adelante podrá hablar directamente conmigo.

—Quizás eso sea incluso peor.

Luca sabía que estaba siendo puesto a prueba.

—Sólo le pido que me dé la oportunidad.

—Voy a hacerle una pregunta, detective, y quiero que me la conteste con sinceridad.

Luca se preparó.

—Adelante.

—¿Cuál es el interés del FBI, y ahora del LAPD, en el caso de mi hija?

—¿Ha hablado de esto con Hoyle?

—Me interesa su respuesta

Luca se tomó unos segundos para reflexionar.

—Señora Vance, en Los Ángeles ha habido una serie de asesinatos y tenemos motivos para pensar que el responsable podría estar aquí en la isla, y que el secuestro de Eleanor podría ser obra de la misma persona.

La noticia golpeó a Juliette con una fuerza visible. No se quebró, pero su rostro se contrajo ligeramente, y sus ojos se abrieron con una mezcla de horror y comprensión.

—¿Un asesino?

—Sí. Pero eso no significa que Eleanor no pueda seguir con vida.

Juliette se recostó en su silla, su mirada perdida en algún punto más allá de Luca. El silencio se hizo denso en el despacho, roto sólo por el suave murmullo de la música que se filtraba desde la recepción.

—Yo sé que mi hija está muerta, detective —dijo Juliette, su voz ahora más baja, pero con una convicción inquebrantable. —Sé que muchas personas se aferrarían a la mínima esperanza. Mi marido es una de esas personas; él no se detendrá hasta ver el cuerpo…

Luca la interrumpió suavemente.

—¿A qué se refiere, señora Vance?

—Richard está obsesionado con encontrarla —explicó Juliette —, y desde que desapareció invierte horas y dinero. Cree que Eleanor sigue secuestrada en alguna parte; no puede aceptar la verdad.

Juliette hizo una pausa, buscando las palabras.

—Yo siempre he tenido una conexión especial con Eleanor. Una madre lo sabe, detective. Lo supe desde el momento en que llegó la primera fotografía. Supe que estaba muerta. Lo sentí.

—Nuestro trabajo es determinar lo que pasó. Encontrar la verdad.

—¿En esos crímenes de Los Ángeles también secuestraron a las víctimas? ¿Las hizo sufrir? Dígamelo, por favor…

—Señora Vance, tiene mi palabra de que le diré todo lo que pueda, a su debido tiempo. Pero ahora mismo, lo que le he dicho sobre la conexión con los crímenes de Los Ángeles debe ser manejado con muchísima discreción. Lo que menos necesitamos es generar pánico en la isla.

Juliette lo miró, no del todo convencida, pero Luca creyó advertir que había cierta conexión entre ellos. Era la segunda vez desde que estaba en el hotel que sentía algo así, y la propia Juliette le había dicho hacía un momento que creía tener ese tipo de conexión con su propia hija.

—Sólo se lo diré a mi esposo —dijo ella—. Él debe saberlo. Nadie más lo sabrá, por lo menos de nuestra boca.

—Muy bien.

Ambos se quedaron en silencio por un momento.

—Hay una habitación en el ático del hotel —dijo Juliette de repente—. No se la ofrecemos a nadie; a veces la utiliza el personal cuando se quedan hasta tarde. Pero si está interesado, puede quedarse ahí.

Luca sintió un alivio inmenso. Este gesto, inesperado y generoso, denotaba que su relación con la mujer se había iniciado con el pie derecho.

—Por supuesto que me interesa. Muchísimas gracias.

—No tiene nada que agradecer. Si ha venido aquí a esclarecer el caso de mi hija, es lo menos que puedo hacer.

—Oficialmente, yo debía llegar a la isla mañana, pero me adelanté. En los próximos días me gustaría hablar con usted del caso de manera formal, si es posible, repasar algunas cuestiones de las fotografías que han recibido.

Juliette asintió.

—Ya le hemos dicho todo lo que sabemos al agente Hoyle, pero puedo responder a sus preguntas cuando quiera.

Salieron del despacho y regresaron por la galería. Al llegar a la recepción, Luca notó que ya no estaba vacía. Una muchacha, de unos veintitantos años —aunque en la isla adivinar la edad de las personas era un deporte difícil—, estaba ahora detrás del mostrador. Llevaba el cabello negro con flequillo cortado recto y tenía ojos azules, grandes y expresivos.

Peyton.

A Luca lo recorrió un escalofrío, mientras su mente proyectaba el rostro de Peyton en las cejas perfiladas, la sonrisa perfecta, la nariz respingona…

—Mindy, querida, el señor Bruzzo va a quedarse en la pieza del ático.

Mindy pareció contrariada, pero no por la presencia de Luca, para el que procuró seguir manteniendo las formas que su puesto requería.

—¿En el ático?

—Sí. Es un invitado de la familia.

—Oh, claro —dijo Mindy, su sonrisa volvió a aparecer.

En ese momento un joven entró por la puerta del hotel.

—Qué bueno que estás aquí, Pierce —dijo Juliette Vance—. Por favor, lleva las maletas del señor Bruzzo a la habitación del ático.

Luca apenas le prestó atención al diálogo entre la señora Vance y su otro empleado. Seguí con la mirada puesta en Mindy, consciente de que la paranoia iba a afectarlo seriamente si no dejaba de ver a Peyton en todas partes.

11

Luca subió los últimos tramos de la escalera de madera guiado por Pierce. El joven empleado del hotel se disculpó por la ausencia de ascensor hasta esa altura, aunque era él quien cargaba con la única maleta.

Pierce abrió la puerta con una llave convencional y le permitió a Luca entrar a la habitación. Él lo hizo y tras un breve diálogo se despidió del joven.

El espacio, si bien modesto, ofrecía las comodidades básicas para una estancia funcional. Las paredes, de un blanco hueso ligeramente amarillento por el tiempo, estaban desnudas salvo por un par de cuadritos impersonales. En el suelo había una moqueta de un gris neutro y, en una esquina, un pequeño escritorio de madera clara con una silla a juego. Allí Luca dejó la tarjeta plastificada que Mindy le había entregado en la recepción, con los datos de la conexión Wi-Fi.

El baño privado, compacto pero inmaculado, se encontraba a un lado, con azulejos blancos y una ducha de cabina. Era evidente que todo había sido renovado recientemente, manteniendo la funcionalidad por encima de cualquier lujo. Lo único que Luca echaría de menos era la luz natural; la habitación tenía una única ventana pequeña, en el techo inclinado, que apenas permitía la entrada de unos rayos de sol oblicuos. Era cierto que no tenía pensado pasar demasiadas horas del día allí, pero la perspectiva de despertarse en una habitación oscura y no poder abrir una ventana lo desanimó un poco.

Abrió la maleta sobre la cama individual y comenzó a desempacar la poca ropa que había traído: un par de vaqueros, algunas camisetas de algodón, una camisa de cuadros y una

chaqueta ligera. Nada ostentoso, nada que llamara la atención en un lugar donde la opulencia parecía ser la norma. Colocó cada prenda en el pequeño armario empotrado y a continuación colgó en una percha el único traje que había llevado.

Una vez que terminó de ordenar la ropa interior, las medias y los zapatos, sacó el portátil de la mochila y lo dejó en el escritorio. Le había hecho a Lily la promesa de hablar cuando ella quisiera y para eso necesitaba comprobar la conexión a internet.

Para su sorpresa, la barra de Wi-Fi en la pantalla se llenó por completo. La antena debía de estar cerca, pensó. Satisfecho, cerró el portátil, decidido a aprovechar el resto de la tarde para explorar la isla a pie.

Decidió darse un baño rápido y cambiarse de ropa. El agua caliente de la ducha lo ayudó a relajar los músculos tensos por el viaje y la carga emocional de los últimos días. Al salir, se puso unos vaqueros, una camiseta y una chaqueta de cuero ligera.

Cogió la llave que Pierce había dejado en el mueble junto a la puerta, tomando nota mental para comprar un llavero y no perderla. Por el momento se la guardó en el bolsillo del pecho de la chaqueta. Salió de la habitación y caminó hasta el final del pasillo, donde había una puerta. Justo al lado estaba la escalera de servicio que llegaba hasta la planta baja, ofreciéndole una discreta vía de entrada y salida sin tener que pasar por el resto de las plantas. Luca decidió bajar hasta el tercer nivel y desde allí tomar el ascensor. Quería tener una idea más clara de la distribución del hotel. La Posada del Halcón era, en esencia, una gran casa antigua adaptada para funcionar como hotel, pero conservando la elegancia y el encanto de una residencia privada. Cada uno de los tres niveles por debajo del ático albergaba una media docena de habitaciones. Mientras el ascensor —una jaula de acero que evidentemente no formaba parte de la construcción original— descendía suavemente, Luca observó los detalles: los pasillos alfombrados, las puertas de madera oscura con pomos de bronce, las lámparas de araña que proyectaban una luz cálida. No había lujo desmedido pero sí buen gusto.

Al llegar a la planta baja, el ascensor se abrió directamente en el vestíbulo principal. En la recepción no estaba Mindy, sino Pierce. El

joven le dedicó una sonrisa.

—¿Todo en orden, señor Bruzzo?

—Sí. Gracias, Pierce.

Luca salió por la puerta principal, sintiendo la brisa fresca, ahora más intensa que antes. El sol, ya inclinado hacia el oeste, teñía el cielo de tonos dorados y anaranjados. Eran alrededor de las cinco y media de la tarde; el atardecer no tardaría en llegar.

No tuvo que pensar demasiado cuál sería su primer destino a pie. El faro, visible desde casi cualquier sitio elevado de la isla, era un punto de referencia ineludible. Echó a andar calle arriba. Las mansiones que había visto al llegar a la isla eran en esta zona menos frecuentes, dando paso a propiedades más pequeñas, aunque igualmente bien cuidadas, y a tramos de vegetación más salvaje. El camino se hizo más empinado, y Luca sintió el esfuerzo en sus piernas, un recordatorio de que su vida en Los Ángeles era más de coche que de caminatas.

Finalmente, la calle se abrió a una explanada de grava, y desde allí era posible apreciar el faro, mucho más grande de lo que Luca había imaginado: una torre cilíndrica que dominaba el paisaje costero.

Pero el faro no estaba solo. Para su sorpresa, justo a su lado, se erigía un edificio moderno y elegante: un lujoso restaurante de dos plantas, con amplios ventanales que ofrecían una vista panorámica del océano. Su arquitectura, limpia y geométricamente opuesta a la de su vecino, se integraba armoniosamente con el entorno por uno de esos milagros del diseño que se escapan al ojo común.

Un letrero discreto, iluminado con luces suaves, rezaba: El Faro Bistró.

En la segunda planta, Luca pudo ver a través de los ventanales que se estaba celebrando algún tipo de festejo o reunión privada. Varias personas elegantemente vestidas con trajes de noche y vestidos de cóctel, se movían en grupos, copas en mano, o estaban sentadas en mesas con manteles blancos, disfrutando de la vista. El restaurante tenía una terraza donde había algunas personas; el

murmullo de las conversaciones llegaba amortiguados hasta donde él estaba.

Luca caminó hacia la playa, sin acercarse demasiado al restaurante. La arena, de un color dorado pálido, estaba casi desierta. Sólo un grupo de jóvenes, dos hombres y dos mujeres, sentados en el muelle de madera que se adentraba unos metros en el mar, rompían la quietud. Por su ropa, elegante pero ligeramente desaliñada, era evidente que venían de la fiesta del restaurante. Fumaban y reían en voz baja, ajenos a la presencia de Luca, que se alejó de ellos y se detuvo en la orilla, mirando el océano. El sol, una esfera de fuego naranja, se hundía lentamente en el horizonte mientras las olas rompían suavemente en la orilla, con su clásico sonido rítmico y tranquilizador.

Mientras observaba la majestuosidad del atardecer, Luca reflexionó sobre la sensación que lo había embargado desde la llegada a la isla, y que a cada momento se hacía más insoslayable. A diferencia de sus impresiones preliminares durante la reunión en el edificio federal, cuando había llegado incluso a considerar que la propia Alyssa podría ser víctima de la visión de túnel, ahora era él quien sentía de manera inequívoca la proximidad de Peyton. Nunca en su carrera había sentido algo así. No era sólo la paranoia de ver su rostro en cada mujer, sino algo más profundo, una intuición que se arraigaba en sus huesos.

Lo que Luca no tenía forma de saber era que, en ese preciso momento, mientras el último rayo de sol se desvanecía en el horizonte, desde la segunda planta del restaurante, una mujer se había apartado de la multitud y lo observaba.

Peyton Allen —aunque nadie a su alrededor la llamara así— miraba al hombre en la playa y en su rostro empezaba a dibujarse una sonrisa de porcelana.

12

Sharon Tillman se inclinó más cerca del espejo. Sus dedos, largos y delgados, se movían con la precisión de un cirujano, difuminando una sombra oscura en el párpado exterior, alargando la línea del ojo con un trazo fino de *eyeliner* líquido. Hoy, más que nunca, necesitaba que su mirada fuera penetrante y enigmática, provocadora, pero también sofisticada. El equilibrio era fundamental y ella era especialista en encontrarlo. Su rostro, enmarcado por una melena oscura que caía en ondas sobre sus hombros desnudos, era una obra en progreso. Los pómulos, ligeramente realzados por un relleno quirúrgico, se afilaban hacia una barbilla delicada. Sus labios, ahora delineados con un lápiz color *nude*, esperaban el toque final de un brillo sutil. Sharon apenas había superado la barrera de los treinta, pero con el maquillaje adecuado y la vestimenta precisa podía aparentar más o menos edad. Su figura, esbelta y curvilínea, era el resultado de horas en el gimnasio y una dieta estricta, además del mérito de los cirujanos estéticos, por supuesto.

Se encontraba en la habitación en la segunda planta. Ella y Max no vivían en una mansión en el sentido más grandioso de la palabra —en la isla había mansiones que no tenían nada de envidiarle a las de las celebridades de Hollywood—, pero la propiedad de quinientos metros cuadrados con vistas parciales al océano y un generoso jardín se acercaba bastante. El precio de compra había sido astronómico, y la hipoteca, una cifra que superaba los veinte mil dólares mensuales, era un recordatorio constante del alto costo de su estilo de vida.

Mientras aplicaba algo de color en sus mejillas, Sharon sintió un nudo de frustración en el estómago. ¿Una gala un lunes? Era absurdo. Su agenda, que antes le parecía emocionante, últimamente

empezaba a pesarle. Esto por no mencionar que era ella la que debía cargar con la peor parte, como siempre. Max, por el contrario…

Justo cuando la reflexión se volvía más amarga, hubo dos golpecitos suaves en la puerta y Max entró en la habitación, ya vestido con un impecable esmoquin negro que realzaba su figura atlética. Tenía cuarenta y cinco años pero los llevaba de una manera que desafiaba el paso del tiempo. Su cabello oscuro, ligeramente canoso en las sienes, estaba peinado hacia atrás, revelando una frente amplia y unos vistosos ojos azules. Era apuesto, con una mandíbula fuerte y una sonrisa fácil que había cautivado a muchas, incluida ella misma, al menos durante un breve y ya distante período de tiempo.

Sharon lo observó por el espejo, un destello de recelo en su mirada. Él se acercó por la espalda, sus manos se deslizaron por su cintura, intentando atraerla hacia él. Ella se tensó, y lo apartó con un movimiento apenas perceptible.

—Reserva las muestras de cariño para la gala —dijo Sharon con frialdad.

Max era un hombre que sabía disimular. Le quitó importancia con un encogimiento de hombros casi imperceptible y, a continuación, se quedó mirándola en el espejo. Los dos estaban uno al lado del otro.

—¿Acaso no somos perfectos? —dijo Max.

Ella lo estudió. En su mirada sólo había resignación.

—Esa es la idea, ¿no?

Max frunció el ceño.

—¿Te sucede algo, Sharon?

—Preferiría no hacer esto en día de semana, menos un lunes. Por favor, déjame terminar de prepararme.

Max suspiró. Se conocían desde hacía cinco años y convivían desde hacía cuatro; Max había aprendido que cuando la armadura de Sharon se volvía impenetrable, era mejor dejarla sola. Decidió cambiar de tema, adquiriendo un tono más profesional. A veces eso funcionaba.

—¿No es demasiado? —dijo señalando el escote pronunciado del vestido negro. El tejido de seda se abría en una V profunda, dejando al descubierto el busto aumentado.

Sharon ni siquiera lo miró.

—Tú déjame esa parte a mí.

Max se dio por vencido y optó por salir de la habitación.

—Te espero abajo.

—Espera —dijo Sharon.

Max se quedó quieto en el umbral, esperando.

—He estado mirando las cuentas.

La frase flotó en el aire, cargada de un significado tácito. Las cuentas eran responsabilidad de Max, no de ella.

Sharon sólo lo observó por el espejo, a la espera de su reacción.

El silencio se estiró.

—Hay algunos atrasos —admitió—. Me ocuparé de eso en la semana.

Sharon asintió, un gesto apenas perceptible. No hubo reproches explícitos, pero Max no los necesitaba; que ella le hubiera mencionado las finanzas del negocio era más que elocuente.

Cuando Max se retiró, Sharon volvió a su reflejo y le dio los últimos retoques al maquillaje con una precisión renovada. Luego eligió una chaqueta de seda negra, ligera y elegante, que se probó frente al espejo. Salió de la habitación y enfiló hacia la escalera.

Max la esperaba de pie junto a la consola de mármol. Ella advirtió cómo la miraba con una mezcla de reproche y admiración…, y ese algo adicional que nunca se iba del todo. Era evidente que él seguía enamorado de ella, aunque ya no lo expresara en voz alta como antes.

Caminaron en silencio hacia el garaje, un espacio amplio donde un Mercedes S600 brillaba bajo las luces empotradas. Max abrió la puerta del acompañante para Sharon, un gesto de cortesía que ella aceptó sin un gracias. El interior de cuero beige todavía olía a nuevo.

Max se deslizó al asiento del conductor y encendió el motor del V12, que se mezcló con el zumbido del portón eléctrico.

Todavía no era de noche, pero el cielo, visto a través del parabrisas, ya comenzaba a teñirse de los primeros tonos anaranjados del crepúsculo.

—¿Has averiguado algo más de Severson? —preguntó Sharon.

Max maniobraba el coche para salir del garaje. Dudaba. Ella se dio cuenta.

—Habla de una vez, Max.

Él, visiblemente incómodo, exhaló lentamente.

—Hablé con alguien más del club —comenzó a decir con voz pausada—. Me dijo lo que ya sabemos, nuevo rico, negocio textil en expansión, compró la casa en la isla hace tres meses y quiere establecer conexiones rápido. Sabe que aquí pueden hacerse relaciones valiosas.

Sharon asintió. Efectivamente, ya sabían todo eso de Severson. Era la razón por la que lo habían elegido. Un hombre con dinero, ambicioso, deseoso de ascender en la escala social de Falcon Island. El blanco perfecto.

—¿Qué más te dijo el tipo del club?

El Mercedes avanzaba por una de las zonas residenciales más caras. Las mansiones, con sus luces interiores ya encendidas, empezaron a aparecer en las colinas.

—Fue a cenar con él —dijo Max, su voz aún más tensa—. Hablaron de varias cosas…

—¿Y? —la impaciencia de Sharon era palpable.

Max apretó el volante. El coche tomó una curva suave y el océano apareció a la derecha, una vasta extensión de azul oscuro bajo el cielo que se volvía violeta.

—Le dio la sensación de que Severson podría ser homosexual.

Sharon se lo quedó mirando, sin poder creerlo. Sus ojos se abrieron ligeramente, una mezcla de incredulidad y furia comenzaba a arder en ellos. Max mantuvo la vista al frente, sus nudillos blancos sobre el volante, evitando su mirada.

—¿Cuándo ibas a decírmelo?

Max mantenía ahora la vista fija en el camino.

—Fue sólo una sensación de esta persona. Pensé que podría condicionar…

—¡Mierda, Max! —Sharon golpeó el tablero del coche con la palma de la mano, un golpe seco que resonó en el habitáculo—. ¡Es algo que necesito saber!

Max se sobresaltó.

—Te pido disculpas. Debí decírtelo.

Pero el perdón no era suficiente. Sharon estaba furiosa. La información era crucial. Su plan dependía de seducir a Severson. Si era homosexual, todo su trabajo, toda su preparación, se iría al traste.

El resto del viaje transcurrió en completo silencio. El Mercedes continuó su camino por la calle del Faro, ahora cada vez más empinada. Las últimas luces del día se desvanecían rápidamente y las primeras estrellas comenzaban a aparecer en el cielo. El aire se volvía más fresco a medida que se acercaban a la costa.

Max aparcó en el restaurante, rodeado de vehículos de lujo. Salieron del coche y caminaron por una pasarela de madera que los llevó directamente a la entrada de El Faro Bistró. La noche no había caído del todo, pero faltaba poco. Ninguno de los dos se detuvo a mirar la última pincelada de naranja y violeta que aún se aferraba al horizonte. La furia de Sharon y la incomodidad de Max eran más apremiantes que la belleza del atardecer.

13

La llegada a la gala fue una coreografía ensayada varias veces. Una parte importante de pertenecer a un sitio como Falcon Island era saber despertar miradas. Y Sharon y Max Tillman sabían perfectamente cómo hacerlo.

Al cruzar el umbral los recibió el murmullo de las conversaciones y el suave tintineo de las copas de los invitados. El segundo nivel del Faro Birstro, donde se celebraba la gala, era un espacio amplio y elegante, con ventanales panorámicos que ofrecían vistas espectaculares del océano, ahora una masa teñida rosado en el horizonte. La iluminación era tenue. Las mesas redondas, cubiertas con manteles blancos, estaban distribuidas por el perímetro del salón. Como era habitual, los asistentes estaban de pie formando grupos, copas en mano, que se desmembraban y volvían a formarse según la conveniencia.

Varios camareros y camareras vestidos de blanco se movían entre la multitud ofreciendo bandejas de champán, cócteles y canapés: pequeños bocados de salmón ahumado, mini-quiches de espárragos, brochetas de gambas…

Para Sharon, el salón era un mapa de conexiones potenciales. Sus ojos, entrenados para escanear y clasificar, reconocían rostros familiares de los diversos círculos que frecuentaban. Allí estaba Alan Goldstein, por ejemplo, el patriarca de una de las familias más antiguas y ricas de Falcon Island, con quien intercambiaron unas palabras cuando pasaron a su lado. El alcalde, Raymond Roach, un hombre corpulento con una sonrisa afable, conversaba animadamente cerca de la barra. A él lo saludaron a la distancia. Con varios de ellos, Sharon intercambió miradas y saludos discretos,

una inclinación de cabeza aquí, una sonrisa fugaz allá. A algunos los saludó con un efusivo abrazo.

Mientras cruzaban el salón, Max iba delante como un guerrero berserker, con su sonrisa compradora como mascarón de proa, su apretón de manos firme y el comentario justo para cada uno. Saludó a los miembros del club de golf con alguna broma que Sharon no comprendió, a los empresarios con una pregunta precisa sobre sus negocios, a las esposas con un cumplido medido. Max se movía como pez en el agua. Sharon lo siguió, consciente de las miradas sutiles —y otras no tanto, de hombres y mujeres.

Sharon se preocupó al no ver a Severson por ninguna parte; su plan dependía de un primer encuentro que sólo podía suceder en uno de esos eventos. Claro que Max, con su casi metro noventa, tenía un panorama completamente diferente del salón. Le hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza, un leve movimiento hacia la otra punta, cerca de los grandes ventanales que daban al océano. Allí, ligeramente apartados del bullicio central, estaban Jordan Severson y su esposa. Como era de esperar, al ser relativamente nuevos en la isla y no conocer a muchas personas, se mantenían un poco al margen del resto, precisamente lo que Max y Sharon necesitaban.

Max se dirigió solo hacia donde estaban los Severson. Sharon se quedó con una pareja de mediana edad que conocía del club de tenis. Mantuvo una conversación superficial con ellos, riendo en los momentos adecuados, asintiendo con interés, pero con la atención centrada en lo que sucedía un poco más allá, donde Max desplegaba todas sus armas de seducción con los Seversons.

Sharon no podía escuchar la conversación, pero sabía perfectamente lo que estaba a punto de suceder. Max les iba a hablar a los Severson del poderoso bufete de abogados Tillman & Holder, uno de los más influyentes y respetados de San Francisco, fundado por su abuelo hacía casi cien años. Lo que no diría, por supuesto, era que en la actualidad su único vínculo con el buffet se limitaba a compartir el apellido Tillman. Hacía mucho tiempo que la familia lo había expulsado por estafas y malversaciones, para ser manejado exclusivamente por sus primos. Pero claro, nadie en la isla

tenía por qué saberlo. Para los que conocían a Max Tillman, él era un miembro de la junta directiva que se involucraba ocasionalmente en algunos asuntos, y que delegaba el resto.

Max era abogado, eso sí era cierto, pero su experiencia laboral era escasa y desastrosa. Tras ser expulsado de su propio estudio familiar, había trabajado en un par de bufetes de poca monta de los cuales había sido echado sistemáticamente. En algunos casos, su salida había sido discreta, para evitar escándalos. En otros, había sido más abrupta, tras descubrirse que había participado en sobornos y estafas. Su historial era un mosaico de fracasos y engaños, que en la isla se había convertido en un secreto bien guardado bajo la fachada de éxito que proyectaba.

A Max Tillman se le daba bien el engaño. Uno podía escucharlo hablar, con su voz grave y segura, su vocabulario preciso y su aparente conocimiento de cualquier tema, y creer que estaba frente al mejor abogado del mundo. Un día era un experto en fondos de inversión, citando cifras y tendencias con autoridad. Otro, se transformaba en un gurú del negocio del petróleo, desgranando los entresijos de los mercados energéticos con una fluidez que dejaba a sus interlocutores boquiabiertos. Era un camaleón, con la capacidad de camuflarse entre casi cualquier grupo de personas, especialmente si eran poderosas. Él siempre decía que había nacido para estar rodeado de lujos, que la opulencia era su destino natural, sólo que nunca había tenido la capacidad de generarlo por sí solo, sino de tomarlo de aquellos que lo poseían.

Sharon observó durante algunos minutos, su conversación con la pareja del club de tenis volviéndose cada vez más automática. Jordan Severson y su esposa, Helen, ambos de más de cincuenta años, eran el epítome de los "nuevos ricos" que intentaban encajar en un mundo que no era el suyo. Jordan, un hombre de complexión robusta, con un traje que, aunque caro, parecía un poco rígido en sus hombros, escuchaba a Max con avidez. Su cabello, teñido de un castaño demasiado oscuro para su edad, y su sonrisa, un poco forzada, delataban su esfuerzo por proyectar una imagen de éxito y sofisticación. Helen, su esposa, era más menuda, con un vestido de seda que le quedaba grande y un peinado que parecía haber sido

sacado de una revista de los noventa. Sus ojos, aunque amables, tenían una expresión de ligera confusión, como si estuviera un poco abrumada por el brillo y la confianza de la gente que la rodeaba.

En determinado momento los ojos de Max se apartaron de Severson. Viajaron por el salón buscando a Sharon.

La señal.

Sharon se disculpó con la pareja del tenis y se abrió paso entre los asistentes. En el camino cogió una copa de la bandeja de un camarero y se acercó a los Seversons.

Max, que seguía conversando animadamente con Jordan, la divisó y su rostro se transformó. La recibió con una efusividad que rozaba lo teatral, envolviéndola en un abrazo.

—¡Cariño, por fin! —exclamó, besándola en la mejilla—. Quiero presentarles a mi esposa, Sharon, que además de ser la mejor esposa del mundo y una mujer genial, es una experta en Marketing digital; la mejor de todas.

Sharon se rio, un sonido melodioso y perfectamente modulado.

—Oh, Max, estás exagerando, como siempre.

—Ellos son Jordan y Helen Severson. Hace tres meses compraron una casa en la isla… En la calle Oak.

Sharon se volvió hacia los Severson.

—Es un placer conocerlos. La calle Oak es muy bonita y elegante.

Jordan Severson le estrechó la mano. A Sharon le bastaron dos minutos para saber que el tipo no era homosexual.

Helen le ofreció una sonrisa tímida.

—El placer es nuestro. Max es encantador.

Mientras se sucedía este primer intercambio cordial, Max, con una energía contagiosa, se apresuró a poner a Sharon al día.

—Cariño, no vas a creerlo, justamente Jordan me estaba diciendo que hace un mes viajaron a España y que probaron la mejor paella de su vida. Imagina lo que le he dicho…

Sharon lo observó, su mente trabajando a toda velocidad para improvisar la respuesta perfecta, pero no quiso aventurar una

—¡Eso es porque todavía no ha probado la mía! —remató Max con una carcajada.

Sharon se sumó de inmediato.

—¡Oh, no sabéis lo que es la paella de Max! Es su especialidad. Es el único plato que le permito cocinar, porque lo hace mejor que nadie.

Jordan y Helen sonrieron, visiblemente complacidos por la efusividad de la pareja. El hielo se había roto por completo.

—Querida, ¿no estás tomando nada? —preguntó Sharon dirigiéndose a Helen, su voz suave y cómplice—. Ven, vamos a la barra a buscarte un trago. Seguro los hombres se ponen a hablar de negocios o de cosas aburridas. Mejor vamos a divertirnos nosotras también.

Sharon la tomó del brazo y la guio a través de la multitud, hacia una de las barras que se extendían a lo largo del salón. Helen, todavía un poco sorprendida, se dejó llevar.

—¿Qué te apetece? ¿Un vino, un cóctel?

Helen dudó un momento.

—No lo sé. ¿Qué me recomiendas?

Sharon meditó un segundo.

—¿Has probado alguna vez el French 75? Es parecido al gin tonic, pero con champán y un toque de limón. Creo que te va a gustar. Es… sofisticado.

Antes de que Helen pudiera responder, Sharon se encontró con otra mujer en la barra, una rubia alta con un vestido rojo deslumbrante.

—¡Caroline, querida! ¡Qué gusto verte!

La mujer le devolvió el saludo con una sonrisa.

—Igualmente, Sharon. Estás radiante.

—¡Tú también! Permíteme presentarte a mi amiga: Helen Severson. Helen, ella es Caroline, una de las personas más encantadoras de la isla. Y una excelente jugadora de póker.

Caroline dijo que no era para tanto y siguió su camino, no sin antes recordarle a Sharon de un compromiso que ambas tenían en unos días.

Cuando volvieron a quedarse solas, Sharon se volvió hacia el barman, un hombre muy joven con el cabello oscuro y una sonrisa fácil.

—Dos French 75, por favor. Hazlos especiales, guapo.

Al decir la última frase extendió la mano y la apoyó sobre la del joven, en cuyo rostro apareció un ligero rubor en las mejillas.

—Enseguida, señorita.

Cuando el chico les entregó las bebidas, Sharon le entregó la de ella a Helen y probó un sorbo de la propia.

—¡Wow! No me equivoqué contigo —dijo dirigiéndose al joven barman—. Eres el mejor. Volveremos por ti en un rato…

A continuación se volvió hacia Helen y le guiñó un ojo.

—Siempre funciona.

Las dos se apartaron de la barra y se dirigieron hacia uno de los grandes ventanales, donde se extendía la playa casi desierta.

—¿Y bien, Helen? —preguntó Sharon, dando un sorbo a su copa—. ¿Cómo te sientes en la isla? Sé que al principio puede ser un poco abrumador.

Helen suspiró, su mirada perdida en la oscuridad del océano.

—Es precioso, no hay duda. Pero sí, es diferente. Viajamos casi todos los fines de semana desde San Francisco. Jordan está encantado con la casa y con la idea de hacer negocios aquí.

Sharon asintió, su rostro mostrando una comprensión profunda.

—Lo sé, querida. Es un poco cerrado aquí. Cuesta integrarse. Yo también pasé por eso al principio. La gente de aquí es… peculiar. Pero no te preocupes. Si Max está hablando con tu marido de su paella especial a sólo diez minutos de conocerlo es porque le ha caído bien. Él tiene muchas relaciones. Nosotros os ayudaremos en lo que podamos.

Helen se mostró conmovida.

—Gracias, Sharon, hemos venido a esta gala justamente para conocer gente. Ha sido difícil.

—Lo sé, lo sé —dijo Sharon, dándole una palmada suave en el brazo—. Pero ya verás. Con Max y conmigo, todo será más fácil.

Hubo un momento de silencio, ambas mujeres observando la inmensidad del océano. Sharon pareció transportada a alguna otra parte mientras miraba la costa, como si de pronto se hubiera olvidado de donde estaba.

De repente se volvió, reconectada con la situación.

—¿Tenéis hijos, Helen?

El rostro de Helen Severson se iluminó.

—Sí, uno. Se llama Parker y está en la universidad. Se fue de casa hace un año y nuestra vida ha cambiado desde entonces. Es duro, pero a la vez muy gratificante porque Parker es un buen chico, muy estudioso y ambicioso, como Jordan.

—¿Por eso habéis comprado la casa? Es como una nueva vida para vosotros, ¿verdad?

—Sí, algo así. ¿Y vosotros, Sharon? ¿Tenéis hijos?

El semblante de Sharon cambió. Una sombra de tristeza cruzó sus ojos, un matiz que Helen no esperaba.

—No. No tenemos hijos.

Helen se apresuró a disculparse, creyendo que había metido la pata.

—Oh, lo siento mucho, no quise…

—No, no, está bien —dijo Sharon, forzando una sonrisa, aunque la tristeza persistía en sus ojos—. El tema me sensibiliza un poco, es todo. La decisión de no tener hijos fue mutua, Max y yo lo hablamos mucho. Pero… últimamente, a veces tengo algunas dudas. Es algo que me ronda la cabeza.

Helen la animó.

—Eres joven, Sharon. Quizás en el futuro…

Sharon rio, una risa que no llegó del todo a sus ojos.

—No soy tan joven como parezco, querida —señaló su propio cuerpo con los dedos índice de cada mano—. El bisturí ha pasado por aquí…

Ambas empezaron a reírse.

En ese momento, Max y Jordan se acercaron.

—Parece que vosotras dos os lleváis de maravilla —observó Max—. Cariño, le he dicho a Jordan que vengan a casa el fin de semana a probar mi paella, ¿qué te parece?

Sharon se volvió hacia Helen, exultante.
—Es una excelente idea, ¿qué dices, Helen?
—¡Nos encantaría! Sería un honor.
—¡Fantástico! —exclamó Max, frotándose las manos.

14

Cerca de la medianoche, el Mercedes avanzaba por las calles desoladas de la isla. Las risas y la algarabía de la gala contrastaban brutalmente con el clima gélido que se había instalado en el interior del coche. Ni Sharon ni Max habían intercambiado todavía una sola palabra.

—¿Paella? —dijo Sharon de repente. No había reproche en su tono de voz, sólo una curiosidad teñida de ironía—. ¿Al menos sabes cómo preparar una?

Max la miró, un ligero asombro en sus ojos, como si la respuesta fuera obvia.

—Por supuesto que no. Severson dijo que era un enloquecido de la paella y vi la oportunidad.

Sharon asintió. Había sido una buena decisión de Max, que en definitiva había encontrado la excusa perfecta para invitar a los Seversons a su casa. La promesa de una paella casera había sellado el acuerdo que ninguna conversación de negocios o presentación de bufetes podría haber logrado en tan poco tiempo. Pero Sharon no se lo iba a reconocer, por supuesto. La distancia entre ellos se ensanchaba con cada día que pasaba. El amor, si alguna vez había existido, era una estación ya muy lejana; el reconocimiento y el apoyo, si bien de extinción más reciente, también había quedado atrás.

La distancia entre ellos quedaba incluso más en evidencia después de una actuación como la pareja perfecta. Sharon sentía la necesidad de replegarse en sí misma. Y Max lo sabía, por eso solía esperar a que ella tomara la iniciativa.

—¿Qué vas a hacer? Con la paella.

Max se encogió de hombros.

—No sé. Supongo que comprar una.

Ella suspiró y se quitó los zapatos de tacón, dejándolos caer suavemente sobre la alfombrilla del coche. Empezó a masajear los pies.

—La mujer es insufrible —dijo sin rodeos.

Max estuvo de acuerdo.

—Me dio esa misma sensación. Mucho mejor.

—Y hay algo más. Cuando le pregunté por los hijos, me dijo que tenían uno en la universidad. Luego me hizo la misma pregunta ella a mí y le dije que no teníamos hijos, que la decisión había sido mutua, pero que últimamente yo tenía algunas dudas. Ella se sintió mal al principio, luego empezó con sus palabras de consuelo. Si no la cogí del cuello en ese momento, creo que no lo haré nunca.

Sharon hizo una pausa, su mirada fija en la oscuridad de la ventanilla.

—Podría ser un buen ángulo para fortalecer el vínculo —dijo Max sin quitar los ojos del camino.

Cuando hablaban de negocios todavía podían dialogar y entenderse a la perfección, y eso era bueno. El día que eso no sucediera…

—¿Qué hay de Jordan? —preguntó Sharon—. ¿Cómo reaccionó a los comentarios de mujeres?

—No es homosexual, definitivamente —dijo Max.

—De eso no tengo dudas.

—Le hice un comentario subido de tono acerca de Caroline. Se rio como una hiena.

—¿Qué comentario?

Él apartó la vista del frente y la miró un breve instante, intentando descifrarla.

—No tiene importancia —dijo él por fin—. Yo creo que han picado…

Por primera vez, Sharon experimentó una inyección de entusiasmo producto de imaginar lo que vendría. Odiaba tener que aparentar frente a gente mediocre; gente como los Severson, previsibles y aburridos. La idea de invitarlos a su propia casa le daba ganas de vomitar. Pensar en lo que vendría después, en cambio, era

lo único que la motivaba un poco. El dinero, la libertad que el dinero prometía, el sufrimiento y la extorsión… No veía la hora de verlos sufrir.

15

Después de caminar por la playa, ya caída la noche, Luca decidió dar un rodeo por un camino diferente al que había utilizado para llegar al faro. Su intención era alejarse lo máximo posible del lujo de esa zona en particular y ver cómo era la vida más allá de la ostentación, porque Luca sabía que para que toda esa burbuja no explotara, había también en la isla un sistema que funcionaba por lo bajo: un respirador artificial incansable que hacía que todo eso fuera viable.

La avenida Andersen ya no tenía la vida que él había visto desde el coche al llegar a la isla; sólo quedaban abiertos los restaurantes, pero Luca sabía que en esa zona, cerca del faro y del centro, únicamente encontraría establecimientos de alta cocina con precios exorbitantes y un ambiente que no le apetecía en ese momento. Quería algo sencillo, más cercano a su devenir diario en Los Ángeles.

Caminó hacia el este por una calle estrecha. Creía estar orientado, pero sabía que en una península como aquella la ubicación del mar podía jugarle una mala pasada. Recorrió un vecindario cuyas casas, si bien no eran precisamente modestas, no tenían el mismo nivel de opulencia que las más cercanas al faro. Eso lo animó a pensar que estaba en la dirección correcta. Así llegó a la avenida Perrault, donde había un concesionario de coches usados, algunas tiendas cerradas y más allá una estación de servicio. A unos cien metros de distancia, vio un letrero de un restaurante sobre un poste elevado: Rusty Anchor. La luz de neón parpadeante, con la silueta de una hamburguesa y el ancla de un barco, nada tenía que ver con el estilo sofisticado del resto de los letreros de la isla que había visto hasta ese momento. Era exactamente lo que necesitaba.

Cuando llegó, comprobó que el Rusty Anchor efectivamente no tenía nada que ver con los restaurantes que estaban más cerca del centro. Bastaba con ver los manteles de papel y los dispensadores de servilletas de metal para comprender que allí no ponían pie ninguna de las familias influyentes de la isla. Este era el lugar de los empleados de hoteles, los jardineros, los obreros de la construcción, los camareros y las camareras y todas las personas que operaban la maquinaria de Falcon Island. Luca se sintió a gusto en cuanto franqueó la puerta del Rusty Anchor. El olor a grasa frita le recordó a sus almuerzos rápidos en Los Ángeles en sitios como In-N-Out Burger o Pink's Hot Dogs, lugares donde la comida era honesta y la gente real.

El lugar tenía una larga barra de acero inoxidable y taburetes giratorios, y una hilera de cabinas tapizadas en vinilo rojo a lo largo de las paredes, éstas últimas decoradas con fotografías en blanco y negro de barcos y pescadores, y un reloj de pared con la forma de un ancla. Era lunes por la noche y el lugar estaba casi vacío, salvo por algunas personas dispersas: un par de hombres con ropa de trabajo en la barra, una familia joven en una cabina del fondo. Una mujer de gafas alargadas iba de un lado para el otro detrás del mostrador y una camarera se ocupaba de las mesas.

Aquí, ninguna de las mujeres recordaba a Peyton. No había sonrisas perfectas y artificiales, sólo rostros cansados y genuinos. Luca ocupó una mesa junto a la ventana que daba al frente del local, buscando un poco de privacidad.

La camarera se acercó de inmediato a tomarle la orden. Era morena, de unos cuarenta años, con el cabello recogido en una coleta alta y algunos mechones rebeldes escapando por los lados. Llevaba un delantal blanco sobre una camiseta del Rusty Anchor.

—Hola, soy Maria —dijo, su voz suave y con un ligero acento que Luca no pudo identificar—. ¿Qué le apetece esta noche?

—Hola, Maria. ¿Qué me recomiendas?

Ni lo pensó.

—La hamburguesa especial de la casa, con queso y bacon. Y unas patatas fritas. Es lo que más sale.

—Perfecto. Eso suena bien. Y una Coca-Cola, por favor.

—Enseguida.

Mientras esperaba la comida, Luca miró por la ventana. Justo enfrente, al otro lado de la calle, había un motel de dos niveles, con un letrero de neón: Salt Spray Motel. Luca reconoció el nombre de inmediato, porque era donde se hospedaba el agente Hoyle. En algún momento, Luca había sopesado la posibilidad de hospedarse allí, pero finalmente lo había descartado. Podría ser una ventaja estar cerca del único agente del FBI trabajando en el campo, pero también un problema. Luca primero quería conocerlo y establecer qué tipo de vínculo tendría con él. Luca no era ingenuo y sabía que Hoyle bien podría sentir su presencia como una invalidación de su trabajo —que en cierto sentido lo era—, al ser Luca el nuevo líder de la operación. Lo mejor sería tratar de relacionarse con él con tacto en un entorno más formal. Tenían una reunión programada para el día siguiente que Luca esperaba con ansias.

La comida llegó en pocos minutos. La hamburguesa era generosa, las patatas fritas doradas parecían crujientes.

Maria se quedó un momento.

—¿Se le ofrece algo más? Es su primera vez en la isla, ¿verdad?

—Sí, he llegado hace unas horas.

La mujer sonrió, sus ojos miel brillando con picardía.

—Lo sé por cómo mira las cosas. Los que vienen por primera vez siempre miran con más atención. Como si buscaran algo.

Luca sonrió.

—Pues en mi caso eso es totalmente cierto —admitió.

Maria pareció complacida con su pequeño acto de destreza para conocer a los comensales, le dijo que si necesitaba cualquier cosa no dudara en llamarla y se retiró.

La hamburguesa estaba más que bien, las patatas fritas perfectamente saladas. Mientras comía, Luca empezó a pensar indefectiblemente en Peyton y en el caso. Su cabeza, que había intentado desconectar durante el paseo por la playa, ahora se metía de lleno en lo que vendría. A primera hora del día siguiente tenía la reunión programada en el departamento de policía local para conocer al jefe de policía, que estaba colaborando en el caso, y al

agente Hoyle, para que lo pusiera al corriente de los avances de los últimos días. Luca sabía que Hoyle estaba trabajando de cerca en dos posibles sospechosas que podrían ser Peyton: dos mujeres que encajaban con el perfil y que habían llegado a la isla en los últimos siete años.

Luca observó por la ventana el devenir del escaso tráfico. La calle estaba casi desierta; sólo algún coche ocasional pasaba por delante del Rusty Anchor. En determinado momento, un coche patrulla aparcó en la esquina, en la vereda de enfrente. No tenía la sirena encendida ni parecía tener prisa.

Del lado del conductor se bajó una mujer. Luca no la conocía personalmente, pero asumió que era la oficial Brenda Miller, uno de los dos oficiales de policía en la isla, aunque no llevaba su uniforme reglamentario sino ropa casual.

A Luca la situación lo inquietó de inmediato. Antes de llegar al Salt Spray Motel, la mujer echó un vistazo rápido a su alrededor con un gesto casi imperceptible, y luego entró caminando por la puerta peatonal.

Luca cerró los ojos por un segundo. Sabía que estaba haciendo algunas suposiciones. La oficial Miller podía ir al motel de Hoyle por motivos relacionados con la investigación, pero en el fondo Luca sabía perfectamente lo que acababa de ver: una oficial de policía fuera de servicio que entraba discretamente en el motel donde se hospedaba el agente del FBI a cargo de la operación en la que ella participaba.

Si ladra y mueve la cola es un perro, pensó Luca con expresión amarga.

Aquella sin dudas sería otra capa de complejidad para el encuentro del día siguiente con el equipo. Era evidente que Alyssa no estaba al tanto de la situación, pues de lo contrario lo hubiera alertado.

Luca le dio un último mordisco a la hamburguesa y la dejó en el plato. El apetito se le había ido por completo.

16

La noche había sido reparadora, contra todo pronóstico. El tintineo peculiar de las cañerías que discurrían por el techo no resultó un problema en absoluto. Abrió los ojos a las 5:58 AM, con la tenue luz grisácea que se filtraba por la rendija de las cortinas en la única ventana, marcando que el amanecer estaba cerca.

El vapor de la ducha caliente terminó de despertarlo. Mientras el agua corría por su cuerpo visualizó la jornada que tenía por delante: la visita a la comisaría local para conocer al jefe de policía y también al agente Ryan Hoyle.

A regañadientes, Luca escogió el único traje. Esperaba que no fuera su vestimenta habitual en la isla, pero quería causar una buena impresión al jefe de policía y a su gente. Además, imaginaba que Hoyle —fiel a los códigos habituales del FBI— elegiría un traje para ese día y Luca prefería no marcar diferencia en eso.

Pensar en Hoyle le hizo recordar el incidente de la noche anterior, cuando vio a la oficial Miller entrar al Salt Spray Motel. Esperaba realmente que sólo fuera una simple coincidencia o que detrás hubiera una explicación diferente a la que su cerebro se empecinaba en insinuar.

Terminó de abotonarse la camisa, ajustó la corbata y se calzó los zapatos. Se miró en el espejo colgado en la parte interna del armario. El hombre que le devolvió la mirada era el mismo de siempre, salvo por una leve cuota de incertidumbre. No era un novato, sin embargo la sensación de tener que demostrar que estaba a la altura estaba allí, no tenía sentido negarlo.

Eran las 6:25 AM cuando salió de la habitación en el ático. Bajó las escaleras hasta la recepción sin utilizar el ascensor. El mostrador de la recepción estaba otra vez desierto. Era demasiado

temprano para los turistas, pero esperaba al menos ver a algún empleado: Pierce, Mindy o la propia Juliette Vance. La calma era absoluta, casi fantasmal.

El aire fresco de la mañana lo recibió con la mezcla de salitre y pino que ya le empezaba a resultar familiar. Todavía era de noche. La iluminación corría exclusivamente por cuenta de las farolas y las luces de algunos negocios que empezaban a abrir en la distancia. Luca cruzó el pequeño aparcamiento contiguo al hotel y se dirigió hasta el Focus frotándose las manos, no porque la mañana estuviera particularmente fría, sino en preparación para lo que sería ese día. Encendió el coche y se propuso llegar al Rusty Anchor sin utilizar el GPS, que todavía no había sacado de la guantera del coche. Su propósito más inmediato era poder ubicarse en la isla sin necesidad de la geolocalización; de todas las cosas que había cambiado desde sus inicios, su aversión por la dependencia al GPS no era una de ellas.

El restaurante estaba a ocho manzanas de distancia según sus cálculos. La noche anterior, el trayecto le había parecido mucho más largo porque primero había ido al faro y luego había dado un rodeo innecesario. Hoy iría en línea recta. Podría haber caminado, pero necesitaba el coche para dirigirse a la comisaría después del desayuno.

Al llegar al Rusty Anchor notó un cambio inmediato. El local, que la noche anterior había estado semivacío, estaba notablemente más concurrido, especialmente la barra, donde una fila de hombres robustos con gorras de béisbol y ropa de trabajo, probablemente pescadores o trabajadores portuarios, charlaban animadamente. Algunos se giraron con curiosidad al notar la entrada de Luca. Él fue completamente consciente de que su vestimenta desentonaba con el ambiente informal del lugar, pero no estaba allí para pasar desapercibido, sino todo lo contrario.

Se sentó en la misma mesa que había ocupado la noche anterior y enseguida se acercó Maria con una jarra de café negro. Maria no hizo nada por disimular su sorpresa al verlo vestido de esa forma; de hecho, probablemente lo exageró para iniciar una conversación.

—Buenos días —dijo con una ligera elevación de la voz que delataba su asombro—. ¿Es usted del FBI?

Mientras formulaba la pregunta dio vuelta la taza sobre la mesa y sirvió el café.

—No soy del FBI. Soy del departamento de policía de Los Ángeles. Me llamo Luca.

Maria se quedó boquiabierta por un instante, con la jarra levitando sobre la taza, ahora llena.

—¡Vaya! Todo el mundo sabe que el FBI está trabajando en la isla. Todos esos controles en el acceso…

—Vengo a prestar mi ayuda —dijo Luca.

Era evidente que Maria tenía más preguntas, pero en lugar de hacerlas bajo la vista y sólo se permitió una reflexión:

—Todos conocíamos a Eleanor Vance. Nadie debería pasar por una cosa así. Yo tengo una hija de su edad… Ahora no le permito ir sola a ninguna parte.

—Es algo trágico —asintió Luca.

—Ojalá atrapen pronto al responsable. Si tengo que ser sincero con usted, yo no creo que sea nadie de la isla. Esas cosas no suceden aquí.

Luca asintió con pesar. Por supuesto, revelar la participación del departamento de policía de Los Ángeles no había sido una torpeza de su parte, sino un movimiento calculado para que la noticia corriera rápido por la isla. Sin embargo, debía ser cuidadoso con cada insinuación o comentario. Cualquiera de ellos podía magnificarse en una dirección indeseada.

—Lo siento, detective…

—Llámame Luca, por favor. Si el desayuno de aquí es tan bueno como la hamburguesa, creo que nos veremos seguido. ¿Qué me recomiendas, Maria?

La camarera se alegró.

—Los desayunos son nuestra especialidad —dijo abarcando a la concurrencia con un ademán—. Si quieres algo saludable, te recomiendo los huevos revueltos con aguacate y tostadas.

—Voy a hacerte caso.

Mientras esperaba la orden, Luca observó con más atención el interior del Rusty Anchor. Algunos clientes aún lo miraban de reojo y eso era bueno. Muchos de ellos le preguntarían a Maria por él en cuanto se marchara.

Ya había amanecido por completo y Luca pudo observar al Salt Spray Motel desde una perspectiva diferente. Una idea, simple y obvia, que hasta ese momento no había considerado, cruzó su mente: era perfectamente razonable que el agente Hoyle desayunara allí. ¿Por qué no lo haría? Estaba justo enfrente del hotel donde se hospedaba, era conveniente. Y, sin embargo, Maria, que parecía saberlo todo sobre la gente de la isla y los visitantes, no le había mencionado nada sobre Hoyle. Había dicho que "todo el mundo sabe que el FBI está trabajando en la isla", pero no había aludido directamente a Hoyle, ni a que desayunara o cenara en el Rusty Anchor. ¿Quizá Hoyle prefería la privacidad de su motel?

Otro interrogante para la lista. No conocía a Hoyle y el sujeto ya le intrigaba.

La comida llegó. Luca no pensaba quedarse demasiado tiempo. De hecho, lamentó no haber pedido el café para llevar, una lección que anotó mentalmente para la próxima vez. Mientras elevaba la taza a sus labios, su móvil vibró en el bolsillo de su chaqueta. Era un mensaje de Danny Durham que no lo sorprendió pero que tampoco esperaba; además de ser el capitán de la división de Robos y Homicidios, Danny era su amigo de confianza. Lo que sí lo pilló por sorpresa fue el contenido del mensaje: VA A LLAMARTE RICHARD DUNCAN.

Luca frunció el ceño. Richard Duncan era el director de la división de criminales violentos del FBI, jefe directo de Alyssa Paget, pero también un veterano bien posicionado en el entramado político del buró. Luca sabía por boca de Alyssa que Duncan era, en general, un hombre sensato y recto, que priorizaba el orden y los resultados. Nunca había hablado directamente con él. ¿Por qué Duncan querría llamarlo directamente a él? Había quedado implícitamente claro que los contactos con el FBI serían por intermedio de Alyssa.

Empezaba a preocuparse cuando la pantalla del móvil se iluminó y apareció un número desconocido. Respondió al instante.

—Bruzzo.

—Detective Bruzzo, soy Richard Duncan. Supongo que el capitán Durham le ha dicho que iba a llamarlo.

Luca se quedó momentáneamente en silencio. Su cerebro empezaba a especular. Ninguna de esas especulaciones era buena.

A su alrededor, los comensales del Rusty Anchor seguían sumidos en sus conversaciones, ajenos por completo a él. Su primera reacción fue un impulso irrefrenable de levantarse, de caminar por todo el salón como un maníaco. Hablar sentado con un director del FBI lo puso frenético.

—Sí, señor —respondió finalmente, su voz un poco más tensa de lo que hubiera querido—. El capitán Durham acaba de avisarme.

—Quería confirmar primero que ya está instalado en la isla.

—Sí, señor, así es. Estoy desayunando en este momento.

—Perfecto —dijo Duncan—. Asumo entonces que todavía no se ha reunido con el agente Hoyle.

—No, señor. Ni con él ni con nadie del departamento local. En media hora los veré en la comisaría como hemos acordado.

Se produjo una breve pausa en la que Luca escuchó el murmullo distante de un despacho, un contraste brusco con el ambiente del restaurante. Duncan rompió el silencio con una solemnidad que le heló la sangre.

—Bruzzo, ha sucedido algo indeseado.

El corazón de Luca se paralizó. De repente, todo cobró una claridad aterradora. La urgencia inusual de la llamada, la repentina comunicación de Duncan con un detective que apenas conocía, la razón por la que el superior directo de Alyssa lo llamaba con tanta premura… Era por ella.

—En el día de ayer, Alyssa ha sufrido una complicación en su embarazo. Ha tenido que ser internada.

La noticia lo golpeó con la fuerza de un puñetazo en el estómago.

En algún momento había cogido la taza de café y ahora la regresó a la mesa.

—¿Ella está bien?

—Sí, tanto ella como el niño están bien —respondió Duncan—. Pero la situación es muy delicada, según me ha hecho saber su prima, con la que he hablado hoy a la madrugada. Deberá permanecer internada y en observación.

Luca cerró los ojos por un instante, un suspiro de alivio se le escapó.

—Gracias por el aviso, director Duncan.

—De nada. Por supuesto, Alyssa va a estar incomunicada mientras permanezca en el hospital. Su prima nos avisará en cuanto sepa algo. Todavía permanece sedada, pero los médicos han dicho que cuando despierte deberá mantenerse lejos del trabajo y de situaciones de estrés. Ya tiene bastante con su embarazo.

—Por supuesto. Delo por hecho.

—Una cosa más…

Luca esperó, el aliento contenido. Sentía que el nudo en su estómago se apretaba.

—He tomado la decisión de que el agente Hoyle lidere la operación. No es algo en contra de usted, espero que lo entienda.

Luca se quedó inmóvil, con el teléfono apoyado en la oreja. La decisión de que Luca estuviera al frente había sido de Alyssa, era ella la que conocía su trabajo y el compromiso con la búsqueda de Peyton.

—Director Duncan, con todo respeto, creo que Alyssa tomó la decisión de colaborar con el departamento de policía por una buena razón —dijo Luca procurando encontrar las palabras exactas sin sonar desafiante.

—Detective Bruzzo, seré completamente franco con usted. La colaboración con el LAPD nunca me pareció una buena idea, pero no por motivos personales. Dicho esto, confío en Alyssa y en su criterio, y por eso decidí apoyarla. Sigo en esa postura, y su aporte a la operación es más que bienvenido. De mi parte, no tengo nada en contra de su trabajo, y el motivo de esta llamada no es que sienta que su aporte no es apreciado.

La voz de Duncan era inquebrantable. Luca sabía que la decisión estaba tomada, pero al mismo tiempo no podía dejar de sentir una ira creciente. Había viajado hasta allí, dejando atrás sus

propios casos y, más importante de todo, a su familia. Duncan podía decir todo lo que quisiera, pero lo que Luca sintió en ese momento era que, efectivamente, su aporte no estaba siendo retribuido como correspondía, respetando el acuerdo con Alyssa.

Pensar en ella le ayudó a enfocarse. Alyssa estaba en el hospital y Luca sabía perfectamente lo que ella le pediría en una situación así.

—Entiendo la situación, director Duncan.

—Me alegra escuchar eso. La operación estará ahora directamente bajo mi supervisión y debo poner al frente a alguien de mi confianza. Ryan Hoyle es esa persona.

Luca no dijo nada. Duncan no le estaba pidiendo su opinión, sino informando cómo serían las cosas de allí en adelante. Probablemente ellos no volverían a hablar hasta que las cosas en la isla terminaran, para bien o para mal.

—El agente Hoyle es un gran profesional —dijo Duncan—. Estoy seguro de que podrán trabajar muy bien juntos.

Profesional, pensó Luca con una punzada de sarcasmo. Miró hacia el costado, donde estaba el motel al que la oficial Miller había entrado el día anterior, posiblemente para verse con el super profesional agente Hoyle.

—De ahora en adelante reportará directamente al agente Hoyle.

—Entendido.

Luca sabía que no tenía sentido darle más vueltas a la decisión, por lo menos no ahora. Su mente estaba fragmentada entre la preocupación por Alyssa y la impotencia ante el cambio en las reglas del juego.

—Adiós, Bruzzo.

—Adiós director Duncan.

La comunicación se interrumpió. En la taza quedaba un poco de café frío y Luca se lo bebió sin pensarlo.

17

La comisaría de Falcon Island estaba cerca del acceso terrestre a la isla —algo que tenía bastante sentido desde el punto de vista estratégico—, pero que la situaba relativamente alejada del Rusty Anchor. Con la llamada de Duncan, Luca se había retrasado un poco y no quería llegar tarde a la reunión con Hoyle. A regañadientes, sacó el GPS de la guantera del Focus y colocó la dirección que tenía anotada en su libreta.

El dispositivo lo guio por una serie de rutas serpenteantes rodeadas de bosque, alejadas de las zonas residenciales y comerciales. El paisaje se volvió cada vez más denso hasta que, al cabo de veinte minutos, llegó a una explanada. Allí, entre árboles altísimos encontró a la comisaría, una cabaña rústica de madera y piedra, más parecida a una estación de guardaparques que a otra cosa. Quizás ese había sido su propósito original, pensó Luca, antes de que la isla se desarrollara y la necesidad de una fuerza policial más formal se hiciera evidente.

Aparcadas en el frene había dos patrullas y una imponente camioneta Ford Raptor de color negro. Asumió que esté último sería el vehículo elegido por Hoyle, una opción bastante menos discreta que el Focus de Luca.

Luca se bajó del coche y abrió la puerta trasera para sacar su bolso con el portátil. En ese momento, una voz de mujer lo sorprendió.

—Tú debes de ser Bruzzo.

Se dio la vuelta. En la galería lateral de la comisaría, una mujer estaba de pie, fumando un cigarrillo, apoyada contra una de las columnas de madera. La reconoció inmediatamente por su cabellera rojiza, aunque ahora la llevaba sujeta en una cola de caballo alta.

Era la oficial que había visto entrar al Salt Spray Motel la noche anterior. Ahora que la tenía más cerca, Luca se encontró haciendo el ejercicio habitual cada vez que se cruzaba con una mujer joven y bella como la oficial Miller. ¿Podían las facciones de Peyton Allen encajar en el rostro de Brenda Miller? Su piel era pálida y sus ojos de un azul intenso, casi eléctricos, pestañas largas, una mirada directa y desafiante. Su nariz era perfecta y afilada.

—Sí, soy yo —dijo Luca, acercándose a ella—. Tú debes de ser Brenda Miller.

—La misma —respondió ella, exhalando una bocanada de humo.

Él se acercó más de lo necesario y le tendió la mano. Luca aprovechó el momento para estudiarla de cerca. La boca ancha, los labios carnosos, unos ligeros pliegues debajo de las orejas. Ella se dio cuenta de su interés y le sostuvo la mirada sin inmutarse. Si aquella mujer era Peyton Allen —e increíblemente Luca no estaba en posición de descartarlo— entonces su osadía para involucrarse directamente en la investigación no tenía límites.

—Por un momento pensé que ibas a ser mi jefe —dijo Miller con un tono entre burlón y sarcástico que Luca no terminó de descifrar del todo.

—¿Estás asignada al caso de Peyton Allen?

No se refirió al caso de Eleanor Vance, que hubiera sido lo correcto, sino que utilizó a propósito el nombre de Peyton. Quería ver la reacción de Miller. Luca creyó percibir un momento de duda, un parpadeo apenas perceptible en sus ojos azules, antes de que su expresión volviera a ser neutral.

—Ciento por ciento asignada al caso —respondió Miller con voz firme.

—Entonces trabajaremos juntos.

Luca se dio la vuelta para marcharse.

—El jefe Reese y Hoyle ya están dentro —dijo Miller, que todavía no había terminado su cigarrillo.

Al entrar a la comisaría se encontró con una recepción donde predominaba la madera, y más allá una sala más amplia con cuatro escritorios desocupados, aunque todos ellos abarrotados de cosas.

La decoración allí era todavía más cargada que en la recepción. Los archivadores colocados en una de las paredes tenían encima un sinfín de adornos, condecoraciones, fotografías enmarcadas y objetos de todo tipo, algunos de ellos difícil de imaginar en una comisaría.

Luca se quedó mirando un telescopio y una reproducción a escala del Halcón Milenario.

En la parte de atrás había dos puertas con un pasillo en medio. Luca se acercó y comprobó que una de las puertas conducía a un despacho, presumiblemente de Reese, que sin dudas era un acumulador compulsivo y el responsable de la cuestionable decoración de su lugar de trabajo. En la otra puerta había una cocina pequeña, también vacía. Se adentró por el pasillo.

¿Dónde estaban todos?

La puerta al final del pasillo estaba abierta. Luca se asomó y vio una sala bastante amplia, pero que no lo parecía por la cantidad de estanterías de madera repletas de carpetas y archivadores apilados de forma caótica. En el centro, una mesa improvisada, hecha con dos caballetes y un tablero de madera, estaba rodeada por cinco o seis sillas de oficina. Sobre la mesa había dos ordenadores portátiles y varias tazas de café.

Sentado en una de las sillas, con la espalda recta y las manos apoyadas en la mesa, estaba el jefe de policía Reese. Llevaba puesto su uniforme, una camisa de manga larga de color caqui con insignias discretas y un sombrero de ala ancha de fieltro. Reese tenía unos sesenta años, el rostro curtido por el sol y un tupido bigote blanco que le cubría el labio superior.

Parado junto a la única ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho, estaba el agente Ryan Hoyle. A diferencia de lo que Luca había anticipado, Hoyle no llevaba puesto un traje, sino una ropa completamente casual: unos vaqueros, una camiseta de manga corta y una chaqueta ligera.

Aquella sala de trabajo improvisada no se parecía en nada a la que el FBI había montado en su momento para capturar al responsable de los crímenes de Hollywood. No había paneles de corcho con fotografías de víctimas, mapas de la ciudad con

chinchetas de colores ni líneas de hilo rojo conectando pistas. Era un espacio funcional, sí, pero carecía de la sofisticación y la organización que Luca asociaba con una investigación de alto perfil. Con su traje azul y su bolso en bandolera se sintió completamente fuera de lugar.

—¡Luca! —dijo Hoyle con efusividad. Se acercó con una sonrisa amplia—. Perdón por no haber ido a recibirte, justo te vimos llegar por la ventana. ¡Bienvenido a Falcon Island!

Luca seguía de pie en el umbral, observando a Hoyle. El agente del FBI era de su misma edad pero más alto y con el cabello cortado casi a cero, lo que le daba un aspecto militar. Sus ojos color avellana brillaban con una energía que Luca no había anticipado.

Luca le estrechó la mano. El apretón fue firme, quizás *demasiado* firme. El agente en ningún momento dejó de sonreír, casi como si se hubiera mimetizado con esa felicidad artificial que impregnaba la isla. Luca recordó el vídeo de *Black Hole Sun,* de Soundgarden, e inmediatamente su mente le jugó una mala pasada inesperada.

Black *Hoyle* sun

Luca esbozó una sonrisa tenue y se acercó a Reese para saludarlo. El jefe de policía se levantó de su silla, un hombre de mirada serena que se limitó a darle la bienvenida en un tono mucho más normal, sin la efusividad forzada de Hoyle.

—Larry —dijo Hoyle sin perder la sonrisa—, ¿serías tan amable de dejarnos a solas un momento con el detective Bruzzo? Hay algunos asuntos que tenemos que resolver antes de empezar.

—Por supuesto. Estaré en mi despacho.

Reese salió de la habitación. En cuanto cerró la puerta tras de sí, la sonrisa de Hoyle se borró en un segundo.

18

Hoyle se había sentado en una de las sillas, su postura erguida, como si estuviera posando para una fotografía. Luca ocupó la silla justo enfrente, dejando su bolso sobre la mesa. El aire en la improvisada sala de trabajo era opresivo, no sólo por estar abarrotada de objetos sino por la tensión entre los dos hombres.

—Asumo que has hablado con Duncan— dijo Hoyle.

—Acaba de llamarme— respondió Luca. No iba a darle a Hoyle la satisfacción de ver cualquier atisbo de sorpresa o frustración.

—Entonces ya sabes cómo serán las cosas de ahora en adelante.

—Así es.

Hoyle inclinó ligeramente la cabeza, una sonrisa apenas perceptible asomando en sus labios.

—Y sin embargo aquí estás.

Luca frunció el ceño. Durante estos primeros minutos, la idea un tanto prejuiciosa que había concebido de Hoyle empezaba a hacerse realidad.

—¿A qué te refieres?

Hoyle se recostó en su silla, cruzando los brazos sobre el pecho. La luz que se filtraba por la única ventana, ya más intensa con el avance de la mañana, iluminaba el polvo suspendido en el aire.

—¿Honestamente?

—Por supuesto.

—A que pensé que cuando Duncan te llamara por teléfono y te dijera que yo estaré al frente de todo, como debió haber sido desde el comienzo, harías lo que cualquier persona sensata haría en tu lugar.

Luca no iba a cederle ni un centímetro.

—No te sigo. ¿Qué se supone que debería hacer?

El agente del FBI se puso de pie de un salto, visiblemente molesto. Su silla chirrió contra el suelo. Caminó hacia la ventana, luego se giró para mirar a Luca con impaciencia.

—Vamos, Luca, ¿qué haces aquí? ¿No tienes un poco de autoestima?

Luca se mantuvo sentado, inmutable. Aunque Hoyle seguía llamándolo por su nombre, Luca no estaba dispuesto a hacerlo. Había esperado encontrarse con un capullo, y parece que había tenido razón.

—Alyssa me pidió…

—Alyssa no está más al frente —lo interrumpió Hoyle—. ¿Es que no lo entiendes?

—¿Por qué no eres claro, Hoyle? ¿Qué es lo que quieres realmente?

—¿Qué esperas para irte?

—Duncan me ha pedido que me quede.

Hoyle soltó una risa corta.

—¡Claro que te lo ha dicho! Porque es un hombre sensato y espera que tú le digas que si no vas a estar al mando, te irás de regreso a Los Ángeles. Conozco a Duncan desde hace tiempo, sé que es lo que esperaba de ti.

Luca empezaba a sentir la ira germinando en su interior, una chispa que amenazaba con convertirse en un incendio.

Se lo quedó mirando. Sabía que si abría la boca sería para peor.

El agente del FBI empezó a moverse, fingió detenerse en las paredes, luego en la ventana. Aunque la puerta de la improvisada sala de trabajo estaba cerrada, Luca asumía que el jefe Reese, en su despacho contiguo, sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo allí. Posiblemente también la oficial Miller, que había estado oportunamente lejos de la sala cuando él llegó. Ahora que Luca lo pensaba un momento, cuando le había dicho a Brenda Miller que ellos dos trabajarían juntos, ella había guardado silencio; una pausa que ahora adquiría un nuevo significado.

Pensar en Miller le hizo recordar a Luca la posible aventura entre Hoyle y ella en el Salt Spray Motel. Luca se preguntó cómo reaccionaría el director Duncan si se enterara del comportamiento de su agente estrella. No tenía intenciones de sacar a relucir ese tema —no era su estilo—, pero una parte de él realmente lo consideró, aunque sea para ver la expresión de perplejidad de Hoyle.

—Luca, tienes a tu familia, tu trabajo… vuelve a Los Ángeles. Alyssa te pidió que vinieras, es cierto…, pero Alyssa ya no está.

Esa fue la gota que colmó el vaso. La mención de Alyssa y la forma despectiva en que Hoyle la había descartado, encendió la mecha. Luca se puso de pie de un salto, su silla golpeando el archivador detrás de él con un estruendo. Señaló a Hoyle con el dedo, su rostro contraído por la furia. Algo debió de ver el agente en su expresión, porque Hoyle retrocedió un paso, sus ojos abriéndose de par en par.

—¡Alyssa está internada, hijo de puta! —gritó Luca—. No creas que porque te he dejado cacarear un poco vas a poder decir cualquier cosa. Un comentario más fuera de lugar y vamos a resolver las cosas de otra forma.

El aire se cortaba con un cuchillo. Hoyle, con el rostro pálido, pareció comprender que había cruzado una línea. Adoptó ahora otra postura, su cuerpo se relajó ligeramente y su voz, cuando habló, trató de sonar calmada y componedora, como si buscara convencer a un niño de algo obvio.

—Está bien, empecemos de nuevo. Sentémonos un momento.

Luca se sentó, pero sin dejar de observar a Hoyle con severidad. Hacía tiempo que no sentía deseos de golpear a alguien, y Hoyle se había comprado todos los números para recibir una golpiza.

—Esta es mi investigación ahora, Luca.

—Detective Bruzzo —corrigió Luca con voz gélida.

—Duncan ha sido claro con eso, ¿verdad?

Luca no dijo nada. Seguía lanzándole veneno por los ojos. Era evidente que Hoyle había asumido que él se comportaría de otra manera —quizás que se iría con el rabo entre las piernas—, porque

ahora parecía completamente fuera de guion, intentando recuperar el control de una situación que se le había escapado de las manos.

—Tengo el derecho a elegir mi equipo, ¿no te parece?

—Ya te lo dije, Hoyle, el director Duncan me dijo que valora mi participación, así que, francamente, me importa una mierda lo que tú creas.

—Esto no va a funcionar.

—Parece que no.

Luca se lo quedó mirando de manera desafiante. Si lo pensaba un minuto, posiblemente lo mejor que podía hacer era exactamente lo que Hoyle le sugería: dar media vuelta, regresar por sus cosas a La Posada del Halcón y volver a casa con su familia. Ganas, por supuesto, no le faltaban. Además, si en los primeros diez minutos de convivencia habían estado a punto de tomarse a golpes de puño, ¿qué podría pasar en un mes?

Pero Luca no iba a dar el brazo a torcer. Hoyle había utilizado la peor estrategia posible. Si se hubiera mostrado amable y le hubiera explicado de manera civilizada por qué prefería que él no formara parte del equipo, quizás Luca lo hubiera considerado. Pero no de esta forma.

Hoyle había intentado apagar un incendio con gasolina.

Por otro lado, Luca debía considerar la posición de Alyssa. Por algo ella no había puesto a cargo al idiota de Hoyle. Seguramente se había visto forzada a incluirlo —quizás incluso a instancias de Duncan— y Luca había sido su forma de tener un par de ojos de confianza para controlarlo. Era evidente que Alyssa no había confiado en las capacidades de liderazgo y profesionalidad de Hoyle.

Y había algo más, por supuesto. Luca había formado parte de la investigación de Los Crímenes de Hollywood, no Hoyle. Él conocía a Peyton Allen, su mente retorcida, su *modus operandi*.

Luca se propuso un último intento de dialogar con aquel tipo.

—Hoyle, Alyssa me eligió por una razón. Yo participé en la investigación de Los Crímenes de Hollywood. Conozco a Peyton Allen, sé cómo piensa. Ella es una asesina emocional, que busca una conexión con sus víctimas, directa o indirectamente. El daño irreparable que ejerció contra George, su propio padre, lo prueba. Yo

puedo aportar a la investigación esa carga emocional necesaria para que Peyton cometa un error.

Hoyle lo escuchó, su rostro inexpresivo, pero Luca pudo ver un destello de desdén en sus ojos.

—Cuando hablas de Los Crímenes de Hollywood —dijo Hoyle— ¿te refieres a la investigación que fracasó estrepitosamente?

Cálmate.

—Los Crímenes de Hollywood sucedieron hace mucho tiempo —continuó Hoyle—. Peyton ha evolucionado. Ya no es la misma. ¡Hasta ha cambiado de aspecto! Y no va a cometer ningún error. Francamente, pienso que tu presencia aquí es un error que podría poner en riesgo la operación.

—¿Por qué?

Hoyle lo observó con una intensidad que no había desplegado antes.

—Porque yo estoy a punto de desenmascararla.

La contundencia de la frase transformó el aire entre ellos. Luca intentó descifrar si había algo de verdad en la aseveración de Hoyle o si era un simple farol. La arrogancia de Hoyle era tan grande que bien podía ser esta última una posibilidad.

—Entonces felicitaciones —dijo Luca.

Hoyle se inclinó sobre la mesa.

—Yo soy el que hace semanas que está en la isla trabajando sin descanso. Yo, junto con el resto del equipo, estamos a punto de descubrir a Peyton, y no voy a permitir compartir el éxito con nadie que no lo merezca, mucho menos alguien del departamento de policía.

Así que ahí estaba… la verdadera razón. El ego, la necesidad de crédito, el miedo a compartir la gloria. Y con un policía, claro.

—¿Por qué no se lo dices a Duncan? —lo desafió Luca—. Si tenéis tan buena relación, seguro accederá.

—Quizás lo haga —lo desafió Hoyle.

El agente tenía el rostro enrojecido por la ira. Era evidente que algún tipo de proceso estaba teniendo lugar en su interior, como un volcán a punto de estallar.

El cuerpo de Hoyle se tensó, los músculos de la mandíbula marcados, masticando bronca.

El grito fue tan potente que pilló a Luca por sorpresa.

—¿POR QUÉ NO COGES TUS COSAS Y TE LARGAS DE UNA PUTA VEZ?

Pasaron varios segundos. ¿Minutos?

Luca se levantó lentamente, sin prisa, y empezó a colocarse el bolso alrededor del cuello, ajustando la correa. Hoyle, viéndolo moverse, empezó a sentir que su intimidación había surtido efecto; se mantuvo de pie, en posición intimidatoria, su respiración aún agitada.

Pero Luca en vez de ir a la puerta rodeó la mesa, sus pasos lentos y deliberados, y se acercó a Hoyle.

Hoyle mantuvo su postura, pero era evidente que la sorpresa y una pizca de miedo se habían apoderado de él.

Luca se acercó mucho, su rostro a escasos centímetros del de Hoyle. Hoyle era más alto, sí, pero Luca lo miraba directamente a los ojos, su mirada penetrante, sin pestañear.

—Si alguna vez vuelves a levantarme el tono de voz —dijo Luca, su voz un susurro helado que contrastaba con el grito anterior de Hoyle—, las cosas entre tú y yo van a terminar realmente mal.

Dio media vuelta sin esperar respuesta, y caminó en dirección a la puerta. La abrió, pero antes de salir se volvió en dirección a Hoyle, que seguía inmóvil.

—Tú y yo no hemos terminado… —dijo Luca antes de salir.

Luca cerró la puerta con suavidad y caminó hacia la salida. La puerta del despacho del jefe de policía estaba entreabierta, y allí vio a Reese, sentado en su escritorio con la mirada fija en un punto indefinido. Luca no dijo nada, sólo le dedicó una mirada rápida antes de seguir su camino.

Esperaba encontrar a la oficial Miller afuera, quizás fumando otro cigarrillo, pero no había señales de ella.

Se subió al coche negando con la cabeza. La mañana no había resultado en absoluto como él esperaba.

19

Eran las cuatro de la tarde. En la pequeña habitación del ático de La Posada del Halcón, Luca se sentó frente al ordenador portátil. Habían pasado varias horas del tenso encuentro con el agente Hoyle; más que nunca necesitaba la normalidad de su familia, aunque más no fuera por videollamada.

Era la primera vez que pasaba más de un día lejos de Lily. Lo que sentía, inesperadamente, era muy diferente a lo que había esperado. La extrañaba muchísimo, por supuesto, a ella y a Sarah, pero al mismo tiempo había una parte de él —posiblemente la que había estado sola durante tantos años de su vida— que lo había sumido en una especie de modo de supervivencia. Era una sensación difícil de describir, como si su cerebro se hubiera compartimentado: una divergencia entre el Luca de la actualidad padre de familia y el Luca del pasado, solitario y aferrado a su trabajo diario. Con cierta vergüenza debía reconocer que durante el día había sido el segundo Luca, y que apenas había pensado en su familia. Ahora le resultaba casi ridículo, porque mientras esperaba que empezara la videollamada no podía hacer otra cosa que pensar en ellas y en un aluvión de imágenes y rituales cotidianos que echaba mucho de menos.

El icono de la cámara se encendió y Luca se acomodó en la silla, intentando que su rostro se viera lo más relajado posible. Un pitido, y luego la pantalla se llenó de luz y color.

Allí estaban.

La imagen se estabilizó revelando el salón de su casa en Los Ángeles, un espacio del que Luca conocía cada rincón, cada textura. Era un contraste brutal con la austeridad de su habitación en el

ático. En el centro, sentada en el sofá más cercano a la cámara, estaba Lily. Sarah estaba a su lado.

—¡Papá! —exclamó Lily. Se movió inquieta en el sofá, casi cayéndose.

—¡Hola, mi amor!

Lo que vino a continuación no resultó como ninguno de ellos esperaba. Lily estaba dispersa; por momentos mostraba interés por Luca, mostrándole un dibujo que había estado haciendo especialmente para él, y al siguiente hablaba con Sarah o se iba de cuadro. Luca no quería forzarla; si iban a hacer de ese ritual algo placentero para todos, debía suceder de manera natural. Cuando Lily mencionó por tercera vez que quería ver a Bob Esponja, Luca le dijo que no había problema, que él hablaría con mamá mientras ella miraba a Bob.

Sarah trasladó el portátil hasta la mesa de la cocina y lo colocó de manera que la cámara enfocara la parte del salón donde estaba la televisión. A continuación vio una secuencia conocida: Lily ocupando su sitio favorito y cubriéndose con una manta mientras Sarah encendía la tele y ponía Nickelodeon.

Sarah regresó a la cocina. Hablaron unos minutos de la rutina diaria. No había pasado nada extraordinario; un día normal de Lily en la escuela infantil y ella batallando con el germen de la que sería su siguiente novela. Luca empezó a sentir que disfrutaba sentirse conectado con las cosas triviales y repetitivas; no necesitaba novedades rimbombantes, sólo la cotidianidad de todo aquello que daba por sentado, como observar a Lily tapada hasta la barbilla mirando a una esponja parlante.

—Te noto un poco cansado —dijo Sarah de repente.

—Me conoces bien.

Era la primera vez que hablaban en todo el día, así que Luca todavía no le había dicho nada de los incidentes de la mañana, empezando por la llamada del director del FBI Richard Duncan y la discusión posterior con el agente Ryan Hoyle.

A medida que Luca avanzaba con el relato, el rostro de Sarah se fue transformando.

—No puedo creerlo. ¿Qué piensas hacer?

Luca lo había estado pensando todo el día, pero todavía no había tomado una decisión.

—No lo sé. ¿Tú qué piensas?

Sarah lo medito unos segundos.

—Supongo que Alyssa lo entenderá —dijo ella al fin—, cuando se recupere. Si la relación con ese tal Hoyle ha llegado a esos extremos, no creo que sea reversible. ¿Tú crees que sí?

—No. No lo creo. Fue muy tenso lo que sucedió hoy.

—¿Y si llamas a Duncan…?

—Es un director del FBI, tengo todas las de perder. Además, sabes que no es mi estilo, eso de ir a quejarse a los superiores.

—Tienes razón. Descartado Duncan entonces.

Luca sonrió y se la quedó mirando. Le gustaba cuando podía hablar de su trabajo con Sarah.

—Deberíamos estar manteniendo esta conversación en nuestro jardín —dijo él.

—¿Quieres que vaya con el portátil allí?

Los dos rieron.

—Tengo muchas razones para no estar aquí —dijo Luca.

—También muchas otras para quedarte. Más ahora que Alyssa está luchando con su bebé. Ella cuenta contigo.

Luca hizo una pausa.

—Gracias, Sarah. Me hace bien escucharlo de ti. Al mismo tiempo, cualquier cosa que piense sé que se irá al diablo en cuanto tenga enfrente a ese tipo y me haga algún comentario desubicado. No funcionará.

—Quizás si intentas hablar con él… ¿Crees realmente que está a punto de atrapar a Peyton Allen como dice?

—No sé qué pensar. Parece un engreído. No entiendo cómo Alyssa ha podido trabajar cerca de él todo este tiempo.

—Quizás es como esos lobos con piel de cordero que están agazapados a la espera de una situación para escalar.

—Es probable. Una razón más para que no se salga con la suya.

—Sé que tomarás la mejor decisión, Luca. Sea cual sea, te apoyaremos.

Luca conocía a Sarah y sabía que tenía una felicidad desbordante que no podía disimular. Imaginó la razón.

—Cambiemos de tema, por favor…, quiero saber si has tenido noticias de Peter.

Peter era Peter Lanskey, por supuesto, que había tenido la deferencia de sugerir enviarle la novela de Sarah a un contacto en una editorial.

El rostro de Sarah se transformó de felicidad.

—Peter me confirmó por correo electrónico que ya le ha hecho llegar el manuscrito a Forrest. Pero escucha esto, Peter me dijo que no sabía el apellido de Forrest, porque era el marido de una amiga de su esposa y además porque le envió el documento a su secretaria. Lo que sí sabía Peter, era que Forrest trabaja en el grupo Random House. Así que me puse a investigar…

—Tu fuerte… Pobre hombre, a estas alturas debes de saber hasta su rutina de calzoncillos.

Sarah rio.

—Estoy casi segura de que es Forrest Moon —dijo Sarah sin poder ocultar su entusiasmo—. Yo no lo conocía, pero el tipo tiene más de veinte años de experiencia y descubrió a varios autores superventas. Pero eso no es todo, aquí viene lo más importante. Hace seis meses, fue nombrado director de un nuevo sello del grupo: Vanguard. ¡Es increíble!

—Me alegra mucho, Sarah.

—Es todo demasiado perfecto, Luca. Vi artículos y fotografías del evento de lanzamiento de la editorial en Nueva York. ¡Fue a todo nivel! Había celebridades, autores importantes, claramente es una gran apuesta. Y Forrest Moon es el hombre detrás del proyecto. ¡No puedo creer que tu amigo del ajedrez lo conozca!

—No subestimes a mis amigos del ajedrez…

Sarah volvió a reír.

—No lo decía por eso, tonto. Es que todo me resulta surrealista. Tú estás jugando en el club de ajedrez y le comentas a Peter que he terminado una novela, y resulta que él conoce a una de las personas más relevantes del momento de la industria. Porque la cosa no termina aquí…

—¿No?

—No. El sello Vanguard va a especializarse en thriller policial. De hecho, han anunciado que algunos autores importantes se irán con ellos.

—Si es un sello que recién empieza entonces estarán en búsqueda de autores nuevos. Eso es bueno, ¿no?

—Por supuesto. Por eso te decía que es una situación inmejorable.

Ver a Sarah tan contenta compensaba todo lo malo que había ocurrido durante el día. Nunca la había visto tan contenta en su trabajo en la policía como con estas pequeñas llamas de ilusión que surgían en este nuevo camino de la literatura. Lo que Luca ya había aprendido, era que la desilusión también era más dolorosa. Pensó en decirle algo a Sarah respecto a mantener las expectativas bajo control, pero no lo hizo. Quizás era mejor que ella se sintiera así. Si las cosas no llegaban a buen puerto, sería su trabajo acompañarla y esperar el siguiente barco.

—¿Quieres que hable con Peter para que siga el tema?

—No. No quiero ser pesada. Estas cosas llevan tiempo, así que mejor esperar. Me imagino que deben de haber recibido miles de manuscritos. El mío es apenas uno más.

—No es uno más. Sabes que hay alguien que lo leerá. Y la historia es buena…

Sarah se mordió el labio inferior.

—Luca, si aceptan mi libro…, no sé qué haré…

20

Luca tenía pensado irse a dormir temprano. Había dedicado la tarde a tratar de tomar una decisión que no había llegado y terminaba el día más confundido que como lo había empezado. Esperaba que el sueño, con su magia caprichosa, le trajera la respuesta. Lo único que tenía más o menos claro era que haría lo posible para quedarse en la isla, pero la sola idea de intentar plantearle a Hoyle una actitud conciliadora le parecía, sencillamente, impracticable.

Por otro lado, desde la videollamada con Sarah, se había sentido por primera vez completamente fuera de lugar en la isla. Había cenado solo en el Rusty Anchor —esta vez no había visto a Brenda Miller entrar al Salt Spray Motel, lo que, irónicamente, le había quitado un posible foco de distracción— y el ambiente desangelado del restaurante por las noches, con apenas unas pocas mesas ocupadas, no había ayudado a levantarle el ánimo. La habitación del ático, que antes le había parecido más que aceptable para pasar sus días en la isla, ahora le resultaba sencillamente deprimente.

Eran las nueve y media de la noche y estaba listo para ir a la cama cuando el móvil sonó. Luca casi se muere del susto. El sonido, estridente en la quietud de la habitación, además del sobresalto, le hizo pensar inmediatamente en Lily y en Sarah.

Pero cuando cogió el móvil y vio la pantalla se encontró con un número desconocido. El prefijo era de Los Ángeles.

—¿Sí? —dijo con voz firme.

—Detective Bruzzo, disculpe la hora. Lo estoy llamando desde el móvil de mi pareja… Soy Victoria Cowsill.

El nombre de la agente puso a Luca inmediatamente en tensión. Que Victoria Cowsill lo llamara a esa hora de la noche, y que además le hiciera la aclaración de que lo estaba haciendo desde el móvil de su pareja, eran motivos más que suficientes para alarmarse.

—¿Es un mal momento? —preguntó Victoria.

—No, para nada, agente Cowsill. ¿Qué sucede?

—Duncan nos informó que Hoyle se hará cargo de la investigación.

—Es cierto.

—Nos dijo también que usted seguirá siendo parte del equipo.

—Esa es la idea.

Cowsill hizo una pausa. Luca no quería revelar nada todavía, ni sus dudas respecto a qué hacer, ni tampoco la pelea que había tenido con Hoyle. Victoria Cowsill le había causado una buena impresión durante la reunión en las oficinas del FBI —y además había manifestado cierto reparo respecto a Hoyle— pero Luca iba a esperar a que Cowsill moviera la primera pieza.

Luca caminaba ahora por la habitación, sin consciencia verdadera de que lo hacía.

—Sé lo que sucedió esta mañana con Hoyle —dijo Cowsill— ¿Va a quedarse, detective Bruzzo?

La pregunta fue directa, sin rodeos. Luca apretó los labios.

—¿A qué te refieres exactamente, Cowsill?

—Por favor, llámeme Victoria. Estoy arriesgándome mucho llamando desde otro número.

—¿Por qué, Victoria? Dime qué está sucediendo.

—Hoyle nos dijo que habíais discutido. Usted no lo conoce, pero es bastante arrogante y bocazas. Nos dijo que era muy probable que usted regrese a Los Ángeles y se desvincule del equipo. Detective Bruzzo, entiendo que para usted debe ser un inconveniente haber sido degradado de esa forma. Francamente, no termino de entender por qué Duncan hizo una cosa así. Bueno, en parte sí lo entiendo, pero no es el quid de la cuestión…

—¿Y cuál es el quid de la cuestión?

—Usted no puede abandonar esta investigación. Alyssa lo eligió por una razón.

Luca no sabía hasta qué punto podía confiar en Cowsill. Su instinto le decía que era fiable, y lo que ella le había dicho hacía un momento era completamente cierto: se estaba arriesgando diciéndole todo esto. Una llamada desde un número no oficial, a esas horas, con ese contenido…

—Hoyle dice que tiene el camino allanado —dijo Luca, lanzando un anzuelo—. Asegura que sabe cómo encontrar a Peyton Allen.

Del otro lado de la línea llegó una risita.

—Hoyle cree que van a comprar los derechos para una película sobre su vida. La mitad de las cosas que salen de su boca son exageraciones. Alyssa conseguía mantenerlo controlado, como un perro con la correa corta. Pero su tendencia es a correr desbocado. Créame, Hoyle va a echarlo todo a perder. Va a llegar la regata y vamos a seguir con las manos vacías.

Luca se quedó en silencio, procesando las palabras de Victoria. La imagen de Hoyle, con su arrogancia desmedida, encajaba perfectamente con su propia impresión de él.

—¿Sigue ahí, detective? —preguntó Victoria.

—Sí —respondió Luca, su mente ya trabajando a toda velocidad. Un plan empezaba a tomar forma en su cabeza.

—Victoria, quiero que seas completamente sincera conmigo. ¿Ross Turpin piensa igual que tú?

—Idéntico. Nosotros sí somos un equipo.

A continuación, Luca le dijo a Victoria Cowsill la idea que estaba tomando forma en su cabeza. La expuso con calma, incluso señalando los riesgos. Era una jugada arriesgada, pero si ella y Turpin estaban de acuerdo, podría funcionar.

Cuando terminó de hablar, la respuesta de Victoria fue contundente, sin un ápice de duda.

—Cuente con eso, detective Bruzzo.

Luca creyó percibir, sin poder verla, que la agente Cowsill sonreía al otro lado de la línea.

—Ah, y una cosa más —dijo Luca—, si vamos a intentar lo que te he dicho, debes llamarme Luca.

—Por supuesto, Luca, claro que sí. Sabía que Alyssa no se equivocaba.

—Volveremos a hablar mañana, Victoria.

Luca interrumpió la conversación y dejó el móvil sobre la mesa de noche. Toda la incertidumbre que había sentido durante el día, la frustración y la rabia, empezaban a disiparse. A veces, las mejores ideas surgen con una chispa de inspiración en plena oscuridad.

21

Luca estaba en el interior del Salt Spray Motel, bebiendo un café que ya se había enfriado. La noche había caído por completo, envolviendo el lugar en una penumbra salpicada por las luces de la piscina. Estaba recostado en una tumbona de plástico, de esas que crujen con cada movimiento, cerca del borde de la piscina central. El motel, sin ser lujoso, resultaba más sofisticado de lo que sugería su fachada exterior con su letrero de neón parpadeante. Tenía dos niveles con hileras de habitaciones que se asomaban a un patio interior donde la piscina, iluminada por focos subacuáticos, brillaba con un azul demasiado intenso. Algunas farolas proyectaban círculos de luz sobre el jardín.

Había elegido esa tumbona en particular por dos motivos. El primero, porque desde allí el ángulo le permitía observar la pasarela de acceso principal, por donde Hoyle debería pasar sí o sí cuando llegara. La segunda, porque no estaba bajo un haz directo de luz, lo que le ofrecía una discreta penumbra para aprovechar el factor sorpresa. Aunque la actitud de estar tumbado allí en plena noche no cuadraba del todo con el comportamiento de un huésped normal, sí estaba vestido como uno: vaqueros oscuros, camiseta de algodón negra y una chaqueta ligera de cuero.

Eran las siete de la tarde. Luca estaba dispuesto a esperar lo que fuera necesario para hablar con Hoyle. Había dado vueltas al plan durante todo el día, sopesando cada detalle de la conversación que había tenido con Victoria Cowsill. Creía que la estrategia que habían definido podría funcionar, aunque para ello necesitara ejercer un poco de intimidación —y, si era necesario, de extorsión— sobre Hoyle. No le gustaba tener que recurrir a esos métodos; lamentaba sinceramente que las cosas tuvieran que ser así.

Durante su colaboración anterior con el FBI había trabajado de manera eficiente y coordinada, sin necesidad de juegos de poder. De hecho, una de las amistades más profundas de Luca, la que tenía con Alyssa, había surgido de esa colaboración. Por ella estaba allí ahora, en esa tumbona incómoda, en esa isla perdida, y por ella iba a poner a Hoyle en su lugar.

Pasó los siguientes minutos pensando en las posibles respuestas de Hoyle, cada objeción, cada bravuconada, y cómo contrarrestar cada una de ellas. Sin embargo, Luca no anticipó lo que finalmente sucedió cuando apareció Hoyle.

A lo lejos, por la pasarela de acceso, Luca reconoció a dos figuras caminando: la silueta inconfundible del agente Hoyle, alto y con su porte militar, y a su lado, la figura más menuda de la oficial Miller. Ellos no podían verlo todavía, oculto en la penumbra de la piscina. Venían hablando animadamente.

Luca dudó. Podía echarse atrás e intentar hablar a solas con Hoyle en otro momento, pero ya había perdido casi un día y no podía darse ese lujo.

Cuando estaban a unos quince metros, justo antes de que la pasarela se abriera hacia las habitaciones. Luca levantó la voz.

—¡Hoyle!

No fue precisamente un grito, pero sí lo llamó en un tono lo suficiente alto para que los dos se asustaran. Se detuvieron en seco y durante un momento miraron en todas direcciones, sin comprender de dónde había venido la voz, y posiblemente ni siquiera quién la había proferido. Sus cabezas giraban de un lado a otro, buscando la fuente del sonido.

Luca movió el brazo, un gesto lento y deliberado.

—Aquí, Hoyle.

Hoyle y Miller se dieron la vuelta, sus ojos finalmente puestos en la figura de Luca en la tumbona. Hoyle se quedó helado, su rostro se contrajo en una mueca de sorpresa y furia contenida. Miller, por su parte, empezó a negar con la cabeza y a caminar en círculos, como un animal enjaulado. Luca llegó a escuchar que la policía decía la palabra "mierda" por lo bajo, un susurro cargado de

frustración. Miller no llevaba su uniforme, vestía unos vaqueros y una sudadera y tenía el pelo suelto.

—¿Qué haces aquí, Bruzzo? ¿Cómo has entrado? —preguntó Hoyle con voz áspera.

Ninguno de los dos se acercó. Ahora estaban a unos ocho o diez metros de distancia. Luca seguía tendido en la tumbona, con una calma que exasperaba.

—Por la puerta —respondió con tranquilidad—. Tengo una placa en el bolsillo. Si quieres te la muestro. Vine a terminar nuestra conversación de ayer.

—Esto es ridículo —dijo Miller, cada vez más inquieta.

Hoyle, intentando recuperar algo de compostura, se aclaró la garganta.

—La agente Miller y yo necesitamos revisar unos documentos.

Su explicación era tan innecesaria e inverosímil que hasta la propia Miller miró al cielo durante un instante.

—Yo me largo —dijo Miller—. Mejor que vosotros os midáis la polla solos.

Hubo un momento de indecisión en el que Hoyle no supo qué hacer, si detener a Miller o seguir dando explicaciones.

—Nos vemos mañana en la comisaría, Hoyle —dijo ella—. Voy a revisar los documentos por mi cuenta.

Se fue sin decir nada más. Los dos hombres se quedaron en silencio, el sonido de los pasos de Miller haciéndose indistinguibles a medida que se alejaba por la pasarela. Luca se sentó de costado en la tumbona, exagerando su esfuerzo. Hoyle seguía parado en el mismo lugar, todavía conmocionado por lo que acababa de suceder.

—¿Qué le has prometido, Hoyle? ¿Un puesto en el FBI?

Hoyle se cruzó de brazos y lo miró con desprecio.

—Eres patético, Bruzzo. ¿Cuánto tiempo hace que estás aquí perdiendo el tiempo? La oficial Miller y yo hemos estado trabajando todo el día, y ahora por tu culpa vamos a dejar de hacerlo hasta mañana. ¿Crees que sabes algo de mí? ¿Has venido a amenazarme?

—Sé que habéis estado trabajando mucho —dijo Luca con calma, su mirada fija en Hoyle mientras señalaba con un leve movimiento de cabeza en dirección al muro exterior, detrás del cual

estaba el Rusty Anchor—. Cuando llegué se me ocurrió cenar en el Rusty Anchor, justo enfrente. Sé que Brenda Miller ha estado trabajando aquí ayer. Quizás antes también.

Hoyle se acercó, recorriendo la mitad de la distancia que los separaba.

—¿Y qué? ¿Vas a irle con chismes a Duncan? ¿Ese es tu plan maestro para extorsionarme?

—No voy a extorsionar a nadie, Hoyle. No me conoces.

—¿Entonces qué quieres?

Luca se levantó de la tumbona, sus movimientos lentos y deliberados, y se acercó un poco al agente, acortando la distancia entre ellos a poco más de un metro.

—Quiero quedarme en la isla e investigar el secuestro de Eleanor Vance por mi cuenta. Ver dónde me lleva.

Hoyle soltó una risa corta.

—Eso ya lo hemos hecho. No hay pistas. La chica seguramente está muerta.

—Es posible —concedió Luca—. En ese caso, voy a perder el tiempo.

—Yo soy el líder de esta investigación. Duncan ha sido claro.

—A él puedes decirle que me tienes investigando el secuestro de Vance, me tiene sin cuidado lo que le dices.

Hoyle no parecía convencido del todo, pero había algo en la idea que le resultaba seductora, y Luca sabía la razón: era una forma de cubrirse las espaldas.

—Mira, Hoyle, sé que tu enfoque está puesto en otra parte. Alyssa no llegó a decírmelo en detalle, y pensé que en nuestra primera conversación hablaríamos de eso, pero ya ves… las cosas han ido en una dirección diferente.

El silencio de Hoyle dejó en evidencia que Luca no se equivocaba.

—Déjame seguir la pista de Vance —insistió Luca—. Ni siquiera tenemos que vernos las caras. A Duncan le dices que ha sido idea tuya. Piénsalo, si esa chica sigue viva o si surge una nueva pista y tú no has estado haciendo nada, se te puede volver en contra. Podría ser una buena idea tener ese flanco cubierto, ¿no te parece?

—Podría ser…

Luca se acercó un paso más y le extendió la mano.

—¿Tenemos un trato?

Hoyle no la estrechó de inmediato. Se quedó mirando la mano extendida de Luca, sus ojos evaluando la situación.

—Algo debe quedar bien claro entre nosotros.

—Dime.

—Cualquier hallazgo o asistencia del resto del equipo que necesites debe pasar por mí.

Luca había anticipado que Hoyle le pediría algo así. Por eso contaba con su propio acuerdo con Victoria Cowsill y Ross Turpin.

—Por supuesto —dijo Luca.

Hoyle, con un gesto de resignación, le estrechó la mano con un apretón breve.

—Lamento que hayamos empezado con el pie izquierdo —dijo Luca.

Retrocedió dos pasos para coger el vaso vacío del café que había dejado junto a la tumbona.

—Bruzzo…

—¿Qué?

—Esto que acaba de suceder no tiene nada que ver con lo que crees haber visto con Miller, quiero que te quede claro desde ahora.

—Lo entiendo.

—Y una cosa más. Interfieres un milímetro en mi investigación y hablaré con Duncan para que te quite del medio, no me importa qué tipo de acuerdo hayas tenido con Alyssa.

—Así será, Hoyle, no te preocupes.

Hoyle asintió. A continuación se dio la vuelta y se dirigió hacia su habitación, dejando a Luca solo en la penumbra de la piscina.

22

Max llevaba un delantal de lino gris oscuro sobre un polo de piqué azul marino y unos pantalones chinos de color crema, un atuendo que combinaba la comodidad con un toque de elegancia informal. Había diseminado algunos utensilios de cocina por la encimera: una cuchara de madera de mango largo, una espátula de silicona, un par de paños de cocina doblados con precisión. La estrella de la noche, una paella de mariscos que ocupaba una paellera de hierro fundido de cincuenta centímetros de diámetro, burbujeaba suavemente sobre una de las placas de inducción.

Max no sabía cocinar. O, para ser más precisos, sabía lo justo para no morirse de hambre. La idea de que él había preparado ese platillo sería ridícula para cualquiera que lo conociera mínimamente. La había encargado a uno de los restaurantes más reputados de la isla, El Helénico, famoso por su cocina mediterránea, y había recogido el encargo hacía apenas una hora. Para darle un toque personal, algo que la hiciera suya y que evitaría cualquier posible reconocimiento si los Severson en algún momento visitaban El Helénico, había cocinado aparte unas gambas rojas: las había salteado con ajo y un chorrito de brandy, hasta que adquirieron un color anaranjado intenso; una receta que había sacado de un libro de cocina. Las gambas estaban esperando en un cuenco de cerámica, listas para ser añadidas a la paella justo antes de servir.

Max removió la paella con la cuchara de madera, asegurándose de que el calor se distribuyera uniformemente. Todo estaba bajo control.

Justo en ese momento, Sharon entró en la cocina. Casi no habían hablado en todo el día. Ella había salido a primera hora de la mañana para sus clases de tenis, un ritual que mantenía su figura

esbelta y su mente afilada, y luego había almorzado con unas amigas en el club. Max no sabía qué había hecho Sharon el resto de la tarde, y tampoco se lo había preguntado. La realidad era que Sharon pasaba cada vez más tiempo haciendo vaya uno a saber qué cosa, pero eso era una cuestión de la que ocuparse más tarde. Además, él también había tenido su propia agenda: una partida de golf con algunos miembros del *Falcon Club*, una oportunidad para reforzar lazos.

Max la observó y, por un instante, se quedó sin habla. Sharon llevaba un vestido de seda de corte sencillo, de un color verde esmeralda que realzaba el tono de su piel y el brillo de su melena oscura. El escote, aunque no tan pronunciado como el de la gala que había tenido lugar casi una semana atrás, era lo suficientemente generoso como para insinuar sin revelar. Unos tacones de aguja alargaban sus piernas hasta el infinito.

Como cada vez que se embarcaban en un nuevo plan, Max se preguntaba si esta vez no fallarían, si no cometerían un error o habrían subestimado a sus víctimas. Pero entonces veía a Sharon —como lo hacía ahora— y esas dudas se disipaban al instante. Recordaba incluso por qué Sharon lo había cautivado al principio, guiándolo de las narices a su antojo. Había sido durante esos primeros meses de enamoramiento, de hecho, cuando ella había tenido la idea de estafar a sus vecinos de la isla. Un plan audaz y arriesgado que él hubiera seguido ciegamente aunque no hubiese creído demasiado en él, pero que de todas maneras terminó convirtiéndose en el plan perfecto. El plan que les permitía llevar la vida que llevaban

Era una pena que el éxito de la sociedad había traído aparejado el distanciamiento de ellos como amantes. Max no sabía si una cosa había sido consecuencia de la otra. Probablemente sí.

—¿No es demasiado? —preguntó Max en alusión al vestido.

—Otra vez con eso.

A continuación, Sharon se acercó a los ventanales de la cocina y empezó a cerrar las dos que daban al jardín. Todavía no era de noche y una agradable brisa marina se colaba por las aberturas. Era un gesto inusual, casi ilógico.

—Aquí no hay nada de olor a comida —dijo Sharon mientras cerraba el último ventanal con un suave clic.

A Sharon no se le escapaba nada; su mente era como un mecanismo de relojería cuando de manipular a los demás se trataba. No dejaba nada librado al azar. Su capacidad para anticipar cada detalle, cada posible fisura en la fachada, era lo que los hacía tan efectivos.

—Voy a tener que hacer un esfuerzo para comer esos bichos repugnantes —dijo Sharon antes de salir de la cocina.

Max regresó su atención a la paella con cierta decepción. Sharon no había ido en busca de su aprobación, sino a verificar que todo estuviera en orden. Salió de la cocina un rato después. Todavía debía preparar la mesa para la cena. Toda la planificación de la velada, desde la elección del vino hasta la disposición de los cubiertos, debía correr por su cuenta; era el acuerdo con Sharon para ese día. Se dirigió al comedor, un espacio formal y elegante, con una gran mesa de caoba pulida que reflejaba la luz de una lámpara de araña de cristal. Max abrió un aparador y sacó la vajilla. Platos de porcelana fina con un delicado borde dorado, copas de cristal, cubiertos de plata. Colocó los bajoplatos, luego los platos llanos, los hondos, los de pan. Era un ritual que había seguido muchas veces y perfeccionado con el tiempo, con el único propósito de impresionar a sus comensales. En el centro de la mesa había un centro de flores frescas y unas velas aromáticas.

A las ocho en punto, todo estaba listo. La mesa, impecable. La paella, calentándose a fuego lento. Las gambas rojas, esperando su momento. Max se permitió disfrutar la situación. El telón estaba a punto de abrirse.

A las ocho y diez sonó el timbre.

Max fue el encargado de abrir la puerta con una sonrisa amplia. Allí estaban los Severson. Jordan, con un traje de lino color crema que le quedaba un poco mejor que el de la gala, y Helen, con un vestido azul marino bastante digno y un nuevo corte de pelo que la favorecía, suavizando sus facciones y dándole un aire más moderno. Era evidente el esfuerzo que habían hecho para estar a la altura de la ocasión.

—¡Jordan, Helen! ¡Qué alegría veros! Pasad, pasad.

Jordan extendió una botella de vino tinto, una etiqueta de prestigio que Max reconoció al instante.

—Un pequeño detalle para la cena, Max.

—¡Maravilloso! Justo lo que necesitábamos. Entrad, por favor.

Max los invitó a pasar al vestíbulo. En cuanto cruzaron el umbral se encontraron con Sharon, de pie junto a la chimenea.

—¡Qué bien que habéis llegado! —exclamó Sharon, acercándose a ellos con los brazos abiertos—. Helen, querida, ¡qué guapa estás! Ese corte de pelo te sienta de maravilla.

Helen se ruborizó ligeramente.

—Gracias, Sharon. Me lo he hecho esta tarde.

—Pues has acertado de pleno. Estás radiante.

Mientras Sharon y Helen intercambiaban cumplidos, Max cogió la botella de vino de Jordan.

—Acompáñame a la cocina, Jordan. Así abrimos esto y de paso le echas un vistazo a mi creación.

Los dos hombres se dirigieron a la cocina dejando a las mujeres en el salón. Al entrar, Jordan se detuvo, sus ojos recorriendo la imponente estancia.

—¡Vaya cocina, Max! Es espectacular.

—Gracias, es mi santuario —dijo Max con una sonrisa, mientras dejaba el vino en la isla central. Luego, con un gesto teatral, levantó la tapa de la paellera. El aroma a marisco y azafrán llenó el aire.

—¡Uhm, qué pinta! Huele de maravilla. No puedo esperar a probarla.

—Me he esmerado para superar la que has probado en España.

—Pues yo creo que lo conseguirás…

En el salón, Helen y Sharon se habían acercado a los grandes ventanales que daban a la terraza. La noche había caído por completo; era una noche estrellada, algo que terminaría siendo crucial en el desenlace de esa noche, pero que por el momento a ninguna de las dos mujeres le resultó relevante.

Desde allí, la vista del océano era una vasta extensión oscura, salpicada por las luces distantes de algún yate. El faro todavía era visible a lo lejos.

—Es una casa preciosa, Sharon —dijo Helen, admirando las plantas exóticas que adornaban la terraza.

—Gracias. Nos encanta. Es nuestro pequeño paraíso. Y la vista es inmejorable. Sentémonos un momento aquí, mientras ellos hablan de cosas de hombres.

Las dos se sentaron en los sillones.

—Helen, hoy fui al club de tenis y hablé de ti.

—¿Sí?

—Claro. Hay un profesor que tiene tres alumnas de nivel básico. Está en busca de una cuarta. ¿Te gustaría sumarte?

Helen pareció aterrada de solo pensarlo.

—Ay…, no lo sé. He jugado un poco al tenis cuando tenía veinte años. No soy muy buena para los deportes.

—Eso no es problema. Nadie en la isla pretende ser como las hermanas Williams.

Helen se quedó mirando el cielo, como si buscara allí algo inalcanzable.

—Es un grupo inicial —la animó Sharon—, todas están en la misma.

—Sharon… —dijo Helen bajando un poco el tono de voz e inclinándose ligeramente, como si alguien más pudiera oírlas aunque en la terraza estaban solas—. Tengo cincuenta y un años…

Sharon rio con estridencia.

—¿Y eso qué importancia tiene? Primero que nada, no los aparentas. Y segundo, en el club hay mujeres de setenta, algunas de ellas son buenísimas.

Helen no parecía convencida.

—¿Y en ese grupo que dices? ¿Son todas jóvenes como tú?

Sharon se inclinó, parodiando la actitud de Helen de hacía un momento. Se cubrió la boca con la mano y susurró:

—Ya te lo he dicho: yo no soy tan joven como parezco —bromeó—. Y en respuesta a tu pregunta, supuse que quizás querrías

saberlo, así que se lo pregunté a Matt. Por cierto, Matt es el profesor. Me dijo que todas tienen más de cuarenta.

Esto ánimo un poco a Helen.

—Podría ser…

—Tienes que hacerlo… Haces ejercicio, tomas un poco de sol, respiras aire puro, el tenis lo tiene todo. Además…, Matt está buenísimo.

Helen rio como una adolescente.

—No se diga más —dijo Sharon—, el martes paso a buscarte y vamos juntas.

—Pero…, no tengo ropa adecuada. ¡Ni raqueta!

—Yo te presto. No, mejor mañana vamos juntas a la tienda y compramos todo lo necesario.

Helen parecía verdaderamente conmovida. De modo repentino se inclinó y le dio a Sharon un breve abrazo.

—¡Gracias!

—No tienes nada que agradecer. Ya te lo he dicho, todos en la isla hemos sido alguna vez "los nuevos"

En ese momento llegaron Max y Jordan, cada uno con una copa de vino en la mano. Max se había quitado el delantal.

—¡La cena está servida!

—¿Todo bien por aquí? —preguntó Jordan de buena manera al ver a Helen, que todavía estaba un poco movilizada.

Sharon se levantó y se acercó a Jordan. Le apoyó una mano en el pecho que se quedó allí mientras le hablaba.

—Todo muy bien por aquí, Jordan. Pero mañana tendrás un gasto en tu tarjeta de crédito… Así que prepárate.

Era la primera vez que Sharon estaba tan cerca de él. Lo observó con una intensidad casi hipnótica; si hubieran sido los personajes de una caricatura, unos hilos eléctricos hubieran surgido de los ojos celestes de Sharon.

Durante esos dos o tres segundos, Sharon pudo sentir las palpitaciones en su mano, como los de un animal paralizado ante una situación inesperada.

—No te preocupes, querido —dijo Helen, que también se había levantado—, sólo será una raqueta y un poco de ropa.

Jordan hizo un gesto de relajación, dejando caer los hombros y suspirando.

La mano de Sharon dio dos golpecitos sutiles en el pecho.

—Será una raqueta cara, Jordan —dijo Sharon—. Helen empieza el martes sus clases de tenis y tiene que estar bien equipada.

Unos minutos después los cuatro estaban en la mesa.

La cena fue un éxito rotundo.

—¡Max, esto es una maravilla! —dijo Jordan en algún momento—. Nunca he probado una paella igual.

—Para mí es mejor que la de España —añadió Helen.

—Bueno, no sé si está a la altura de la paella española —dijo Jordan—, pero digamos que es un segundo puesto muy cercano.

Max rio.

—¡Pues voy a considerarlo una victoria!

—Para mí es la mejor del mundo, cariño —dijo Sharon.

Estiró la mano y la apoyó sobre la de Max, que la observó a su vez, entre sorprendido y divertido. Esos juegos de pareja jamás habían existido entre ellos, ni siquiera cuando las cosas estaban bien; de hecho, los dos sentían una aversión profunda por las muestras de afecto en público.

La conversación fluyó de manera natural. Hablaron de la vida en la isla y de la proximidad de la regata halcón, que sería la primera desde la llegada de los Seversons. Lo anterior derivó hacia los controles de acceso a la isla, algo que a estas alturas todo el mundo sabía que estaba relacionado con el secuestro de Eleanor Vance.

—Es un fastidio —dijo Jordan—. El otro día me hicieron esperar veinte minutos en la entrada. Supongo que porque soy uno de los nuevos.

—Se han puesto muy estrictos desde lo de la chica Vance. Una pena, la verdad.

—¿Vosotros la conocíais? —preguntó Helen.

Sharon y Max se miraron, una fracción de segundo de comunicación silenciosa.

—No, para nada —respondió Sharon con expresión triste—. Es una tragedia, por supuesto, pero no, no la conocíamos. Era joven y

se movía en círculos diferentes a los nuestros…

—No hablemos como si estuviera muerta —dijo Max—. Ojalá la encuentren.

—Todo el mundo dice que está muerta —comentó Jordan mientras se llevaba un bocado de paella a la boca. Era el único que seguía comiendo.

—En la peluquería —dijo Helen—, alguien comentó que el FBI estaba en la isla investigando.

Sharon y Max por supuesto estaban al tanto de la presencia del FBI. La noticia había corrido como la pólvora en los círculos más altos de la isla, incluido el pleno municipal, del que Max no formaba parte oficialmente, pero con el que estaba bastante conectado.

—¿Ah, sí? —dijo Max, con una expresión de sorpresa fingida—. No tenía ni idea. ¿Y qué hacen aquí?

—Pues no sé, la verdad —respondió Helen—. Sólo han dicho que están investigando lo de la chica.

—Una pena, de verdad —dijo Sharon. Su tono de voz intentó dar por terminado el tema.

Jordan, que había comido tres platos de paella, se reclinó en su silla, visiblemente satisfecho. Él y Max se enfrascaron en una conversación sobre algunas inversiones que Jordan estaba considerando y cuestiones legales de su propia empresa. Max, con su voz grave y segura, citaba cifras y tendencias con una autoridad que dejaba a Jordan boquiabierto, reforzando la imagen del abogado influyente que había proyectado.

Sharon y Helen, por su parte, siguieron hablando de las actividades de la isla:

—Además del tenis, hay un club de lectura bastante cerrado —dijo Sharon—. Yo no formo parte, pero conozco a varias mujeres que sí. Se reúnen una vez al mes y son muy selectivas con los libros.

Helen estaba encantada.

—¡Qué maravilla! Me encantaría unirme a algo así.

—Ya te pondré en contacto con ellas —prometió Sharon—. Seguro que te reciben con los brazos abiertos.

La velada se extendió, entre risas y conversaciones, hasta que Max sugirió pasar a la terraza para tomar una copa.

Sharon estuvo de acuerdo y se llevó a Helen a la cocina, que se dejó guiar, avanzando en una cuestionable línea recta. Había bebido tres copas de vino y eso la había achispado un poco.

—No sé si será una buena idea —dijo Helen, y se rio de su propio comentario.

Sharon la miró con una ceja arqueada.

—¿Por qué lo dices, querida?

Entre las dos prepararon unas copas de Martini.

—Pásame el hielo Helen, por favor.

—Quizás yo debería beber un café.

—Tonterías.

—El cielo está estrellado —comentó Helen, sus ojos habían adquirido un brillo que antes no había estado allí. Sonreía con picardía, como una niña que guarda un secreto.

—Es cierto…

Helen lanzó una carcajada, un sonido agudo y alegre.

—Ya lo entenderás.

A Sharon no le gustaban las sorpresas, de manera que terminó de preparar las copas en silencio, su mente ya trabajando a toda velocidad. ¿Qué podría significar un cielo estrellado para Helen? Su mente, a pesar del vino que había bebido, estaba tan aguda como siempre.

—Será mejor que yo lleve la bandeja —dijo Sharon en tono de broma.

Helen volvió a reír y la siguió hasta la terraza.

Apenas cinco minutos después, sentados en los cómodos sillones de la terraza y bebiendo Martini, Sharon comentó con voz suave y melancólica que observar el cielo por las noches era uno de sus pasatiempos preferidos, porque le recordaba a su padre.

El comentario actuó como un fósforo en una habitación con gas. Jordan reaccionó de inmediato.

—Soy un astrónomo aficionado —dijo Jordan con orgullo.

—¡Sharon, querida, acabas de abrir la caja de Pandora! —dijo Helen entre risas—. Jordan se iría a vivir al espacio si fuera por él. Querido… coméntale que hasta has comprado un terreno en la luna.

Max no sabía casi nada de la familia de Sharon —su pasado era una parte inexpugnable de su vida para él—, pero sabía reconocer cuando ella estaba tramando alguna de sus maniobras. La mención del padre, la melancolía fingida… de alguna forma Sharon había sabido del interés de Jordan por la astronomía.

—Yo me reconozco un ignorante —dijo Max—. La única que conozco es la Osa Mayor.

—Cuéntanos qué estamos viendo, Jordan —dijo Sharon.

Helen puso los ojos en blanco. Su copa ya estaba vacía.

A continuación, Jordan se lanzó a una descripción apasionada y aburridísima de las estrellas y constelaciones visibles. Habló de Orión, de Sirio, de las Pléyades, de la Vía Láctea. En determinado momento podría haber estado inventando nombres o recitando versos satánicos y ninguno de los otros tres hubiera dejado de observar el cielo con fingido interés.

Cuando Jordan finalizó su soporífera clase magistral, Sharon habló, su voz cargada de una emoción contenida:

—Perdí a mi padre cuando tenía diez años, en un accidente. Observar el cielo con él en su telescopio es uno de los pocos recuerdos vívidos que conservo.

Mientras decía lo anterior, un plan terminaba de tomar forma en su cabeza. La paella había sido la excusa para traer a los Seversons a la casa, un pretexto para la primera toma de contacto. Pero el objetivo de hoy era establecer lazos con ellos, especialmente entre Helen y Sharon; una base de confianza para construir lo que vendría. Con la historia de su padre, Sharon había preparado el terreno para dar el primer golpe.

Faltaba muy poco.

23

Jordan Severson se inclinó sobre la mesa de trabajo de su estudio, manipulando con precisión las pequeñas piezas de un modelo a escala de un avión de la Segunda Guerra Mundial. El estudio, en la planta baja de su casa de Falcon Island, era un espacio delimitado por estanterías repletas de maquetas de aviones, barcos y coches. A sus cincuenta y tres años, Jordan se sentía en un momento de equilibrio y plenitud. Su empresa había crecido exponencialmente, permitiéndole delegar gran parte del día a día y dedicarse a sus hobbies, a esas pequeñas obsesiones que la vida acelerada de San Francisco le había negado durante décadas.

La puerta del estudio se abrió con un suave clic y Helen asomó la cabeza, sonriendo.

—Adelante, cariño.

Jordan levantó la vista. Helen llevaba un vestido estampado y un bolso de mano, lista para salir.

—Casi termino de montar el motor. ¿Ya te vas?

—Sí, ya es hora. Tengo la reunión del club de lectura. Es apenas nuestro segundo encuentro, pero las chicas son encantadoras. Y después me han invitado a ir al cine y a cenar. Estoy muy ilusionada… espero volver tarde.

Jordan se levantó y se acercó a ella, dándole un beso rápido en la boca.

—Me alegra mucho. Pásalo bien.

Para Jordan, la integración de Helen en la isla era una fuente de inmensa tranquilidad. Él, con su ambición y su olfato para los negocios, había logrado conectar de a poco en los círculos de la isla, pero Helen, más tímida y menos acostumbrada a la vida social de la alta sociedad, se había sentido cada vez más sola. Ahora, gracias a Sharon Tillman, eso estaba cambiando. Las clases de tenis, el club

de lectura… Sharon había sido una verdadera bendición, una aliada inesperada que había abierto las puertas de la sociedad de Falcon Island para Helen.

—Yo también tengo cosas que hacer —dijo Jordan—. Max me pidió que fuera a su casa a ver el telescopio que había pertenecido al padre de Sharon. Parece que está roto desde hace tiempo y quieren ver si tiene arreglo.

Helen asintió.

—Qué detalle tan bonito. Sharon me habló de su padre el otro día, en la cena. Se la veía muy emocionada.

—Bueno, cariño, no me enrollo más. Disfruta de tu velada.

—Tú también, mi amor.

Helen le dio un último beso y se marchó, el sonido de sus pasos desvaneciéndose por el pasillo. Jordan se quedó solo en el estudio con esa sensación de bienestar que lo asaltaba cada vez con mayor frecuencia cuando pensaba en su presente: Parker en la universidad, un chico brillante y ambicioso; la casa de fin de semana en la isla, su empresa en expansión, la posibilidad de dedicarse a sus pasiones… La vida era buena con él. A veces no podía dejar de tener pensamientos oscuros, de que todo ese bienestar del que muy pocas personas en el mundo tenían noticias en toda su vida, se desvanecería de un día para el otro.

A las cinco de la tarde, Jordan salió de su casa. Se sentía en deuda con los Tillman, y los iba a ayudar de buen grado. La casa de Sharon y Max no estaba lejos, a apenas diez minutos en coche.

Cuando estaba casi por llegar, su móvil vibró. Era una llamada de Max.

—Jordan, amigo, ¿cómo estás? —la voz de Max sonaba un poco agitada, como si estuviera en algún sitio con mucha gente. Se escuchaba un murmullo de fondo.

—Muy bien, Max. Ya casi estoy llegando a tu casa.

—Lo siento muchísimo, Jordan. Me surgió un problema de último momento y estoy en el aeropuerto. Tengo que atender un tema urgente en el estudio.

—No te preocupes, Max. Lo dejamos para otro momento, cuando tú puedas.

—¡No, por favor! Sharon está en casa y ya le he avisado que estás en camino. Por favor, ve de todos modos. Ella te recibirá. Ese telescopio es muy importante para Sharon y hace tiempo que no sabe qué hacer con él.

—Claro, Max. No hay problema.

—Gracias, Jordan. Hablamos luego.

La llamada se cortó. Jordan guardó el móvil; los negocios eran los negocios, él lo entendía mejor que nadie.

Llegó a casa de los Tillman unos minutos después. La puerta principal estaba ligeramente entornada. Jordan la empujó y entró al vestíbulo.

—¿Sharon? —llamó.

Ella apareció casi de inmediato, saliendo del salón. Llevaba ropa de entrecasa, lejos de los vestidos de la gala o los atuendos de tenis. Un vaquero oscuro y una camiseta de algodón blanca ajustada. Casi no llevaba maquillaje, solo algo de rímel en las pestañas y un brillo ligero en los labios.

—¡Jordan! Qué bien que has venido.

—Claro que he venido.

—Max ha tenido que salir de urgencia por una cuestión en el estudio.

—No te preocupes, Sharon. Los negocios son así.

Sharon hizo una mueca y se encogió de hombros. Jordan no fue capaz de interpretar el gesto en ese momento, pero lo haría un poco más tarde.

—Gracias por venir. Pasa, por favor. El telescopio está en mi estudio. Acompáñame.

Subieron la escalera, ella primero, él después. Jordan se sintió torpe detrás de la figura esbelta de Sharon; incapaz de dominar sus ojos, que viajaban desde los escalones a la curva de sus nalgas, del techo de la casa a los muslos tonificados.

Llegaron a una habitación que funcionaba como una especie de estudio-salón, con un sofá grande y mullido de color gris, con una mesa central de cristal. Había una estantería con libros, otra con discos de vinilo, también un escritorio de madera con un ordenador portátil cerrado. Era evidente que aquella habitación era el sitio por

excelencia de Sharon, donde posiblemente pasaba la mayor cantidad del tiempo.

Sharon fue hacia un armario empotrado y abrió la puerta corrediza de la parte superior. Allí, en un compartimento elevado, estaba el telescopio. Intentó alcanzarlo, pero estaba demasiado alto para ella.

Jordan tardó en reaccionar. Seguía mirando a Sharon, estirada cuan larga era, como si se tratara de una imagen hipnótica.

—Déjame que yo lo bajo.

Jordan transportó el telescopio con cuidado hasta la mesa. Era un modelo clásico de los años noventa, con un tubo óptico de color naranja brillante y un trípode robusto. Jordan lo reconoció de inmediato.

—¡Es un Celestron! Yo tuve uno en San Francisco, aunque un poco más moderno. Este debe de tener por lo menos veinticinco años, ¿verdad?

—Sí, mi padre lo compró cuando yo era pequeña —dijo Sharon.

Junto al telescopio, en el armario, también había una caja con los diferentes lentes. Jordan la cogió y la colocó sobre la mesa.

Mientras Jordan empezaba a examinar el telescopio, Sharon le ofreció una cerveza. Él dudó un instante, pero antes de que pudiera responder, Sharon ya había bajado las escaleras. Regresó al cabo de un minuto con dos botellas de cerveza fría y le entregó una.

Ella se quedó a un costado, sentada en una silla, mientras él intercambiaba las lentes y movía las perillas. Le contó que hacía más de quince años que no usaba el telescopio, y que la última vez que lo quiso usar, ya no funcionaba.

—¡Listo! —dijo Jordan de repente, con una exclamación de triunfo—. ¡Este telescopio funciona perfectamente!

Sharon se lo quedó mirando, sin comprender.

—¿Cómo? ¿De verdad?

—El espejo interior estaba desalineado —explicó él con una sonrisa—. Sólo eso. Mira, te mostraré.

Jordan posicionó el telescopio sobre la mesa de manera de apuntar hacia la única ventana del estudio. A continuación, observó

por el ocular.

—Mira —dijo, apartándose para que Sharon pudiera ver.

Sharon lo hizo y, efectivamente, pudo ver el océano a la perfección, como si estuviera en el jardín trasero y no a más de cien metros de distancia.

—¡Jordan, eres un genio! —exclamó, dejando de observar por el ocular. Se inclinó y abrazó a Jordan, dándole un rápido beso en la mejilla. El contacto de sus cuerpos fue breve pero contundente.

—No sabes lo feliz que me haces —dijo Sharon—. En la isla no hay nadie que repare telescopios y no quería llevarlo de vuelta a la ciudad.

—Hubiese sido una pérdida de tiempo. Funciona a la perfección.

Jordan bebió un poco de cerveza, sintiendo el frío líquido deslizarse por su garganta.

—Gracias por la cerveza, Sharon. Me alegra haber podido ayudar.

—¿Ya te vas a ir? ¿Tienes algo que hacer?

—Pues la verdad es que no. Helen iba al cine y a cenar con amigas.

Sharon sonrió.

—No se diga más, Jordan, te quedas conmigo. No vamos a cenar solos cada uno en su casa si ya estás aquí. Además, tengo que recompensarte por arreglar el telescopio.

—Realmente no he hecho nada…

—No aceptaré un no por respuesta.

24

Cuando Jordan Severson vio a Max Tillman parado en la entrada de su casa, empezó a sentir palpitaciones y debió aferrarse al respaldo de una silla para no perder el equilibrio. Habían pasado siete días desde que él había ido a casa de los Tillman para reparar el telescopio de Sarah. Desde entonces había estado evitando a ambos. Sabía que Helen y Sharon se habían encontrado en la semana para ir a tomar el té a Dana's Cafe, pero él había optado por esconder la cabeza. De hecho, hubiera preferido quedarse en San Francisco, y sólo había accedido a venir a la isla a instancias de Helen, que no podía entender cómo él, que siempre había dicho que Falcon Island era su lugar en el mundo, ahora ponía resistencia.

La razón por la que no había querido venir estaba ahora de pie frente a su propia casa.

Max le había dejado un mensaje en el móvil, lo había intentado llamar dos veces. ¿Hasta cuándo podría evitarlo?

No tenía sentido seguir escondiéndose. Además, su coche estaba en la entrada de la casa. Era obvio que estaba en casa.

Jordan bajó las escaleras procurando contener el temblor en sus manos. Durante los últimos días no había hecho más que repetirse que lo que había pasado con Sharon en su casa había sido un error; un error imperdonable, sí, pero error al fin. Max no tenía por qué enterarse.

Sin embargo, había otra cuestión que lo atormentaba: no podía dejar de pensar en Sharon Tillman. La mujer había despertado en él un deseo que surgía por momentos con la furia de una tormenta implacable, nublando su juicio y reordenando sus prioridades con ferocidad; era algo irracional y primitivo, él, que se consideraba una persona racional y que salvo una situación puntual

al comienzo de su matrimonio que no había pasado de unas llamadas telefónicas con otra mujer, nunca había pensado en estar con otras mujeres. Sharon había sacudido los cimientos de su lógica. Él sabía que era la peor idea del mundo, y sin embargo una parte de su mente hackeaba su cordura en un segundo y lo único que quería era volver a apretar los pechos de Sharon y follar con ella como un animal fuera de control…

Se había quedado petrificado al pie de la escalera. Tenía que sacarse a Sharon de la cabeza. Si no lo hacía se volvería loco.

Jordan miró su reflejo en el espejo junto a la puerta. Su aspecto no era nada bueno, pero lo empeoró despeinando un poco el cabello con la mano. Iba a decirle a Max que no se había estado sintiendo bien, quizás de esa forma podría explicar por qué lo había estado evitando.

Abrió la puerta.

—Hola, Max, qué sorpresa.

—Jordan, ¿cómo estás? No tienes buen aspecto.

—No me siento del todo bien. Creo que es un virus.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro, por supuesto. Pasa.

Jordan se apartó y permitió que Max entrara a la casa. Al menos no le había partido la cara apenas verlo, eso era un avance. Significaba que Max no estaba al tanto de lo que había sucedido en su casa.

¡¿Y por qué iba a saberlo?! Sharon no iba a decírselo, por supuesto. Jordan debía dejar de comportarse como un paranoico y actuar con naturalidad.

Siguió a Max hasta la sala.

—Siéntate, por favor. ¿Quieres algo para tomar?

—No, lo que quiero que me digas es que pasó con Sharon en mi casa cuando fuiste a reparar el telescopio.

Un puñetazo hubiera sido menos doloroso.

Si Max lo hubiera golpeado en la cara, Jordan hubiera caído de costado, se hubiera colocado la mano en la mejilla, todas acciones instintivas pero que también le hubieran servido para asimilar el otro golpe: el mental. El más doloroso.

Ahora debió recibir el impacto de pie, mirando a los ojos a Max Tillman. Jamás, ni en un millón de años, podría haber fingido que no sabía de qué le hablaba. Decenas de sensaciones e ideas lo atravesaron en una fracción de segundo. Si Max estaba en su casa haciéndole esa pregunta era porque posiblemente ya lo sabía todo. ¿O no? ¿O sólo sospechaba? ¿O le estaba preguntando algo completamente diferente y la paranoia de Jordan había malinterpretado todo? ¿Acaso Max no acababa de preguntarle qué pasó con Sharon en su casa el día del telescopio? ¿Y si Sharon le había dicho cualquier otra cosa…? Preguntas, preguntas. Preguntas que llegaban una tras otra y que él no pudo contener en su cabeza.

Se quedó callado durante una eternidad. Un silencio tan largo no podía ser otra cosa que una declaración de culpabilidad.

Max se sentó en una de las sillas con calma.

—Siéntate, Jodan.

Jordan lo hizo, pero no porque le ordenara a sus músculos que llevaran adelante la tarea, sino porque su cuerpo simplemente tomó el control y lo depositó en otra silla.

—¿Vas a decir algo?

—No sé qué es lo que piensas, pero todo tiene una explicación.

—¿Quiero escucharla?

—Max…— balbuceó Jordan.

Max lo observó con calma. Se reclinó en la silla, cruzando las piernas.

—Jordan, ¿sabes todo lo que he hecho por ti desde que llegaste a esta isla? Te abrí las puertas de mi casa, te presenté a la gente adecuada en el club, te di contactos que te costaría años conseguir por tu cuenta. Te ayudé a ti y a Helen a sentiros parte de esta comunidad, a encajar. Te di mi confianza, mi amistad. ¿Y esto es lo que recibo a cambio? Realmente no lo entiendo.

Jordan intentó recomponerse, buscando desesperadamente las palabras.

—Max, por favor, déjame explicarte. El día que fui a tu casa a arreglar el telescopio… Sharon me invitó a tomar una cerveza, como agradecimiento. Tú te habías ido de viaje de improviso, y Helen

había hecho planes con sus amigas, iba a regresar muy tarde. Entonces Sharon sugirió que ambos cenáramos juntos, y yo… yo acepté.

Jordan se detuvo, el aire se le atascó en la garganta. Miró a Max, buscando alguna señal, alguna fisura en su expresión, pero el rostro de Max era una máscara impenetrable.

—No sé qué te ha dicho Sharon, pero no pasó nada, Max. Tienes que creerme. Hubo un momento en que quizás nos confundimos un poco, habíamos tomado cerveza y fue una confusión, una tontería. Pero los dos nos dimos cuenta a tiempo. Yo volví a mi casa y desde entonces me he sentido fatal, por eso te he estado evitando. Me avergüenza lo que pasó.

Max lo observó con una mirada indescifrable, una mezcla de desprecio y algo más. Jordan creyó que la mentira había calado, que Max había aceptado su versión. Por supuesto, ahora entendía que debería haber hablado con Sharon y cuadrado sus historias. ¿Por qué no lo había hecho? En vez de esconder la cabeza debería haber hecho control de daños, preparado una coartada, una historia creíble. Pero claro, él se había limitado a esperar sentado a que simplemente Max nunca se enterara. Y ahora aquí estaba él, exigiendo explicaciones en su propia casa.

Lo único que cabía esperar era que la versión de Sharon hubiera sido la misma, o por lo menos parecida.

—Tienes que creerme, Max —insistió Jordan.

Max no respondió. Sacó del bolsillo su iPhone y empezó a operarlo con una calma exasperante, sus dedos moviéndose con precisión sobre la pantalla. Jordan lo observó, el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Al cabo de unos segundos, Max dio vuelta el móvil, de manera que Jordan pudiera verlo. Lo que vio en la pantalla lo dejó helado.

Era una toma hecha desde uno de los rincones de la habitación de Sharon, un ángulo discreto que revelaba la escena con una claridad brutal. Al costado, sobre la mesa, estaba el telescopio Celestron. Sharon estaba de pie junto al sofá, completamente desnuda, inclinada sobre el apoyabrazos, sus manos estiradas hacia adelante aferrándose a uno de los cojines. Detrás de ella estaba

Jordan, también desnudo, sus manos en la cadera de Sharon y el rostro completamente transformado: la boca entreabierta, los ojos en blanco. La imagen era nítida, innegable.

El dedo de Max se deslizó por la pantalla. Una vez. Dos veces. Tres veces. La secuencia casi parecía haber cobrado vida.

—Basta, por favor —murmuró Jordan, cerrando los ojos, incapaz de seguir viendo.

Max dejó el móvil sobre la mesa, boca abajo. El silencio en la sala era ensordecedor.

—Oculté una cámara hace un tiempo —dijo Max, su voz fría y sin emoción—. Soy un hombre precavido, Jordan, y tú no eres el primer hombre en la isla que pensé que podía traicionarme. Vi cómo mirabas a Sharon en la gala y luego en la cena en mi casa. No soy estúpido.

Jordan no recordaba la última vez que había llorado, pero lo hubiera hecho de buena gana.

—Max, por favor, perdóname. Perdí la cabeza. Es verdad que Sharon me invitó a tomar unas cervezas y después empezó a decirme que creía que tú… que tú te habías ido a San Francisco para verte con otra mujer, que últimamente estaba triste, que se sentía sola… Yo perdí la cabeza, Max. Estoy arrepentido. Muy arrepentido.

Max lo escuchó, su rostro inexpresivo.

—¿Se supone que debo tenerte lástima, Jordan? ¿Te abro las puertas de mi casa y lo primero que haces es follarte a mi mujer, y encima ahora la responsabilizas a ella?

—Eso no es lo que quiero hacer —dijo Jordan con vehemencia —. Sólo quiero explicarte cómo han sido las cosas. No quiero justificarme. Lo que he hecho no tiene justificación.

—Jordan, lo que has hecho puede terminar con muchas cosas. Lo sabes, ¿verdad?

Jordan se quedó callado.

—¿Qué cosas? —dijo por fin.

—Tu matrimonio. El mío. Todo.

La idea de que la verdad saliera a la luz lo paralizó. Lo que sucedió con Sharon no tenía nada que ver con Helen, su Helen, la

mujer que lo amaba y confiaba en él. De sólo pensar que ella podría enterarse… El pánico se apoderó de él.

—Max, por favor, tienes que creerme. Lo que sucedió fue un terrible error, no volverá a suceder.

—Eso lo doy por descontado, Jordan —dijo Max—. Por supuesto que no va a volver a suceder ¿Sabes por qué te invité a mi casa a probar la paella?

Jordan no comprendió el giro de la conversación. Se limitó a negar con la cabeza.

—Cuando te escuché hablar de la paella española con tanta pasión, despertaste mi sentido competitivo. No he conseguido todo lo que tengo por pura suerte, Jordan, mi bufete, mi vida en la isla, Sharon. Y no pienso perder nada de eso por tu culpa. Es más, pienso ganar de todo esto. Así soy yo.

Jordan siguió en silencio. Terminó de darse cuenta de que por más que había compartido algunos momentos con el hombre que tenía enfrente, en realidad no lo conocía para nada. Era un completo desconocido. Quizás estaba viendo por primera vez al verdadero Max Tillman.

—Esto es lo que vamos a hacer para resolver nuestro pequeño problema, Jordan. Escucha con atención.

Jordan asintió vigorosamente. No había nada en el mundo que quisiera más que eso.

Resolver el asunto.

Volver el tiempo atrás, si era posible.

—Sharon no ha visto esta grabación; ella no sabe que yo oculté esa cámara, y así seguirá siendo. No hay nada más importante para mí que mi vida en la isla, las conexiones, los vínculos…; la imagen, en definitiva. ¿Vas entendiendo?

—Por supuesto, Max.

—Genial. Así que sólo tú y yo compartiremos este secreto. Es posible que nuestras esposas quieran seguir pasando momentos juntas, de manera que va a ser importante que nosotros respetemos este acuerdo. ¿Verdad?

—Claro que sí.

—Helen nunca verá la grabación en mi casa, ya bastante tengo yo con haberla visto como para involucrarla a ella. Me gustaría ahorrarle esa experiencia. Como te he dicho, Jordan. Yo siempre gano.

—¿Qué es lo que quieres?

—Diez mil.

Jordan debió contener la sonrisa que amenazó con dibujarse en sus labios. Había esperado una cifra mucho más alta; diez mil dólares, aunque era una suma considerable, era manejable para él. De todas formas, fingió indignación.

—No tengo ese dinero ahora.

—No importa, Jordan. Vendré la primera semana del mes, tomaremos una cerveza juntos. Probablemente Helen esté aquí, no lo sé. Y me darás el dinero en un sobre.

Jordan se lo quedó mirando con severidad, la indignación ahora genuina.

—Será un bonito ritual que repetiremos todos los meses —completó Max.

—¡¿Cómo dices?! —exclamó Jordan, levantándose de la silla—. ¡Son más de cien mil al año!

Max asintió con pesar.

—Quizás deberías haberlo pensado antes. Lo que tú debes preguntarte ahora es cuánto vale tu matrimonio y tu vida tal cual la conoces. Porque para mí, ver a mi esposa follar con un cerdo como tú, en mi propia casa, vale incluso más que eso.

—No puedo pagarte ese dinero.

—Claro que puedes. Tienes una empresa exitosa. Diez mil por mes es un trato justo. A lo sumo tendrás que dejar de comprar esos aviones de juguete que te gustan, o de viajar a Europa a comer paella.

Max se levantó. Jordan permaneció sentado, encogido y derrotado.

—Me alegro de que hayamos podido resolver esto como hombres, Jordan. Nos veremos pronto. Tengo entendido que Sharon y Helen están organizando una salida los cuatro para la próxima semana.

A continuación se dio la vuelta y caminó hacia la salida.

25

Tenían un ritual para cada pez que picaba. Peces; así los habían empezado a llamar al principio, casi sin darse cuenta, y el término se había quedado con ellos.

Jordan Severson era el nuevo pez en un estanque que ya tenía más de diez. En general era un cardumen pequeño, pero estable. En sólo dos ocasiones habían tenido que dejar ir a un pez, básicamente cuando el beneficio de tenerlos era menor que el riesgo. No era lo usual, pero podía suceder. En general, los peces eran buenos peces, predecibles y manipulables.

Sharon esperaba a Max en el salón, escuchando un disco de jazz de la colección de él. La música, suave y melancólica, llenaba el espacio con sus notas de saxofón y piano. Sharon odiaba el jazz, pero en la isla fingía que le gustaba y que la ayudaba a relajarse. En la mesa baja de centro había una botella de champán Dom Perignon Rosé Vintage que superaba los mil dólares. La botella estaba cerrada, aunque Sharon podría haberla abierto y bebido una copa. Así de segura estaba de que Max entraría por la puerta y le indicaría con los pulgares en alto que las cosas habían salido bien. Con el tiempo había desarrollado un talento especial para reconocer a un pez en cuanto lo veía, e incluso a predecir la dificultad que supondría sacarlo del agua. En ese sentido no era muy diferente al acto de pescar; otra cosa que Sharon detestaba, al igual que el Jazz.

Pero no abrió la botella. Haberlo hecho hubiera supuesto romper ese ritual que era uno de los pocos que con Max conservaban como pareja; aunque estrictamente estaba más relacionado con su trabajo que con verdaderos sentimientos, no dejaba de ser un momento que compartían ellos solos. Cada botella de Dom Perignon Rose Vintage significaba una nueva fuente de

dinero mensual, y en consecuencia un motivo de despreocupación y holgura financiera. Para Sharon, significaba especialmente que durante un tiempo no tendría que volver a montar el numerito de seducción con otro inútil como Severson, aunque debía reconocer que había una parte de tenerlos comiendo de la palma de su mano que suponía para ella una fuente de placer. El poder, la manipulación, la sensación de control absoluto sobre la vida de otro ser humano, era una de las pocas cosas que verdaderamente la excitaban.

Lo cierto era que hacía mucho tiempo que con Max habían superado el punto para cubrir las necesidades mínimas. Durante los primeros meses en la isla todo había sido más difícil. Primero que nada, porque ellos no estaban consolidados como una pareja reconocida, por lo que no podían ofrecerle a los nuevos la red de contactos y experiencia que fueron construyendo con el tiempo. Eran ellos los que tenían que abrirse camino, los que tenían que infiltrarse en los círculos de poder. Por otro lado, tampoco tenían aceitada la maquinaria para detectar a los nuevos peces y atraerlos. Sumado a esto, para sostener el nivel de vida alto durante los primeros meses habían tenido que endeudarse, con lo cual las estafas debieron hacerse en plazos forzados. Al principio no exigían tanto dinero por mes; fue cuestión de ir perfeccionando la estrategia y saber cuánto podían pedir a cada esposo. La cuestión era encontrar el equilibrio entre algo sustancial y que a la vez fuera sostenible en el tiempo; no querían que ninguno de esos hombres se pegara un tiro o lo confesara todo.

Sharon escuchó el coche entrar al garaje. Luego, la puerta interna al abrirse. Max apareció en el salón unos minutos después. Tal como ella esperaba, él levantó los dos pulgares para indicarle que la conversación con Jordan Severson había ido por los carriles esperados.

—Felicitaciones, cariño —dijo Sharon.

—Gracias. Hiciste un magnífico trabajo. El tipo está aterrado.

Max se acercó a Sharon, se inclinó y le dio un beso rápido en los labios. A continuación se inclinó hacia la botella de champán y con un movimiento experto retiró el papel de aluminio y giró la jaula

de alambre. El corcho salió con un suave *pop* que se mezcló con las notas de jazz. Max llenó dos copas de cristal y le entregó una a Sharon.

—Por nuestro éxito —dijo Max, levantando su copa.

—Por nuestro éxito —respondió Sharon, chocando su copa con la de él.

Bebieron el primer sorbo de champán frío y efervescente.

—El tipo estaba hecho polvo —dijo Max—. Le mostré las fotos, claro. No hizo falta mucho. Se puso blanco como la pared.

—¿Y qué te dijo? ¿Intentó negarlo?

—Al principio sí. Balbuceó algo de que fue un error, que se confundieron, que había bebido… Lo de siempre. Pero cuando vio la secuencia se le cayó el alma a los pies.

—¿Sospecha que yo también estoy metida?

Max negó con la cabeza.

—No, para nada. Todavía podemos jugar con esa carta.

—Bien.

Cuando terminaron la primera copa, Sharon se sirvió más y le ofreció otra a Max, que la aceptó con cierta confusión. Normalmente era él quien llenaba las copas en ese ritual ejecutado varias veces.

—Hay otra cosa que quiero hablar contigo, Max.

—Dime.

—He vuelto a revisar las cuentas. ¿Qué sucede con Sperling?

Al referirse a las cuentas, Sharon no se refería a cuentas bancarias. Ninguno de los pagos de los peces se hacía en el banco, por supuesto. Max llevaba un registro minucioso en una libreta de cada ingreso de dinero, incluyendo nombres, montos y fechas. Esa libreta estaba en la caja fuerte oculta en el sótano, donde conservaban el dinero en efectivo.

La realidad era que algunas veces los pagos se retrasaban, o Max no podía establecer reuniones con ellos en las fechas pactadas. Todos los pagos se hacían en efectivo, en un sobre, y siempre era Max el que los recibía en mano.

—Sperling está teniendo problemas financieros —dijo Max—. Además del juicio millonario que perdió, sus negocios en la isla se están yendo a pique.

—Max, me importa una mierda si los negocios de la isla no están funcionando como antes, que venda alguno. El tipo es dueño de un montón de locales en la isla.

—No es tan sencillo.

—Con esa excusa nos ha estado perjudicando a nosotros. Según tus registros no pagó un mes completo y el resto siempre pagó de menos. Yo creo que se está aprovechando y que son excusas.

Max dejó la copa en la mesa con suavidad. No era la primera vez que hablaban del asunto de los pagos, la novedad últimamente era que Max cada vez estaba menos dispuesto a dar explicaciones.

—Sharon…, yo me ocupo de los cobros. Soy yo el que tengo que lidiar con ellos mes a mes, escuchar sus problemas y tener ese equilibrio entre extorsión y comprensión. No es sencillo. El caso de Sperling es crítico, es cierto, pero no podemos pretender que todos paguen en tiempo y forma. Lo hemos hablado mil veces.

—Sperling no es el único. Hay varios atrasos.

—¡Sharon, tenemos más peces que nunca! Es lógico que a medida que pase el tiempo dejen de pagar. La extorsión tiene una fecha de caducidad. Sperling, además, creo que tiene problemas en su matrimonio, no te extrañe que una parte de él quiere que le mostremos a su esposa esas cintas y que todo vuele por los aires.

Sharon se lo quedó mirando.

—Soy yo la que se acuesta con esos tipos. No tú.

—Eso lo sé. Pero no deja de ser una hora de tu vida. En cambio yo…

Sharon lo fulminó con la mirada. Sus ojos, antes fríos, ahora ardían con una furia contenida.

—No entres ahí, Max Tillman —lo interrumpió—. No te conviene. No es una cuestión de tiempo.

Max exhibió las palmas de las manos.

—Perdón, lo siento. Tienes razón. Sólo digo que yo soy el que debe seguir viendo regularmente a cada uno de ellos, y por eso entiendo mejor cada problemática. Algunos se dan cuenta de que nuestro interés está en que sigan pagando, no en exponerlos.

—Me da igual. No me gusta que no paguen. Quizás deberíamos exponer a algunos.

—Sabes que eso podría poner en riesgo todo el negocio. Iré más fuerte con Sperling. Me ocuparé de ello. No te preocupes.

Sin embargo, había algo en la mirada de Max que decía completamente lo contrario. Sharon no tenía del todo claro qué escondía, pero lo que percibió en ese instante no le gustó nada. La grieta entre ellos se hacía cada vez más profunda.

26

Sharon entró a Dana's Cafe a las ocho de la mañana del sábado. Ya había algunas mesas ocupadas: una pareja joven con ropa deportiva, un hombre de mediana edad que tecleaba concentrado en su portátil y dos parejas mayores.

En vez de dirigirse a una de las mesas, Sharon se quedó en la fila detrás de un hombre que en ese momento recibía su café y una bolsa de parte de Chloe. El hombre, con el cabello apenas largo por debajo de las orejas y una cazadora ligera, se despidió de Chloe por su nombre.

Sharon se apartó a un costado para dejarlo pasar y lo siguió con la mirada hasta que abría la puerta y se marchaba.

—No es de la isla —dijo Chloe al advertir el interés de Sharon.

Sharon se quitó las gafas espejadas y se acercó al mostrador.

—Parece que lo conoces.

Chloe estaba sola en ese momento; el muchacho barista no estaba a la vista. La joven adquirió una actitud cómplice, bajando ligeramente la voz y mirando de reojo al salón, donde los comensales estaban absortos en sus propios mundos.

—Es el detective Luca Bruzzo, de Los Ángeles —dijo Chloe, con un ligero rubor en sus mejillas—. Está aquí colaborando con la investigación de Eleanor.

Sharon arqueó una ceja.

—Creí que el FBI lo estaba investigando.

—Yo pensaba lo mismo. Pero el detective Bruzzo llegó hace unos días, para colaborar. Es… diferente a los otros agentes.

—¿En qué sentido?

—No lo sé. Más amable.

—¿Te ha dicho algo más del caso?

—No sé más nada.

—¿Segura?

Chloe se la quedó mirando con extrañeza. Sharon decidió cambiar de tema.

—¿Sabes si los Sperlings vendrán a desayunar hoy?

Tony y Julie Sperling tenían la costumbre de desayunar juntos todos los sábados. Sharon sólo quería confirmarlo.

Chloe consultó su reloj.

—Suelen venir alrededor de las nueve, así que llegarán de un momento a otro. ¿Quieres que les diga algo de tu parte?

—No hace falta. Me quedaré un rato a esperarlos.

La presencia de Luca Bruzzo la había sacado de su eje, pero Sharon no iba a cambiar sus planes por ello. Si Max no era lo suficientemente persuasivo para que Tony Sperling les pagara el dinero que les debía, tendría que hacer el trabajo ella misma. Según sus cálculos, el tipo les debía casi cincuenta mil dólares, y Sharon no iba a irse de Dana's Cafe sin una promesa de pago. No veía la hora de ver su cara cuando la viera allí esperándolo.

—Chloe, querida, ¿me llevas a la mesa lo de siempre?

Sharon ocupó uno de los reservados junto a la ventana. Se ubicó de manera tal de observar la entrada, con una vista privilegiada de la puerta y la calle. Chloe le trajo un café *latte* y un croissant.

Un rato después, justo cuando el reloj de pared marcaba las nueve menos cinco, llegaron Tony y Julia Sperling. Tony, un hombre de poco más de cuarenta años, con una complexión robusta y el cabello ralo, vestía unos pantalones de golf y un polo. A su lado, Julia, unos años más joven que él, menuda y con un peinado impecable, llevaba un conjunto de lino de color pastel. Eran la viva imagen de la pareja adinerada de la isla.

Sharon les llamó la atención desde el reservado, levantando una mano con una sonrisa radiante.

A Tony la cara se le transformó al verla allí. Sus ojos se abrieron ligeramente, una mezcla de sorpresa y pánico cruzando sus facciones. Julia, por el contrario, se mostró muy efusiva.

—¡Sharon, querida! ¡Qué sorpresa encontrarte aquí!

Sharon los invitó a ocupar el reservado con ella. Tony intentó eludir la invitación, balbuceando algo sobre no querer molestar, pero Sharon insistió y dijo que no admitiría un no por respuesta. Julia, ajena a la tensión, también se mostró entusiasmada.

—¡Qué bien! Así charlamos un rato.

Se sentaron. La conversación fluyó de manera natural entre Julia y Sharon.

—¿Te has enterado de lo de Pam? —dijo Julia haciendo un gesto con la palma de la mano, acariciando una pelota imaginaria.

—¡No me digas!

—¡Sí! ¡Por fin! Después del cuarto tratamiento, la pobre.

Sharon puso una expresión de profunda empatía.

—¡Qué maravilla! Me alegro tanto por ella.

—Sí, pero todavía no se lo ha dicho a casi nadie porque tiene miedo de que no progrese, pero ya lleva cuatro meses. ¡Nunca ha llegado tan lejos!

La conversación se convirtió en un plan de cotilleo en toda regla. Hablaron de la edad avanzada de Pam, de los sacrificios que había hecho para concebir, y de algunos detalles privados de su vida. Sharon escuchaba con una atención fingida, asintiendo en los momentos adecuados, mientras su mente trabajaba en otra dirección.

Chloe se acercó a tomarles el resto de la orden. Tony se encargó de ordenar lo mismo de siempre, sin consultar a Julia, que seguía contándole a Sharon la historia del embarazo de Pam.

Cuando llegó la comida, Sharon aprovechó para cambiar de tema y comentó:

—Tenemos que organizar algo en casa. Hace mucho que no estamos juntos los cuatro. ¿Qué dices, Tony?

Tony Sperling, que estaba a punto de llevarse un trozo de tostada a la boca, se detuvo.

—Sí, claro, por supuesto.

Sharon, con un movimiento sutil, empezó a tocarlo con el pie por debajo de la mesa. Un roce apenas perceptible, pero lo suficientemente claro como para que Tony lo entendiera.

—Tenemos que estar en contacto más seguido —insistió Sharon.

—Es culpa de los hombres —dijo Julia, riendo—. Tony y Max se juntan seguido a tomar cerveza en el Club Náutico. Nos dejan fuera. No sé de qué hablarán ustedes dos.

Julia observó a Tony, entre divertida y curiosa, ajena por supuesto al juego de roces que tenía lugar debajo de la mesa.

—Es cierto, Tony —dijo Sharon, su mirada fija en él—. Estás en deuda… Tienes que pagar.

El rostro de Tony se contrajo. Intentó disimular, pero su incomodidad era incontenible. Para su fortuna, Julia se disculpó porque tenía que ir al lavabo. Tony y Sharon se quedaron solos.

—¡¿Qué se supone que estás haciendo, Sharon?! —exclamó Tony, su voz un susurro furioso— ¿Es que acaso has perdido la cabeza?

Sharon no se echó atrás. Su sonrisa se volvió más fría y afilada.

—Si no pagas lo que acordamos, Tony, voy a hacer cosas mucho peores.

—¡¿De qué estás hablando?! ¡Les he pagado todo! —Tony miró en todas direcciones, luego una vez más a Sharon—. Sólo me atrasé una semana, pero ya cumplí. No les debo ni un céntimo. Y lo que estás haciendo claramente viola el acuerdo de no decirle a mi esposa. ¡Podría sospechar algo!

Sharon hizo su mayor esfuerzo para ocultar la sorpresa. Echó mano a lo primero que se le ocurrió.

—Oh, así que ya has pagado la deuda —dijo, todavía indignada—. Ayer revisé las cuentas y perdí la cabeza. Debí consultarle a Max antes de venir a verte.

—Claro que deberías haberlo hecho.

—Lo siento, Tony.

Tony echaba espuma por la boca.

Julia regresó en ese momento, su rostro fresco y sonriente. Los dos disimularon al instante.

—Sharon, ¿has visto el nuevo escaparate de la boutique de la Avenida Andersen? ¡Es una maravilla!

Sharon siguió la conversación en piloto automático, consciente de cómo Tony descargaba su frustración en cada alimento que ingería. Ella, por su parte, también gestaba su propia furia hacia Max, que evidentemente había estado desviando dinero a sus espaldas. No estaba demasiado sorprendida —era una sospecha que tenía desde hacía un tiempo— pero la confirmación no dejaba de ser reveladora.

La pregunta que no dejaba de atormentarla —mientras escuchaba el palabrerío de Julia al que apenas podía encontrarle sentido— era por qué razón Max estaría diversificando dinero, y durante cuánto tiempo lo estaba haciendo. Max no sólo podría haberla engañado con los pagos adeudados, sino también con los montos exigidos a cada uno de los peces. ¡Max podía haber desviado muchísimo dinero del negocio en todo este tiempo!

Sharon sintió una ira incontrolable creciendo en su interior. Lo único que en ese momento conseguía apaciguarla era saber que al salir de Dana’s Cafe iría al único sitio donde realmente podría ser ella misma. Pensar en eso la relajó. Ya tendría tiempo de ocuparse de Max.

27

Era viernes. Hacía cinco días que Luca había llegado a Falcon Island, y por fin sentía que tenía un hilo del que tirar. El comienzo había sido una sucesión de golpes: la inesperada internación de Alyssa por complicaciones en su embarazo y la decisión de Richard Duncan de poner al agente Hoyle al mando de la operación. Lo único positivo era que desde su tensa confrontación en el aparcamiento del Salt Spray Motel, Hoyle no había vuelto a contactarlo. Ese silencio, aunque un alivio, era también un recordatorio de la frágil tregua que habían sellado después de la amenaza velada de Luca.

Lo que el agente Hoyle no sabía, por supuesto, era que Luca estaba lejos de estar aislado. Hablaba todos los días con Victoria Cowsill, la mano derecha de Alyssa, quien lo mantenía al tanto de cada movimiento de Hoyle. Por supuesto, Luca más que nadie era consciente de que las acciones de Cowsill eran arriesgadas y podían llegar a costarle su carrera. Sin embargo, ella nunca flaqueó. Luca había abordado el tema dos veces, no sólo para asegurar su propia discreción, sino para que ella no se sintiera obligada a hacer nada que no quisiera. La segunda vez, Cowsill había sido enfática: le dijo que si no fuera por Alyssa ella no estaría trabajando para el FBI, le debía eso y mucho más. Además, insistió en que Hoyle se estaba equivocando en su enfoque unidireccional, y esa había sido precisamente la razón por la que Alyssa había optado por poner al mando a Luca y no a él. Por desgracia, el director Duncan había alterado esos planes.

Cowsill le habló a Luca de la línea de investigación que Hoyle estaba llevando adelante en la isla. Aunque Luca tenía sus reparos —contradecía una de sus premisas básicas de trabajo—, debía reconocer que el enfoque de Hoyle no era un total disparate.

Básicamente, Hoyle operaba bajo la premisa de que Peyton Allen había llegado a Falcon Island con una nueva identidad, y que su objetivo primordial habría sido encajar en el engranaje social de la isla. Además de las parejas que buscaban un escape de fin de semana, la isla estaba llena de hombres solteros que utilizaban Falcon Island como plataforma para sus negocios o incluso como escaparate. En las fiestas y reuniones sociales se cerraban acuerdos y se cultivaban vínculos provechosos. Casi con seguridad, Peyton habría buscado a uno de esos hombres. Era bella, inteligente, y a la vez fría y calculadora. Si Peyton Allen había conseguido burlar a la policía y al FBI durante siete años, podría sin esfuerzo formar una pareja y colarse en la estructura social de la isla. Era altamente probable que, para ese momento, estuviera relacionada con todo el mundo y fuese una más.

Basándose en esta premisa, Hoyle había iniciado su trabajo en el exclusivo *Falcon Club*. Había recopilado una lista detallada de las mujeres que se habían asociado en una ventana de tiempo de dos años a partir de la fecha probable de llegada de Peyton a la isla. Esta primera barrida había arrojado más de doscientas mujeres, que Hoyle, en función de la edad, había reducido a cien. Cowsill, que había asistido a Hoyle desde el edificio central, había realizado búsquedas en redes sociales y bases de datos, logrando establecer que veinte de esas mujeres tenían demasiados antecedentes comprobables para ser Peyton. Partían de la base de que Peyton estaba en la isla con una identidad falsa, por lo que debía tener un pasado relativamente limpio.

Con las ochenta mujeres restantes, Hoyle, con el apoyo local de la oficial Brenda Miller, había establecido un proceso de eliminación sistemático. Los procedimientos llevados a cabo habían sido variados: desde presentarse con alguna excusa en sus casas, hasta seguirlas sin que ellas lo advirtieran. El propósito de estos acercamientos era establecer cuáles eran las candidatas potenciales en función de su aspecto; sabiendo que Peyton había sufrido una transformación radical, no podían fiarse demasiado, pero sí podían basarse en algunos parámetros de complexión, altura, etcétera. Cuando estaban frente a una potencial candidata, no había otra

forma de descartarlas que una prueba de ADN. Por supuesto, el plan no era forzarlas a tomar una muestra con una orden judicial —que, por otro lado, difícilmente un juez les firmaría sin alguna prueba más —, sino de manera subrepticia. Una muestra tomada de esta forma no sería válida ante un tribunal, pero lo único que ellos necesitaban era un indicio que los guiara en la dirección correcta. Una vez que individualizaran a Peyton Allen, ya encontrarían la forma de detenerla.

Hasta el momento, habían tomado cuatro muestras de ADN de posibles candidatas. Las muestras habían sido cotejadas con el ADN de George Allen, y las cuatro habían resultado, por supuesto, negativas. Sin embargo, con cada una de ellas, Hoyle y Miller habían experimentado la euforia de estar muy cerca de resolver el caso. Ninguno de ellos conocía a Allen personalmente, pero habían visto fotografías, y en cada una de esas cuatro ocasiones habían estado seguros de que tenían a Peyton.

El foco de la investigación estaba puesto en descartar a cada mujer de esa lista lo más rápido posible.

Cuando Luca habló con Cowsill la primera vez y ella lo puso al corriente de todo esto, asumió que Luca querría investigar a estas mujeres; quizás incluso revisar a las candidatas que Hoyle había descartado. De hecho, Victoria Cowsill le aseguró que, en su afán de acotar el listado, Hoyle había dejado fuera a algunas mujeres que ella creía que debían ser investigadas. Para sorpresa de Cowsill, Luca le dijo que no iba a seguir esa línea de investigación. Por un lado, esa era la línea de Hoyle —y, de hecho, debía reconocer que era bastante buena—. Si Luca iba a participar de ella, lo menos que correspondía era presentarse ante Hoyle y ofrecerle su ayuda, no apropiarse de lo que no le correspondía. Hoyle era un capullo, pero la ética de trabajo estaba por encima de eso.

Luca seguiría su propia línea de investigación, completamente opuesta. Hoyle había partido de algunos supuestos, como, por ejemplo, que Peyton se había asociado al *Falcon Club*. Si eso no era así, entonces ella ni siquiera estaba en la lista que él estaba investigando. Por otro lado, el hecho de que Alyssa no le hubiera dicho nada de esta línea de trabajo, para Luca podía significar que

ella misma tuviera algunos reparos. Nunca era bueno apostar todo a una línea, que además tenía bastante de especulación.

Pero había una razón más por la que Luca había preferido ir en otra dirección. La más importante de todas. El ángulo adoptado por Hoyle violaba uno de los principios de trabajo de Luca: seguir la evidencia. La razón por la que ellos estaban allí era por el secuestro de Eleanor Vance. Hoyle parecía haberse olvidado de eso por completo.

Había muchas preguntas para hacerse a partir de la desaparición de Eleanor Vance. La más obvia de todas era: ¿Por qué ella? A Luca no dejaban de llamarle la atención las fotografías enviadas a la familia, no sólo porque podían constituir pistas para encontrar a Eleanor, sino porque eran en sí mismas una forma de llamar la atención. Peyton debió de ser plenamente consciente de que una cosa era la desaparición de una muchacha —algo que tristemente sucedía a diario en diferentes partes del país— y otra muy distinta era el envío de fotografías escabrosas a la familia. Un hecho así adquiría notoriedad de inmediato. En cierto sentido, Peyton prácticamente los había invitado a la isla. Esas fotografías habían sido el equivalente de una bengala disparada al aire.

¿Por qué Peyton había atraído el foco hacia la isla?

O bien había tenido un descuido, o ellos estaban allí como parte de un nuevo guion.

28

Desde el secuestro de su hija, Richard Vance no dejó de ocuparse un solo día de intentar encontrarla. Su vida, antes dedicada a un próspero negocio que había construido desde cero junto a su esposa Juliette, se había transformado en una búsqueda incesante, una obsesión que consumía cada hora de su vigilia. Él y Juliette habían encontrado un equilibrio, una fortaleza forjada en la tragedia, para seguir adelante trabajando en equipo: ella en La Posada del Halcón, asegurándose de que la única fuente de ingreso de dinero de la familia no se agotara, y él en su propio búnker de investigación, buscando una pista, un indicio, cualquier cosa que lo condujera a Eleanor.

Richard había montado su lugar de trabajo en un apartamento que la familia tenía para alquiler temporal, no demasiado lejos de La Posada del Halcón. Cuando Luca se encontró con Richard por primera vez fue precisamente allí. El salón del apartamento había sido completamente transformado: una mesa central, de madera maciza y gastada, estaba repleta de mapas de Falcon Island, carpetas abultadas con documentos y pilas de notas manuscritas. Dos paneles de corcho, tapizados de recortes de prensa sobre su desaparición, cubrían una de las paredes, mientras que una pizarra de marcador, llenas de fechas, nombres y flechas, ocupaba otra. Aquel espacio, casi un cliché exagerado de cómo debía verse la sala de trabajo de una investigación policial, era lo que Luca había esperado ver en el departamento de policía local, donde Hoyle había montado su centro de operaciones. Y sin embargo, lo había encontrado aquí, en el búnker de un padre desesperado y tenaz. Era posible que un sitio así —tan visual y plagado de recordatorios—

funcionara para Richard como motor para encontrar cada día la energía necesaria para seguir adelante.

Lo más impactante del apartamento estaba en la pared restante, la que no contenía ninguna pizarra ni panel de corcho. Richard había pegado partes de una gigantografía que había sido tomada durante una vigilia que se había hecho en memoria de Eleanor. La familia la había organizado más o menos un mes después de haber recibido la primera fotografía de su hija secuestrada, para revitalizar el interés en el caso pero también con otro propósito en mente. En el evento habían dispuesto varias cámaras fijas y un par de fotógrafos que se encargaron de registrar con lujo de detalle a todos los asistentes, que en total fueron más de quinientos. Richard había trabajado con el jefe de policía —el FBI todavía no estaba en la isla para ese entonces— bajo la premisa de que el secuestrador no habría resistido la tentación de ser uno de los asistentes.

Richard estaba convencido de que entre aquellos cientos de rostros estaba el del secuestrador, y su tarea desde entonces había sido identificarlos a todos e investigarlos. A la mayoría iba a verlos personalmente e intentaba dialogar con ellos, a lo que por supuesto nadie se negaba. Richard lo hacía en carácter de un padre interesado en saber más de su hija y sutilmente intentaba establecer el vínculo entre esas personas y Eleanor. Algunos eran amigos o conocidos cercanos y la conversación se daba de manera muy natural; otros eran ciudadanos que simplemente habían asistido por compasión y no tenían mucho para decir. Por supuesto, Richard se había centrado sólo en los hombres.

Junto a muchos de los rostros había notas con un número de referencia, el nombre de cada persona y una breve descripción. Luego, en carpetas, estaba toda la información que Richard había conseguido reunir de cada persona, algunas notas de cada entrevista y datos relevantes. El hombre incluso había construido mapas de relaciones donde estaban los vínculos estrechos que había podido establecer entre cada uno de los asistentes. El trabajo era exhaustivo y sorprendente, muy superior a lo que Luca había visto en cualquier investigación de la que le había tocado participar.

Richard Vance no sólo contaba con una motivación adicional, sino también con tiempo; posiblemente todo el tiempo que le quedara de vida.

La química entre ellos fue inmediata. Luca vio en Richard Vance la misma expresión que había visto en George Allen: la de un padre devastado, pero a la vez entero. Ayudarlo a saber qué le había ocurrido a Eleanor era como ayudar a George, y a todos los padres que habían pasado por una situación similar. Pocas veces el trabajo policial tenía tanto sentido como ahora. Estaba claro que Richard necesitaba una guía, y Luca, fuera del esquema formal del FBI, no sólo necesitaba un lugar físico para trabajar, sino el conocimiento de la isla y las relaciones que Richard tenía a su disposición. Trabajar juntos sería conveniente para ambos.

Si bien Luca encontró valioso el trabajo de Richard, y de hecho todos los días dedicaba no menos de tres horas a revisar los perfiles de los allegados de Eleanor que él había confeccionado, la realidad era que no difería demasiado del enfoque de Hoyle. Investigar un círculo de allegados podía resultar en una tarea infinita; no difería mucho de disparar en cualquier dirección con la esperanza de dar en el blanco. Luca no descartaba que pudiera funcionar, pero él prefería partir de las certezas que tenían y seguir la evidencia. En este sentido, había creído que la mejor utilización de su tiempo sería investigar a fondo el único dato concreto que habían aportado las fotografías recibidas por la familia: las baldosas que aparecían en la habitación donde Eleanor había sido encerrada.

Las baldosas eran de color terracota con algunas blancas de diferentes diseños: flores, una torre que parecía la pieza del ajedrez, un león… El hecho de que fueran tan particulares era una buena noticia; sin embargo, ni la policía local ni el FBI habían podido identificarlas. Lo único que sabían con relativa certeza es que eran antiguas, pero nada más.

Luca le planteó a Richard enfocarse en identificar las baldosas, a lo que él por supuesto estuvo de acuerdo. La única condición que puso para ayudarlo era que no dejaría de seguir investigando a los asistentes a la vigilia, incluso ante las sugerencias sutiles de Luca de que podía ser un tiempo mal empleado. Por supuesto, Luca no podía

decirle —al menos no todavía— que en realidad debería enfocarse en una mujer, no en un hombre.

Luca entró al apartamento el día viernes a las ocho de la mañana. Lo hizo con su propia llave, que Richard le había entregado al día siguiente de conocerse. En la mano llevaba un café y una bolsa de Dana's Cafe con el ya clásico muffin. El apartamento estaba en silencio, un silencio denso, casi reverencial, roto sólo por el suave murmullo de la nevera en la cocina. Centenares de rostros capturados en la gigantografía de la pared lo miraban con expresión compungida. Luca llevaba tres días siguiendo ese mismo ritual: sentarse en la mesa central, rodeado por la evidencia de la tragedia, para mirar a cada una de las mujeres que aparecían en esas fotografías… buscando el rostro transformado de Peyton. Había empezado a crear una lista propia de posibles candidatas, a sabiendas de que entrar en el terreno prometedor de la prueba y error podía ser un camino largo y tedioso. No descartaba en algún momento tener una lista propia y cruzarla con la de Hoyle; manteniendo sus convicciones y uniendo los trabajos de Richard Vance y el FBI.

Desayunó en la mesa central, mientras revisaba los perfiles del círculo más cercano de amistades de Eleanor, para lo cual Richard había seleccionado previamente algunas carpetas específicas. Luca leía cada perfil, cada detalle de la vida de Eleanor y sus amigos íntimos, y luego buscaba el rostro correspondiente en la gigantografía.

Eran cerca de las nueve cuando su móvil vibró sobre la mesa. Era un mensaje de Richard: ¿ESTÁS EN EL APARTAMENTO? ¡HE AVERIGUADO ALGO DE LAS BALDOSAS!

Luca sintió el pulso acelerándose. Una oleada de adrenalina lo recorrió. El día anterior, Richard había pasado horas en el ordenador, recreando el diseño de las baldosas que aparecían en la fotografía de Eleanor. Luca creía que sería mucho más sencillo para alguien reconocerlo de esta forma que en las fotografías originales, donde la calidad era muy mala. Richard había estado tan entusiasmado que le envió el diseño por correo a todos sus contactos esa misma noche,

una red de viejos amigos y conocidos de la isla, gente que había vivido allí toda su vida.

Apenas unos minutos después, la puerta del apartamento se abrió de golpe y Richard Vance entró. Estaba pulcro, como siempre, a pesar de la hora temprana, con una camisa de lino y el cabello peinado con esmero. Estaba eufórico, se movía de un lado para el otro, casi tropezando con sus propios pies. En la mano traía varias cosas: un periódico doblado, un par de sobres y una impresión del diseño de las baldosas que había hecho en el ordenador.

—¡Luca! —exclamó Richard con emoción—. ¡Lo tengo! ¡Lo tenemos!

Dejó caer las cosas sobre la mesa, el periódico resbalando y cayendo al suelo. Luca se inclinó para recogerlo, mientras Richard, sin aliento, le explicaba:

—Recibí una respuesta de Gene, un viejo amigo de la isla. Lo llamé de inmediato.

Gene tenía más o menos la edad de Richard. Los dos se habían criado en la isla en familias trabajadoras, conociendo cada rincón y cada historia. Gene le dijo que uno de sus primeros trabajos había sido en el ayuntamiento, como ayudante del encargado. Trabajó allí durante sólo un año, más de treinta años atrás, y sin embargo creía recordar que había visto esas baldosas en el sótano del ayuntamiento.

Luca intentó mostrarse calmo, meditando sobre las implicaciones que podría traer una idea tan disparatada como que Eleanor podría haber sido secuestrada en un sitio público.

—¿El sótano del ayuntamiento? —Luca no podía dar crédito.

—¡Sí! —Richard asintió con vehemencia—. Gene no está seguro al ciento por ciento, pero cree que no se equivoca. ¡Tenemos que ir, Luca! ¡Ahora mismo!

Richard prácticamente lo arrastró afuera del apartamento, su urgencia palpable, su mano firme en el brazo de Luca.

—Richard, espera un momento. Quizás sea imprudente que vayamos sin pensarlo un poco. Podríamos alertar…

Él lo observó con severidad.

—He venido a buscarte porque ha sido tu idea —dijo Richard —, pero si no vienes conmigo ahora…

Luca tomó verdadera conciencia de lo difícil que sería trabajar en equipo con Richard, de la delgada línea que debía transitar entre la colaboración y la contención. Y, sobre todo, confirmó algo que había asumido desde el principio: no podía decirle todo lo que sabía.

—Definiremos una estrategia en el camino —dijo Luca en un tono que no dejaba lugar a la discusión.

29

El ayuntamiento estaba a tiro de piedra del apartamento, lo cual la colocaba a su vez próxima a La Posada del Halcón. Luca se alegró de poder caminar con Richard, no sólo porque necesitaba establecer un plan a seguir, sino porque urgía que el hombre se tranquilizara y volviera a ser el individuo metódico y cerebral que había conocido. La euforia de Richard, aunque comprensible, era un riesgo.

El ayuntamiento funcionaba en una de las propiedades más antiguas de la isla. Había sido construida a principios del siglo pasado por uno de los fundadores de Falcon Island, un inglés llamado William Sordiner, que había llegado a los Estados Unidos con una fortuna cuya procedencia todavía era motivo de debate. La historia oficial decía que era un empresario naviero, actividad que sí desarrolló una vez que llegó al país. Las malas lenguas, sin embargo, decían que había amasado su fortuna por sus vínculos con alguna de las mafias inglesas del East End, y que había cruzado el Atlántico dejando atrás algunas cuestiones pendientes.

Mientras caminaban, Richard le relató a Luca que Sordiner, junto con otros ingleses, decidieron asentarse a orillas del océano, y así nació Falcon Island. Él no estaba del todo seguro, pero creía haber escuchado alguna vez que buena parte de los materiales para construir la mansión de Sordiner —y otras también— habían llegado en barco directamente desde Inglaterra. Era posible que esas baldosas tan singulares, hubieran llegado en alguno de esos barcos, y que por eso no habían podido averiguar su procedencia. Si esto había sido así, entonces esas baldosas no estarían en ninguna otra parte de la isla, lo que las convertiría en una pista aún más valiosa.

Lejos de calmarse, a medida que Richard se adentraba en su relato, se sentía cada vez más eufórico.

La mansión que había pertenecido a los Sordiner era imponente, de piedra grisácea y tejados de pizarra, rodeada por unos jardines preciosos, meticulosamente cuidados. La fachada, con sus ventanales altos y su puerta de madera, era más señorial de lo que Luca había esperado.

Durante el trayecto, Luca había conseguido convencer a Richard de que lo mejor sería que él lo esperara afuera. Si efectivamente habían encontrado algo sensible, era crucial actuar con discreción. Si Richard entraba al ayuntamiento haciendo preguntas, la noticia podía empezar a circular rápido entre los habitantes de la isla. Richard había intentado convencerlo de lo contrario, aduciendo que ya le había enviado un correo a varias personas de la isla preguntando por esas baldosas. Pero Luca logró persuadirlo; sólo una persona, su amigo de la infancia Gene, había reconocido las baldosas por un hecho fortuito del pasado. Si tenían suerte, nadie sabría que habían dado con una pista que podía revestir importancia.

Richard, con un suspiro de resignación, se quedó en la acera de enfrente, esperando en un banco de piedra.

Luca entró al ayuntamiento sin un plan demasiado claro. Si le revelaba a la persona incorrecta que era policía y que quería ver el sótano del ayuntamiento, levantaría tantas o más sospechas que la presencia de Richard. Su única idea era entrar a la propiedad e intentar pasar desapercibido. Si se mostraba seguro de sí mismo y de lo que hacía, quizás nadie le preguntaría nada.

Entró a la recepción y se encontró con un panorama totalmente inesperado. El vestíbulo, amplio y con techos altos, conservaba la esencia de lo que antaño debió ser la entrada de una gran vivienda. Un suelo de mármol pulido reflejaba la luz que se filtraba por los ventanales y una gran escalera de madera se curvaba hacia la planta superior. Más allá, se abría un salón amplio, con mobiliario clásico y cuadros de paisajes marinos. Justo frente a la entrada, un letrero de madera con una flecha señalaba a la derecha y decía "Ayuntamiento". Del otro lado del salón, un grupo de unas

ocho personas con cámaras al cuello se volvieron todas al mismo tiempo cuando lo vieron llegar. Una mujer de unos sesenta años, con el pelo recogido en un moño y gafas de montura fina, que estaba ligeramente apartada del grupo, se dirigió a él.

—¿Viene a la visita guiada? Luca creyó advertir una mínima cuota de fastidio en su tono.

—Sí —dijo Luca de inmediato—. Se me hizo un poco tarde. Qué bueno que todavía estoy a tiempo.

La mujer se disculpó con el grupo de turistas con un gesto de la mano y se dirigió a una esquina del salón donde había un mostrador de madera. Luca la siguió en silencio y recibió unos auriculares con una audioguía del tamaño de un teléfono móvil.

—Son quince dólares —dijo la mujer, extendiendo la mano.

Luca le entregó el dinero y ella le explicó que a lo largo del recorrido iba a encontrar unos números en las paredes que, al introducirlos en el aparato, dispondría de una explicación de lo que veía, previo a seleccionar el idioma deseado.

Una vez con el resto del grupo, la mujer les explicó que no era necesario que hicieran el recorrido todos juntos y que podrían quedarse en las habitaciones que más les interesaran de las zonas habilitadas. El recorrido duraba aproximadamente treinta minutos.

Luca se acercó sutilmente a la mujer.

—Disculpe, ¿qué partes de la casa abarca el recorrido?

—Parte de la planta baja, las habitaciones de la segunda planta y el jardín —respondió ella, ahora con amabilidad.

El grupo se desplazó hacia la izquierda donde estaba el salón principal, un espacio majestuoso bastante bien conservado. Las paredes estaban revestidas con paneles de madera oscura y el techo adornado con intrincadas molduras de yeso. En el centro había una imponente lámpara de cristal. Por todas partes había fotografías y retratos de la familia Sordiner: pinturas al óleo de William e Hilda, también instantáneas de los hijos en diferentes edades. Luca se acercó a una de las paredes e introdujo el número "1" en su audioguía. Una voz femenina, pausada y didáctica, comenzó a narrar:

"Bienvenidos al Salón Principal de la Mansión Sordiner, hoy el corazón de nuestro ayuntamiento. Aquí, en los albores del siglo XX, comenzó la historia de una de las familias más enigmáticas de Falcon Island. William Sordiner, un hombre de treinta y un años, y su esposa Hilda, de veinticuatro, llegaron a las costas de California desde Inglaterra. Con ellos venían sus dos hijos mellizos, Arthur e Ivy, de cinco años"

Luca observó las fotografías. Además del matrimonio vio a dos hijos varones, pero no encontró ninguna de Ivy.

"A diferencia de la mayoría de los emigrantes ingleses, que buscaban fortuna en el este del país, William Sordiner eligió la remota costa oeste. La razón detrás de la decisión tenía que ver con su hija Ivy. La pequeña padecía una extraña enfermedad de la piel poco conocida en la época, para la cual los médicos habían recomendado la exposición solar. Pero más allá de su dolencia física, Ivy sufría una grave malformación facial y un retraso en el desarrollo que la mantenía apartada del mundo, sumida en dolencias y ataques diarios. El atardecer, según algunas crónicas y cartas de la época, era una de las pocas cosas que calmaban a Ivy realmente"

Luca se detuvo frente a un dibujo a lápiz enmarcado, colgado en una pared menos prominente. Era un retrato de una niña, con una sonrisa melancólica y una deformidad apenas insinuada por la sombra. El título, escrito a mano, decía: "Ivy al sol".

"En este mismo salón, se encuentra el único retrato conocido de Ivy, un dibujo a lápiz titulado 'Ivy al sol'. Se cree que fue obra de un amigo de la familia, un artista que supo capturar la esencia de su espíritu a pesar de su condición. Este dibujo es un testimonio de la compleja vida de Ivy, una vida marcada por la reclusión y el misterio"

Junto a Luca, el grupo seguía bastante compacto. Sólo uno o dos se habían adelantado. Cada uno introducía los números en la audioguía y se zambullían en la vida de los Sordiner.

Las siguientes eran fotografías que ilustraban el proceso de construcción de la mansión.

"En 1907, William Sordiner, junto a un selecto grupo de compatriotas ingleses, visionarios y con intereses comunes, decidió

establecer una comunidad exclusiva a orillas del Pacífico. Así nació Falcon Island, un refugio de lujo y discreción, lejos de las miradas indiscretas de las grandes ciudades. William viajó primero, y al cabo de un año, su esposa y los mellizos, Ivy y Arthur, se unieron a él. Para entonces, la construcción de esta imponente mansión, que más tarde se convertiría en el ayuntamiento de la isla, ya estaba avanzada y se extendería por los siguientes dos años, sentando las bases de un legado que perduraría por décadas."

El grupo, ahora reducido a la mitad, se movió hacia la siguiente estancia: el despacho de William Sordiner. Era un espacio de poder, con una gran mesa de caoba, sillones de cuero tipo Chesterfield y estanterías repletas de libros encuadernados. Las paredes estaban adornadas con mapas náuticos antiguos, maquetas de barcos de vela y brújulas de latón pulido.

"Nos encontramos ahora en el despacho de William Sordiner, el cerebro detrás de Falcon Island. Aquí, entre mapas y documentos, se forjó la fortuna de la familia, una fortuna que, desde su llegada, fue objeto de intensas especulaciones. La versión oficial lo presentaba como un exitoso empresario naviero, una actividad que, en efecto, desarrolló con notable éxito en el Nuevo Mundo. Sin embargo, las malas lenguas, que nunca faltan en una comunidad tan cerrada, aseguraban la existencia de vínculos con la temida mafia del East End de Londres, liderada por figuras como los hermanos Levy o los Sabini. Se decía que su cruce del Atlántico no fue sólo una búsqueda de nuevas oportunidades, sino una huida de asuntos pendientes y peligrosos en su tierra natal, una sombra que siempre lo acompañaría."

Luca notó varias fotografías enmarcadas de un joven apuesto, con una mirada decidida.

"En 1909, en la recién fundada Falcon Island, Hilda Sordiner dio a luz a su tercer y último hijo, Frederick. Desde su nacimiento, Frederick fue el 'niño de oro', el heredero natural del imperio Sordiner. Era un niño carismático, inteligente y con una notable belleza. William lo preparó desde la cuna para tomar las riendas de sus negocios legítimos, proyectando en él la imagen de perfección de la familia"

El grupo comenzó a ascender por la gran escalera de mármol. A medida que subían, la luz se volvía más intensa, y al llegar a la segunda planta, se encontraron frente a un enorme ventanal que ofrecía una vista panorámica de la playa, la inmensidad del océano y, un poco a la derecha para no estropear la vista, el imponente faro.

Luca introdujo el número correspondiente en su audioguía.

"Desde este ventanal podemos contemplar una de las vistas más icónicas de Falcon Island: la playa, el vasto océano y el majestuoso faro. Este faro, mucho más que una simple ayuda a la navegación, es un símbolo de amor y tragedia en la historia de los Sordiner. Fue construido en 1915 como regalo del cumpleaños número doce de Ivy."

En un estante junto a la ventana había una maqueta a escala de la playa y el faro.

"Aquí, en este faro, Ivy podía sentarse en silencio, disfrutar del sol en las terrazas y contemplar los largos atardeceres. Se sabe muy poco de la vida de Ivy, ya que fue mantenida en un aislamiento casi total, pero en algunas cartas de William ha quedado plasmada la devoción profunda hacia su hija. El faro, lejos de ser un sitio de reclusión, fue un gesto de inmenso amor pensado por su padre para crear un refugio para su hija en un mundo que no estaba preparado para aceptarla."

El tour continuó por el pasillo de la segunda planta. La siguiente parada fue la habitación de uno de los hijos varones. Había un escritorio con mapas de navegación, un globo terráqueo y algunos libros de aventuras. Luca supuso que era la habitación de Arthur, el hermano mellizo de Ivy.

"Arthur Sordiner, el mellizo primogénito, era un espíritu indomable que siempre fue el más rebelde y aventurero de los hermanos. Eclipsado por el foco que recibía su hermano menor, llegado a la familia con su halo de perfección, Arthur se convirtió en un adolescente rebelde que dejó sus estudios y que nunca quiso saber nada con los negocios de la familia. A sus dieciocho años, Arthur se negaba a seguir las estrictas normas de Falcon Island y la sombra omnipresente de su padre."

La voz se tornó más sombría:

"El destino de Arthur fue trágico y envuelto en misterio. En 1921, salió a navegar con dos amigos. Su barco fue encontrado días más tarde navegando a la deriva, con signos evidentes de algún tipo de enfrentamiento ocurrido a bordo. Había restos de sangre, pero ni él ni sus dos amigos volvieron a verse con vida. La policía local lo declaró desaparecido en el mar, un final ambiguo que dejó más preguntas que respuestas. En los círculos íntimos de la isla, sin embargo, se susurraba que su desaparición estaba ligada a los 'asuntos pendientes' de su padre en Inglaterra, o a alguna deuda de honor que Arthur había intentado saldar por su cuenta, sellando así su trágico destino."

Si la de Eleanor Vance era la última desaparición en la isla, pensó Luca, la de Arthur Sordiner era posiblemente la primera.

El grupo estaba ahora completamente disperso. Luca se adelantó a una pareja escandinava. Pasó junto a varias puertas cerradas con letreros de NO PASAR hasta que llegó a la que había sido la habitación principal del matrimonio. Entró en soledad. Era el único en aquella estancia desproporcionada, con una cama con dosel, muebles tallados y cortinas de terciopelo pesado.

Luca se había saltado algunas referencias para distanciarse del resto, pero no quería perderse el desenlace de la historia.

"Nos encontramos en la que fue la habitación principal de la familia Sordiner, un espacio que fue testigo de la ascensión y caída de Frederick, el 'niño de oro' nacido en la isla. En 1930, Frederick había asumido con éxito el liderazgo de los negocios de la familia, expandiendo el imperio Sordiner con una habilidad innata. Era el orgullo de William. En la cúspide de su éxito, Frederick enfermó de tuberculosis y sufrió un deterioro acelerado que terminó con su vida. Tenía veintiún años. El incidente dejó a la familia devastada."

Luca sintió un escalofrío. Pudo sentir el sufrimiento de William e Hilda, que habían habitado ese mismo espacio casi un siglo atrás. Sin poder contenerse fue hasta un mueble donde había más fotografías.

"Tras la muerte de sus hermanos, Ivy se convirtió en la única heredera directa de la fortuna Sordiner. Su reclusión se hizo aún más profunda, y su presencia en la mansión, casi fantasmal. Su muerte

es el capítulo más ambiguo y enigmático de la historia de la familia. Los registros oficiales son confusos, mencionando un entierro privado en los terrenos de la mansión en una fecha poco precisa. Sabemos que sucedió después de la muerte de Frederic, pero no hay un certificado de defunción claro, ni testigos fiables de su fallecimiento. La verdad sobre su destino se perdió en el tiempo, convirtiéndose en una de las leyendas más persistentes y oscuras de Falcon Island."

Luca salió de la habitación principal y siguió las indicaciones para avanzar hasta el final del pasillo, donde había otra escalera, ésta más pequeña, que Luca asumió sería utilizada por el personal de servicio de la mansión.

Una vez en la planta baja confirmó lo que esperaba.

"Estas habitaciones nos muestran la vida del numeroso personal doméstico que atendía a la familia Sordiner. La mansión contaba con una plantilla de más de veinte sirvientes, incluyendo cocineros, mayordomos, doncellas, jardineros y cocheros. La cocina, que visitaremos a continuación, era un espacio diseñado para preparar banquetes para muchas personas, una situación que se repetía a menudo. William Sordiner tenía por costumbre agasajar a sus allegados en reuniones privadas que serían la antesala de lo que años más tarde se convertiría en el Falcon Club"

Luca recorrió la cocina con prisa y salió por la puerta en el lado opuesto. Estaba en la parte trasera de la planta baja, donde había un salón comedor con ventanales que brindaban una vista magnífica del jardín trasero, en un estado un poco más caótico que el del frente. Luca alcanzó a ver senderos con plantas exóticas, algunas fuentes y estatuas clásicas. Una flecha indicaba la salida hacia los jardines.

"Nos encontramos ahora en los jardines de la Mansión Sordiner, un oasis de belleza que esconde un secreto sombrío. Aquí, en la parte trasera de la propiedad, se encuentran las tumbas de los tres hijos, y la del propio William. Cada tumba es un recordatorio de la tragedia que asoló a esta familia. Se sabe a ciencia cierta que la tumba de Arthur, el hermano mayor, está vacía, un símbolo de su

desaparición en el mar. Y se dice lo mismo de la de Ivy, aunque eso nunca se comprobó."

"William Sordiner murió a los cincuenta y cinco años, en 1931, un año después que Frederic. Se especula que pudo quitarse la vida, atormentado por el trágico desenlace de su hijo menor, pero nunca se supo con claridad, añadiendo otra capa de misterio a la saga familiar. Hilda, incapaz de soportar el peso de tantas tragedias, dejó la casa unos años después, alegando que le recordaba a las pérdidas que había sufrido. Donó la propiedad para que se convirtiera en el ayuntamiento de Falcon Island y se mudó a Los Ángeles, donde volvió a casarse. Por lo que se sabe, Hilda nunca regresó a la isla, dejando atrás un legado de secretos y un destino trágico que aún resuena en los muros de esta mansión."

Luca se quitó los auriculares. La triste historia de los Sordiner condensada en tan pocos minutos le había generado una sensación de desasosiego. De no ser porque tenía que buscar el sótano de la casa se hubiera marchado de buena gana.

En la cocina encontró una puerta cerrada con un letrero de NO PASAR. Con aire despreocupado abrió la puerta. No se equivocó, un par de metros más adelante había una escalera descendente.

30

Luca se acercó a la boca de la escalera que conducía al sótano de la mansión Sordiner. El aire tenía un dejo de humedad, pero no el característico olor a encierro. Encendió la luz y una bombilla solitaria iluminó los escalones de madera, libres de polvo y suciedad, confirmando que era un trayecto relativamente transitado.

Comenzó a bajar, e incluso a mitad de camino ya se dio cuenta de que el suelo no tenía las baldosas de terracota que buscaba, sino una especie de piso de linóleo de un color gris desvaído que cubría la mayor parte de la superficie.

Se encontró en una habitación relativamente grande, que antaño debió de ser una despensa. Las paredes, de piedra vista, estaban cubiertas por estanterías de madera, muchas de ellas vacías, otras con algunos comestibles: café, mermeladas, botellas de vino y varias cosas más. El linóleo desgastado definitivamente no era el suelo original de la casa, pero Luca no encontró una rajadura que le revelara que abajo estaban las baldosas que buscaba.

En el otro extremo de la habitación había una puerta antigua. Luca se dirigió hacia allí, y al franquearla se encontró en una especie de pasillo ancho donde una imponente caldera antigua, de hierro fundido y con tuberías oxidadas, dominaba el espacio. Era una pieza de ingeniería de principios de siglo, un monstruo silencioso que seguramente había proporcionado calor a la mansión durante décadas. Allí también el suelo era de linóleo, pero Luca se interesó por una esquina, donde el linóleo estaba recortado de forma irregular, como si algún tipo de artefacto pesado hubiera sido retirado, dejando al descubierto el suelo original.

Y allí estaban las baldosas color terracota. Incluso alcanzaba a verse una de las baldosas blancas con el diseño de una flor.

A Luca se le aceleró el pulso. Gene, el amigo de Richard, había estado en lo cierto.

Avanzó por el pasillo, su mirada recorriendo las paredes de piedra. Intentó trazar un mapa mental de la casa y calcular en qué parte de la mansión se encontraba, pero no estuvo seguro; quizás debajo del salón principal, pero era difícil saberlo con certeza. Al final del pasillo había otra puerta similar a la primera, pero por alguna razón Luca pensó que estaría cerrada con llave. Asió el picaporte sin esperanzas, sopesando en una fracción de segundo sus posibilidades: si encontraba algo en el sótano podría aducir que se había desviado del tour y había bajado al sótano por error, pero si forzaba la puerta no podría aducir que lo había hecho sin darse cuenta.

Para su sorpresa, la puerta estaba sin llave. La abrió.

Palpó la pared a la derecha hasta encontrar el interruptor de la luz. Dos potentes tubos fluorescentes zumbaron en el techo.

Su mirada se desvió de inmediato al suelo: allí no había linóleo, las baldosas color terracota cubrían toda la superficie.

La habitación, ostensiblemente más grande que la despensa, era utilizada como depósito. Luca se quedó observando las baldosas como hipnotizado. Rápidamente, sin embargo, se dio cuenta de que las fotografías de Eleanor secuestrada no habían sido tomadas allí. Para empezar, las paredes estaban pintadas de un color celeste desteñido, un tono pastel que de ninguna manera había sido aplicado recientemente. Además había varias estanterías amuradas al suelo y al techo, formando dos pasillos estrechos que dividían la habitación en tres partes. Estas estanterías de metal estaban repletas de cajas de cartón bastante ordenadas y en buen estado, lo cual llevó a Luca a pensar que alguien se había ocupado de organizar la documentación que había allí, posiblemente referidas al funcionamiento cotidiano del ayuntamiento.

Se acercó a las estanterías y examinó los rótulos. Efectivamente, la mayoría contenía documentos del ayuntamiento divididos por fechas. Tras una rápida inspección llegó a algunas cajas que despertaron su interés: "Documentos de Propiedad - Sordiner", "Registros de la Isla - Primeros Años".

Dedicó los siguientes minutos a revisar por encima dos o tres cajas. Cuando confirmó lo que esperaba, sacó el móvil del bolsillo para comprobar si allí abajo tenía señal. Resultó que sí. Probó llamar a Richard Vance.

—¿Dónde estás? —preguntó el hombre de inmediato, su voz ansiosa.

—Lo siento, tuve que sumarme al tour por la mansión para poder entrar. Ahora estoy en el sótano. Las fotografías no han sido tomadas aquí.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Estás seguro?

—Completamente —dijo Luca—. Pero tu amigo Gene tenía razón, el sótano tiene esas mismas baldosas. Estoy parado sobre ellas ahora mismo.

El entusiasmo regresó a la voz de Richard:

—Si esas baldosas están allí, entonces…

—No nos apresuremos, Richard —lo interrumpió Luca—. Escucha, puede que haya encontrado algo interesante aquí abajo.

—¿Además de las baldosas?

—Sí. Me llevará un rato. Escucha, veámonos en una hora en el Rusty Anchor y te contaré lo que pienso mientras almorzamos, ¿te parece bien?

—Por supuesto.

—Perfecto. Y, por favor, no hables con nadie de las baldosas, ni siquiera con Juliette.

—Luca…

—Por favor, Richard, hazme caso. Nos vemos en una hora.

Luca cortó y se quedó mirando el suelo. Si lo que imaginaba era correcto, esas baldosas seguían siendo la clave.

31

Luca llegó al Rusty Anchor media hora después de lo acordado. Richard estaba sentado en la misma mesa que habían ocupado durante los últimos dos días, junto a la ventana, con una botella de refresco casi vacía y una mezcla de impaciencia y esperanza en sus ojos.

—Perdón…, me llevó más tiempo de lo que esperaba —se disculpó Luca mientras se sentaba del otro lado de la mesa.

—No te preocupes —respondió Richard. No parecía ni siquiera dispuesto a pestañear.

El Rusty Anchor estaba bastante tranquilo, apenas unos pocos comensales disfrutaban de un desayuno tardío en dos de los reservados. En la barra dos hombres bebían café y conversaban. Maria se acercó a la mesa. No era la primera vez que los veía juntos; con Luca ya había desarrollado cierta confianza, y a Richard lo conocía desde hacía tiempo, incluso antes de que su popularidad alcanzara a casi cualquier persona de la isla a raíz de lo sucedido a su hija. Con cierto olfato para darse cuenta de que los dos hombres tenían algo de qué hablar, les tomó la orden con rapidez.

—¿Lo mismo de siempre, chicos?

—Para mí sí —dijo Luca.

—Sí, por favor —añadió Richard, sin apartar la mirada de Luca.

Maria se retiró. Richard no podía contener su impaciencia.

—¿Cómo es el sótano? ¿Estás seguro de que Eleanor no ha estado allí?

Luca no iba a andar con rodeos.

—Tu hija no estuvo en ese sótano, Richard. De eso puedes estar seguro. He tomado algunas fotografías para que lo compruebes tú mismo.

Él hombre asintió.

—Pero has encontrado algo…

—Es un sótano utilizado con frecuencia —explicó Luca—. Primero hay una despensa, que supongo que en las buenas épocas de la familia debió de estar a tope, y en la que han reemplazado el piso por uno de linóleo. A continuación hay un pasillo ancho con una imponente caldera antigua, donde también han colocado el mismo piso de linóleo, pero en una esquina era posible ver las baldosas color terracota. Te explicaré en un momento por qué creo que esto es relevante.

—¿Alguien las ha querido cubrir recientemente?

—No es eso. De hecho, el linóleo está bastante gastado por lo que yo supongo que lo han reemplazado hace muchos años. Lo interesante estaba en la siguiente habitación, la última del sótano y la más grande de todas.

—Allí sí estaban las baldosas a la vista.

—Sí. Ahora funciona como archivo del ayuntamiento. Hay dos estanterías y varios documentos. Allí el suelo tiene las baldosas originales, como te dijo tu amigo Gene, pero te aseguro que no es el sitio donde fueron tomadas las fotografías de tu hija.

—¿No tienes ninguna duda?

—Ninguna. Podrás comprobarlo tú mismo con las fotografías. Las paredes son muy diferentes. Lo importante es lo que encontré en el archivo. Había varias cajas con documentación y una de ellas me llamó la atención. Tenía documentación histórica de la mansión, entre ella los planos originales. Los saqué pensando que me servirían para establecer si el sótano era más grande de lo que yo había visto, si tenía alguna entrada clausurada o secreta, cosas así. Resultó que no, por lo menos en ese plano el sótano sólo incluía esas tres habitaciones. También confirmé que originalmente las baldosas habían sido colocadas en toda la superficie; y constaba toda la información de ellas, incluido el modelo: Terranova, fabricadas por una empresa inglesa.

—¿Y sólo estaban en el sótano?

—Sí, en las dos plantas los pisos son de madera.

—Si fueron fabricadas en Inglaterra… ¡Están en alguna de las casas de la época!

Sin darse cuenta había elevado el tono de voz. Miró en todas direcciones para asegurarse de que nadie lo había escuchado.

Luca asintió. Él había escuchado en el tour que William Sordiner llegó a los Estados Unidos con otros ingleses que se instalaron con él en la isla, y que además había traído buena parte de los materiales en barco. Era perfectamente razonable suponer que materiales similares se habían utilizado en otras de las casas fundacionales.

—Hay algo más —dijo Luca—. En otra de las cajas estaba la documentación del barco que trajo los materiales y una lista de lo que contenía cada cargamento. Todo estaba perfectamente conservado en libros encuadernados. Supongo que tienen un gran valor histórico.

Luca sacó el móvil y buscó una de las fotografías que había tomado. Leyó:

—El barco se llamaba *The Pilgrim.* Allí llegaron ciento setenta y dos cajas de esas baldosas Terranova. Todavía no lo he comprobado, pero a mí me parecen demasiadas baldosas para la superficie del sótano que yo he visto.

Richard se quedó pensativo un momento.

—¿Tienes la fotografía del plano? La parte del sótano…

—Sí.

Mientras Luca la buscaba en el móvil, Richard se levantó y fue hasta la caja registradora del local. Regresó con un boli y unas servilletas de papel. Luca le entregó el móvil y él amplió la imagen del sótano. Empezó a escribir números en la servilleta.

—¿Qué tan grande dirías que son las baldosas? —preguntó Richard, sin levantar la vista.

Luca indicó la distancia con los índices de cada mano.

—O sea que unas seis pulgadas.

—Digamos que sí.

Richard siguió haciendo cuentas, garabateando en la servilleta. Luca entendía perfectamente lo que el padre de Eleanor hacía en

ese momento, pero sin dudas lo hizo mucho más rápido de lo que él lo hubiera hecho.

—Veo que tienes facilidad para los números… —comentó Luca.

—Un poco —dijo Richard sin mirarlo, todavía inmerso en sus cálculos—. Me ocupé de la construcción de La Posada…, además llevo adelante la contabilidad. Digamos que estoy entrenado.

Finalmente levantó la cabeza, sus ojos brillantes, y expuso sus conclusiones:

—Asumiendo que cada caja tenía cincuenta baldosas, lo cual, considerando la época, me resulta una estimación bastante conservadora, estamos hablando de ocho mil seiscientas baldosas. Según las dimensiones de cada habitación en el plano, he calculado que el sótano de la mansión Sordiner tiene setenta metros cuadrados.

—¿Y qué superficie ocuparían la totalidad de las baldosas?

—Mínimo doscientos metros cuadrados.

Luca asintió satisfecho. Su intuición le había dicho que eran demasiadas cajas. Según las estimaciones más precisas de Richard, las baldosas alcanzarían para cubrir casi tres sótanos similares. Asumiendo dimensiones menores en las otras propiedades, a lo sumo serían cuatro o cinco, pero no más que eso. Sin dudas era un número más que razonable.

—Son muy pocas casas —musitó Richard.

—¿Tú sabes cuáles son las casas fundacionales de la isla, Richard?

—Algunas se han demolido, pero por supuesto que sé cuáles son, y te aseguro que no son más de diez. De hecho, conozco a algunas de las familias.

Luca jamás había practicado surf en su vida, sin embargo, le gustaba pensar que cuando una investigación avanzaba a buen ritmo lo hacía como un surfista parado en su tabla, cogiendo la ola en el momento justo y aprovechándose de su potencia. Por el contrario, cuando una investigación se estancaba, era como caer en medio del océano y tener que subirse laboriosamente nuevamente a la tabla. Saber que las baldosas habían llegado a ciencia cierta en ese barco y que alcanzarían para cubrían una superficie mínima de

doscientos metros cuadrados, era como haber cogido una de esas olas inmensas y avanzar agachado dentro de ella a toda velocidad.

En ese momento, Maria trajo la comida: dos hamburguesas con patatas fritas, una Coca-Cola para Richard y un agua para Luca. Dejó los platos en silencio y se alejó.

—Lo que has averiguado podría ser la clave —dijo Richard, como si todavía estuviera acostumbrándose a la idea— ¿En qué piensas, Luca?

Richard dio un mordisco a su hamburguesa, saboreando la carne jugosa y el queso fundido.

—En esos surfistas que se mueven dentro de las olas —dijo él con una sonrisa en los labios.

Richard lo miró como si se hubiera vuelto loco, pero la emoción en el rostro de Luca era contagiosa.

—Es el momento de la investigación, Richard. Esas baldosas están en una de esas casas fundacionales, la evidencia apunta en esa dirección, y eso es fantástico. En alguna de esas diez casas se tomó la fotografía de Eleanor. Y vamos a encontrarla.

Luca se refería a la casa, por supuesto, pero no pudo ver la ilusión en el rostro de aquel padre.

—Vamos a encontrar esa casa —se rectificó Luca— ¿Podrías preparar una lista de esas casas y todo lo que sabes de cada familia?

Richard asentía vigorosamente.

—Sólo lo que tú sabes—advirtió Luca—. No alertes a nadie. Estamos en un punto delicado…

—No te preocupes —lo interrumpió Richard—. Lo he entendido. Llegas a la isla y en menos de una semana tienes una pista sólida para saber dónde mirar. Yo podría haber averiguado esto mismo si no hubiera estado entretenido investigando a todas las personas de la isla.

—No te castigues.

—Sólo digo las cosas como son. Evidentemente tú eres un detective con años de trayectoria que sabe hacer un trabajo. Yo sólo sé manejarme con números y he visto muchas películas. No voy a cagarla, Luca. Haré lo que me digas.

Luca asintió. Se alegraba de que Richard lo viera de esa forma. La confianza mutua era un activo invaluable.

—Pensé que serías como Hoyle —dijo Richard—. Me equivoqué.

Bebió un trago de Coca-Cola y durante los siguientes minutos ambos dieron cuenta de sus hamburguesas en relativo silencio.

Maria se acercó y les ofreció café, que ambos aceptaron.

—La historia de los Sordiner es increíble —dijo Luca.

—Ya lo creo. El relato oficial no lo es tanto, aunque las tragedias están allí, pero quiero decir que las historias no oficiales son mucho más ricas y variadas. No vas a encontrar a ningún chico nacido en la isla que no haya ido al bosque con sus amigos para tratar de encontrar a Ivy Sordiner.

—Hoy tendría más de cien años.

—Claro, pero cuando yo era un niño podía perfectamente estar viva, y lo que se decía era que vivía en una casa perdida en el bosque que le había construido su padre antes de quitarse la vida.

—Pensé que no estaba del todo claro que William se quitó la vida.

Richard se encogió de hombros.

—Como te digo, las leyendas son mucho más interesantes que la realidad. Se dice por ejemplo que Arthur, el hermano mellizo de Ivy, nunca quiso hacerse cargo de los negocios oscuros de su padre, y que por eso vivía en su propio mundo, alejado de las responsabilidades familiares. En cambio, Frederick sí se hizo cargo, y meterse con las personas equivocadas lo mató.

—¿Cuáles eran esos negocios turbios? —preguntó Luca— ¿Contrabando?

—Es lo que se dice, pero quién sabe, podría haber sido otra cosa. El consenso general es que era contrabando desde Oriente. De hecho, mucha gente sostiene que esa es la razón por la que construyeron el faro, para poder divisar los barcos que llegaban ilegalmente. Se dijo que William le regaló el faro a su hija Ivy, que es cierto que tenía malformaciones y una enfermedad rara, pero yo creo más en la historia del contrabando. Cuando llegaba uno de esos

barcos había que descargarlo rápido, y para eso había que reunir al personal. Era mejor saberlo lo antes posible.

—Tiene sentido entonces que se haya instalado en la costa oeste.

—Claro.

Maria les trajo la cuenta y de inmediato Richard le entregó su tarjeta de crédito.

Ya habían pasado por la cuestión de quién pagaba las comidas.

Hacía menos de una semana que Luca conocía a Richard Vance e intuía que en otras circunstancias podría haber sido su amigo. Si era bueno con los números quizás le gustaba el ajedrez, pero era algo que Luca no llegaría a preguntarle nunca.

32

Luca utilizó el ascensor de servicio para llegar hasta la recepción. Eran las cuatro de la tarde. Pierce estaba en ese momento dando indicaciones a una pareja joven de cómo llegar a uno de los mejores bares de la isla: *El Nautilus*, por lo que Luca permaneció alejado a la espera de que terminara. Había aprovechado las horas después del almuerzo para hablar con Sarah y en un rato se encontraría nuevamente con Richard, que había ido a hacer algunas averiguaciones de las casas fundacionales de la isla.

Quedarse a esperar en el ático no era una opción. Su cabeza iba a mil por hora.

Si Eleanor había estado secuestrada en una de esas casas fundacionales —que según Richard no eran más de diez—, entonces podían estar muy cerca de conseguir algo importante. Luca tenía que pensar muy bien los pasos a seguir. Por un lado, debía considerar cuándo informar a Hoyle, porque estaba claro que tendría que hacerlo en algún momento. Una cosa era infiltrarse en el ayuntamiento con una sospecha de que allí estaban las baldosas color terracota y otra muy diferente era la certeza que ahora tenían de que Eleanor podía haber estado secuestrada en alguno de esos lugares. Si iba a ingresar a esas propiedades, lo más sensato sería hacerlo con órdenes de registro y de manera coordinada. Otra posibilidad era vigilar las casas, para lo cual serían necesarios recursos que probablemente Hoyle no tenía a disposición. La cabeza de Luca había estado saltando de una cuestión a la otra desde el almuerzo. Lo único que esperaba era que Richard consiguiera acotar un poco la lista de las casas a investigar.

Por otro lado, Luca estaba convencido de que, aunque dieran con la casa en la que había estado secuestrada Eleanor, encontrar a

Peyton no iba a ser sencillo. Peyton no era estúpida, habría elegido un sitio accesible para ella, pero con el que no fuera posible relacionarla directamente. El hecho de que hubiera permitido que ellos vieran las baldosas en las fotografías era probablemente el indicio más fuerte en este sentido. Peyton sabía, al igual que todo el mundo, que el FBI y la policía estaban investigando en la isla; si ya no se había marchado, al menos se habría anticipado varias jugadas.

Luca regresó su atención a los huéspedes, que se marchaban en ese momento con un mapa de papel que les había entregado Pierce. El joven se despidió con una sonrisa y fijó su atención en Luca, que seguía de pie en el mismo lugar. A lo largo de los días habían hablado algunas veces, pero lo cierto es que Luca no sabía mucho de él.

—Hola, Pierce —dijo Luca acercándose al mostrador.

—Buenas tardes, señor Bruzzo.

—Veo que sabes bastante de la isla.

El joven se ruborizó un poco.

—Algo… Sólo los sitios turísticos. De tanto repetirlo uno termina aprendiendo.

—Estoy seguro de que estás siendo modesto —dijo Luca, apoyándose ligeramente en el mostrador para conseguir un poco más de intimidad.

—Yo no he nacido en Falcon Island —dijo Pierce, como si aquello supusiera algún tipo de ofensa divina—. Me vine a vivir aquí porque heredé un barco pequeño de un tío y siempre me ha fascinado navegar.

—Qué interesante.

—Algún día quiero ser capitán.

—¿Cuánto tiempo llevas en la isla?

—Casi dos años.

Luca se desanimó un poco. De todas maneras, lo intentó.

—¿Qué sabes del Castillo?

El Castillo era una de las casas más antiguas de la isla, junto con la de la familia Sordiner. Richard le había hecho una breve descripción esa mañana, porque tenía algo que la diferenciaba del resto, más allá de tener un apodo propio. Estaba emplazada en las

colinas frente a la playa, más o menos a un kilómetro de allí, y era la única que desde hacía varios años estaba deshabitada. Cuando Richard Vance se lo había explicado a Luca, el brillo esperanzador en sus ojos fue desgarrador. Luca tuvo que hacerle prometer por su hija que no iría allí por su cuenta; no sin que antes él determinara los pasos a seguir, y eso incluía al agente Hoyle.

El Castillo no era técnicamente una casa abandonada; sus herederos simplemente nunca se habían puesto de acuerdo en qué hacer con ella, pero se encargaban de mantenerla en condiciones. Richard sabía que durante un tiempo el Castillo había sido blanco de travesuras de adolescentes que se colaban en la propiedad, lo que había derivado en la colocación de cámaras de seguridad.

—Sé que es una de las casas más antiguas —dijo Pierce—. Hace tiempo que está deshabitada. Al poco tiempo de mi llegada a la isla la policía tuvo que intervenir porque alguien organizó una fiesta ilegal allí dentro.

—¿Una fiesta ilegal? ¿Qué tipo de fiesta?

—No lo sé. Música y bebida, supongo. La verdad es que no lo sé.

Luca se quedó pensativo. El silencio parecía incomodar a Pierce, que empezó a jugar con un boli que había en el mostrador.

—Tal vez Mindy sepa algo más —sugirió Pierce—. Ella trabajaba aquí antes que yo.

—Sí, la he visto el día que llegué.

—Claro. A veces la señora Vance la llama para cubrir mis días libres —Pierce bajó la vista—. A la señora Vance le gustaba ocuparse de la recepción cuando yo no estaba…, pero desde que sucedió lo de Eleanor ya no es lo mismo.

Luca dio dos golpecitos suaves en el mostrador.

—No te preocupes, Pierce, hablaré con Mindy en cuanto pueda.

Una voz de mujer llegó desde la entrada.

—¿Para qué necesitas hablar con Mindy?

Juliette Vance se acercaba al mostrador. Traía unas bolsas de cartón, probablemente de alguna tienda del centro.

—Hola Juliette —la saludó Luca.

—Oh, no me vengas con ese tono despreocupado —dijo Juliette acercándose al mostrador—. Sé que Richard y tú estáis tramando algo a mis espaldas. No creas que no me doy cuenta…

La mujer siguió caminando.

Luca se apartó del mostrador y la siguió hasta la galería.

—Richard me está ayudando con algunas cuestiones —dijo Luca.

—Conozco a ese hombre mejor que nadie —dijo ella sin detenerse, su voz cargada de una mezcla de resignación y afecto—. Sé cuándo me oculta algo. Sólo espero que sea algo que valga la pena, porque entre nosotros no hay secretos

—Yo le he pedido que no diga nada —admitió Luca.

Juliette se detuvo y se lo quedó mirando con ojos escrutadores.

—Confío en ti, Luca, ya lo sabes —dijo Juliette con una convicción inquebrantable—. No me falles.

Luca asintió. Juliette era una mujer que se basaba en su instinto para tomar decisiones y que además conseguía transmitir una seguridad que rara vez se veía en las personas de manera tan evidente.

Ojalá Luca le hubiera prestado más atención a ello.

33

Luca habló por teléfono con Richard Vance, que con voz exultante le explicó que acababa de reunirse con la mujer más longeva de la isla —y que además había nacido allí—, una anciana de noventa y siete años llamada Lena Poranski. Poranski estaba lúcida, y le había aclarado algunas cuestiones de las casas construidas a principios del siglo XX cuando ella era una niña. Antes de cortar, Richard le dijo que en ese momento estaba yendo a ver a otra persona, también residente de la isla, que estaba muy involucrado en la compra y venta de propiedades. Luca se mostró optimista de que con la información proporcionada por ambos tendrían un panorama más claro de cómo proceder. Convinieron encontrarse en el apartamento en dos horas para analizar todo lo que tenían.

Apenas dejó de hablar con Richard Vance, Luca determinó que iría a echar un vistazo al Castillo. De todas las casas fundacionales, el Castillo era la única deshabitada, y por lo tanto la única a la que podía acercarse sin necesidad de levantar sospechas. Luca se convenció incluso de que podrían enfocarse en el resto de las propiedades con más atención si primero descartaban la que a priori resultaba más sospechosa de todas.

Echó a andar calle arriba, siguiendo el mismo recorrido que había hecho apenas llegado a la isla, con el faro como guía. Ahora sabía que aquella estructura, además de un elemento vital para los negocios turbios de William Sordiner, había sido un regalo para su hija Ivy. A diferencia de la vez anterior, en El Faro Bistró, el restaurante que estaba justo al lado del faro, no se celebraba ninguna fiesta.

Luca caminó por la playa en dirección sur. Eran las tres y media, quizás las cuatro. El océano rompía en olas suaves contra la orilla, dejando una estela de espuma blanca de la que Luca se mantenía rigurosamente alejado, como un niño que ha encontrado un pasatiempo que sólo él comprende. A lo lejos, la silueta de la costa se difuminaba en la bruma, y Luca pudo distinguir, en la distancia, la silueta inconfundible del Castillo, con sus torretas de piedra y un perfil gótico que contrastaba con las casas mucho más modernas que salpicaban el paisaje costero.

Caminó sin pensar en nada. Quizás por primera vez desde su llegada a la isla conseguía poner la mente en blanco y dejarse llevar por el arrullo hipnótico del mar. Cuando por fin levantó la cabeza, por un momento pensó que se había pasado de largo y había caminado durante horas como un autómata.

El Castillo estaba a su izquierda, una mole imponente sobre la colina, construida con piedra oscura. Luca subió por un camino natural entre las rocas hasta alcanzar el muro perimetral. Lo recorrió buscando una entrada. Vio letreros de cámaras de seguridad pero no divisó ninguna, lo que le hizo pensar que quizás eran sólo disuasorios. Rodeó la propiedad, siguiendo el muro, hasta llegar al frente, donde una imponente reja de hierro forjado con intrincados diseños bloqueaba el acceso principal. A través de la reja, Luca pudo ver unos jardines relativamente bien mantenidos. Tampoco había cámaras a la vista en el frente del Castillo, o por lo menos él no las vio.

Cuando se disponía a buscar el sitio ideal para trepar al muro, descubrió una puerta auxiliar prácticamente oculta por las ramas crecidas de una enredadera. Imaginó que sería utilizada por los jardineros o el personal de mantenimiento. Cuando probó el picaporte, milagrosamente la puerta se abrió.

Una vez en los jardines avanzó con decisión. Si efectivamente había alguna cámara, no quería dar la sensación de que estaba allí a hurtadillas. El hecho de que la puerta estuviera abierta le daba una razón perfectamente válida para haber entrado. Cuando llegó a la puerta principal, no le quedó más remedio que golpear. No esperaba

una respuesta, y en efecto no la obtuvo. Disimuladamente, miró en todas direcciones…; ninguna cámara a la vista.

No le quedó más remedio que probar la puerta principal, que estaba cerrada con llave, y luego otra que encontró al costado, también cerrada. Le llamó la atención una ventana en la parte de atrás, en lo que parecía ser la zona de las dependencias de servicio, que estaba ligeramente abierta en la parte de abajo —apenas una rendija— pero lo suficiente como para que Luca pudiera forzarla sacudiéndola un poco. La ventana cedió. Se deslizó por la abertura, aterrizando en un pasillo oscuro y silencioso.

El interior de la casa era impresionante. A pesar de la falta de luz advirtió que parecía lista para ser utilizada, aunque no había objetos personales como fotografías o adornos, lo que confirmaba que estaba deshabitada, sí había muebles cubiertos con sábanas blancas y algunos cuadros en las paredes. El aire era frío y estancado, con un leve olor a humedad y a madera vieja. Luca no sabía nada de la familia que había habitado la casa, ni su nombre ni cuántos integrantes habían sido, aunque seguramente debieron de ser varias generaciones a lo largo de los años.

Recorrió las dependencias de servicio, un laberinto de pasillos y habitaciones pequeñas: una cocina auxiliar, una despensa, el cuarto de lavandería. A diferencia de la mansión Sordiner, allí no encontró el acceso al sótano. La oscuridad era casi total, y Luca no había traído consigo una linterna, por lo que se valió de la linterna del móvil para avanzar.

Recorrió la estancia principal de la planta baja, un salón amplio con techos altos y una imponente chimenea de piedra. Los ventanales estaban cubiertos con cortinas gruesas que no dejaban pasar nada de luz natural. El comedor, con una mesa larga cubierta por una sábana, evocaba cenas de gala y reuniones familiares. Exploró varias habitaciones vacías, en una de ellas vio un piano y en otra algunos implementos de pintura: caballetes y telas. Finalmente, llegó a una habitación que parecía haber sido un despacho: había un escritorio de madera, una silla de cuero y unas estanterías vacías. Estaba a punto de seguir de largo cuando algo le llamó la atención de una de las bibliotecas: parecía ligeramente desplazada hacia

adelante, apenas unos centímetros. Entró a la habitación y se asomó detrás de la estantería. Oculta detrás había una puerta.

Corrió la estantería. Al estar vacía no le costó demasiado. Con un suave empujón, la pesada estructura se deslizó, revelando una puerta de madera, sin pomo, con una cerradura antigua y oxidada.

Luca abrió la puerta y un soplo de aire frío le golpeó el rostro, trayendo consigo olor a tierra y a encierro. A medida que bajó la escalera experimentó un déjà vu de lo que había vivido esa misma mañana en el ayuntamiento. La oscuridad era casi total, doblegada únicamente por la tenue luz del móvil. A diferencia de lo sucedido en el ayuntamiento, donde el suelo había sido sustituido por placas de linóleo, aquí alcanzó a distinguir las baldosas Terranova incluso antes de llegar abajo.

Luca terminó de bajar la escalera con la adrenalina a tope. Barrió la estancia con el móvil. Era un sótano amplio, con techos bajos y paredes de piedra vista. Había muchas cosas arrumbadas: muebles viejos, cajas de cartón apiladas, herramientas oxidadas y un sinfín de objetos amorfos cubiertos por una gruesa capa de polvo. Era evidente que Eleanor no había estado cautiva allí; el desorden y la falta de limpieza lo hacían impensable, por no mencionar las paredes de piedra, muy diferentes a las paredes que se veían en las fotografías recibidas por la familia Vance.

Sin embargo, al otro lado de la estancia, en la pared opuesta a la escalera, había una puerta cerrada y Luca tuvo la sensación de que había encontrado algo ¿Podría estar a punto de descubrir el sitio en el que Eleanor había permanecido cautiva? ¿Podía estar ella allí dentro? Empezó a caminar en esa dirección. Instintivamente se llevó la mano al pecho de su cazadora, donde pudo palpar la forma rígida de su pistola.

Estaba a punto de llegar a la puerta cuando escuchó un ruido a sus espaldas, en lo alto de la escalera. Se sobresaltó y giró a toda velocidad.

La silueta inconfundible de una mujer se recortó en la parte más alta de la escalera.

34

Max Tillman se ajustó el guante de golf en la mano izquierda. El sol de la mañana se reflejaba en el lago artificial que tenía delante. Era un día perfecto para jugar, y Max, con su driver en la mano, se sentía confiado de seguir manteniendo la ventaja con sus contrincantes de turno. Hoy jugaba con Alan Goldstein, el patriarca de una de las familias más antiguas de la isla, y el alcalde Raymond Roach, un hombre que a pesar de su cargo se movía con la misma deferencia que el resto de los miembros del club.

El ambiente entre ellos era distendido, aunque el espíritu competitivo estaba presente en los tres. Mientras hablaban de negocios y de la inminente Regata Halcón, no dejaban de pensar en cómo ganar.

Ahora, en el hoyo quince, un par 5 con un dogleg a la izquierda y un lago que protegía el green, Max se enfrentaba a un tiro difícil. La brisa podía desviar la bola si no calculaba bien. Se agachó, recogió un poco de hierba y la lanzó al aire, observando su trayectoria; un ritual repetido e inútil que en realidad sólo servía para concentrarse. Luego miró su bolsa de palos. La madera 3 era más potente, pero menos precisa. Finalmente se decidió por ella. Adoptó la postura, los pies separados, el grip firme pero relajado. Sus ojos se fijaron en la bola.

Para Max, el golf era mucho más que un deporte, era la manifestación más pura de la vida acomodada que siempre había anhelado y conseguido en base a reinventarse una y otra vez. Su éxito, aunque tardío, había sido como hacer un hoyo en uno. Al final, había resultado un tipo con suerte: llegar a Falcon Island como un turista y conocer a Sharon, una mujer hermosa e inteligente con sus mismas ambiciones de alcanzar lo más alto y codearse con la élite.

En ese sentido, habían resultado ser dos almas gemelas. Se enamoraron al poco tiempo de conocerse, o al menos Max lo había estado…, perdidamente. Su belleza, su astucia, su frialdad calculadora, todo lo había cautivado. Ahora, sin embargo, no estaba tan seguro de lo que sentía por ella. Sharon siempre había sido un enigma para él. Un enigma que iba descifrando a medida que pasaba el tiempo, pero como las mamushkas o las capas de una cebolla, cada descubrimiento traía nuevos interrogantes. Max creía conocerla como nadie, pero eso no era decir demasiado. Sharon nunca hablaba de su pasado, por ejemplo, lo máximo que Max le había oído decir era que para ella su familia estaba muerta, una frase lapidaria que no admitía repreguntas.

Curiosamente, Max no creía que el mecanismo de extorsión que habían elaborado juntos, con Sharon acostándose con hombres poderosos de la isla para luego exigirles dinero, fuera la razón del deterioro de la relación. Max sospechaba, en el fondo, que él también había sido una pieza más en el juego de Sharon.

Max exhaló después de un swing fluido y potente. El impacto, seco y limpio, hizo que la bola saliera disparada, superando el lago y aterrizando suavemente en el fairway, a pocos metros del green. Un golpe decente.

Empezó a caminar por la calle, su caddie ya adelantándose con la bolsa de palos. El sol de la mañana se sentía cálido en su piel. De repente, advirtió que uno de los carritos de golf se acercaba por el camino de servicio. Era conducido por un personal del club y se detuvo a unos cuantos metros. Max reconoció de inmediato al hombre que se bajó de la parte de atrás: era Tony Sperling.

Max le pidió al caddie que siguiera, que él lo alcanzaría en un minuto. Se quedó de pie esperando a Tony, mientras él se acercaba con calma. Ninguno de los dos demostró el más mínimo interés en mostrarse amable con el otro. Eso sólo sucedía cuando había otros miembros del club presentes y debían aparentar que entre ellos había lazos de amistad, y no una relación de chantaje. Para Tony, Max era la persona que lo extorsionaba todos los meses con exorbitantes sumas de dinero. Para Max, Tony era un pez más en el estanque.

Se saludaron con frialdad, un asentimiento de cabeza apenas perceptible.

—¿Qué haces aquí, Tony?

—He venido a decirte que nuestro pequeño trato se termina hoy.

Max frunció el ceño.

—¿¡Qué dices?!

—Lo que has oído. A partir de ahora no voy a darte un solo céntimo.

Max dio un paso adelante, su voz bajando a un susurro.

—¿Vas a separarte de Julia? Porque si es así, déjame decirte que ella no es la única que podría ver las grabaciones de lo que hiciste con Sharon a mis espaldas. Si salen a la luz, tu reputación se irá a la mierda.

Tony sonrió.

—Con Julia estamos en el mejor momento de nuestras vidas. Y lo seguiremos estando.

—No entiendo.

—Lo entenderás en un momento. Lo importante es que la próxima vez que nos veamos me vas a entregar esas grabaciones, y tú y yo no vamos a volver a hablar del asunto.

Max lo observaba con fijeza, sus ojos escrutando cada gesto de Tony. Evidentemente, Tony tenía un as en la manga, y Max iba a esperar a verlo.

—El otro día estaba desayunando en Dana's Cafe con Julia —comenzó Tony con voz relajada—, y tuvimos la agradable compañía de Sharon, que *casualmente* pasaba por allí.

Tony hizo una pausa casi teatral para que Max imaginara lo peor.

—¿Qué te dijo? —preguntó Max.

Tony seguía sonriendo. Era evidente que disfrutaba el momento.

—Sharon aprovechó cuando Julia se fue al lavabo y me dijo en un tono bastante poco amable que más me valía que le pagara el dinero adeudado. ¿Me habló de cincuenta mil…? Sí, algo por el estilo.

Max mantuvo la compostura, pero por dentro, la furia y el pánico empezaban a gestarse. Cincuenta mil. Era la cantidad que él le había dicho que Sperling tenía atrasada; jamás imaginó que ella iría a comprobarlo directamente con él.

—Me pregunto a dónde habrán ido a parar esos cincuenta mil... —dijo Tony—. Te diré lo que yo creo. Creo que tú te has estado quedando con ese dinero, Max. Y ahora Sharon lo sabe.

Max sintió la sangre hervir, pero sabía que no era el momento de perder los nervios.

—Voy a entregarte las grabaciones, Tony. Podemos resolver esto.

Tony rio.

—Claro que lo harás. Porque este es un nuevo acuerdo entre nosotros. Yo no le digo nada a Sharon de que ya lo sabes, para que puedas arreglar la situación, y tú te ocupas de seguir adelante como si nada hubiera pasado, sin joderme la vida a mí.

Tony era astuto. Por algo había amasado la fortuna que tenía. Sin decir nada más, dio media vuelta y caminó hasta el carrito de golf. El motor eléctrico zumbó suavemente mientras se alejaba, dejando a Max solo, meditando acerca de la posibilidad que se le presentaba de enmendar la situación con Sharon. Ahora mismo no se le ocurría cómo podría convencerla de por qué le mintió respecto a la deuda de Sperling y lo que había hecho con ese dinero, pero buscaría la forma. Siempre había una forma de salir del laberinto.

35

—Puedes abrir los ojos —dijo Max, su voz teñida de una expectación casi infantil.

Sharon odiaba las sorpresas, pero fingió que no tenía ni idea de por qué Max la había llevado hasta el garaje con los ojos cerrados. Cuando finalmente los abrió y vio el Porsche 911 de color rojo, con la carrocería reluciente y brillante bajo las luces en el techo, sintió una excitación casi sexual. Era un modelo Carrera S. Se acercó sin decir nada, sus tacones resonando en el suelo de hormigón pulido, y deslizó la palma de su mano por el techo, luego por el montante del parabrisas, sintiendo la suavidad de la pintura.

—¿Te gusta?

La situación hubiera sido perfecta de no ser por Max hablando detrás. Los coches eran su perdición, su único capricho verdaderamente incontrolable. Habían analizado varias veces la posibilidad de tener un modelo deportivo como aquel. Max, siempre la voz de la racionalidad, le había dicho varias veces que era demasiado llamativo, que todavía no era el momento. En fin, excusas.

Sharon se volvió, su rostro una máscara fría.

—Ya tenemos dos coches —dijo sin emoción.

El rostro de Max se transformó, dando paso a una mezcla de sorpresa y decepción.

—¿No te gusta? Pensé que…

—El coche me gusta, por supuesto. Eso ya lo sabes.

—¿Entonces…? —Max se acercó, sus ojos buscando una explicación.

—No puedes tomar una decisión así solo. Tienes que consultarme.

Max se acercó con evidentes intenciones de abrazarla, de buscar consuelo en el contacto físico, pero ella no se lo permitió y dio un paso atrás.

—Pero, Sharon, es el coche que siempre has querido.

—No me gustan las sorpresas. Y es un gasto que…

—Oh, no, no. No he gastado nuestro dinero… Bueno, en realidad sí, pero no como tú te imaginas…

La realidad era que Sharon sí se lo imaginaba. Podría haber dicho ella misma la mentira que Max estaba a punto de decirle, palabra por palabra. Dios, los hombres a veces eran tan previsibles. Bueno, no a veces…, casi siempre.

—Desde hace bastante tiempo que he estado separado un poco de dinero —explicó Max—. Para que no te dieras cuenta te he dicho que algunos de nuestros peces no nos han pagado en tiempo y forma…, ¡pero en realidad lo he estado ahorrando!

—¿Así que si voy a nuestras cuentas bancarias voy a encontrar el mismo dinero que ayer?

—¡Exacto!

Sharon esbozó una sonrisa.

Max rió de felicidad. Y de alivio.

—¿¡No es genial!? Tienes tu coche de los sueños y la misma cantidad de dinero que ayer.

Sharon se lo quedó mirando, la sonrisa aún en sus labios.

—Dame las llaves —le ordenó.

Max, eufórico, le entregó las llaves. Sharon se dio la vuelta y regresó al lado del coche, sus dedos rozando la pintura, el metal, el cristal, como si el vehículo ejerciera un embrujo sobre ella. Abrió la puerta del conductor y se deslizó en el asiento de cuero, saboreando el característico olor a nuevo de un coche como ese. Sus manos se aferraron al volante, sus ojos recorrieron el salpicadero, los diales, la palanca de cambios. Pisó el embrague, insertó la llave y giró. El motor rugió.

Max abrió la puerta del acompañante para entrar.

—Quiero ir a dar una vuelta sola —le dijo Sharon.

—Pero…

—Búscame el control remoto del portón, Max.

Él lo tenía en el bolsillo y se lo entregó.

El portón empezó a levantarse, revelando la oscuridad de la noche.

Max contempló cómo el Porsche salía del garaje como un animal embravecido, rugiendo cada vez que Sharon pisaba el acelerador. Max se quedó parado. Mientras el portón se cerraba con un suave zumbido, escuchó cómo el coche se alejaba hasta desaparecer por completo.

Solo en el garaje intentó consolarse pensando que al menos había conseguido enmendar su error con Sharon, y que ella ahora no sospecharía del destino del dinero faltante. Más allá de eso, se sintió perdido; las cosas no habían marchado como él esperaba.

36

Sharon hubiera querido salir a la carretera en su flamante Porsche y pisar el acelerador a fondo, sentir la potencia del motor y la velocidad borrando el paisaje a su alrededor. Pero no podía. El acceso a la isla estaba controlado y era mejor volar por debajo del radar, por lo menos hasta la llegada de la Regata Halcón cuando a los del FBI y Bruzzo no les quedaría más remedio que irse.

Tenía una hora de tiempo muerto y no quería volver a casa. Era posible que Max no estuviera allí, pero ella no quería arriesgarse a encontrarlo. La relación entre ellos se había deteriorado muchísimo durante los últimos días, al punto de que los dos se evitaban cuando podían, lo cual a veces no era sencillo compartiendo el mismo techo. Las excusas se volvían cada vez más escasas e inverosímiles.

El Porsche había sido un intento desesperado de Max de volver el tiempo atrás, de comprar su perdón con un capricho de lujo; el efecto había sido exactamente el contrario. Sharon ahora sabía con certeza que Max había estado desviando dinero de ambos, quién sabe por cuánto tiempo. Ella estimaba que podía ser muchísimo, trescientos mil dólares o más. Que él hubiera gastado más de cien mil en un coche, con el evidente propósito de tapar su falta, era la prueba más contundente de que el total del dinero robado debía de ser mucho mayor.

Un robo. Eso es lo que Max le había hecho. Y Sharon simplemente no podía soportarlo, no podía fingir ante él que las cosas podían ser como antes. Lo único que quería hacer cuando lo tenía cerca era hacerle daño, era más fuerte que ella.

Hacía tiempo que la relación con Max era netamente profesional, y ahora eso también se había acabado. No importaba; Sharon nunca pensó que iba a dudar para siempre. Debía reconocer

que sí habían encontrado un mecanismo muy aceitado para las estafas: actuar como la pareja perfecta e infiltrarse en los círculos más exclusivos había sido una fuente inagotable de dinero. Pero el centro de esa maquinaria era ella. Sin ella, Max no podía hacer nada. Él era un mero recaudador; cualquiera podía hacer eso. Sharon encontraría la forma de seguir adelante sola…

O quizás con Mindy.

Mindy.

Cada vez que pensaba en ella después de algunos días sin verla —como le sucedía ahora— su cuerpo se tensaba a causa del deseo. Sharon nunca había estado enamorada, pero esto era lo más cerca de esa dependencia emocional que le resultaba tan repugnante. Con ella sí sentía una conexión. Por el momento era mucho más física que de otro tipo; a Mindy todavía no le había hablado de su pasado ni de sus deseos más profundos, pero Sharon creía que ella sería capaz de entenderla, y quizás incluso de formar parte de su propio mundo.

Sharon conducía por las calles de la isla sin rumbo fijo, contando los minutos para que llegaran las cuatro de la tarde y Mindy terminaba su turno en El Faro Bistró. Necesitaba hablar con ella de lo que estaba pasando con Max; la situación no daba para más. Mindy sabía que ella y Max extorsionaban parejas adineradas, pero no sabía que la relación entre ellos estaba quebrada. De hecho, Mindy le había dicho más de una vez que no entendía por qué seguía con Max, siendo ella la que cargaba con la peor parte en las estafas, *la que ponía el cuerpo*. Sharon siempre había creído que Mindy se lo decía por celos; lo que ellos habían encontrado era el premio gordo, tenían que explotarlo al máximo porque no era algo que sucediera todos los días. La cuestión había sido incluso motivo de algunas peleas entre ellas. Para Mindy, que Sharon no soltara a Max tenía que ver también con no soltar esa vida de mujer heterosexual con un matrimonio perfecto que tanto decía detestar.

Quizás ahora sí estaba lista para dar ese paso. Hacía tiempo que lo venía pensando. ¿Hasta dónde podría confiar en Mindy? ¿Estaría ella preparada para aceptarla tal cual era?

Cuando todavía faltaban quince minutos para las cuatro, Sharon ya estaba en el aparcamiento del restaurante. Normalmente Mindy era puntual, pero Sharon no quiso arriesgarse a perder ni un segundo de su tiempo con ella. Apagó el motor del Porsche y se bajó del coche. Llevaba puesto un pantalón ceñido al cuerpo de cuero negro y una camisa blanca de seda. Unos empleados del restaurante que estaban fumando en la zona de servicio no pudieron resistirse a mirarla, sus ojos siguiendo cada uno de sus movimientos mientras cruzaba el aparcamiento con una elegancia casi felina. Sharon era consciente de las miradas, por supuesto; en determinado momento se volvió y los miró con desprecio. Los hombres apartaron la vista de inmediato.

A esa hora de la tarde el restaurante tenía un ambiente relajado, en contraste con el bullicio de las horas pico. La luz del sol, ya más tenue, se filtraba por los amplios ventanales, creando un juego de sombras en el suelo de madera pulida.

En las terrazas exteriores, donde algunos hombres tenían la costumbre de fumar puros, sólo había una mesa ocupada por un grupo sexagenario, sus cabezas inclinadas en una conversación discreta. Sharon no reconoció a ninguno de ellos.

Mindy no estaba a la vista, lo cual le provocó una punzada de desasosiego. Mindy era la que se ocupaba de que los clientes más exclusivos fueran bien atendidos. Era la cara visible del restaurante durante el día, por lo que siempre estaba cerca de la entrada. Sharon se dirigió a la barra, su mirada escudriñando cada rincón. De repente la vio aparecer desde la cocina, esbelta y grácil, con un vestido negro impecable que realzaba su figura. Su cabello negro con flequillo estaba recogido en una coleta alta.

—Hola, Sharon. ¿Qué haces aquí? —No estaba enfadada, simplemente sorprendida.

—Quería verte.

Mindy pareció dudar. Miró el reloj de pared, luego a las pocas mesas que estaban ocupadas.

—¿Tienes algo que hacer? —preguntó Sharon.

—No es eso.

—Necesito hablar contigo.

Mindy observó en todas direcciones. Con los tacones, era varios centímetros más alta que Sharon, lo que le permitía una visión más amplia del salón.

—¿Quieres esperarme afuera mientras me cambio?

—Estoy con el coche…, pero a lo mejor podemos hacer algo aquí… —Sharon dejó la frase en suspenso.

Algunas veces —principalmente en el inicio de la relación— Sharon iba a buscar a Mindy y se escabullían en alguna de las zonas privadas del restaurante.

—Aquí no… —Mindy negó con la cabeza.

Clavó en ella sus ojos azules.

—Me gustaría besarte ahora mismo y mandar a todos a la mierda.

—Eso depende de ti —la desafió Mindy con una chispa de picardía en la mirada.

Sin agregar nada más, Mindy dio media vuelta y fue hasta una puerta reservada para el personal del restaurante, junto al área de servicios.

Salió apenas quince minutos después, ahora con ropa de entrecasa: unos vaqueros ajustados y una camiseta negra. Seguía siendo tan adorable como siempre.

En vez de ir hacia donde estaba Sharon, Mindy fue hasta la caja registradora, donde estaba el encargado, un hombre de mediana edad llamado Adam con el que Mindy tenía buena relación. Intercambiaron unas palabras rápidas y Mindy le entregó algo.

Sharon salió del restaurante y fue hasta el coche. No era usual que ella la fuera a buscar, pero sí lo había hecho algunas veces en los meses que llevaban juntas. En esos casos, Sharon siempre salía primero y esperaba a Mindy dentro del coche. Se deslizó en el asiento del conductor.

Mindy no salía. Sharon empezó a preguntarse qué la podía estar retrasando.

Justo en ese momento recibió un mensaje de ella en el móvil: MAX ESTÁ OBSERVÁNDOTE DESDE LA COLINA.

Sharon frunció el ceño. ¿Cómo diablos…? ¿Max? Con disimulo, se encogió en el asiento hasta observar la colina que dominaba el

aparcamiento del restaurante. Efectivamente, la parte delantera del Mercedes de Max se asomaba ligeramente por detrás de unos arbustos. Sharon no era capaz de ver el interior del coche porque los cristales laterales eran oscuros, pero sí pudo distinguir la matrícula del coche, inconfundible.

Era evidente que Max la había estado siguiendo. Sharon sintió la furia en las venas.

Otro mensaje de Mindy: ¿QUÉ QUIERES QUE HAGA?

En otro contexto, Sharon se hubiera marchado sola, aunque más no sea para no darle a Max la satisfacción de haber tenido éxito en su lamentable plan de jugar al detective privado. ¿Desde cuándo que la estaba siguiendo? ¿Le había comprado ese puto coche rojo para poder controlarla con más facilidad?

Escribió la respuesta apretando la pantalla con fuerza: VEN IGUAL.

Mindy respondió de inmediato: ¿ESTÁS SEGURA?

Sharon no dejó margen de dudas: COMPLETAMENTE SEGURA.

Quizás Max sospechaba que ella se veía con otro hombre…

Sharon apretaba el volante con fuerza, sus nudillos blancos. En ese instante, odiaba a Max. Lo odiaba porque le había robado, pero también porque le había arruinado este momento con Mindy.

Mindy salió del restaurante. Caminaba despreocupadamente en dirección al coche, con su mochila en la espalda.

Cuando estaba a unos diez metros del Porche, Sharon no lo pensó un segundo más. Salió del coche y lo rodeó, sus movimientos decididos. Esperó a Mindy junto a la puerta del acompañante. Cuando ella llegó, Sharon la tomó por la cintura y le dio un beso frenético que pareció no terminar nunca.

37

Mindy había vuelto a colocarse las bragas y empezó a hacer lo mismo con el sostén. Sharon seguía en el sofá, todavía desnuda, la piel pálida contrastando con el terciopelo oscuro. El aire en el apartamento de Mindy olía a jazmín, era pequeño y acogedor, apenas un salón-cocina y un dormitorio, pero decorado con buen gusto: muebles sobrios con toques de color en los cojines y en los cuadros abstractos.

—¿Segura de que no puedes cancelar? —preguntó Sharon.

—No quiero hacerlo —respondió Mindy desde el interior de la camiseta negra. Su cabeza emergió con una sonrisa—. Perdóname.

—Eso duele.

Mindy sonrió, un destello de picardía en sus ojos azules. Sabía que Sharon bromeaba, pero también que había una pizca de verdad en su lamento.

—Tú puedes quedarte aquí, si no tienes ganas de ir a tu casa con Max.

Sharon frunció el ceño.

—No me hables de Max.

Mindy se dirigió a la nevera, integrada en la pequeña cocina del salón. Regresó con dos cervezas frías y le entregó una a Sharon. A continuación se sentó en el único sillón de una pieza.

—¿Vas a vestirte? —preguntó Mindy, dando un sorbo a su cerveza.

—¿No te gusta verme así? —Sharon se estiró, exhibiendo su cuerpo con una sonrisa provocadora en los labios.

—Ese es el problema, me gusta demasiado. Pero en media hora tengo que estar en La Posada del Halcón. Juliette necesita que cubra a Pierce.

El rostro de Sharon no pudo ocultar su fastidio. Mindy tenía debilidad por la familia Vance; a Juliette y a Richard los consideraba una especie de padrinos, y con la joven y bella Eleanor había desarrollado una relación bastante estrecha. *Demasiado* estrecha. Sharon siempre había pensado que con Eleanor fuera de la ecuación las cosas cambiarían, que Mindy se alejaría de esa familia definitivamente y que sólo tendría ojos para ella. Se había ocupado incluso de conseguirle el empleo en El Faro Bistró para que ni siquiera dependiera de trabajar en ese hotel. Y sin embargo…, cada vez que Juliette Vance le pedía ayuda, allí estaba ella, dispuesta a acudir al rescate.

—¿Y si te pido que te quedes conmigo? —preguntó Sharon con un atisbo de vulnerabilidad.

Mindy se levantó del sillón y se acercó a Sharon. Se inclinó y la besó, introduciendo su lengua con fuerza. Mientras lo hacía, apoyó la cerveza fría sobre su pecho izquierdo. Sharon dio un respingo cuando el frío del cristal se transmitió a su piel.

—Perra…

—Para que te acuerdes de mí —susurró Mindy.

—¿Entonces no vas a quedarte?

—Ya te dije, me comprometí con Juliette.

Debajo de los juegos habituales, Sharon estaba molesta. Se levantó con vehemencia y empezó a vestirse con movimientos enérgicos.

—Me gustas cuando te enfadas —dijo Mindy.

La broma no funcionó. Sharon se colocó el pantalón con movimientos bruscos. Cuando terminó, empezó a buscar el sostén… No estaba por ninguna parte. Mientras ella revisaba entre los almohadones y detrás del sofá, Mindy se levantó de su sillón y caminó hacia el otro extremo del salón. Allí, en el suelo, había quedado olvidado el sostén de Sharon después de habérselo quitado al entrar en medio de un embate de besos y manoseos huracanados.

—Aquí tienes —dijo Mindy con calma, entregando la prenda—. No te pongas así. Tenemos media hora para beber una cerveza en paz. Te prometo que nos veremos después, cuando tú quieras.

Sharon terminó de vestirse y las dos volvieron a sentarse en los mismos lugares, ahora cada una con su cerveza.

—Perdóname —dijo Sharon, dando un sorbo—. Realmente no entiendo por qué tienes que salir corriendo cada vez que te lo piden los Vance. Sí, ya sé que ellos te han ayudado y que han sufrido con lo de la hija, todo eso ya lo sé. Pero en algún momento se tiene que terminar. Tú tienes tu vida.

—Es todo muy reciente —respondió Mindy.

—¿Ese detective ha averiguado algo?

Mindy frunció el ceño.

—¿Por qué te interesa tanto el detective? Ya me has preguntado otras veces.

—No es que me interese especialmente. Ha venido a resolver la desaparición de Eleanor, ¿o no?

—Es la tercera vez que me preguntas por él desde que ha llegado a La Posada.

Sharon suspiró y se armó de paciencia. Temía que si dejaba llevarse, la conversación no terminaría bien.

—Era sólo una pregunta.

—A Bruzzo lo vi el día que llegó y poco más —respondió Mindy encogiéndose de hombros—. No sé nada de su investigación, más allá de lo que me ha dicho Pierce.

—¿Y qué te ha dicho?

Mindy la estudió durante cinco largos segundos.

—Probablemente este no sea el mejor momento para preguntarte esto… —Mindy dudó.

—Puedes preguntarme lo que quieras.

—Si te enfadas y te levantas, no voy a detenerte.

—Pregunta de una vez.

—¿Por qué te inquieta tanto la presencia de ese detective? ¿Hay algo de tu pasado que deba saber?

Sharon bajó la vista, el silencio se hizo denso en la habitación.

—Sí, hay algo…, pero no estoy lista para decírtelo ahora.

—¿Debo preocuparme?

Sharon negó con la cabeza.

—Sharon…, sabes que te amo con locura. Nada de lo que me digas va a ser capaz de cambiar eso.

—Te lo diré cuando yo esté preparada. Y tú también.

Mindy lanzó una risa corta.

—¿Cuándo yo esté preparada? Pruébame. A veces pienso que crees que soy una monja.

—Claramente no lo eres.

Mindy dejó su cerveza en la mesa baja, el cristal tintineando suavemente.

—Estos últimos días has estado nerviosa. ¿Qué piensas hacer con Max y el dinero? Hoy él nos ha visto besándonos. Eso marca un punto de inflexión.

—La relación con Max está terminada. Lo único que quiero es recuperar el dinero que me ha robado.

—¿Y si lo enfrentas y le propones dividirlo?

—Lo va a negar.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo conozco. Mindy…

—¿Qué?

—Con ese dinero podríamos irnos de aquí, empezar de nuevo en cualquier parte. Tú y yo.

Mindy se quedó en silencio durante un momento.

—Sharon, no digo que no quiera irme contigo, pero ¿no deberíamos asegurarnos primero de que ese dinero realmente existe?

—He hecho cuentas, Mindy… Estoy segura de que tiene trescientos mil. Quizás más. Ese hijo de puta se ha estado quedando con un tercio del dinero con la excusa de que algunos peces no podían pagar.

—¿Peces?

—No importa. Te lo digo…, ese dinero existe.

Sharon se levantó. Dejó la cerveza vacía en el suelo y se acercó a Mindy, arrodillándose en el sillón que ocupaba ella, una rodilla a cada lado de sus piernas, sus rostros enfrentados a la misma altura. Le dio un beso profundo y apasionado.

—Te aseguro que ese dinero existe. Y va a ser mío. ¿Te imaginas lo que podríamos hacer? Podríamos ir a cualquier parte…

—Me gustaría cerca de la playa —murmuró Mindy con ojos soñadores.

—Por supuesto, tú y yo en la playa. Claro que sí.

Mindy le devolvió el beso.

—Debo irme, Sharon.

—Lo sé.

Los ojos de Sharon brillaban con una determinación férrea.

—Voy a encontrar la forma de que Max me devuelva lo que me pertenece.

38

—¡Levanta las manos! —la voz firme de la oficial Brenda Miller resonó en el silencio del sótano del Castillo.

Luca no lo dudó. Su mano, ya en el pecho de su cazadora, se deslizó hacia el arma. La sacó con un movimiento fluido y la apuntó hacia la silueta. La luz del móvil, que aún sostenía en la otra mano, se movió con él, creando un haz tembloroso en la oscuridad.

—¡Suelta el arma o disparo! —insistió Miller.

Luca no podía ver su rostro con claridad, pero era capaz de percibir la tensión en cada una de sus palabras.

—No seas estúpido, Bruzzo. No quiero que esto termine mal. Suelte el arma.

Luca sopesó sus opciones. No tenía sentido escalar la situación. Estaba en un lugar desconocido, con una oficial de policía que, por alguna razón, lo había seguido hasta allí. No quería un incidente, no ahora que estaba tan cerca de una pista. Con un suspiro, bajó lentamente la pistola y la guardó de nuevo en el bolsillo interior de su cazadora, abrochando el botón para asegurarla.

—Bien —dijo Miller—. Ahora sube la escalera. Lentamente.

Luca asintió y comenzó a subir. Al llegar a la parte superior, se encontró en la habitación que en algún momento había sido un despacho.

Miller ya no le apuntaba, pero mantenía una distancia prudente, su arma enfundada, pero su mano cerca de la empuñadura. Su rostro, ahora visible, mostraba una mezcla de alivio e irritación.

—Siéntate en esa silla —ordenó Miller.

Luca lo hizo, sin apartar la mirada de ella.

—¿Qué diablos haces aquí, Bruzzo?

—Qué curioso, iba a hacerte esa misma pregunta —. Miró a la agente Miller con desconfianza. Era evidente que lo había estado siguiendo.

—Primero responde qué haces tú aquí.

—¿Acaso no has visto las baldosas en el sótano?

Brenda frunció el ceño.

—¿Qué baldosas?

—¿Por qué no vas a echar un vistazo?

La mirada de Miller viajó de Luca a la puerta parcialmente oculta detrás de la estantería.

—Si lo hago te tendría que colocar las esposas. No sé a qué estás jugando, Bruzzo.

—No estoy jugando a nada.

Justo en ese momento, el móvil de Miller sonó y ella lo sacó del bolsillo.

—Está aquí conmigo… —dijo Miller, su mirada fija en Luca—. Así es. Lo sorprendí cuando se colaba en el Castillo.

Una pausa.

—Es una casa antigua. Sí, ahora te paso…

Miller se acercó a Luca y le entregó el móvil.

—Es Hoyle.

Luca se llevó el móvil a la oreja con lentitud deliberada, sintiendo la furia de Hoyle incluso antes de que hablara.

—¡Qué pasa contigo, Bruzzo! —la voz de Hoyle, amplificada por el altavoz del móvil, resonó en la habitación—. ¡Quiero que me expliques ahora mismo qué es lo que estás haciendo!

—¿Por qué no hablamos de esto personalmente? —respondió Luca con calma.

—¡Claro que vamos a hablar personalmente! —gritó Hoyle—. ¡Pero primero quiero que me expliques por qué el alcalde de la isla me ha llamado para decirme que te has colado en el ayuntamiento a hurgar en el archivo! ¡Y ahora esto! ¡Metiéndote en propiedad privada sin una orden de registro! ¡Y sin decírmelo a mí! Habíamos quedado…

—Hoyle —dijo Luca—. No hace falta que juegues al superior indignado. Quieres que te lo explique…, voy a hacerlo. No hay mucho que explicar, realmente. Tengo razones para pensar que Eleanor Vance pudo estar secuestrada en una de las casas fundacionales de la isla.

—¿Qué razones? —la voz de Hoyle se suavizó un poco.

—Te lo diré cuando nos veamos personalmente. Entré al ayuntamiento como parte de un tour que ofrecen allí, no me colé a ninguna parte. Sólo seguía la evidencia…

—¿¡Qué evidencia!?

—Ya te lo dije, te lo explicaré cuando nos veamos.

—A partir de este instante, Bruzzo, haz todo lo que te diga la oficial Miller. ¿Está claro?

Luca miró a su alrededor. Brenda Miller no estaba por ninguna parte.

—Bruzzo, ¿estás ahí? —la voz de Hoyle sonó impaciente.

—Sí. ¿Cómo es que la oficial Miller me ha encontrado?

—¿A qué te refieres? Yo le pedí que fuera a buscarte después de la llamada del alcalde. Pásame con ella, por favor.

—No sé dónde…

En ese instante, Brenda Miller apareció por la parte de atrás de la estantería, como si hubiera estado escuchando a escondidas. Su rostro había cambiado radicalmente. La expresión de irritación y desconfianza había sido reemplazada por una mezcla de asombro y una especie de fascinación.

Luca le extendió el móvil y ella lo cogió como si estuviera en trance. Se lo llevó a la oreja, pero no habló con Hoyle de inmediato.

—Las baldosas del sótano son las mismas, Hoyle.

Unos segundos después, repitió la frase con la misma cadencia, como si estuviera procesando la revelación.

Después dijo la palabra "sí" tres veces mientras asentía con la cabeza, todo con la misma expresión ida.

—Hoyle nos espera en la comisaría —anunció.

—Brenda, espera —dijo Luca, sintiendo una punzada de preocupación. Por un momento sintió la necesidad de aferrarla por los brazos y sacudirla para que reaccionara—. ¿Qué te sucede?

Ella sacudió la cabeza, como si intentara despejar una niebla mental, y empezó a alejarse dándole la espalda.

—Son las mismas baldosas que estaban en la foto de Eleanor.

—Sí, eso ya lo sé. ¡Brenda!

Cuando llegó al salón, donde había mucha más luz que en las otras habitaciones, Brenda Miller se colocó sus gafas oscuras. Se giró y lo señaló con el dedo.

—No deberías haber entrado aquí solo. Ha sido una estupidez de tu parte.

—¿Has recorrido todo el sótano? En la parte de atrás había una puerta…

—Sí, ya lo he mirado. Eleanor no ha estado aquí. Pero las baldosas son las mismas…

Miller llegó a la ventana que Luca había forzado para entrar, pero en lugar de salir por ella la cerró con un golpe seco. A continuación, fue hasta la puerta principal y simplemente la abrió. Luca estaba seguro de que había revisado esa puerta y la había encontrado cerrada con llave.

—¿Tienes la llave?

Miller sacó un juego de llaves del bolsillo e introdujo una de ellas en la cerradura, girándola con suavidad.

—Ha habido algunos disturbios —explicó la oficial—. La familia nos ha dado la llave para que vengamos de vez en cuando. Desde que lo hago nadie ha entrado aquí.

Los dos caminaban en dirección a la reja de salida. Del otro lado estaba el coche patrulla de Miller.

—¿Hoyle te ordenó que me siguieras? —preguntó Luca.

Brenda se volvió apenas un instante y negó con la cabeza. Con las gafas oscuras era difícil establecer si seguía sorprendida por el hallazgo en el sótano.

No volvieron a hablar hasta que entraron al coche patrulla donde había un aromatizador cítrico bastante intenso.

—¿Entonces tú eres la que viene al Castillo de vez en cuando? —preguntó Luca mientras Miller ponía en marcha el motor.

—Sí. En la isla somos sólo dos polis, así que no hay muchas opciones.

—Sí, claro.

—¿Vas a decirme cómo supiste lo de las baldosas?

—No todavía.

—Debo decir que estoy bastante impresionada.

Luca guardó silencio.

—Era un cumplido —dijo Miller—. Puedes darme las gracias. Hace una semana que estás aquí y ya has descubierto algo de esas baldosas. ¿Así que piensas que Eleanor estuvo secuestrada en una de las casas fundacionales?

—Quizás todavía está secuestrada.

Miller se encogió de hombros.

—¿De verdad lo crees?

—Es una posibilidad.

Se metieron al coche patrulla y avanzaron por la Avenida Andersen. El sol de la tarde se filtraba entre las palmeras, proyectando sombras largas sobre el asfalto. Luca observó el paisaje, pensando en la extraña dualidad de la isla: la perfección superficial y los secretos ocultos bajo la superficie.

—Tú y yo empezamos con el pie izquierdo —dijo Miller, rompiendo el silencio—. Lo entiendo. Pero quiero que sepas que entre Hoyle y yo no pasa nada. Sé que es difícil de creer.

—Sí, es bastante difícil.

—Igualmente, yo creo que hay algo más. Otra razón por la que no terminas de confiar en mí.

—¿Ah sí? ¿Cuál es?

Miller detuvo el coche en un semáforo, giró la cabeza y se bajó ligeramente las gafas de sol para que él pudiera ver sus ojos azules, de una intensidad profunda a la luz diurna, como los de Peyton Allen.

—Llegaste aquí convencido de que haber trabajado en el caso de los crímenes de Hollywood te daría una ventaja, y sin embargo, cuando estás conmigo no puedes darte cuenta si soy en realidad Peyton Allen. Evidentemente, no la conocías tanto como creías.

Luca la miró fijamente.

Una sonrisa, rápida y enigmática, curvó los labios de Brenda Miller.

—Hoyle dijo que mis ojos lo hicieron dudar la primera vez que los vio…

39

Los cuatro estaban en la sala de trabajo improvisada en el archivo de la comisaría. Decir que el aire se cortaba con un cuchillo podía resultar incluso una reducción.

Luca estaba sentado en la esquina de la mesa más cercana a la puerta, con la espalda recta y expectante. A su lado, el jefe de policía Larry Reese, se tocaba el tupido bigote con una frecuencia que parecía más alta de la habitual; Luca lo tenía al lado y la sensación que tuvo fue que el hombre bien se hubiera escondido dentro de su inmenso bigote si hubiera podido. Brenda Miller estaba justo enfrente de Luca y lo miraba de un modo indescifrable; desde el incidente en el Castillo y más tarde en el coche patrulla, se había iniciado entre ellos una especie de duelo personal.

El único que no estaba sentado era Ryan Hoyle. Había entrado último y ahora caminaba entre las estanterías abarrotadas de documentos, por momentos incluso fuera de la vista del resto. Finalmente se sentó en la cabecera, lejos de Luca, pero también de los otros dos. Se cruzó de brazos y respiró sonoramente.

—Bruzzo, ¿vas a explicarme qué cojones hacías en esa casa?

—Ya te lo he dicho por teléfono, Hoyle. Tengo razones para pensar que Eleanor Vance pudo estar secuestrada en una de las casas fundacionales de la isla.

—¿Razones? —Hoyle soltó una risa corta y despectiva—. ¿Y por qué no me las has contado? ¡Habíamos acordado que cualquier avance me lo comunicarías inmediatamente!

—Iba a hacerlo cuando tuviera algo más sólido.

—¿Sólido? —Hoyle golpeó la mesa con la palma de la mano, un golpe seco que hizo vibrar los ordenadores portátiles—. ¡El

alcalde me ha llamado indignado! ¡Y la oficial Miller te ha encontrado in fraganti!

Miller asintió levemente.

—No me he colado en ninguna parte —dijo Luca—. Entré al ayuntamiento como parte de un tour guiado. Y en cuanto a la casa, la ventana estaba abierta.

—¡Tonterías! —espetó Hoyle—. ¡Estás aquí para colaborar, no para ir por libre! ¡Me debes una explicación, Bruzzo! ¡Y la quiero ahora!

Luca miró a Reese, que seguía imperturbable, y luego a Miller, cuyos ojos azules seguían siendo para él una fuente de duda constante. ¿Ante quienes estaba a punto de desvelar su pequeña investigación?

—Muy bien. Todo empezó con las fotografías de Eleanor Vance. Las que recibió su familia. ¿Recuerdas las baldosas que se veían en el suelo de la habitación donde estaba cautiva?

Hoyle asintió, aunque con un gesto de desdén.

—Sí, las baldosas. Ya las investigamos. No se encontró nada.

—Richard Vance, el padre de Eleanor, me ayudó a enviar correos electrónicos a sus contactos de la isla, gente que lleva toda la vida viviendo aquí, con una fotografía del diseño de esas baldosas.

Luca hizo una pausa para saborear la indignación de Hoyle por no haber pensado en algo tan básico. Habían enfocado la investigación de las baldosas con fabricantes, vendedores, bases de datos, internet, y habían pasado por alto la forma más simple: preguntar a las personas de la isla.

—¿Alguien las reconoció?

—Sí, un viejo amigo de Richard Vance que trabajó en el ayuntamiento hace más de treinta años. Dijo que las había visto en el sótano.

El jefe Reese estaba particularmente incómodo. Si había alguien que debería haber encarnado la voz de la isla era él, y sin embargo también se le había escapado la identificación de esas baldosas.

—¿Y tú pensaste que Eleanor Vance pudo estar secuestrada en el sótano del ayuntamiento? —dijo Hoyle.

—¿Por qué pensáis en todo momento que Eleanor está muerta?

—Bruzzo, no me vengas con sutilezas de lenguaje. Responde a mi pregunta: ¿para qué fuiste al ayuntamiento?

—Para comprobarlo, por supuesto. Una vez dentro, me salté algunas referencias de la audioguía para llegar al sótano.

—El alcalde dice que cruzaste una puerta con un letrero que dice específicamente no pasar. Si algo surge de todo esto, las pruebas podrían ser anuladas.

—No recuerdo haber leído ningún letrero. Como te digo, Hoyle, mi único propósito era ver las baldosas del sótano, no iba a tomar ninguna evidencia ni obtener pruebas. ¿Crees que empecé a trabajar ayer?

Luca lo fulminó con la mirada. Empezaba a cansarse de los cuestionamientos de Hoyle.

—Una vez en el sótano confirmé que las baldosas eran las mismas de la fotografía de Eleanor. Pero Eleanor no ha estado en ninguna de las habitaciones de ese sótano. Las paredes de allí son de un color celeste desteñido, muy diferente al de la fotografía. Y el sótano estaba desordenado, lleno de objetos.

—¿Cómo has concluido lo de las otras casas?

—En el archivo encontré varias cajas con documentación histórica de la mansión Sordiner —continuó Luca—. Entre ellas, los planos originales de la casa y los registros de propiedad. Y lo más importante: la documentación del barco "The Pilgrim", que trajo los materiales de construcción desde Inglaterra. En esa documentación está la clave. En el barco vinieron ciento setenta y dos cajas de baldosas Terranova. Lógicamente no todas están colocadas en el ayuntamiento. Con Vance hemos estimado que esas baldosas podrían cubrir al menos doscientos metros cuadrados. El sótano del ayuntamiento tiene setenta metros cuadrados. Eso significa que las baldosas se usaron en otras propiedades de la época.

Hoyle se recostó en su silla, su expresión seguía siendo de frustración, y ahora también de asombro.

—¿Y qué propiedades?

—Las casas fundacionales de la isla. No son más de diez.

Luca se quedó callado y el silencio volvió a hacerse pesado.

—Al menos sabemos que el Castillo no es una de esas casas —comentó Miller.

Hoyle la observó, como si por un momento se hubiera olvidado de que había otras personas en la habitación además de Luca y él.

—¿Qué es el Castillo? —dijo Hoyle contrariado.

—La casa donde estaba Bruzzo —explicó Miller—. Le decimos así en la isla.

Hoyle sacudió la cabeza.

—¡Deberías haberme dicho esto inmediatamente, Bruzzo!

—Iba a hacerlo, Hoyle. La confirmación la tuve hoy cuando fui al ayuntamiento.

—¡Has ido por libre sin mi supervisión! ¡Esto es un desastre!

—Un desastre que nos ha dado una pista sólida —replicó Luca sin inmutarse—. Y que nos ha llevado a un punto al que vosotros…

El jefe de policía Reese se puso de pie, sorprendiendo a todos.

—Me parece que nosotros sobramos aquí, Brenda. Ahora que ya sabemos todo lo necesario respecto a esas baldosas, mejor que el agente Hoyle y el detective Bruzzo resuelvan qué hacer con esta nueva información.

Miller no se levantó de inmediato, pero finalmente siguió a su superior. Cuando los dos se fueron, Hoyle volvió a levantarse de su silla y a vagar por la habitación.

—Voy a ser franco contigo, Bruzzo. Estoy impresionado. Has hecho un buen trabajo en muy poco tiempo. Sin dudas, acercarte a Richard Vance y ganarte su confianza ha sido una jugada inteligente de tu parte.

Volvió a sentarse.

—También me siento frustrado por no haber seguido esa línea de investigación antes.

Luca estaba viendo una cara distinta de Hoyle. Quizás por eso el jefe de policía había preferido dejarlos a solas, porque sabía que dentro de la corteza dura del agente había una posibilidad de racionalidad.

—Me alegra que pienses así y que podamos hablar de manera más sensata, Hoyle ¿Puedo preguntarte algo?

—Dime.

—¿Le pediste a Miller que me siguieras o ella lo hizo por su cuenta?

—Le pedí que fuera a buscarte.

—¿Entonces por qué no me detuvo de inmediato y me siguió hasta ese sitio?

Hoyle parecía disperso.

—No lo sé, Bruzzo, ¿qué quieres que te diga? Quizás porque desconfía de ti. Lo primero que has hecho apenas llegar a la isla es acusarla de tener una aventura conmigo.

Luca asintió.

Era evidente que Hoyle buscaba la forma de decirle algo.

—Creo que la he encontrado, Luca, a Peyton. La he encontrado.

El cambio en el tono de voz y el hecho de que lo llamara por su nombre captó de inmediato la atención de Luca.

—¿A qué te refieres?

—La única que está al tanto en la isla es Miller, y eso es porque ella estaba presente cuando averiguamos lo que voy a decirte. Ni siquiera el jefe de policía Reese lo sabe.

—¿Dices que has encontrado a Peyton? ¿Quién es?

—Todavía no lo he podido confirmar. Necesito obtener su ADN.

Hoyle estaba ilusionado, como un niño que sueña con un juguete nuevo. Luca recordaba perfectamente que Hoyle ya había pasado antes por este mismo estado de convicción. Más de una vez de hecho.

—¿Esa mujer de la que sospechas podría estar conectada con una de las casas fundacionales? Porque si es así…

—No, Bruzzo. La mujer vive en una casa moderna, y la prioridad ahora es obtener una muestra de su ADN para confirmar que es ella. No hay tiempo para ocuparnos de registrar casas antiguas ni de levantar sospechas en la población.

—¿A qué te refieres, Hoyle? ¿Vas a dejar de lado la única pista sólida que tienes?

—¿Es que no me has escuchado? Acabo de decirte que estoy seguro de que la he descubierto.

—Hoyle, por favor, escúchame, esas baldosas están en las fotografías de Eleanor, y ahora sabemos con certeza que son de la época fundacional de la isla. Eso significa que sabemos que ella estuvo en una de esas casas. Son cinco o seis, no más, porque con la información que Richard Vance está recopilando en este momento podremos descartar algunas. Siendo tan pocas podríamos registrarlas a todas en simultáneo y…

—¿Y generar más revuelo? Te estoy diciendo que Peyton no está en una de las casas fundacionales. La he visto, Bruzzo. Sigue aquí. Y si hacemos ruido pondremos en riesgo su captura.

—¿Qué es concretamente lo que me estás pidiendo?

—Que te olvides de esas baldosas. Hasta que podamos cotejar el ADN.

—¿No es eso lo que has estado haciendo desde que llegaste a la isla, Hoyle? ¿Cotejando ADN de mujeres?

—Bruzzo, estoy tratando de ser contemplativo contigo. Te recuerdo que el FBI está al frente de esta investigación, y que yo soy el agente a cargo.

—Hoyle, valoro tu intento de ser más contemplativo, pero la cuestión de fondo no cambia. Estoy aquí porque Alyssa me lo ha pedido y porque este caso es algo personal, no sólo porque investigué los asesinatos de Peyton Allen desde el inicio, sino porque conozco a George Allen. Lo que quiero decirte es que no voy a mirar para el costado.

—No es mirar para el costado, Bruzzo. Es seguir órdenes.

—No puedes dejar de investigar la única pista sólida que tenemos y seguir jugando a la lotería.

—No te pases de la raya.

—Lo siento, Hoyle. Tengo una familia, una hija pequeña, y sin embargo estoy aquí. Alyssa me pidió que me hiciera cargo de esta investigación…

—El director Duncan cree que…

—El director Duncan no sabe lo que estás a punto de hacer, ¿así que por qué mejor no se lo decimos?

Hoyle lanzó una carcajada. Se levantó de la silla. Miró al techo, luego paseó la vista por la habitación.

—¿Escuchas lo que estás diciendo? Mira, Bruzzo, no quiero hacer esto, pero no me dejas otra alternativa. Si no recapacitas voy a tener que apartarte del caso.

—El FBI puede hacer lo que le plazca, pero mientras siga aquí voy a pelear para seguir la evidencia. Duncan me dijo *específicamente* que si había algo que no me parecía correcto hablara directamente con él, y eso haré.

Lo último era una pequeña mentira, pero surtió efecto. El rostro de Hoyle se puso blanco.

—Duncan me respaldará al ciento por ciento —dijo Hoyle.

—Tenemos dos caminos, Hoyle. O hablo con Duncan más tarde y que él me diga que es lo que el FBI quiere hacer conmigo, o lo llamamos ahora mismo y se lo preguntamos los dos…

Hoyle se quedó helado.

—Es tú decisión…

40

Hoyle y Luca estaban inclinados sobre el teléfono en el centro de la mesa como dos adolescentes que juegan a la ouija. En vez de moverse, el aparato emitió por el altavoz la voz del director Duncan.

—Caballeros, tengo diez minutos antes de entrar a una reunión. Los escucho.

Hoyle tragó saliva. La situación era de por sí incómoda; llamar a Duncan para validar los pasos a seguir era una clara muestra de debilidad y falta de liderazgo.

—Quería ponerlo al corriente de algunos avances. Con el detective Bruzzo estamos confiados de haber hecho grandes progresos.

—Me alegro de que hayan podido trabajar en conjunto.

Luca se mantuvo impertérrito. Había tomado la decisión de no exponer innecesariamente a Hoyle, pero al mismo tiempo sabía que haría lo que fuera necesario para que los registros a las casas fundacionales se hicieran lo antes posible.

—Creemos tener identificada a Peyton Allen —dijo Hoyle con gravedad.

—Explíquese, agente Hoyle.

—Claro que sí. Como sabe, hemos estado cruzando información de las mujeres que llegaron a la isla durante los últimos siete años. Tenemos una lista bastante reducida de potenciales candidatas que hemos ido descartando, algunas con pruebas de ADN y otras…

—Sé lo que ha estado haciendo allí, agente Hoyle. Vaya al punto. Dígame qué hace especial a esta mujer.

—Su nombre es Sharon Tillman. Llegó a la isla hace poco más de cinco años y está en una relación con un abogado que también

vive aquí. En teoría tiene treinta y dos años y ha sido sometida a varias cirugías estéticas; sólo con verla uno puede darse cuenta.

Hoyle hizo una pausa.

—¿Sigue allí, Duncan?

—Por supuesto. ¿Qué es lo que tiene respecto a esta mujer Tillman?

—Tillman es el apellido de su pareja, lo adoptó después de conocerlo, aquí en la isla, pero el nombre de su identificación es Sharon Bolton. El equipo de Cowsill la investigó exhaustivamente y sabemos que nació en Las Vegas en 1979. Sabemos que es hija única de padres separados, un hogar bastante problemático hasta donde sabemos: cambios de escuela, algunas detenciones y un novio posesivo y violento. A los diecisiete desapareció de su casa. El caso tuvo repercusión local. Aunque no encontraron el cuerpo, especularon con que el novio la había matado, aunque más tarde la madre recibió una nota de ella diciéndole que estaba bien, que dejaran de buscarla.

Luca seguía la historia con atención. Todo aquello era una novedad para él y debía reconocer que la aparición de Sharon Bolton —ahora Tillman— en la isla era cuanto menos sospechosa.

—¿Usted cree que Peyton Allen se está haciendo pasar por una mujer muerta hace quince años? ¿Que de alguna forma adoptó su identidad?

—No hemos encontrado nada de ella desde que desapareció en Las Vegas.

—¿Cómo es que Peyton Allen terminó adoptando esa identidad?

—No lo sabemos. No sería la primera vez que sucede algo así. Sabemos que hay un mercado negro de estas identidades reales.

—¿Qué más tiene agente?

Hoyle esbozó una sonrisa. La primera desde que estaban reunidos.

—Peyton y su supuesto marido están metidos en algún negocio turbio, todavía no tenemos tan claro cuál. Llevamos pocas horas siguiéndola y hemos averiguado algo revelador: descubrimos que tiene una relación paralela con una mujer. Esa mujer se llama

Mindy Coleman y es una de las empleadas en La Posada del Halcón de la familia Vance. Es decir, hay una conexión entre Sharon Tillman y Eleanor Vance, a través de Mindy Coleman.

Luca debió controlarse para suavizar su reacción.

—Suena prometedor —dijo Duncan.

—Lo es —se animó Hoyle—. Todavía es especulación, pero Eleanor Vance era una mujer hermosa y es posible que Peyton se haya puesto celosa por el vínculo entre Eleanor y Mindy…

—La segunda fotografía de Eleanor secuestrada se la dejaron a Mindy Coleman —dijo Luca.

—¡Exacto! —estuvo de acuerdo Hoyle—. Es evidente que es ella.

Luca le hizo un gesto a Hoyle. Era el turno de exponer los hallazgos en torno a las baldosas Terranova.

—Tenemos otra línea de investigación diferente —dijo Hoyle. Se reclinó hacia atrás y le hizo un gesto a Luca para que hablara.

Luca se acercó al teléfono. Parte de la vehemencia que había experimentado antes por registrar las casas de manera coordinada se había disipado. Tenía que admitir que Hoyle tenía un punto respecto a que una operación de esas características podía hacer que Peyton tomara alguna decisión drástica, como intentar huir. Evidentemente, alguna de esas propiedades estaría relacionada directa o indirectamente con ella. Si se veía amenazada actuaría de inmediato. Creer que Peyton Allen no tendría un plan en caso de contingencia era subestimarla demasiado.

—Hemos identificado las baldosas que aparecen en las fotos de Eleanor Vance —dijo Luca—. Son antiguas, de la época fundacional de la isla. Sabemos que han sido instaladas en el ayuntamiento y en unas pocas casas más; creemos que podríamos acotar el número a cuatro o cinco propiedades.

—¿Y están seguros de que son esas mismas baldosas y que no pueden estar en ninguna otra parte?

La voz de Duncan adquirió un entusiasmo renovado.

—Ciento por ciento —dijo Luca—. Las baldosas llegaron en barco desde Inglaterra en esa época.

—¿O sea que las fotografías enviadas a la familia fueron tomadas en alguna de esas cinco casas?

—Exacto.

—Me gusta. Cinco casas son muy pocas. Podríamos hacer los operativos en simultáneo. ¿Cuál es el margen de duda respecto a que las baldosas puedan estar en otra parte?

—Yo diría que muy bajo.

Duncan hablaba con entusiasmo renovado.

—Podríamos obtener órdenes de registro inmediatamente con algo tan contundente.

Hoyle se había quedado mudo.

—Tengo copias de los registros que prueban la llegada de las baldosas, así como un detalle de las propiedades.

—Perfecto. Hoyle, por favor, envía esa información al equipo para que prepare las órdenes, yo me ocuparé personalmente de hablar con las unidades de San Francisco y Los Ángeles para ver quién tiene disponibilidad inmediata. Yo ahora debo cortar, caballeros, muy buen trabajo. Hoyle, con usted vuelvo a hablar en dos horas; tenga encaminadas esas órdenes, por favor. Si nos movemos rápido podríamos estar registrando esas casas en menos de cuarenta y ocho horas.

La comunicación se interrumpió.

Se quedaron en silencio. Hoyle tenía la vista puesta en el techo.

—Hoyle… —empezó a decir Luca.

—Vete a la mierda, Bruzzo.

41

Cuarenta y ocho horas después de la tensa conversación telefónica con Duncan, Luca estaba en el apartamento de Richard Vance, sentado en una silla de oficina giratoria, de esas que crujen con cada movimiento, frente a la mesa central. Richard, por su parte, se había acomodado en un sillón de cuero desgastado, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas.

Richard era el único residente de la isla —si es que había cumplido con su palabra de no decirle nada a su esposa— que sabía que al día siguiente iba a suceder un operativo combinado en cuatro de las casas fundacionales de la isla. Habían tenido la suerte de poder descartar tres propiedades que en algún momento habían sido puestas en venta y en consecuencia disponían de fotografías de todas las habitaciones. Cuatro era un número más razonable para actuar en simultáneo.

—¿Se sabe el horario de los operativos? —preguntó Richard.

Luca asintió.

—Se harán a primera hora de la mañana. Queremos pillarles por sorpresa.

—¿Y tú estarás al mando de uno de ellos?

—Así es.

Richard observaba todo su trabajo, especialmente la gigantografía con los rostros. Era evidente que experimentaba algún tipo de nostalgia, una mezcla de orgullo por el esfuerzo y tristeza por la causa. Ambos sabían que lo que harían al día siguiente cambiaría las cosas de una manera o de otra. Si todo salía bien, los Vance tendrían sus ansiadas respuestas. Y si salía mal…

—Hay algo que quiero decirte, Luca —dijo Richard, su mirada aún fija en la pared de rostros—. Nunca es un buen momento para

esto.

Luca se inclinó ligeramente hacia adelante.

—¿A qué te refieres?

—A que tú has confiado en mí, incluso con información sensible de lo que el FBI hará mañana.

Luca sonrió, un gesto breve y amargo.

—Eso lo hice para que no hicieras una tontería por tu cuenta.

Richard le devolvió la sonrisa. Se conocían desde hacía menos de diez días pero ya habían desarrollado la suficiente confianza como para tomar a bien este tipo de comentarios.

—Y lo bien que has hecho —dijo Richard—. He tenido que contener el impulso de ir a golpear la puerta de todas esas casas…

—Hubiera sido una estupidez.

—Lo sé.

Richard bajó la vista, sus dedos jugueteando con el borde del sofá.

—Sé también que lo más probable es que mi hija no esté en una de esas casas —dijo Richard con voz grave—. Una parte de mí desea que así sea, que siga viva, pero sé que no es así. Lo que confirmaremos mañana es en cuál de esas casas ha estado secuestrada Eleanor.

Luca no le había dicho a Richard que el FBI tenía en la mira a Sharon Tillman como posible sospechosa. En ese mismo momento, Tillman estaba siendo vigilada de cerca por el FBI. Luca había visto fotografías de ella y reconocía que detrás de su rostro sometido a profundos cambios estéticos podía esconderse Peyton, pero no quería elevar demasiado sus expectativas, y mucho menos las de Richard.

—¿Qué es lo que quieres decirme?

Richard levantó la vista. No había rodeos en su mirada.

—Sé que quien está detrás de esto es esa mujer de Los Ángeles… Peyton Allen.

Luca no se sorprendió demasiado. Sabía que Richard lo averiguaría tarde o temprano. Una búsqueda rápida en internet bastaba para encontrar los casos importantes en los que Luca había

participado —que por otro lado no eran demasiados—, y sólo en uno de ellos había intervenido junto al FBI.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Unos o dos días después de que llegaste. Supuse que debía haber una razón por la cual el FBI estuviera tan interesado en el secuestro de mi hija…, y tu llegada fue la pieza para entenderlo.

Luca asintió.

—¿Juliette lo sabe?

—Por supuesto. Pero no le ha dicho ni una palabra a nadie. Y yo tampoco. Nuestra hija vale ese silencio y mucho más también.

—Es muy importante que nadie lo sepa.

Richard observó a los rostros en la gigantografía, su mirada deteniéndose en algunos de ellos.

—He pasado meses enfocándome en los hombres —se lamentó Richard con un gesto de frustración—. Trabajo tirado a la basura. Todo este tiempo preguntándome quién querría hacerle daño a mi hija y la respuesta es que detrás de su secuestro hay alguien que simplemente disfruta de hacerle daño a los demás… Todas esas muertes tan horribles.

—¿Puedo pedirte un favor, Richard?

—Por supuesto.

—Prepara un listado de todas las mujeres presentes en la gigantografía. Al lado de cada una indica el vínculo que tienen con Eleanor. Sólo aquellas que tú reconozcas; no es necesario que vayas por ahí haciendo preguntas. De hecho, te pido expresamente que no las hagas.

—Por supuesto. Ya estuve trabajando en ese listado en estos días. Incluiré la información que me pides.

—Gracias.

—¿Es porque tenéis alguna sospecha? Yo he visto fotografías de Peyton Allen, pero estoy seguro de no haberla visto en la isla. Supongo que pensáis que se ha sometido a algún tipo de procedimiento estético.

—Si mañana descubrimos el sótano de las fotografías, y estoy seguro de que así será, estaremos más cerca de conocer saber algo más de su identidad real.

42

Eran las cuatro de la tarde. En la habitación del ático de La Posada del Halcón, Luca se sentó frente al ordenador portátil. Habían pasado varias horas desde su encuentro con Richard Vance y la cabeza le seguía dando vueltas a la inminente operación en las casas fundacionales. Más que nunca necesitaba el contacto con su familia, aunque más no fuera por videollamada.

El icono de la cámara se encendió y Luca se acomodó en la silla, intentando que su rostro se viera lo más relajado posible. Un pitido, y luego la pantalla se llenó de luz y color.

Allí estaban.

La imagen se estabilizó revelando el salón de su casa en Los Ángeles, un espacio del que Luca conocía cada rincón. Era un contraste brutal con la austeridad y la falta de pertenencia de la habitación en la que estaba ahora. En el centro de la pantalla, sentada en el sofá, estaba Lily. Sarah estaba a su lado.

—¡Papá! —exclamó Lily con energía desbordante. Se movió inquieta en el sofá, casi cayéndose.

—¡Hola, cariño! ¡Qué alegría verte!

Lily, con su melena rubia revuelta y una mancha de pintura en la mejilla, se acercó a la pantalla, su rostro llenando el encuadre.

—¡Hoy en la escuela los niños se portaron fatal! ¡No querían compartir los bloques y le quitaron el juguete a Leo!

Luca sonrió, intentando contener la risa.

—¿Ah, sí? ¿Y las niñas?

—Las niñas muy bien, papá. Compartimos todos los juguetes y dibujamos un arcoíris gigante.

—¡Qué bien! Me alegra mucho. ¿Y qué más hiciste hoy?

Lily lo pensó un momento con la vista puesta en el techo.

—Jugué con la plastilina. Jugué con Kyla. La señorita Carmen nos leyó un cuento de un dragón muy grande.

—¿Y en casa qué has estado haciendo?

Lily utilizó los siguientes minutos para contar todo lo que había hecho desde que había llegado de la escuela. Cada tanto Sarah hacía alguna intervención, pero durante los siguientes minutos fue un monólogo casi exclusivo de Lily, cuyo vocabulario era cada vez más amplio y sorprendente.

—¿Y tú sigues trabajando mucho en esa isla, papá?

—Bastante. Mañana es un día especial así que necesito suerte.

—¡Qué bien! Eric dice que en las islas hay dinosaurios.

—Yo no he visto ninguno todavía.

Lily levantó las cejas.

—Mamá dice que los dinosaurios se exhibieron hace muchísimos años.

Luca rió.

—¡Y es verdad!

—Sólo hay huesos de dinosaurios. Porque los huesos duran para siempre, salvo que los hagas crema.

—Que los cremes, sí.

Lily asintió con la cabeza, satisfecha con sus razonamientos.

—Voy a ver tele así puedes hablar con mamá.

Lily ya se había acostumbrado a la dinámica de ver un rato de televisión.

—Me parece muy bien.

Luca se quedó un momento viendo el sofá vacío. De fondo escuchaba a Lily mientras Sarah encendía el televisor y ponía Nickelodeon. Instantes después la cámara se levantó y flotó hasta la cocina.

Sarah se sentó en una de las banquetas altas.

—¿Cómo estás, cariño?

—Bien. Un poco cansado, la verdad. Mañana va a ser un día largo.

—Me lo imagino. ¿A qué hora empieza el show?

—Me levanto a las cuatro. Tengo que estar en la comisaría antes de que amanezca. Salimos de allí con las unidades.

—¿Qué expectativas tienes?

Luca suspiró, apoyando la barbilla en la mano.

—Estoy seguro de que vamos a encontrar el sótano. Las baldosas son una pista muy sólida. Pero no tengo claro cómo Peyton se relaciona con alguna de esas familias. Eso es lo que me preocupa un poco.

—¿Ha surgido algo en la investigación preliminar de las familias?

—Nada, y eso es lo extraño. Todas las casas pertenecen a familias bastante normales. De hecho, dos de ellas tienen hijos pequeños, lo cual no me hace ninguna gracia. Tengo una sensación extraña…

Sarah hizo una mueca de preocupación.

—¿Extraña?

—Sí, no sé si es Hoyle que me ha transmitido sus dudas respecto a este operativo o si Peyton se ha metido en mi cabeza. Quiero decir, en otra situación no dudaría un segundo de que esta es la medida correcta.

—Viéndolo desde afuera, yo opino lo mismo. No hay duda de que las baldosas se utilizaron en las casas fundacionales, y habéis descartado al resto… Eso hace suponer que las fotografías de esa chica fueron tomadas en una de esas casas. Luca, si las pruebas no fueran sólidas, ningún juez hubiera aprobado las órdenes.

—Eso no lo tengo tan claro. El director Duncan debe de tener sus resortes bastante aceitados. Todo se hizo en tiempo récord.

—Quítate las dudas de la cabeza. No te ayudará mañana.

—Lo sé. Pero Peyton ha demostrado no ser una mente común. En los crímenes de Hollywood concibió cada detalle con meticulosidad, ¡y fueron doce crímenes en total! ¿Por qué aquí dejaría que descubriéramos las baldosas?

—Quizás no sabía que eran baldosas tan particulares.

—Sí, puede ser. Pero imagínate que esas fotografías fueron enviadas por ella misma, no descubiertas de un modo accidental. Es obvio que las revisó y que se aseguró de que no hubiera ningún detalle que pudiera conducirla a ella. Peyton quiso que nosotros viéramos esas baldosas. No le importó.

—Luca, si tú no hubieras entrado a ese archivo y averiguado el origen de las baldosas, nadie se hubiera dado cuenta.

—Eso es cierto. Pero también es cierto que haciendo unas simples preguntas a los contactos de Richard supimos que podíamos encontrarlas en el ayuntamiento.

Apenas dijo lo anterior a Luca se le encendió una señal de alerta; algo que debería haber consultado con el equipo técnico del FBI y que sin embargo no había hecho.

Se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—¿Qué? —preguntó Sarah.

—Debería haber comprobado con el equipo que han investigado la veracidad de la fotografía.

Sarah se acercó a la pantalla.

—Luca —lo tranquilizó—, es imposible que el FBI no lo haya hecho, más estando Alyssa involucrada.

—Es verdad. Me estoy poniendo paranoico. Es el efecto que es capaz de causar esa mujer.

—Quítate todo eso de la cabeza, Luca. Si la pista no conduce a nada, se queda allí. Lo que no puedes hacer es dejar el cabo suelto.

Era completamente cierto. Peyton podía haber cometido un error, un descuido o simplemente haberles preparado una sorpresa. En cualquiera de los tres escenarios, lo descubrirían al día siguiente.

—Sólo espero poder conciliar el sueño —dijo Luca.

—Tienes que hacerlo. Mañana tienes que estar más lúcido que nunca.

—Gracias, Sarah.

Ella sonrió.

—¿Sabes algo de Alyssa?

—No. Duncan es el único que tiene contacto con una prima de ella. Ojalá todo salga bien con ese bebé.

—Así será. Ah…, y una cosa, quizás puedes hablar con Cynthia para que deje de venir a casa. Valoro mucho que lo haga, por supuesto, pero estoy segura de que tu compañera tiene cosas más importantes que hacer.

Desde el viernes que Luca no hablaba con Cynthia Santos. Tomó nota mental para hacerlo al día siguiente sin falta. Tenía que

agradecerle que se ocupara de la seguridad de su familia. Él haría lo mismo con ella —para eso estaban los compañeros de unidad— pero no dejaba de ser un gesto digno de agradecer.

—Lo siento, Sarah, pero estoy más tranquilo si sigue dejándose ver en casa. Sé que quizás es una medida excesiva, pero me tranquiliza. ¿Y tú? ¿Qué tal tu día?

El rostro de Sarah lo dijo todo. Desde que se conocían era la primera vez que habían pasado tanto tiempo separados y a Luca le pesaba cada vez más no estar allí con ellas, especialmente porque sabía que Sarah lo necesitaba ahora más que nunca.

—Nada demasiado interesante, la verdad. Un día normal. Llevé a Lily a la escuela, hice algunas cosas en casa. Intenté escribir un poco… Lo de siempre.

—Me gustaría estar ahí ahora. Os echo mucho de menos.

Sarah esbozó una sonrisa amplia y a Luca se le iluminó el alma.

—Y nosotras a ti, cariño. Muchísimo.

—¿Has tenido noticias del tipo de la editorial? ¿Forrest Moon?

Luca sabía la respuesta, porque si Sarah hubiera recibido un correo de ese tipo se lo hubiera dicho de inmediato, o estaría en ese momento saltando en una pata, pero nunca se lo había preguntado hasta ese momento y sabía que a ella era algo que la tenía intranquila.

Sarah negó con la cabeza.

—Nada de nada. Estoy que me subo por las paredes, Luca: reviso el correo cincuenta veces al día. Sé que ha pasado muy poco tiempo y que evaluar un manuscrito lleva su tiempo, cualquiera lo sabe, pero no puedo evitarlo. Sé que si Vanguard acepta el manuscrito será un punto de inflexión para mí.

Luca entendía perfectamente su ansiedad. Su sueño dependía de ese correo electrónico.

—¿Y qué tal el nuevo libro? ¿Estás avanzando?

Sarah hizo un gesto más que elocuente, moviendo la mano de un lado a otro.

—Pues… me está costando. La verdad es que la situación de incertidumbre no ayuda. Me siento bloqueada.

—Pronto vamos a estar juntos, cariño. Y todo va a ser más fácil para ambos.

—Te quiero, Luca.

—Y yo a ti, mi amor. Y a Lily también. Dale un beso de buenas noches de mi parte.

—Lo haré. Cuídate mucho.

—Tú también.

La aplicación se cerró y Luca se quedó un buen rato mirando la pantalla como hipnotizado. Cuando por fin apartó la vista del ordenador, el contraste entre la habitación del ático y la calidez de su hogar fue tan abrumador que el nudo en el estómago se apretó un poco más.

43

Los cuatro equipos tácticos de operaciones del FBI estaban en posición a las seis en punto de la mañana. Todavía no había amanecido. La idea era inspeccionar las cuatro casas fundacionales en simultáneo, una estrategia crucial para evitar que la noticia se filtrara.

El objetivo principal, por supuesto, era encontrar el sitio en el que Eleanor Vance había permanecido secuestrada.

Mientras tanto, Sharon Tillman estaba siendo vigilada 24/7. Si lo que encontraban en alguna de las casas apuntaba a ella, podrían detenerla de inmediato, de lo contrario deberían seguir adelante con el plan de Hoyle, es decir obtener una muestra de ADN para confirmar que se trataba de Peyton Allen. La tensión era palpable en el aire frío de la madrugada.

Luca estaba al frente de uno de los equipos, el único que no estaba liderado por un miembro del FBI. En el equipo número dos estaba Hoyle, y en los restantes había dos agentes especiales llegados expresamente desde Los Ángeles. La casa asignada a Luca era una de las más antiguas de la isla, una imponente construcción de piedra grisácea enclavada en una colina con vistas parciales al océano. La familia que la habitaba, los Harrington, eran descendientes directos de los residentes originales de Falcon Island. El padre, Arthur Harrington, ocupaba un puesto importante en el departamento contable de una petrolera; su esposa, Elizabeth, era ama de casa. Tenían dos hijos: un niño de nueve y una niña de cinco. La presencia de una niña de la edad de Lily era una de las razones por las que Luca había pedido estar al frente de este equipo en particular. Quería que la experiencia fuera lo menos traumática posible para los niños, especialmente para la niña, Daisy.

Luca se movió con sigilo por el lateral de la propiedad, donde dos agentes tácticos, vestidos con monos negros y chalecos antibalas ya estaban en posición, cubriendo las posibles vías de escape. Sus armas, fusiles de asalto con silenciadores, estaban listas, aunque la esperanza era que no tuvieran que usarlas. Luca llevaba su propia pistola enfundada, pero sentía su peso familiar contra su costado.

Se acercó a la puerta principal junto a otros dos agentes, también vestidos de civil, pero con chalecos discretos bajo sus chaquetas. El reloj marcaba las 06:03 AM. Luca respiró hondo y pulsó el timbre.

El silencio se estiró durante algunos minutos que se hicieron eternos. Luego, una luz se encendió en el vestíbulo. Se escucharon pasos apresurados en la escalera y, al cabo de un momento, la puerta se abrió apenas unos centímetros, revelando el rostro asustado de Elizabeth Harrington. Su cabello oscuro estaba revuelto, sus ojos, grandes y desorbitados, reflejaban un terror evidente. Detrás de ella, la figura más controlada de Arthur Harrington asomaba.

—Buenos días, señora Harrington, señor Harrington —dijo Luca mostrando su placa del LAPD—. Somos agentes federales y tenemos una orden para registrar su propiedad. Queremos hacerlo lo más discretamente posible.

Elizabeth Harrington, con la voz apenas un hilo, balbuceó:

—Mis hijos… están durmiendo.

Luca asintió.

—Lo sabemos. Cuanto más rápido y discreto sea esto, menos los afectará.

Elizabeth no tenía una gota de maquillaje, por supuesto, pero Luca advirtió de inmediato diferentes detalles que delataban una serie de procedimientos estéticos: la frente lisa, sin una sola arruga, los pómulos ligeramente elevados, los labios con un volumen que no parecía del todo natural.

Arthur Harrington, con una calma sorprendente, cogió la orden de registro que Luca le ofrecía. Sus ojos recorrieron el documento en

diagonal, con la familiaridad de alguien acostumbrado a los textos legales. En menos de un minuto, asintió.

—De acuerdo —dijo con calma—. La orden especifica que no pueden llevarse nada. El juez sólo los autoriza a hacer una inspección visual de la propiedad.

—No vamos a llevarnos nada.

Arthur miró a su esposa, que seguía sin comprender lo que estaba pasando.

—¿Podría mi esposa quedarse con los niños mientras duermen? —pidió Arthur.

Luca asintió.

Elizabeth se lanzó a los brazos de su marido, quien la estrechó con fuerza.

—Todo va a estar bien, cariño —le susurró Arthur al oído.

—La acompañaré hasta la habitación —dijo Luca.

Elizabeth se separó de su marido y se ajustó la bata de seda que llevaba puesta. Se dirigió hasta la escalera. Luca la siguió y los dos subieron en silencio. Cuando llegaron a la habitación de los pequeños, Elizabeth se volvió con mirada suplicante.

—Todavía duermen juntos —explicó—. Tenemos otra habitación preparada para Thomas, pero su hermana no quiere quedarse sola todavía.

Luca esbozó una leve sonrisa.

—¿Debería cerrar la puerta con llave? —preguntó la mujer.

—Sólo por prevención.

Ella asintió.

—La llave está en mi habitación. No la dejamos puesta por temor a que los niños se encierren accidentalmente.

—Vaya a buscarla.

La mujer volvió a ajustarse el nudo de la bata y caminó hacia el otro extremo del pasillo. Luca había visto un plano de la casa y sabía que la habitación del matrimonio estaba al final de ese pasillo, del lado derecho.

Transcurrió un minuto. Luca escuchaba cómo la mujer revolvía algunas cosas.

Estaba a punto de ir a ver que todo estuviera en orden cuando Elizabeth apareció por el pasillo con la llave en la mano. Abrió la puerta. Luca se asomó apenas para ver la moqueta azul.

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó Elizabeth en un susurro—. Es por… *él*.

La expresión era de verdadero horror.

Luca iba a responder cuando la silueta de Arthur surgió por la boca de la escalera.

Elizabeth se metió dentro de la habitación a toda velocidad.

Los dos hombres regresaron a la planta baja. Luca habló por el intercomunicador con el equipo en la parte de atrás.

—Adelante.

Los otros dos agentes tácticos entraron por la puerta del frente; ahora eran cuatro dentro de la vivienda, además de Luca.

—¿Es necesario todo esto? —preguntó Harrington.

—Empezaremos por la segunda planta —dijo Luca—. En la primera habitación de la derecha están los niños con la mujer. Yo ya he revisado allí.

El equipo táctico subió las escaleras. Luca y uno de los agentes se quedó en la planta baja con Arthur Harrington.

—¿Podría decirme al menos de qué se trata todo esto?

—Lo siento, señor Harrington. No puedo.

Luca observaba el salón, buscando algún detalle revelador: las fotografías que decoraban las paredes, muchas de ellas en la costa o en embarcaciones pequeñas, daban cuenta de una historia de generaciones que habían habitado esa casa.

Al cabo de unos cinco minutos, los tres agentes bajaron. Uno de ellos, un hombre corpulento con una barba cuidada, hizo un gesto negativo con la cabeza a Luca. Ninguno esperaba encontrar las baldosas en la segunda planta, pero la confirmación era necesaria.

—Ahora la planta baja.

El equipo comenzó la requisa en la planta principal, moviéndose con la misma eficiencia. Esta vez, Luca y Arthur Harrington los siguieron. El interés del hombre era evidente.

Cuando terminaron, Luca se dirigió a Arthur.

—Señor Harrington, ¿el sótano tiene llave?

Arthur dijo que no y los guio hasta una habitación que funcionaba como despensa. Allí había una puerta discreta parcialmente oculta detrás de una estantería con alimentos enlatados.

Luca abrió la puerta y se encontró con una escalera de piedra que descendía a la oscuridad, muy similar a la del resto de las casas fundacionales.

—El interruptor de la luz está allí.

Luca bajó las escaleras primero, seguido por Arthur y el resto del equipo.

El sótano era un espacio amplio y bien iluminado, con paredes de ladrillo visto y un suelo de hormigón pulido.

La estancia estaba dominada por un modelo a escala de un recorrido ferroviario; una obra de arte en miniatura que ocupaba casi la mitad del espacio. Las vías, de metal brillante, serpenteaban entre montañas de yeso pintadas con un realismo asombroso, túneles excavados con precisión, puentes de madera delicadamente construidos y pequeñas estaciones. Las réplicas de los trenes a vapor esperaban en las vías. Todo era excesivamente pulcro, sin una mota de polvo.

Luca se agachó y examinó el suelo de hormigón. Las grietas y el desgaste evidenciaban, incluso para alguien que no era un experto, que había sido colocado hacía mucho tiempo.

—¿Qué hay en la otra habitación?

—Trastos, en su mayoría.

—Agente —dijo Luca a uno de los operativos—, por favor, registre el resto.

El agente obedeció. Al cabo de un instante regresó y negó con la cabeza.

Con la casa de los Harrington descartada…, sólo quedaban tres.

44

Su cabeza tenía el tamaño de un globo aerostático y estaba en llamas. Intentó abrir los ojos pero no pudo; al principio porque su cuerpo no tenía la voluntad para responderle, después porque comprendió que tenía una venda apretada por encima del tabique de la nariz. Max Tillman intentó gritar, pero además estaba amordazado.

A medida que recuperaba la conciencia, su memoria fue llenándose, pero no de manera ordenada, como el líquido vertido en un cuenco, sino de forma aleatoria y caótica, como se llena un aparcamiento.

Había ido al Faro Bistró, eso sí lo recordaba. Sharon lo había citado allí.

El dolor en la nuca era tan intenso que le impedía pensar. ¿Por qué le dolía tanto la cabeza? Evidentemente ese era un vehículo que todavía no había llegado al aparcamiento de su memoria. Cuando intentaba mover la cabeza era peor: una palpitación se hacía cada vez más intensa. Tenía las manos atadas. Las piernas también.

¿Dónde demonios estaba?

En el Faro Bistró, le recordó su mente aturdida. Quiso volver a abrir los ojos, sólo para encontrarse con la rugosidad de la venda contra sus párpados.

En el mostrador del restaurante había esperado ver a esa mujer… la amante de Sharon con la que se había besado en el aparcamiento días atrás. Tampoco podía recordar su nombre. No podía recordar nada. ¿Qué sentido tenía seguir intentándolo? Desde su llegada al restaurante todo era una nebulosa. Lo anterior, sin embargo…, lo anterior podía recordarlo perfectamente.

Desde que había visto a Sharon besándose con esa mujer su mundo se había desmoronado. Por supuesto, no tenía que ver con sentirse traicionado en materia afectiva —su relación con Sharon hacía tiempo que era primordialmente profesional—, mucho menos con el descubrimiento de que ella pudiera tener una aventura. El hecho era mucho más simple. Si ella estaba dispuesta a besarse con esa mujer… ¡Mindy! Mindy era su nombre; Max incluso la conocía de vista de sus idas al Faro Bistró. La cuestión era que si Sharon se arriesgaba a besarla en un aparcamiento significaba que la cosa entre ellas iba en serio —algo ya de por sí preocupante, porque Sharon no se relacionaba afectivamente con nadie— o simplemente que ya no le importaba seguir con la fachada que ellos habían creado. Para todos en la isla ellos eran la pareja perfecta, sus vínculos y las relaciones eran la base del engaño.

Gritó detrás de la venda. Apenas consiguió un sonido amortiguado.

Nadie respondió. No sabía cómo, pero suponía que estaba solo, donde fuera que estuviese en ese momento.

Trató de reconstruir los minutos posteriores a su llegada al Faro Bistró… Buscó a Mindy en el mostrador… Y entonces el recuerdo llegó, como una limusina interminable y lustrosa, avanzando con lentitud ostentosa. Sharon lo había citado allí. Lo había llamado por teléfono y le dijo que había quedado allí con una amiga que a último momento había cancelado. Max, por supuesto, no le creyó una sola palabra. Lo que pensó en ese momento, y también lo pensaba ahora, era que Sharon quería poner punto final a la relación profesional que los unía. En lugar de hacerlo en casa prefería un sitio neutral…

Desde que Max había hablado con Tony Sperling en el campo de golf, cuando el hombre le había revelado que Sharon le había estado haciendo preguntas de las deudas, todo había ido cuesta abajo. Él había intentado convencerla de que había estado apartando ese dinero; incluso le compró el Porsche.

Max nunca estuvo convencido del éxito de su plan, pero ¿qué otra cosa podía haber hecho? Sharon no era estúpida. A partir de allí empezó a estar atento. Revisó las cámaras de seguridad de la casa y

descubrió cómo Sharon, durante breves períodos de tiempo y con disimulo, revisó el garaje y el estudio de Max. Estaba buscando el dinero, por supuesto.

Max rio, un carcajeo seco detrás de la venda. Necesitaba beber agua.

Sharon no iba a encontrar el dinero en su casa, por supuesto que no. Max no había esperado que las cosas llegaran a este punto tan pronto —siempre creyó que con Sharon tenían cinco o seis años más de estafas lucrativas en la isla— pero sabía que eventualmente ellos seguirían rumbos diferentes. Y Max necesitaba velar por su retiro, claro que sí.

Durante todos esos años, Max fue apartando pequeñas cantidades de dinero. Al principio las guardó en uno de los cajones de su estudio. Pero con el tiempo las cantidades ya no fueron tan pequeñas —quizás en determinado momento Max se volvió demasiado ambicioso— y necesitó un sitio más seguro. Fue así como, durante unas vacaciones de Sharon, se decidió a construir una caja fuerte oculta en el altillo de la casa. Estaba tan bien escondida detrás de un panel de madera que sólo sabiendo de su existencia alguien podría dar con ella.

Max tenía más de cuatrocientos mil dólares en efectivo.

Si este era un patético intento de Sharon para que él le dijera dónde estaba ese dinero… no tendría suerte. Max empezaría una nueva vida en otra parte; quizás encontraría a alguien para seguir ganando dinero, o quizás se dedicaría a gastar el que tenía.

La realidad era que Sharon había dejado el listón muy alto. No encontraría otra como ella. Un alma gemela en la ambición y el engaño.

Quizás así se suponía que debían terminar dos personas como ellos: traicionándose mutuamente. Porque Sharon también lo había trai…

Entonces recordó. Era difícil con la cabeza retumbando como un tambor, pero su cerebro parecía estar despertando.

Sharon había aparecido en el salón del restaurante, se acercó con una sonrisa y le dio un beso en la boca. Sin decirle nada, lo guio del brazo hacia un costado y salieron por una puerta trasera. Sobre

sus cabezas estaba la terraza del restaurante; delante de ellos la inmensidad del océano.

Aquella área no tenía nada del glamour del restaurante. El olor a basura de un contenedor se mezclaba con la brisa marina. En la tierra había decenas de colillas de cigarrillo.

—¿Por qué tanto misterio? ¿Qué es lo que querías decirme?

Sharon le daba la espalda, con la vista puesta en las pocas embarcaciones que flotaban con tranquilidad. A lo lejos era posible ver la embarcación de la guardia costera a la que los habitantes de la isla ya se habían acostumbrado.

—¿Conoces la historia del faro?

Sharon señaló hacia la derecha. Desde donde estaban no era posible ver la parte superior, pero sí la base del muro.

—¿A qué viene todo esto?

Sharon ignoró la pregunta:

—Lo construyó una de las familias fundadoras de la isla. La hija tenía algún tipo de enfermedad rara y el atardecer era lo único que la calmaba. El padre lo construyó para ella y se lo regaló.

—Creo que lo escuché alguna vez; seguramente sean habladurías.

—No lo son.

—Si tu lo dices.

Sharon se volvió hacia él. Eran dos jugadores de póker experimentados que intentaban descubrir el juego del otro.

—Me has robado mucho dinero, Max.

Él le sostuvo la mirada.

—Lamento que pienses de esa forma. Ya te dije que nunca…

Sharon lo detuvo con un ademán.

—No quiero que te defiendas. Lo que acabo de decir no fue una pregunta. Sé que me has estado robando. Lo único que pretendo es que me des ese dinero. Si lo haces, nuestra relación se acaba aquí y será mejor para ti.

—¿Es una amenaza?

—Max, te estoy dando una oportunidad.

—Yo no lo veo de esa forma. Estás dudando de mí cuando siempre hemos trabajado como un equipo. ¿Sabes qué pienso? Que

proyectas en mí lo que en realidad eres *tú* .

Sharon aguzó la mirada. Max continuó:

—Tú eres la que mantiene una relación a mis espaldas. ¿Crees que no lo sabía? Por supuesto que lo sé; trabaja aquí mismo. Podrías habérmelo dicho. Lo hubiera entendido. Pero claro, ocultar detalles de tu vida no es nuevo para ti, ¿verdad? Tú y yo sabemos que no eres Sharon Bolton.

—Max…

—No, nada de "Max", ahora escúchame tú a mí. Si hay alguien que ha mentido en esta relación desde el primer minuto, has sido tú. No tienes pasado ni familia, ¿crees que soy idiota? Toda tu vida es una mentira.

—No sabes lo que dices.

—¿No? Sharon, o como sea tu nombre…, no sales de esta isla, has transformado tu rostro con cirugías estéticas. Yo me pregunto, ¿es por eso que la presencia del FBI te inquieta tanto? No es por lo que tú y yo hemos estado haciendo aquí. El FBI está para cosas más importantes que dos estafadores.

Sharon seguía en silencio.

—Te diré lo qué haremos a continuación —dijo Max—. Quédate un par de días con tu amiga Mindy. Yo en ese tiempo me iré de casa. Después puedes regresar tú y hacer lo que quieras. Fue un placer hacer negocios contigo, *Sharon*.

Extendió la mano. Sharon no se la estrechó.

—Vete.

Max se encogió de hombros.

—No es personal, espero que lo entiendas.

Dio media vuelta y caminó en dirección a la puerta trasera del Faro Bistró.

Un instante antes de coger el picaporte comprendió que había cometido un error fatal.

El golpe en la cabeza fue brutal.

45

Luca bebía café con el jefe de policía Reese, un tipo que había resultado ser bastante tranquilo y sensato, y que había aprendido que era mejor mantenerse alejado de Hoyle cuando necesitaba echar un poco de espuma por la boca. Ambos estaban en la sala principal, recostados cada uno en un escritorio vacío. A lo lejos escuchaban la voz del agente del FBI vociferando por teléfono.

Los operativos en tres de las cuatro casas fundacionales habían resultado un fiasco. No sólo no habían encontrado el sitio donde Eleanor había estado secuestrada, ni siquiera habían encontrado las baldosas. Si bien esto último no cambiaba absolutamente nada, Luca hubiera esperado que al menos parte de las baldosas Terranova hubieran sido colocadas en alguna de esas casas. El hecho de que no fuera así había azuzado la ira de Hoyle, que ya le había dicho en dos oportunidades que todo el esfuerzo había sido una pérdida de tiempo.

Luca había optado por mantenerse alejado de Hoyle; no hubiera sido la primera vez que reaccionaba frente a un imbécil, pero no quería repetirlo. En algún sitio de su cabeza había colgado uno de esos carteles que colocan en las fábricas: *LLEVAMOS 3583 DÍAS SIN ACCIDENTES*. Él no llevaba la cuenta, pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que había tenido una reacción violenta y completamente irracional. No iba a darle a Hoyle el gusto de volver a poner ese cartel en cero.

Estaban esperando el resultado del último equipo. No sólo se trataba de una propiedad en el corazón del bosque, con lo cual el acceso no había sido tan sencillo, sino que además el dueño al principio se había negado a dejarlos pasar, con lo cual habían tenido

que hacerlo entrar en razón. De un momento a otro Hoyle recibiría la llamada…

—¡Bruzzo!

La voz de Hoyle llegó desde el fondo de la comisaría. Luca miró a Reese, que le hizo una mueca compasiva. Fue caminando hasta el archivo contando mentalmente los pasos, buscando la manera de serenarse.

—¿Qué sucede?

Se quedó de pie en el umbral.

En la sala estaba Brenda Miller, sentada frente al ordenador. Hoyle estaba de pie, con el móvil pegado a la oreja. Le levantó el dedo para indicarle que esperara un momento.

Se sentó frente a Breda mientras no le quedó más remedio que escuchar la conversación telefónica de Hoyle.

Luca comprendió rápidamente dos cosas: la primera, que el operativo en la cuarta casa también había resultado negativo, y la segunda, que el director Duncan, con quien era evidente que Hoyle hablaba en ese momento, no estaba nada feliz con la noticia.

—Así es, director Duncan, ni siquiera hemos encontrado las baldosas. Lo sé lo sé…

Hoyle se quedó callado, asintiendo imperceptiblemente.

Luca se inclinó para hablarle a Miller.

—¿Me ha llamado para escuchar esto?

Brenda Miller no sonrió.

—Justo entró la llamada de Duncan. No te persigas.

—Voy a aprovechar los equipos —decía Hoyle—, vamos a reforzar la seguridad en la isla. Estoy seguro de que la noticia de lo que hemos hecho se esparcirá con rapidez; le hemos pedido a esas familias que no digan nada, pero no tengo ninguna esperanza de que eso suceda. Para el mediodía la noticia llegará a oídos de todo el mundo en la isla, incluida Sharon Tillman.

Luca negó imperceptiblemente con la cabeza.

—Sí, señor —dijo finalmente Hoyle—. Claro que sí. Por supuesto.

Cortó y se dejó caer en la silla de la cabecera. Observó a Luca con la mirada cansada; eran menos de las doce del mediodía y Hoyle

estaba hecho polvo.

—¿Satisfecho, Bruzzo?

—Vamos, Hoyle. Sabes que hicimos lo que teníamos que hacer.

Hoyle dejó caer la cabeza hacia atrás, la vista puesta en el techo.

—No entiendo dónde han ido a parar esas baldosas —dijo Luca —. En el ayuntamiento hay una porción mínima. Tenía todo el sentido del mundo que estuvieran en otra de las casas fundacionales.

—Pues no lo están —dijo Miller.

Luca se la quedó mirando. No supo cómo interpretar el comentario. Ella le sostuvo la mirada, y fue entonces cuando su cerebro hizo una conexión que no había hecho hasta ese momento.

—En el Castillo… Nunca revisé el resto del sótano.

—Yo lo hice —dijo Miller.

—¿Estás segura de que no había una puerta oculta o algo así?

—¿Qué estás insinuando, Bruzzo?

Hoyle observaba el intercambio en silencio.

—No estoy insinuando nada —dijo Luca—, sólo estoy haciendo una pregunta.

—Pues no creo que sea una pregunta necesaria. ¿Crees que sólo los polis de Los Ángeles saben registrar un sótano?

Luca no tenía intenciones de discutir con Miller.

—Miller —dijo con calma—. Lo pregunto porque el acceso al sótano estaba oculto detrás de una biblioteca. Lo mismo podría repetirse en alguna de las dos habitaciones del sótano.

—No había ninguna entrada oculta —dijo ella.

—Si tú lo dices.

—¡Claro que lo digo!

—Por favor —intervino Hoyle—. Creo que a estas alturas podemos concluir que esas baldosas no fueron utilizadas en ninguna de esas casas. Es hora de dar vuelta la página. Ahora tenemos otros problemas entre manos. Es probable que Sharon Tillman se entere pronto del despliegue que hemos hecho en la isla.

Justo en ese momento el móvil vibró sobre la mesa.

Hoyle respondió. Escuchó, su rostro transformándose a medida que su interlocutor pronunciaba cada palabra.

Luca y Miller esperaban expectantes.

Hoyle cortó.

—¡Mierda!

—¿Qué ha sucedido?

—El equipo de vigilancia perdió a Sharon Tillman. Pensaron que había regresado a su casa y encontraron la puerta abierta. Cuando entraron descubrieron algo en el vestíbulo.

Hoyle se quedó callado. Era evidente que todavía estaba procesando las implicancias del hallazgo.

—¿Qué cosa? —preguntó Luca.

—Un mensaje para ti.

46

A la casa de los Tillman llegó una caravana liderada por la patrulla del jefe Reese, en la que también viajaba Brenda Miller, seguida por la imponente Ford Raptor de Hoyle. El Focus de Luca llegó último. Los tres vehículos ocuparon la totalidad del frente de la propiedad, donde ya estaba aparcada la otra patrulla de la policía local de Falcon Island.

El oficial que los esperaba —el segundo miembro de la fuerza además de Miller—, era un hombre de unos cuarenta o cincuenta años cuya mitad del rostro estaba cubierta por una poblada barba pelirroja. Estaba sentado en un murete de piedra y se incorporó con cierta dificultad al verlos. El despliegue de la comitiva parecía haberlo pillado por sorpresa.

Hoyle empezó a preguntarle cosas apenas lo vio. Luca se quitó las gafas de espejo y le tendió la mano ignorando a Hoyle. Era la primera vez que lo veía.

—Soy el detective Luca Bruzzo, del departamento de Los Ángeles.

—Oficial Bryant.

—¿Qué ha sucedido exactamente, Bryant? —intervino Hoyle.

Reese y Miller aguardaban a un costado. Bryant explicó cómo había seguido a Sharon Tillman hasta el restaurante donde trabajaba la mujer con la que estaba manteniendo una relación, Mindy Coleman. El coche de ella no estaba en el aparcamiento por lo que a Bryant le llamó la atención que Sharon tardara tanto en salir. Fue por eso que decidió entrar al restaurante.

—¿Cuánto tiempo después? —preguntó Hoyle.

Bryant meditó la respuesta. Luca creyó entrever un dejo de duda, pero podía estar equivocado.

—Quizás una media hora —dijo Bryant.

Hoyle negó con la cabeza.

—¿Qué sucedió después?

—Decidí entrar y ya no estaba allí. Pregunté a los empleados y ninguno la había visto.

—¿El coche de Sharon Tillman sigue en el aparcamiento? —preguntó Luca.

—No, su coche está en el garaje. Tillman fue caminando y yo la seguí en mi coche.

El jefe Reese, que había estado escuchando atentamente, se incorporó al grupo.

—Jimmy, ¿tu viste entrar a Sharon Tillman al Faro Bistró?

El rostro de Bryant se mimetizó con su barba. Negó suavemente con la cabeza.

—La seguí hasta la playa —dijo Bryant—. A partir de allí aparqué el coche y seguí a pie. Yo…, asumí que había ido al restaurante, como ha hecho todos los días.

Hoyle suspiró.

—Lo ha montado a propósito… ¡Mierda! Bryant, muéstranos lo que has encontrado al regresar a la casa.

Bryant los guio hasta el portal. Los cuatro entraron detrás del oficial y se quedaron en silencio ante el espejo ovalado que estaba en la pared.

En el espejo, escrito con rímel rojo, podía leerse el siguiente mensaje:

HOLA LUCA
1083

Luca experimentó cómo el ritmo cardíaco se le aceleraba.

Todos los rostros se volvieron hacia él.

—¿Sabes qué significa? —preguntó Hoyle.

—Es ella —se limitó a decir Luca con un hilo de voz.

Antes de que Hoyle pudiera hacerle una pregunta más, Luca dio media vuelta y salió de la casa, alejándose hasta llegar al jardín. Marcó el número de Sarah.

Ella respondió casi de inmediato.

—Hola, cariño.

—Sarah, ¿cómo estás?

—Muy bien. En este momento estoy en un atasco. Voy a buscar a Lily. ¿Qué tal te ha ido en el operativo?

—En las casas no hemos encontrado nada, pero ha ocurrido algo.

—¿Tú estás bien?

—Escucha, Sarah, puede que las cosas aquí se hayan vuelto personales. Necesito que recojas a Lily de la escuela y te quedes en casa de tu hermana. No creo que corráis peligro, pero igualmente…

—Espera, Luca, dime qué ha pasado.

—Me ha dejado un mensaje.

Sarah hablaba con calma.

—¿Qué tipo de mensaje?

—Por el momento sólo una frase con mi nombre. Estoy a punto de entrar a su casa. El oficial que lo ha encontrado dice que adentro hay algo más.

—No te preocupes por nosotras. Iré directamente a casa de mi hermana. De todas formas, no creo que seamos Lily y yo las que corramos peligro.

—Yo creo lo mismo. Peyton todavía sigue en la isla.

—Cuídate.

—Lo haré.

—Llámame en cuanto puedas. Te amo.

—Yo también te amo.

Luca cortó la comunicación. Su expresión le dejó claro a Hoyle que no era el momento para hacer reproches.

—¿Vas a decirnos qué significa ese número?

Era un poco indignante que Hoyle no lo supiera, pero la cabeza de Luca estaba trabajando en varias direcciones a la vez.

—En el noveno crimen de Hollywood Peyton le dejó el mismo mensaje a George Allen. Decía simplemente: HOLA GEORGE. Fue su forma de hacerle saber que la cuestión era personal, y que iba dirigida a él.

Se produjo un silencio generalizado. Todos sabían cómo había resultado todo aquello para George Allen.

—Ya he hablado con mi esposa —dijo Luca—. Va a tomar las medidas necesarias.

—Muy bien —dijo Hoyle—. Si crees que es necesario algún apoyo del FBI, no tienes más que decirlo. Es importante que tu familia esté a salvo.

—Gracias, Hoyle. Le he pedido a mi esposa que no se quede en casa.

—Es imposible que haya salido de la isla tan pronto. Acabo de hablar con los puestos de control para que estén más alerta que nunca.

Ambos se volvieron en dirección a la casa

—¿Qué significa el número, Bruzzo?

—Peyton dejaba un número junto a cada cadáver.

—Es cierto.

—Ese número correspondería a la víctima número trece.

—Podría ser su forma de indicarnos que Eleanor Vance está muerta.

—Así parece.

Volvieron al vestíbulo. Bryant era él único que se había quedado allí.

—La puerta de la calle estaba abierta —explicó—. Por eso entré. En el salón encontré algo más.

Se dirigieron hacia allí. La casa estaba perfectamente ordenada.

En el centro de la mesa del salón había una pila de hojas de unos siete centímetros de altura. Hoyle y Luca se acercaron y leyeron la única frase escrita en la primera hoja: ¡TÚ NO PUEDES LIDIAR CON LA VERDAD!

Luca cogió la primera página y la pasó. En la siguiente estaba escrita la misma frase. Lo mismo en la siguiente. La frase se repetía en cada una de las páginas.

—¿Qué rayos, Bruzzo?

—¿No has visto *El resplandor*?

El rostro del agente se transformó al recordar la icónica escena de la adaptación de Stanley Kubrick: un atribulado Jack Torrance, interpretado por el legendario Jack Nicholson, había estado trabajando durante días en una novela que había resultado ser una sucesión de la misma frase repetida una y otra vez.

—¿Esa es la frase de la película?

Luca se encogió de hombros. Lo cierto es que no lo recordaba. Lo importante era que Peyton les había dejado otra clara referencia al actor que la obsesionaba, y en el que además había basado el patrón para los crímenes de Hollywood.

Si Luca había guardado alguna esperanza de que Peyton dejara de lado sus juegos mentales, estaba claro que eso no iba a suceder.

—Esa es una frase famosa —dijo el Jefe Reese, que se había acercado en silencio y observaba la pila de hojas con interés—. Pero no pertenece a *El resplandor*, sino a una escena icónica de *Algunos hombres buenos*.

Luca nunca había sido cinéfilo, pero sí conocía esa película y la escena del descargo en la corte que había acrecentado todavía más la figura actoral de Jack Nicholson.

47

Unas manos le quitaron la venda de los ojos. La luz artificial, cruda y amarillenta, lo cegó por un instante, obligándolo a parpadear repetidamente. Max sintió cómo sus pupilas se contraían dolorosamente, intentando adaptarse a la penumbra del sótano. Poco a poco, la silueta de Sharon fue enfocándose a unos cuatro o cinco metros de él.

Llevaba unos vaqueros oscuros, ajustados pero funcionales, y una camiseta de manga larga de algodón negro. Sobre ella, una chaqueta de cuero ligera, abierta, que no restaba agilidad a sus movimientos. En su mano derecha empuñaba un cuchillo de hoja ancha y afilada.

Max hizo un nuevo intento de zafarse. Tiró con fuerza de las muñecas, luego de los tobillos, pero los nudos que lo sujetaban a la silla eran sólidos como amarras de acero, imposibles de desatar. Abrió los ojos al máximo y gritó detrás de la mordaza, un sonido apagado, gutural, cargado de una ira impotente.

—No pierdas las energías ahora —dijo Sharon en tono monocorde.

Max echó un vistazo a su alrededor, intentando establecer dónde se encontraba. Parecía un sótano sin ventanas, con techos bajos y paredes de piedra vista, salpicadas de humedad. Había muchos objetos arrumbados: muebles viejos, cajas de cartón apiladas de forma caótica, herramientas oxidadas y un sinfín de objetos amorfos. En una esquina, unas estanterías metálicas repletas de cajas de documentos se mantenían en pie de forma precaria. El aire era frío y estancado, con un leve olor a tierra y a moho.

Pero Max advirtió una particularidad que lo hizo tensarse. El suelo del sótano era de piedra irregular, pero justo donde él estaba sentado, en la silla, habían dispuesto —él intuyó que de manera temporal— unas baldosas color terracota con un diseño antiguo. A un costado, vio una caja abierta en donde se alcanzaba a ver algunas de esas baldosas, idénticas a las que lo rodeaban.

—Te di la oportunidad de hablar allí afuera —dijo Sharon—. Aquí las reglas son diferentes, como podrás imaginarte. El trato, sin embargo, sigue siendo el mismo: me dices dónde está mi dinero y eres libre para irte de la isla.

Max no hizo ningún gesto. No le quitó los ojos de encima a Sharon, que hasta ese momento había empuñado el cuchillo con la hoja hacia atrás, pero que con un rápido movimiento de muñeca hizo que la punta apuntara directamente hacia él.

Sharon se acercó, sus pasos lentos y deliberados, el sonido de sus botas resonando en el suelo de piedra.

—Voy a quitarte la mordaza para que hablemos —dijo, deteniéndose a menos de un metro—. Será una conversación breve. Me dices dónde está el dinero y no habrá necesidad de hacerte daño.

Ella desapareció detrás de la silla. Max giró la cabeza para seguirla todo lo que pudo, hasta que la perdió de vista.

—Tengo que advertirte algo —dijo Sharon, su voz ahora más cercana, susurrando a su oído—. Si gritas, nadie podrá oírte. Lo único que conseguirás es obligarme a usar esto…

La punta afilada del cuchillo se apoyó en la mejilla de Max, justo por debajo de la mordaza, con la fuerza justa para producir un leve pinchazo.

Recién entonces Sharon le quitó la tela que cubría su boca. Max movió la mandíbula, sintiendo el alivio de poder respirar libremente.

Sharon volvió a colocarse delante de él, ahora a menos de un metro. El cuchillo colgaba de su mano a un costado, una amenaza latente.

—Te escucho, Max. No me decepciones.

—Sharon —dijo él con calma, intentando recuperar algo de control—. A estas alturas debo asumir que nada de lo que me has dicho es cierto; quizás eres una jugadora de póker experimentada, lo no sé. Si levantas demasiado tu apuesta, no tienes más remedio que ver el juego de tu adversario.

Sharon lo observaba con la mirada cansada, una expresión de hastío en su rostro.

—Y tú, Sharon, has elevado demasiado la apuesta al traerme a este lugar. Te apareces aquí, con ese cuchillo, algo que francamente me resulta patético.

—Voy a irme de esta isla con el dinero.

—¿Vas a irte con tu novia?.

Ella se acercó un paso, el cuchillo se movió ligeramente.

—Te dije que esta conversación iba a ser breve.

Sharon empuñó el cuchillo en posición de ataque. Lo sostuvo sobre el muslo derecho de Max, a unos treinta o cuarenta centímetros.

—No me obligues.

Max la miró a los ojos, un desafío silencioso.

—Tú y yo sabemos perfectamente que no vas a usar ese cuchillo.

48

Luca llegó al apartamento de Richard Vance, que abrió la puerta con una expresión de sorpresa que se transformó en una invitación silenciosa. El salón, que Luca ya conocía bien, estaba más ordenado que de costumbre, señal de que Richard ya había empezado de a poco a desmantelar el que se había convertido en el refugio para investigar la muerte de su hija. La gigantografía de la vigilia, con sus cientos de rostros, todavía seguía en su sitio.

—Luca, no te esperaba. He estado trabajando un poco en el listado de las mujeres que estaban en la vigilia.

Luca asintió, sintiendo el peso de la conversación que se avecinaba. Richard estaba preocupado, y con razón.

—La noticia está corriendo por la isla, Luca —continuó Richard —. Varias personas me han llamado para contarme lo de los operativos en las casas. También se sabe que hay un gran despliegue de agentes del FBI. ¿Habéis encontrado algo?

Luca suspiró.

—No, Richard. Lo siento. No hemos encontrado las baldosas.

Richard no pudo ocultar su desconsuelo.

—¿Cómo es posible? —murmuró mientras con la vista recorría la gigantografía, como si la respuesta pudiera estar oculta entre aquellos rostros—. Esas baldosas tienen que estar en alguna parte…

—Lo sé. Yo también lo creo. Pero he venido porque hay algo más que debo decirte.

Richard lo miró con expectación.

—El FBI ha identificado a Peyton Allen —dijo Luca sin más preámbulos—. La han estado siguiendo durante el último tiempo, sin tener una confirmación definitiva. Vive en la isla bajo una identidad

ficticia. Al principio yo era escéptico, pero hemos estado en su casa hace un rato y encontramos pruebas que me han convencido.

Richard se irguió en su silla.

—¿Quién es?

—No puedo decírtelo todavía. Espero sepas entenderme.

—¿El FBI la tiene bajo custodia?

—No. La están buscando activamente. De todas formas, se ha dado alerta a la guardia costera y también al puesto de vigilancia terrestre. De hecho, el FBI ha dispuesto a los equipos que llegaron a la isla para que vigilen distintos puntos de la ciudad.

Richard se pasó la mano por su barba apenas crecida.

—¿No sería conveniente dar aviso a todos en la isla? Más ojos podrían…

—Es posible —dijo Luca—, pero Hoyle ha considerado no hacerlo por el momento, por lo menos no hasta tener la confirmación definitiva. En este momento, una muestra del ADN recogido de la casa de la sospechosa está siendo llevada a San Francisco para ser analizada de inmediato. Si la prueba resulta positiva, seguramente se dé aviso a la población.

Richard no supo qué responder.

—Para encontrar a Peyton necesitamos de tu ayuda —dijo Luca—. Hoyle me ha pedido que venga a verte.

—Desde luego, contad conmigo. ¿Qué es lo que necesitáis de mí?

—Peyton Allen vivía con un hombre aquí en la isla —explicó Luca—. Simulaban ser una familia perfecta, muy conectada.

—Si es así, entonces seguramente los conozca.

—Estoy seguro de que sí. No sabemos dónde se encuentran ninguno de los dos, por lo que es posible que estén escondidos en alguna parte. Sabemos también que Peyton mantenía una relación amorosa en paralelo con una mujer. Si me preguntas a mí, y conociendo a Peyton, dudo que cualquiera de esos dos vínculos haya sido desinteresado, pero no lo sé.

Luca guardó silencio un instante, eligiendo las palabras.

—¿Qué sucede?

—La mujer con la que mantiene una relación es Mindy Coleman.

Richard se quedó de piedra.

—¿Mindy? —dijo por fin—. No puede ser… Yo no sabía que… Es cierto que nunca le conocí un novio. La pobre sólo se dedica a trabajar…

—Mantenían la relación en secreto, por lo que te he dicho de la imagen de familia perfecta de Peyton —explicó Luca—. El FBI lo descubrió después de seguirla durante algunos días.

—Mindy es una muchacha excelente, de nuestra absoluta confianza… —Richard se detuvo en seco, sus ojos se abrieron con horror—. ¿Es por eso que esa chiflada secuestró a Eleanor?

—Es muy prematuro asegurar lo que pasó —dijo Luca. Él había llegado a la misma conclusión.

Richard apenas lo escuchaba. Se levantó y caminó por el salón. Sus ojos se posaron en la gigantografía, luego en los mapas, en los recortes de prensa.

—Mindy y Eleanor eran amigas —dijo Richard—. ¿Crees que esa chiflada la secuestró por celos?

—Como te he dicho, Richard, no tiene sentido especular.

—Quizás Mindy le habló a Eleanor de la relación que tenía con una mujer casada y a mi hija no le pareció una buena idea…

Richard estaba conmocionado, casi al borde del llanto. Se agarró la cabeza con ambas manos.

—¿Qué es lo que necesitáis de mí?

—Vamos a ir a hablar con Mindy. Podría darnos una pista de dónde encontrar a Peyton. Lo que tenemos para decirle quizás sea mucho para procesar y es posible que no nos crea; será bueno contar con tu presencia para animarla a hablar y que confíe en nosotros.

Richard estuvo de acuerdo, pero de repente parecía haberse desconectado.

—Mi hija era tan hermosa… —murmuró Richard, en sus ojos asomando las primeras lágrimas.

A Luca no le pasó desapercibido que Richard hablaba de Eleanor en tiempo pasado.

—Esa hija de puta estaba celosa de Eleanor, por supuesto —dijo Richard.

El timbre del apartamento sonó con tal estridencia que sobresaltó a ambos. Richard levantó la cabeza y observó a Luca con incredulidad, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Seguramente sea Hoyle.

Los dos se dirigieron hasta la puerta.

En efecto, allí estaba Hoyle junto a Reese y a otro agente.

—Buenos días, señor Vance —saludó Hoyle con cierta urgencia en su voz—. Supongo que el detective Bruzzo ya le ha explicado lo que necesitamos de usted.

Richard asintió y salió del apartamento. Caminó en dirección a la Ford Raptor de Hoyle que estaba aparcada en la calle. El jefe Reese lo acompañó y entabló un diálogo con él, intentando ofrecerle consuelo.

—Te seguiré en mi coche —dijo Luca.

—Prefiero que no lo hagas —dijo Hoyle.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Ya somos demasiados. No quiero intimidar a la chica.

Luca observó al agente que los acompañaba, del que ni siquiera sabía su nombre. Podría haberle dicho a Hoyle que él sí conocía a Mindy y a la familia Vance, y que su presencia podría ser más tranquilizadora que la de un grupo de agentes del FBI, pero no lo dijo. La decisión de Hoyle de mantenerlo apartado era más que evidente.

Richard ya estaba sentado en el asiento trasero de la camioneta y lo observaba a través del cristal. Luca levantó la mano en señal de saludo y pudo advertir el desconcierto en el rostro del padre de Eleanor. La situación era delicada.

Los agentes se marcharon.

Luca sopesó sus opciones. Lo mejor sería quedarse allí hasta que Hoyle regresara y aprovechar el tiempo para revisar la información de las mujeres presentes en la vigilia en la que Richard había estado trabajando. Estaba seguro de que encontraría evidencia de que Sharon Tillman había estado allí.

Cogió la carpeta y se dirigió a un pequeño patio interior donde había un poco de sol. Se sentó en una silla de plástico y contempló el resto del complejo de apartamentos. En el cielo casi no había nubes.

A la distancia, por encima de las copas de los árboles, alcanzó a ver la punta del faro.

Se dispuso a abrir la carpeta cuando una idea cruzó su mente como una flecha. El corazón se le paralizó.

¡¿Por qué no había pensado en ello antes?!

49

Luca salió del apartamento de Richard Vance en dirección a la playa, caminando a toda velocidad, por momentos incluso con un trote ligero. Su cabeza iba a mil por hora, una vorágine de pensamientos que se aceleraban con cada zancada.

El faro.

Por supuesto.

Recordó la historia de la familia Sordiner, esa saga de riqueza y tragedia que había escuchado en el ayuntamiento. William Sordiner, el enigmático fundador de Falcon Island, había construido el faro en 1915, no sólo como una ayuda a la navegación para sus turbios negocios de contrabando, sino como un regalo para su hija Ivy, una niña con una enfermedad rara a la que el faro, con sus terrazas soleadas y sus vistas al mar, ofrecía un refugio en un mundo que no estaba preparado para aceptarla.

Las baldosas Terranova, que habían venido en barco para construir la mansión de la familia Sordiner —y que más tarde se convertiría en el ayuntamiento de Falcon Island—, no sólo podrían haber sido utilizadas en alguna de las casas fundacionales. ¿No tenía más sentido asumir que algunas de esas baldosas tan singulares habrían sido utilizadas también en el faro? ¿Por qué había pasado por alto el faro? La idea, tan obvia ahora, se transformó casi en un convencimiento.

Luca llegó a la playa aproximadamente a las dos de la tarde. El faro se alzaba imponente, y a sus pies, el elegante edificio de El Faro Bistró. El aparcamiento estaba bastante concurrido para ser un día de semana. Al entrar al local se encontró con varios comensales disfrutando de la sobremesa, conversando y riendo. En las terrazas también había algunas mesas ocupadas.

Una muchacha esbelta que no era Mindy Coleman se le acercó con una sonrisa.

—¿Mesa para uno, señor? ¿O va a unirse a algún grupo?

—Busco a Mindy —dijo Luca, su mirada escudriñando el salón.

La sonrisa de la muchacha desapareció en un instante. Sus ojos, antes amables, empezaron a buscar a alguien con nerviosismo, recorriendo el salón de un lado a otro.

—¿Qué sucede?

La muchacha no respondió. Luca se dio la vuelta. Un hombre joven, vestido con un traje impecable, se acercaba a toda velocidad, su rostro una mezcla de preocupación y profesionalidad.

—Soy Adam Freeman, el encargado —dijo el hombre, extendiendo la mano.

Luca estaba sorprendido por la actitud de ambos. Ni siquiera había llegado a mostrar su placa. Era cierto que en la isla todos se conocían, y la noticia de los operativos en las casas fundacionales ya se había desparramado entre los civiles. Aun así, la reacción era desproporcionada y extraña.

—Soy el detective Bruzzo, LAPD —dijo Luca, ahora sí mostrando discretamente su placa—. Necesito hablar con usted…

—¿Podemos hacerlo en otra parte, detective? Están pasando demasiadas cosas en la isla y no quiero que la gente hable más de lo que ya lo hace.

Freeman le hizo un gesto a la muchacha, que se retiró a toda velocidad. Luca miró distraídamente a los comensales. En efecto, muchos de ellos miraban en dirección a ellos con curiosidad, mientras el ruido de las conversaciones y las risas se iba apagando.

—Acompáñeme, por favor.

Luca siguió al hombre, que entró por una puerta lateral al mostrador. Se dirigieron a un despacho en la parte trasera del restaurante, un espacio pequeño y funcional, con un escritorio de madera abarrotado de papeles, un ordenador y una estantería con unas pocas carpetas. Se sentaron uno a cada lado del escritorio.

—¿Qué está pasando, detective? —preguntó Freeman—. Primero llega el FBI, luego un policía… La isla está conmocionada

porque saben que la presencia de los federales tiene que ver con el secuestro de Eleanor Vance. ¿Mindy está en peligro?

—¿Cuándo fue la última vez que habló con ella?

—Hace una hora —respondió Freeman—. El agente del FBI me pidió que hablara con ella para que se quedara en su casa. Él no me ha dicho nada. Ahora apelo a usted ¿Puede decirme qué es lo que sucede?

—Le diré lo que pueda, Freeman. Por el momento, es bueno que coopere en todo lo que pueda.

—Eso estoy haciendo.

—Señor Freeman…

—Tiene que ver con Sharon Tillman, ¿verdad? —lo interrumpió Freeman.

Luca hizo todo lo posible por mantenerse imperturbable.

—¿A qué se refiere? —preguntó en tono neutral.

—Mire, detective, algo está sucediendo y yo debo velar por el prestigio de este restaurante. Muchos negocios se acuerdan en las mesas de El Faro Bistró. Además de nuestra cocina de calidad, somos un punto de encuentro. No podemos permitir que eso cambie.

—No lo sigo.

Freeman se volvió con cierta incomodidad.

—A muchos de los caballeros que vienen aquí les incomoda la presencia de los federales. No es que tengan algo que esconder…

Luca ignoró el comentario.

—¿Quién es esa mujer que acaba de mencionarme? Sharon Tillman…

—Mire, detective, Mindy es una empleada modelo. Todos los clientes la adoran. Es la primera persona que ven al llegar al restaurante. Si Sharon Tillman es responsable de algo, no debería afectar a Mindy.

—¿Cuál es la relación de Mindy Coleman y esa mujer: Sharon Tillman?

—¿De verdad no lo sabe? Porque el agente Hoyle sí sabía que ellas tenían una relación.

—¿Qué tipo de relación? —insistió Luca, prefería escucharlo directamente de Freeman.

—Eran pareja. O lo son, no lo sé. Lo mantenían en secreto, por supuesto. Sharon Tillman es una mujer casada. Yo era uno de los pocos que lo sabía. Ellas solían encontrarse aquí algunas veces, no demasiadas.

—Señor Freeman, ¿por qué asume que estamos aquí por esa mujer Tillman?

Luca estaba ansioso. Había ido con intenciones de revisar el sótano del faro pero se había encontrado con algo interesante que no podía pasar por alto.

—Hay algo que no le he dicho al agente del FBI. Me he dado cuenta después… —Freeman dudó. Luca se dio cuenta de que el hombre mentía, probablemente no había dicho nada antes para no involucrar al restaurante, por las razones que él mismo acababa de explicarle. Ahora que se daba cuenta de la gravedad de la situación decidía hablar.

—Lo escucho, Freeman, no se guarde nada, es mejor para usted.

—Ayer Sharon Tillman estuvo aquí, pero no con Mindy, sino con su marido, Max Tillman. Ambos son clientes, los conozco bien. Los vi en la recepción en una situación tensa, y luego se marcharon por una puerta lateral, algo que me llamó mucho la atención.

—¿Por qué?

—Es una puerta que utilizan sólo los empleados. ¿Por qué salir por esa puerta y no por el acceso principal?

—¿Qué más?

—Corre el rumor de que el FBI estuvo hoy en la casa de los Tillman y que ninguno de los dos aparece por ningún lado.

—Necesito que me lleve a esa puerta, por favor. Ya mismo.

Los dos salieron del despacho y regresaron a la recepción. Freeman señaló una puerta discreta, casi oculta, en un extremo del salón.

Franquearon la puerta y Luca se encontró en una zona de servicio, con contenedores de basura, cajas apiladas y el olor a

desperdicios mezclándose con la brisa marina. Era el reverso sórdido del lujoso restaurante.

A la derecha, a unos pocos metros, se alcanzaba a ver la parte de abajo del faro, una mole de piedra que se alzaba hacia el cielo.

—Tengo entendido que el faro pertenece al restaurante, ¿correcto?

Freeman se mostró contrariado por la pregunta.

—Sí, pero no está abierto al público, si a eso se refiere.

—¿Y para qué se utiliza?

—Como depósito.

—Voy a necesitar que me permita entrar.

50

La puerta del apartamento se abrió apenas, revelando el rostro asustado de Mindy Coleman. Sus ojos azules, grandes y expresivos, se abrieron aún más al ver a los tres hombres que esperaban en el umbral.

—Mindy, soy Richard —dijo Vance, su voz suave y tranquilizadora—. Ábrenos, por favor.

Ella lo hizo, apartándose luego para que los tres entraran al modesto apartamento.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Mindy.

—Señorita Coleman —dijo Hoyle con premura—. ¿Cuándo fue la última vez que habló con Sharon Tillman?

—¿A qué viene todo esto? ¿Estoy en problemas? —Mindy miró a Richard.

Richard le lanzó a Hoyle una sutil mirada de desaprobación.

—No has hecho nada malo, querida —dijo Richard—. En un momento te lo explicaremos con más calma, pero ahora el agente Hoyle necesita encontrar a esa mujer.

—Me han llegado mensajes de varias personas de que todo esto tiene que ver con Eleanor. Sharon sería incapaz de…

—Señorita Coleman, no tenemos mucho tiempo —la interrumpió Hoyle—. Necesito que me diga cuándo habló con Sharon Tillman por última vez.

Mindy asintió, todavía en shock.

—La vi ayer por la noche. Teníamos planes.

—¿Desde entonces no ha vuelto a hablar con ella?

Mindy negó con la cabeza.

—Lo he intentado varias veces, cuando supe del revuelo que se ha armado en la isla.

—¿Qué tipo de planes teníais?

—Tranquila, Mindy —intervino Richard—. ¿Por qué no te sientas?

Ella lo hizo en el único sofá. Él lo hizo a su lado y la animó con un gesto protector.

—Dinos qué has hecho con Sharon Tillman ayer por la noche.

—El plan era salir a navegar —musitó ella.

Una señal de alarma se encendió de inmediato en el rostro de Hoyle. Sus ojos se abrieron como si hubiera experimentado una epifanía.

—¡¿A navegar?! Sabe usted que las aguas de la isla están vigiladas, ¿verdad?

Mindy se tapó el rostro con las manos. Los hombres se miraron.

—¡Claro que lo sé! —Mindy levantó la cabeza y clavó los ojos llorosos en Hoyle—. Sólo íbamos a navegar dentro de la zona permitida, quedarnos un rato en el barco a beber, mirar las estrellas. ¡Lo hemos estado planeando desde hace meses!

Hoyle empezó a moverse como un animal enjaulado, su mente trabajando a toda velocidad.

—¿Los Tillman tienen barco? —dijo a nadie en particular—. ¡¿Cómo se nos pudo pasar algo así?!

Reese, que fiel a su estilo se había limitado a observar en silencio, habló con calma:

—Los Tillman no tienen barco pero están muy conectados. Seguro alguno de sus amigos se los facilitó.

—Yo lo conseguí —dijo Mindy de repente.

Todas las miradas se volvieron a ella.

—Se lo pedí prestado a Pierce —dijo mirando a Richard.

—¿Quién rayos es Pierce? —preguntó Hoyle.

—Pierce es un empleado de La Posada del Halcón —explicó Richard—. Heredó una embarcación mediana de un tío.

Mindy asintió, las lágrimas rodaban ahora por sus mejillas.

—Él me lo ofreció muchas veces —dijo Mindy—. Pierce era una de las pocas personas que sabía de mi relación con Sharon. Pensó que ir a navegar juntas sería algo bonito… Yo también lo pensé.

Otra vez el rostro de Mindy se ensombreció.

—Estoy harta de ocultarme en la isla, de no poder ir a ninguna parte, de que nuestro amor sólo exista entre estas cuatro paredes.

—¿Y por qué no fueron a navegar?

—Sí fuimos —respondió Mindy—. Alrededor de las nueve. Pero discutimos y yo regresé.

Hoyle no le quitaba los ojos de encima, intentando descifrar cada micro expresión. Mindy volvió a refugiarse en la oscuridad de sus manos.

—Sharon me propuso escaparnos de la isla —dijo en un tono apenas audible.

—¿¡Cómo dice!?

—Lo tenía todo planeado: los trajes de buceo, los scooters submarinos…, todo.

Hoyle, que estaba de pie más o menos en el centro del salón, empezó a dar vueltas como si de pronto se hubiera mareado. Los observó a todos con expresión perdida, a tal punto que el jefe Reese se acercó porque pensó que iba a perder el equilibrio.

—Estoy bien —dijo Hoyle, todavía con ojos desorbitados—. Espero que esos scooters submarinos no sean lo que creo que son…

Era una pregunta retórica, pero Reese la respondió de todos modos.

—Son propulsores para recorrer grandes distancias bajo el agua.

—No es lo que parece —dijo Mindy, todavía con lágrimas en los ojos—. Sharon tenía otro tipo de problemas…, no tiene nada que ver con Eleanor.

Pero Hoyle no la escuchaba. El agente se dirigió al jefe Reese con urgencia.

—Habla ya mismo con la guardia costera. Explícales la situación y que busquen ese barco. Señor Vance, ¿podría hablar con el tal Pierce y pedirle todas las precisiones posibles?

Richard asintió de inmediato, levantándose para cumplir la instrucción.

A continuación, Hoyle sacó el móvil y empezó a dar vueltas como un animal enjaulado, pulsando una de las teclas de marcado

rápido.

—Victoria. Es posible que Tillman se haya escapado por agua…, buceando…, sí, ayer por la noche, con lo cual nos lleva bastante ventaja. Todavía no lo tenemos claro…

Hoyle se volvió hacia Mindy.

—¿Tillman llegó a decirle hacia dónde quería dirigirse?

—Me dijo que hacia el norte.

—¿Has escuchado? —dijo Hoyle al móvil—. Podría ser una trampa, así que tendremos que revisar la costa, norte y sur. Todavía no sé qué tan lejos, pero posiblemente bastante. Consigue apoyo aéreo y notifica a las oficinas locales. Vuelvo a llamarte en cuanto pueda. Gracias, Victoria.

Tanto Reese como Richard todavía hablaban por teléfono en sendos rincones de la habitación, sus voces bajas y urgentes. Mindy miraba a Hoyle con mirada suplicante, como si esperara que le dijera que nada de todo aquello estaba sucediendo, que era una pesadilla.

—Señorita Coleman, voy a necesitar que me explique todo con lujo de detalles —dijo Hoyle, acercándose a ella—. Cualquier detalle nos podría ayudar a encontrar a Sharon Tillman.

51

Adam Freeman, el encargado de El Faro Bistró, le entregó a Luca un llavero con un puñado de llaves. La que estaba marcada con un aro azul pertenecía al faro.

—Aquí tiene, detective.

Luca se lo agradeció y se marchó del despacho. Volvió a salir por la puerta de servicio y se dirigió al faro. La puerta de madera maciza, con herrajes de hierro y su superficie rugosa y agrietada por el tiempo, era casi con seguridad la original desde la construcción. Luca introdujo la llave y empujó, accediendo así a un espacio interior oscuro y fresco.

Las ventanas habían sido clausuradas, por lo que el interior estaba en penumbras. Cuando Luca miró hacia arriba vio la escalera circular en forma de tirabuzón y recién en la parte más alta alcanzaba a divisarse una bola de luz. La semejanza con un gigantesco ojo era demasiado espeluznante como para mirar demasiado tiempo en esa dirección.

Luca encendió la luz y cerró la puerta. Estaba en un espacio circular con paredes de piedra. El suelo, de madera oscura y descuidada, crujía bajo sus pasos, evidenciando lo que Luca ya sospechaba, que el faro tenía un sótano, quizás incluso más amplio que la zona en la que se encontraba ahora.

Luca imaginó que aquel era un depósito al que no se accedía con demasiada frecuencia. Quizás una vez por semana, especuló. Había estanterías metálicas que se alineaban contra las paredes curvas, también cajas de vino apiladas, sacos de patatas, conservas de todo tipo. Luca examinó el suelo, inclinándose y dando golpes con la punta del zapato en diferentes sitios. Recorrió el perímetro, prestando atención a cada grieta en la madera, a cada irregularidad.

Al cabo de un rato de inspección, sus ojos se detuvieron en un punto. Debajo de una estantería cargada de cajas de aceite, el suelo de madera parecía ligeramente hundido, y una fina línea, casi imperceptible, dibujaba un cuadrado. No era una grieta natural, sino un corte preciso, disimulado con maestría. Luca descubrió que la mayoría de las cajas estaban vacías, por lo que apartar la estantería fue sencillo. La adrenalina le recorrió el cuerpo a medida que confirmó que aquel corte casi imperceptible en el suelo era efectivamente una trampilla.

Apenas la abrió percibió un tenue olor fétido que lo puso inmediatamente alerta. Sacó el arma. La oscuridad que emanaba de la abertura era impenetrable. Se ayudó con la linterna del móvil para bajar por una escalera empinada, de peldaños de madera carcomida y resbaladiza, que terminaba en una curva cerrada. Debió concentrarse para no perder el equilibrio, con el móvil en una mano y el arma en la otra. El hedor se intensificó con cada paso.

Al llegar al final de la escalera, Luca palpó la pared de piedra hasta encontrar un interruptor. Lo accionó y dos potentes tubos fluorescentes zumbaron en el techo, parpadeando con una luz fría y espectral

La escena le heló la sangre.

Ahora sostenía el móvil junto con el arma, preparado en posición de disparo.

En el centro de la habitación, atado a una silla de madera, había un hombre con la cabeza caída sobre el pecho. Un inmenso charco de sangre, ya coagulada y de un color oscuro, casi negro, se extendía por el suelo a sus pies, formando una grotesca moqueta. El hombre tenía heridas horribles en los brazos y en el cuello, cortes profundos y laceraciones que revelaban una crueldad extrema, una tortura lenta y sádica. La camisa, antes blanca, estaba empapada en sangre, convertida en un trapo rojizo.

Max sólo había visto a Max Tillman en fotografías y no tuvo dudas de que el desdichado que había sido asesinado en esa silla era él.

Luca no necesitaba comprobar que el hombre estaba muerto. Revisó rápidamente el sótano y comprobó que estaba solo. Guardó

el arma.

El sótano era un espacio amplio, con techos bajos y paredes de piedra salpicadas de humedad y moho. Había muchos objetos arrumbados: muebles viejos, cajas de cartón apiladas de forma caótica y un sinfín de objetos amorfos, todos ellos testigos mudos de la atrocidad.

Pero lo más revelador estaba justo debajo de la silla que ocupaba Max Tillman.

Allí, colocadas de manera temporal sobre el suelo original, habían sido dispuestas las baldosas color terracota que habían visto por primera vez en la fotografía de Eleanor Vance. A un costado había varias cajas, una de las cuales estaba abierta y revelaba más baldosas iguales. Era evidente que Peyton las había encontrado almacenadas en ese sótano y las había utilizado para despistarlos, creando una pista falsa que los guiaría en una dirección diferente al faro.

Hacía tiempo que Luca no se sentía como en este momento. La falsa sensación de estar en control cuando en realidad estaba haciendo exactamente lo que Peyton había previsto, siempre un paso por delante de ellos.

Si Peyton no se había preocupado por deshacerse del cadáver de Max Tillman era porque ya debía estar muy lejos de allí.

¡TÚ NO PUEDES LIDIAR CON LA VERDAD!

52

La guardia costera buscaba intensamente la embarcación de Pierce. Mientras tanto, el jefe Reese y Richard Vance iban en busca del joven para obtener más información; a veces los barcos pequeños cuentan con dispositivos de localización.

Hoyle era el único que se había quedado con Mindy Coleman en su apartamento.

—Señorita Coleman —dijo Hoyle, sentado en una silla del otro lado de la mesa baja—. Sabemos todo de Sharon Tillman, salvo dónde está ahora mismo. Necesitamos encontrarla.

—No es lo que usted cree. Si Sharon se ha marchado sin mí es porque tenía otro tipo de problemas.

—¿Se refiere a las estafas que hacía con su marido?

Mindy no pudo ocultar su sorpresa.

—Se lo dije, señorita Coleman, sabemos todo de ella. Sabemos también, por ejemplo, que Sharon Tillman no es su verdadero nombre. Y créame, las estafas son un capítulo menor en su vida.

Mindy lo miraba como a alguien que ha perdido el juicio.

—Está equivocado. He visto su identificación varias veces.

—Ya se convencerá usted misma. Cuénteme cómo la conoció.

—Hace poco más de un año, en las galas del Faro Bistró. Yo ganaba algo de dinero extra como camarera y la veía con frecuencia, a ella y a su marido. Un día me empezó a hablar. Me preguntaba cosas de algunos hombres de la isla y yo me di cuenta de que sus preguntas escondían algo. Con el tiempo nos hicimos amigas y un día me lo confesó.

—¿Cuánto hace de eso?

—No demasiado; unos meses. Yo no estaba bien, había sucedido lo de Eleanor y todos sus amigos no sabíamos qué pensar;

el secuestro de Eleanor nos apagó a todos. Para mí fue peor, supongo, porque yo recibí una de las fotografías y mi relación con Eleanor era más cercana. Los Vance son como de la familia para mí.

—¿Sharon Tillman se acercó más a usted a partir del secuestro de Eleanor?

—Sí, podría decirse que sí. Hasta ese momento nuestra relación no era tan seria. Nos veíamos de vez en cuando a escondidas, aquí en este apartamento. Yo no estaba bien y ella me ayudó muchísimo. Me ayudó a conseguir el empleo en el restaurante, por ejemplo, porque seguir en la Posada era demasiado doloroso para mí.

—Entiendo. Y en ese momento le dijo también lo que hacían ella y su marido.

—Sí. Yo intuía que ella me ocultaba cosas y le dije que si lo nuestro iba en serio no podía haber secretos. No quería repetir errores del pasado. Ella lo aceptó y me contó la verdad.

El móvil de Hoyle los interrumpió.

—Un momento, señorita Coleman, debo coger esta llamada.

Era el capitán a cargo de la guardia civil.

—Dígame…

—Hemos encontrado el barco flotando a la deriva. No hay rastros de la mujer. No hemos tocado nada pero sí puedo decirle que hay un equipo de buceo completo y un scooter submarino. ¿Qué quiere que haga?

—Llévelo a la costa. Que nadie toque nada hasta que yo llegue.

Hoyle cortó. Necesitaba llegar al final de la historia cuanto antes.

Mindy lo observaba con curiosidad.

—Necesito que lleguemos al momento en que le dijo de marcharse de la isla. ¿Por qué Sharon quería huir?

—Estaba convencida de que su marido le robaba dinero.

—Le *robaba* el dinero de las estafas.

—Así es.

—¿Cuánto dinero?

—Sharon sospechaba que más de trescientos mil. Me dijo que iba a recuperar ese dinero y que entonces las dos podríamos irnos de la isla y empezar una nueva vida juntas, lejos de Max.

—¿Recuperó el dinero?

—Yo siempre pensé que ese dinero no existía, o que ella exageraba. Nunca tomé en serio lo de irnos de aquí. Bromeamos con eso más de una vez.

—Le diré lo que creo, señorita Coleman, porque sólo se me ocurren dos posibilidades. La primera, que Sharon Tillman no pensaba obtener ese dinero del señor Tillman de forma amigable y por eso debía escaparse de la isla. Y la segunda, que había cosas de su pasado que la empujaban a huir. Como verá, ninguna de esas dos opciones habla bien de ella.

—Sharon es una buena persona —musitó Mindy.

—Permítame compartir una teoría con usted. Yo creo que en algún momento ella le insinuó que tenía un pasado del que todavía no estaba preparada para hablar con usted, pero que iba a hacerlo pronto. ¿Le dijo algo así?

La expresión de Mindy cambió al instante. Como si hubiera visto un fantasma.

—¿Lo ve, señorita Coleman? Todos los caminos conducen a que Sharon Tillman no es quien usted cree. Me temo que la ha engañado, y no ha sido la única. Max Tillman está desaparecido y lo que yo creo es que puede estar muerto.

Mindy se llevó una mano a la boca.

—Muerto como Eleanor Vance.

Mindy empezó a sollozar.

—Le sugiero, señorita Coleman, que me diga ya mismo todo lo que sucedió ayer por la noche en ese barco.

El móvil de Hoyle volvió a sonar. En la pantalla apareció el nombre de Luca.

—¿Qué pasa Bruzzo?

—Encontré el sitio donde mantuvo secuestrada a Eleanor. Max Tillman está muerto.

53

Eran las seis de la tarde de un día despejado. El sol proyectaba sombras alargadas sobre Falcon Island, anunciando que contaban con apenas dos horas y media de luz para intentar dar caza a Peyton Allen. Caída la noche, las posibilidades de atraparla serían bajísimas.

Con el descubrimiento del cadáver de Max Tillman, torturado y asesinado en el sótano del faro, la maquinaria empezó a moverse a toda velocidad. Luca se hizo cargo de la escena del crimen con un equipo forense que viajó en helicóptero desde San Francisco. Ese mismo helicóptero, junto con dos más, se ocuparían del operativo aéreo de búsqueda, que había puesto a la isla en vilo. La noticia, aunque confusa y contradictoria en sus detalles, se esparcía rápidamente entre los residentes. Sobre lo que existía certeza era que el FBI y la policía buscaban a Sharon Tillman por el asesinato de su marido. La conexión entre este hecho y el secuestro de Eleanor Vance era donde no había consenso absoluto. El jefe Reese se ocupó de dar la versión oficial a la cadena KGO, una de las más relevantes de la bahía de San Francisco, enfatizando la necesidad de contar con información de Sharon Tillman. Su fotografía empezó a circular en las noticias.

La recomendación para los ciudadanos de la isla era que permanecieran en sus casas, que suspendieran las actividades previstas para ese día y que se pusieran en contacto con la policía local si podían aportar alguna información. Los oficiales Miller, Bryant y el propio jefe Reese se ocuparon de recibir las llamadas entrantes en la comisaría, la mayoría de las cuales tenía como propósito saber si había una recompensa por brindar información.

Ryan Hoyle se enfocó en la coordinación del operativo de búsqueda, que tuvo su epicentro unos veinte kilómetros al norte de

la ciudad. En este sentido, la información que había proporcionado Mindy Coleman había sido crucial: en principio el plan había sido huir por mar hacia San Francisco. Por otro lado, el capitán de la guardia costera aseguró que la posición donde fue encontrado el barco utilizado por Peyton reforzaba esta hipótesis. Hoyle no iba a descuidar el sur —un equipo había sido asignado a patrullar esa zona—, pero los esfuerzos estaban concentrados en el norte, desplegando barcos y helicópteros en una cuadrícula de búsqueda exhaustiva.

El paso inicial fue intentar determinar dónde había llegado exactamente Peyton con el scooter submarino. Para eso contactaron al dueño de uno de los locales de accesorios náuticos de la isla, que estaba bastante familiarizado con los modelos disponibles, y en especial con el que fue encontrado en el barco: un Navbow con una autonomía de una hora con carga completa. Según el experto, la velocidad de los scooters tenía bastante que ver con el tipo de desplazamiento —si era superficial o de fondo—, y también de la corriente. Su mejor estimación cuando se le consultó al respecto fue que el Navbow permitiría un desplazamiento de entre 15 y 23 kilómetros de distancia en situaciones de carga y operación óptima. Dado que Peyton no era una experta —hasta donde sabían—, era bastante razonable suponer que podría haber recorrido a lo sumo veinte kilómetros, y alcanzar la costa a unos diez kilómetros de distancia de la periferia de San Francisco. La ventana de búsqueda era estrecha, pero al menos tenían un punto de partida.

Respecto a los minutos previos a abandonar el barco, Mindy Coleman le dijo al agente Hoyle que Sharon Tillman había estado intentando convencerla durante más de media hora. Tenía consigo una bolsa impermeable y llegó a mostrarle el dinero que había obtenido de su esposo. Mindy no quiso colocar en esa bolsa sus documentos, tarjetas y el poco dinero que llevaba encima, y tampoco colocarse el traje de buceo. Sharon se preparó para lanzarse al agua e intentó darle todo tipo de razones para que la acompañara, primero de buena manera, y después apelando a otro tipo de argumentos, desde la promesa de una nueva vida hasta la manipulación emocional. Mindy se negó y discutieron a los gritos,

algo que puso nerviosa a Sharon. Cuando la discusión llegó al punto más alto, Mindy le exigió a Sharon que la llevara de vuelta a la orilla, a lo que ella se negó, obligándola a regresar en un bote inflable que el barco tenía para emergencias. Del relato de Mindy Coleman se desprendía algo relevante, y era que Peyton había huido con dinero suficiente para asegurarse un escape rápido. Con cada revelación las posibilidades de encontrarla eran cada vez menores.

Luca, enfocado en la escena del crimen en el sótano del faro, se aferraba a la poca información con la que contaba. Daba por hecho que allí había estado secuestrada Eleanor Vance, y sus esfuerzos estaban enfocados en que el equipo forense pudiera confirmarlo de alguna forma. La sangre de Max Tillman, que estaba por todas partes, haría la tarea muy dificultosa. Por el momento lo único que podían hacer era recolectar la mayor cantidad de muestras posibles para analizarlas más tarde. Todo aquello requeriría tiempo.

El jefe forense del equipo llegado de San Francisco, el doctor Finch, fue el encargado de poner en tecnicismos lo obvio. La causa de la muerte de Max Tillman, como evidenciaban las laceraciones en el cuello y los brazos, había sido una hemorragia masiva. No eran cortes limpios, sino múltiples incisiones superficiales, algunas más profundas que otras, infligidas a lo largo de un período considerable. La víctima había sufrido una agonía prolongada, desangrándose lentamente, compatibles con signos de tortura.

El equipo forense, compuesto además de Finch por dos ayudantes, trabajó sin descanso durante varias horas. Cada centímetro del sótano fue fotografiado, cada mancha de sangre documentada, cada objeto relevante etiquetado y embalado. El flash de las cámaras iluminaba intermitentemente la macabra escena, grabándola a fuego en la retina de Luca, que alternaba entre el sótano y la planta baja del faro para tratar de ganar algo de perspectiva.

Cuando el cuerpo de Max Tillman fue retirado, Luca se quedó observando la silla vacía y las baldosas Terranova que en definitiva lo habían llevado hasta allí, aunque no de la forma que él había

anticipado. Disponer de esas baldosas en el suelo había sido una jugada inteligente de Peyton.

Se acercó a uno de los técnicos.

—¿Podrías ayudarme un momento?

El técnico, con guantes de látex, asintió y se acercó.

—Necesito que me ayudes a quitar estas baldosas.

Cuando Luca vio lo que había debajo, intercambió miradas con el técnico y le pidió unos guantes adicionales para él. Entre los dos procedieron a retirar todas las baldosas y a colocarlas a un costado, asegurándose de no alterar el orden de cada una.

Las sospechas de Luca se confirmaron rápidamente. Debajo de las baldosas el suelo original de piedra del sótano revelaba varias piezas sueltas, algunas incluso ligeramente levantadas. Con la punta de su guante, Luca levantó una de las piedras. Lo hizo con excesiva facilidad, y al tocar la tierra que estaba debajo se dio cuenta de que había sido removida recientemente.

54

La oscuridad había caído de manera implacable. El arrullo monótono del océano, que en otras circunstancias le habría traído paz, ahora sólo amplificaba su desasosiego. Eran casi las nueve de la noche.

Cuando la voz de Sarah surgió del móvil que tenía pegado a la oreja, la sensación de reconexión con su mundo fue tan grande y profunda que se estremeció.

—Hola, cariño —dijo Sarah.

—Hola, Sarah ¿Cómo estáis?

—Muy bien, Luca. Seguimos aquí en casa de Jennifer, como te prometí. Lily está con sus primos a punto de dormirse, agotada después de un día de juegos. ¿Y tú? ¿Cómo sigue todo por allí?

Luca suspiró, el aire frío llenando sus pulmones. Había hablado con Sarah por la tarde y ella estaba al tanto del hallazgo de Max Tillman, pero no del cuerpo enterrado en el sótano del faro.

—Hemos encontrado un cuerpo más, enterrado en el sótano.

Un breve silencio.

—Esa es una buena noticia, Luca. Si es Eleanor…

—Sí, lo sé. El equipo forense está trabajando en este momento. Supongo que me dirán algo de un momento a otro, por lo menos si pertenece a una mujer de las características de Eleanor. Yo no tengo dudas de que es ella.

—¿Ya has hablado con el padre?

—No. Y no pienso hacerlo hasta tener una mínima confirmación.

—Luca, si efectivamente es ella, entonces lo que has conseguido los ayudará muchísimo. Será duro, pero es mejor que la incertidumbre. Al menos ahora podrán despedirse de su hija.

Luca asintió, aunque Sarah no podía verlo. La idea de que Richard y Juliette pudieran, por fin, cerrar ese capítulo de dolor, era un pequeño consuelo en medio de la tragedia.

—¿Cómo está Lily?

—Está bien, cariño. No te preocupes por nosotras, enfócate en…

—No, háblame de ella, por favor —dijo él de buen modo.

—¿Estás seguro?

—Sí. He salido a tomar un poco de aire. Me hará bien escucharte durante un rato.

—Bueno, en ese caso, déjame decirte que ha sido un día de lo más concurrido en esta casa. Vino Helen con Eddie, así que pude ponerme al día con ella.

—Reunión de hermanas.

—No al completo, pero casi. Fue mejor así porque Lisa está saliendo con alguien y estuvimos dos horas cotilleando sobre eso.

Luca sonrió, quizás por primera vez en el día, al imaginar a tres de las hermanas Tripplehorn diseccionando al candidato de la hermana ausente. Para él, que había sido hijo único y había formado parte de una familia diminuta, la multitudinaria familia de su esposa le resultaba fascinante. Algo que para ellas era completamente normal, como los encuentros familiares con decenas de primos, para Luca era algo a lo que no terminaba de acostumbrarse del todo. Se sentía afortunado de haber sido aceptado, pero había momentos en los que no podía evitar pensar que un día lo expulsarían como a un intruso.

Sarah y sus tres hermanas, a base de carisma y carácter, se habían convertido en el centro de la familia: una poderosa entidad alrededor de la cual orbitaba el resto.

—No sabía que Lisa tenía novio —dijo Luca.

—¡Yo tampoco! Ella dice que es un amigo, pero Helen nos ha contado cada cosa…

Sarah se detuvo.

—¿Sucede algo?

—¿Realmente quieres que te hable de estas tonterías?

—Más que nada en el mundo. Necesito sentirme parte…, y escuchar tu voz.

—Te extraño, Luca.

—Yo también, cariño. Así que Lily ha estado con sus cuatro primos mayores, ha de haber estado feliz.

—Al final sí, luego de un pequeño incidente —dijo Sarah en modo irónico.

—¿Qué ha sucedido?

—Cosa de niños, por supuesto. Nosotras tres estábamos en la cocina hablando; los niños estaban en el jardín y un poco nos olvidamos de ellos. Estaban bastante callados.

—Un milagro.

—O quizás la conversación estaba demasiado animada. La cuestión es que en un momento Jennifer fue a ver si todo estaba bien. Los cuatro niños habían construido un castillo en medio del jardín, con sillas, cobijas viejas, ya sabes todas las cosas que hay en el garaje de mi hermana. Aparentemente Julian era el rey y el resto los caballeros.

—¿Y Lily?

—Lily estaba apartada, jugando sola.

A Luca se le estrujó el corazón. En general los primos varones la integraban a sus juegos, pero no siempre sucedía. De todas formas esbozó una sonrisa amarga anticipando lo que vendría; conociendo a Jennifer, que además de ser madre de tres niños, y por lo tanto estaba perfectamente al tanto de sus juegos cavernícolas, sentía devoción por su sobrina pequeña.

—Con Helen nos quedamos en la cocina y empezamos a escuchar gritos de Jennifer, regañando a los niños, así que salimos a ver qué pasaba.

—Jennifer al rescate.

—Estaba hecha una furia. Cuando vio a Lily jugando sola le exigió a los niños que la incluyeran en el juego de alguna forma. Ante esto, Julian lo pensó un momento y con total orgullo y felicidad anunció que Lily podía ser la sirvienta del castillo. Lo dijo con su disfraz de rey; imagina a mi hermana.

Luca hizo una mueca con sólo imaginar lo que le esperaba al pobre Julian.

—Ya la conoces a Jennifer. Le arrancó a Julian la corona de la cabeza y empezó a lanzar una serie de diatribas a viva voz. Nosotras la miramos desde el porche. Los niños estaban paralizados; ninguno entendía por qué era tan malo que Lily fuera la sirvienta.

—Me imagino que la convirtieron en reina, como mínimo.

—Por supuesto, Jennifer no iba a aceptar menos que eso. Helen y yo tuvimos que hacer un esfuerzo enorme para no reírnos. En un momento los señaló a los cuatro con el dedo y les advirtió que si contradecían a la reina tendrían que vérselas con ella.

Luca cerró los ojos. Con Sarah podía pasar de hablar de cosas terribles a otras bellas en cuestión de minutos; siempre había sido así. Era la razón por la que funcionaban tan bien como pareja, porque la relación era un refugio, no muy diferente a la isla en la que Luca estaba en este momento. El mundo podía ser a veces hostil, y el trabajo en la policía era una lupa que lo amplificaba todo. Durante muchos años Luca no había tenido el contrapeso adecuado para balancear ese mundo oscuro. Ahora lo tenía, y era la mujer y la niña que estaban del otro lado de esa llamada.

—Media hora después nos asomamos —continuó Sarah— y todo era paz y armonía. Lily ocupaba el trono del castillo y hasta les daba órdenes a los caballeros.

—Bien por Jennifer.

—Ya sabes cómo se toma todo lo concerniente a Lily.

—Si en algo no nos hemos equivocado es en elegirla como madrina.

Luca se detuvo abruptamente al escuchar pasos a sus espaldas.

—¿Ocurre algo?

El jefe del equipo forense era una silueta que se hacía cada vez más grande en relación al faro que tenía detrás.

—Tengo que irme, Sarah.

—Sí, por supuesto. Cuídate, cariño. Hablamos en cuanto puedas.

—Te amo, Sarah.

—Yo también.
Luca se puso de pie. El rostro de Finch era difícil de interpretar.
—Será mejor que venga conmigo, detective.

55

Las pruebas de ADN ejecutadas en tiempo récord por la oficina de San Francisco arrojaron lo que a estas alturas todo el mundo esperaba: que Peyton Allen llevaba por lo menos cinco años viviendo en Falcon Island bajo la identidad de Sharon Tillman. No era una prueba concluyente —por lo menos no una que se sostendría ante un tribunal—, porque las muestras no habían sido tomadas directamente a Tillman sino extraídas de un vaso con restos de saliva y cabellos recogidos del desagüe del baño, pero servía para confirmar que iban en la dirección correcta. La frase que le había dejado a Luca en el espejo de su casa y el manuscrito con la clara alusión a *El resplandor* eran su marca registrada.

Al igual que había hecho en los crímenes de Hollywood, jugando con ellos y dejando pistas para guiarlos a un juego mortal, aquí tampoco había resistido la tentación de hacerles ver que siempre había estado un paso adelante. Peyton podría haber escapado de una manera más sutil, y sin embargo había elegido dejar atrás dos cadáveres —uno de ellos dispuesto de manera escabrosa— y una frase inquietante: ¡TÚ NO PUEDES LIDIAR CON LA VERDAD!

¿Era sólo una alegoría más a su amado Jack Nicholson o había elegido esa frase en particular por alguna razón más profunda? ¿A qué verdad se refería?

La pregunta podía quedar para siempre sin respuesta.

Con la confirmación del ADN se pusieron en marcha varias cosas. La más importante de ellas fue el viaje del director del FBI, Richard Duncan, que cruzó el país en avión y llegó a las oficinas de San Francisco a las once de la noche. En el vestíbulo del edificio lo

esperaban Ryan Hoyle y la agente Nancy Carter, a cargo de la oficina local.

Habían estado hablando por teléfono durante todo el día, así que se saltaron las presentaciones formales. Los tres fueron directo a los ascensores. La noticia de lo que había sucedido en Falcon Island todavía no había trascendido a la opinión pública de manera masiva, pero eso podía cambiar de un momento a otro. Debían estar preparados. Con Peyton Allen a la fuga, incluso podía ser conveniente filtrar la noticia para no ser sorprendidos.

Era tarde y todos estaban cansados.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó Duncan apenas entraron al ascensor.

Había hecho la misma pregunta media docena de veces desde el avión, y siempre había obtenido la misma respuesta negativa.

Esta vez fue diferente.

—Los equipos siguen buscando, director Duncan —dijo Hoyle con un atisbo de triunfo en su voz—. Pero Bruzzo ha descubierto algo nuevo.

Duncan se pasó la mano por el cabello, que tenía pocas canas para alguien que había cruzado la barrera de los sesenta.

La puerta del ascensor se abrió en el quinto nivel, revelando un pasillo silencioso y desierto.

—Ha descubierto más cuerpos en el sótano del faro —soltó Hoyle sin preámbulos.

Duncan se detuvo en seco.

—¿Cuántos?

—Por lo menos tres. Uno de ellos suponemos que es el de Eleanor Vance.

Se habían quedado de pie en el pasillo. Duncan reflexionaba, el rostro contraído por la gravedad de la noticia.

Hoyle y Nancy Carter guardaron silencio, conscientes del dilema que seguramente tendría lugar en la cabeza del director. Resolver dos crímenes que posiblemente no estaban en el radar de nadie era una cosa buena, por supuesto, un éxito inesperado. Pero si Peyton se les escapaba de nuevo el desastre sería total.

—No puede suceder otra vez—dijo Duncan.

—Estamos trabajando para eso.

—¿Se sabe algo de los cuerpos?

—La agente Carter está en comunicación constante con Bruzzo —dijo Hoyle, cediéndole la palabra a su colega.

La mujer tomó la posta al instante.

—El forense cree que son dos hombres y una mujer, ambos adultos jóvenes. No descarta que pueda haber más cuerpos. En este momento están ampliando la zona de excavación, pero el proceso es lento.

—Gracias, agente Carter.

Siguieron caminando hasta la sala de reuniones al final del pasillo. Al entrar, un hombre de unos treinta años que había estado esperando se puso de pie apenas los vio llegar.

Duncan no pudo ocultar su desconcierto cuando el hombre hizo un gesto con la cabeza.

—Director Duncan, él es Victor Tenembaum, miembro de la guardia costera y buzo profesional. Su equipo está trabajando en la zona.

Duncan le estrechó la mano, sin comprender del todo las razones por las que ese hombre estaba allí. Miró a Hoyle a la espera de una explicación.

—Señor Tenembaum, explíquele por favor al director cuál es su teoría.

Sobre la mesa había algunos ordenadores y un mapa impreso de la costa, con Falcon Island y la bahía de San Francisco claramente marcados. Tenembaum se acercó al mapa.

—Por supuesto —dijo Tenembaum señalando un punto específico cercano a Falcon Island—. El barco fue encontrado aquí. Sabemos que la mujer tenía un traje de buceo y un scooter submarino Navbow con una autonomía máxima de poco más de una hora en condiciones óptimas. Déjeme decirle primero que esos valores son muy engañosos, y que salvo que ella haya estado familiarizada con el consumo a altas velocidades, posiblemente se llevó una sorpresa.

Duncan seguía la explicación haciendo un esfuerzo por no dispersarse. La noticia de que había más cuerpos en la fosa del faro

nublaba sus pensamientos. ¿Cuál era el sentido de volver a repasar cómo había escapado Peyton Allen?

—Al grano, señor Tenembaum, por favor.

—Sí, claro —el hombre trazó un recorrido en el mapa con el dedo índice—. Esta sería la trayectoria ideal para alejarse lo suficiente y luego volver a la costa, lejos de la guardia costera. Diez o quince kilómetros; perfectamente razonable para recorrer en ese tiempo. Sin embargo, por las noches, en esta zona de aquí hay una corriente muy fuerte mar adentro. Eso significa que la mujer debería haber rectificado casi permanentemente su rumbo, de lo contrario la corriente la hubiera llevado sistemáticamente en esta dirección.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que esta travesía, así de simple como parece, es muy compleja para alguien sin entrenamiento y conocimiento acabado de la corriente oceánica. Esos scooters son prácticamente una turbina, no disponen de un timón para doblar, por lo que la maniobra debe hacerse con el cuerpo; no es sencillo si uno no está capacitado, y mucho menos si no es consciente del arrastre de la corriente. Una cosa es hacerlo de día, donde es factible salir a la superficie y rectificar el rumbo, pero de noche… de noche, y más en esta parte de aquí, lejos de un área poblada, resulta imposible orientarse.

—¿Me está diciendo que si la mujer se desvió de su trayectoria, no hubiera tenido forma de saberlo?

—Así es. Y ese es el problema con esos scooters, que te fías de ellos y en la batería, pero nunca tienes en cuenta cómo regresar. Insisto, director Duncan, salvo que la mujer haya tenido un entrenamiento previo y hecho el trayecto de noche, lo que pienso es que es altamente probable que no lo haya conseguido.

—¿Y si practicó de día?

—Hubiese sido incluso peor, porque estaría confiada. De día la corriente no es la misma y el sentido de la orientación es mucho más sencillo con el sol y la costa como referencia. En una noche nublada como la de ayer, es un escenario completamente diferente.

Ahora sí la atención de Duncan estaba puesta en aquel hombre, y entendía perfectamente por qué Hoyle lo había traído

para que se lo explicara. Si Peyton Allen no había conseguido llegar a la costa…

—Señor Tenembaum, ¿cuál diría usted que son las probabilidades de haber completado la travesía en tales condiciones?

—¿Asumiendo que ese fue su primer intento de noche?

Duncan asintió, el rostro grave.

—Prácticamente ninguna.

Duncan observó a Hoyle, perplejo. Si Peyton Allen no había llegado a tierra firme…

—Lo que el señor Tenembaum recomienda —dijo Hoyle—, es que intensifiquemos la búsqueda aquí.

Señaló una amplia zona marítima en el mapa.

Duncan meditó unos segundos.

—Está bien —dijo por fin—, dispongamos de los recursos necesarios para una búsqueda marítima exhaustiva, pero asumamos que la mujer lo consiguió de alguna manera y está en tierra. ¿Qué estamos haciendo al respecto?

Hoyle le agradeció a Tenembaum por su tiempo. Antes de que el hombre saliera de la sala de reuniones, mantuvo con él una breve conversación para articular los pasos a seguir.

La agente Nancy Carter fue la encargada de explicar el intenso operativo que estaba teniendo lugar en ese momento en tierra. Dos grupos de rescatistas recorrían la costa donde presumían que Peyton había llegado. Asumían que cargar con el equipo de buceo y el scooter sería un despropósito, por lo que debería haberlo descartado en alguna parte. El objetivo principal era encontrarlos. Por otro lado, habían dispuesto controles en las arterias principales de la ciudad de San Francisco y todas las unidades policiales estaban alerta. La agente Carter confiaba en que, si Peyton Allen había conseguido llegar a la costa —cosa que para el experto en la materia parecía algo realmente poco probable—, no le sería nada sencillo moverse por la ciudad.

—¿Vamos a filtrar la noticia de que es ella? —dijo Hoyle.

Era la cuestión en la que Duncan no dejaba de pensar.

—No todavía. Esperemos veinticuatro horas.

56

Luca apenas podía mantenerse en pie después de un día larguísimo, que había iniciado con los operativos en las casas fundacionales. A partir de allí no habían tenido respiro. Luca apenas había comido y el cansancio era tal que en dos oportunidades los ojos se le cerraron al volante del Focus, camino a la casa de la familia Vance.

Por supuesto, no importaba qué tan dura hubiese sido la faena, su deber era hablar con Juliette y Richard ese mismo día.

Aparcó frente a la casa, a la que visitaba por primera vez desde que estaba en la isla. A Juliette siempre la había visto en La Posada del Halcón y a Richard en el apartamento. Pensar en eso ayudó a que Luca tomara entera dimensión de lo que estaba a punto de hacer. Lo que tenía para informarles a los Vance cerraría heridas, pero también marcaría el final de muchas cosas, especialmente para Richard, que había estado persiguiendo una verdad que ahora saldría a la luz.

No era la primera vez que a Luca le tocaba comunicarle a un familiar algo doloroso, pero hacía años que no se involucraba de una manera tan personal con alguno de ellos.

La casa era modesta, nada en comparación con la opulencia de La Posada del Halcón: una vivienda de dos plantas, con un tejado a dos aguas y un pequeño jardín delantero bien cuidado. Era casi la medianoche, pero las luces interiores estaban encendidas, como él había esperado. Richard le había dicho que lo estarían esperando, sin importar la hora.

Cruzó el jardín con la esperanza de que la brisa fría lo espabilara.

La puerta se abrió apenas Luca llamó. Richard Vance estaba allí, su rostro surcado por el cansancio y la preocupación, pero con una dignidad inquebrantable. A su lado, Juliette, con los ojos enrojecidos e hinchados, parecía la más afectada. Su figura, antes erguida, ahora se mostraba frágil. Los saludos fueron cálidos y silenciosos, un apretón de manos firme de Richard, un abrazo fugaz de Juliette que Luca sintió como un ruego.

Los Vance lo hicieron pasar al salón, un espacio acogedor con un sofá de tres plazas, dos sillones individuales y una mesa baja de centro. En las paredes había varias fotografías de Eleanor: de niña, de adolescente, con su corona de la reina de la Regata Halcón.

—Voy a buscar café —dijo Juliette.

Luca se lo agradeció muchísimo. Necesitaba la cafeína y un momento para ordenar sus pensamientos.

Mientras se quedaban solos, Richard advirtió el interés de Luca por una fotografía en particular: Eleanor, de unos ocho años, con un vestido de princesa riendo a carcajadas mientras un niño le colocaba una corona de flores en la cabeza.

—Esa fue tomada en el jardín de mi hermana —dijo Richard—. Era el cumpleaños de su primo Ronnie. Eleanor siempre fue la reina de la casa.

Juliette regresó al cabo de cinco minutos con una bandeja con un café humeante y un bocadillo de queso.

—Estoy segura de que no has comido nada, Luca.

A Luca se le iban los ojos con el bocadillo.

—Anda, come con confianza —lo animó Richard.

—Mientras tanto yo iré a tomar la pastilla para la presión —anunció Juliette—. Debería haberlo hecho hace más de dos horas.

Cuando volvieron a quedarse solos, Luca dio buena cuenta del bocadillo de queso en un par de bocados. Richard lo acompañó en silencio.

—Realmente lo necesitaba —dijo Luca mientras terminaba el último bocado—. Ha sido un día muy largo.

—Es lo menos que podemos hacer.

Juliette regresó al cabo de un momento, su rostro un poco más sereno, y se ubicó en el sofá junto a su marido, quien la recibió

con un abrazo.

—Dinos lo que sabes, Luca.

—El forense ha hecho una identificación preliminar del cuerpo que hemos encontrado en el sótano del faro. Me temo que pertenece a Eleanor.

La reacción de los padres fue una mezcla de sensaciones. Un gemido ahogado escapó de los labios de Juliette y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero al mismo tiempo, una extraña liberación pareció cruzar su rostro. Richard, por su parte, apretó los labios, su mandíbula tensa, asintiendo lentamente.

Juliette, que siempre se había mostrado como la más fuerte de los dos, ahora se desmoronaba mientras Richard la abrazaba con más fuerza.

—¿La han atrapado? —preguntó él.

—No puedo daros precisiones de la búsqueda, pero la respuesta es que no, por lo menos hasta donde tengo entendido. La oficina del FBI de San Francisco está llevando adelante el operativo, junto con Hoyle.

—¿Y estáis seguros de que el cuerpo es el de Eleanor? —preguntó Juliette.

—La confirmación definitiva la tendremos en los próximos días —explicó Luca—. Por ahora sólo tenemos la palabra del forense, que ha advertido la marca en el fémur compatible con la lesión que sufrió Eleanor cuando era niña.

—¿Y ha estado allí todo este tiempo? —preguntó Richard

—Sí.

—O sea que fue allí, en el faro, donde esa mujer tomó las fotografías.

Luca bebió el resto del café antes de responder. El bocadillo y la cafeína fueron vitales para mantenerse enfocado.

—Sí, las fotografías fueron tomadas allí, en ese sótano, que pareciera haber estado en desuso desde hace mucho tiempo. Debéis saber también que el cuerpo no presenta signos de daños severos a nivel óseo.

En el rostro de ambos se reflejó la noticia. Quizás Eleanor no había sufrido…

—Hay algo importante que debo pedirles.

—Por supuesto.

—Muy pocas personas saben que Peyton Allen está detrás de todo esto, y todas están ligadas a la investigación. Es importante que eso siga siendo de esa manera, por lo menos la mayor cantidad de tiempo, o hasta que el FBI determine que puede favorecernos que la información salga a la luz.

—Nosotros no hemos dicho nada —aseguró Juliette.

—Lo sé, y os lo agradezco. Yo dejaré la isla pronto, porque cuando este caso se dé a conocer, si yo estoy involucrado de alguna forma, alguien puede hacer la conexión. Como os he dicho, mejor que la verdadera identidad de Sharon Tillman se conozca bajo los términos del FBI.

Juliette tenía la vista fija en la mesa, sus manos entrelazadas.

—¿Por qué lo hizo? —dijo con un hilo de voz—. ¿Lo sabe?

—Mindy estuvo aquí hace un rato —añadió Richard—. Está deshecha, nunca vi a esa chica tan triste en mi vida. Todavía dice que no puede creerlo, que Sharon sería incapaz de hacerle daño a nadie.

—La traición es muy difícil de superar —dijo Luca—. Peyton ha engañado a muchísima gente a lo largo de su vida. Algunos especialmente entrenados para no ser engañados.

Luca pensó por primera vez en George, en el dolor que le causaría saber que la hija a la que había creído su hermana durante toda su vida había vuelto a cobrarse vidas. Cuatro esta vez.

Si la hubieran detenido la primera vez, Eleanor estaría viva, la familia Vance sería como siempre, con Eleanor riendo en el jardín de su tía, coronada reina por sus primos.

Era difícil cuando el fracaso tenía rostro. Y ahora Luca debía enfrentarse a ello. Lo único que esperaba era que la huida de Peyton —que evidentemente había sido planificada— por lo menos hubiese sido anticipada de alguna manera. En ese caso, quizás había cometido un error.

—Nunca vamos a entender del todo por qué esa mujer es como es.

—Yo creo que estaba celosa de Eleanor —dijo Juliette, levantando la vista, sus ojos llenos de una determinación fría—. Lo único que te pido, Luca, es que la encuentren.

Si había una promesa que Luca no podía hacer, era precisamente esa, por lo que se limitó a asentir en silencio.

57

Tres días después de la jornada maratónica en Falcon Island, Luca estaba listo para irse. Iba a hacerlo en el mismo Focus en el que había llegado, ahora con un sabor amargo por no haber conseguido el objetivo. La búsqueda de Peyton seguía, pero cada vez cobraba más fuerza la hipótesis de que era prácticamente imposible que hubiese conseguido realizar la travesía por el agua sin un entrenamiento previo.

La noticia que había trascendido daba cuenta de que Sharon Tillman, una estafadora profesional de Falcon Island, había asesinado al menos a cuatro personas y escapado de las autoridades con final incierto. De las víctimas había dos identificadas: Max Tillman, su propio marido, y Eleanor Vance, una muchacha residente de la isla que había sido secuestrada varios meses antes. De las otras dos víctimas todavía no había certezas, pero se sospechaba que una de ellas era un hombre de veinticuatro años al que su familia había denunciado como desaparecido tras su visita a la regata Halcón el año anterior.

Era muy pronto para asegurar el rumbo de la cobertura mediática, pero por el momento habían adquirido cierta centralidad las actividades ilícitas de los Tillman. Incluso se especulaba con que los asesinatos estaban directamente relacionados con las estafas, y que hasta podrían haber sido perpetrados por la pareja en conjunto. La hipótesis —que el FBI no había desalentado— sugería que el asesinato de Max Tillman había sucedido tras una desavenencia entre los dos. Incluso en las últimas horas había aparecido el testimonio de un hombre cuya identidad permanecía en secreto, que con lujo de detalles había descrito el modus operandi de los Tillman: la seducción y los pagos posteriores a cambio de silencio.

La alta sociedad de la isla estaba en shock. Todos conocían a los Tillman, todos se habían relacionado con ellos en mayor o menor medida. Las mujeres empezaron a observar con recelo a sus maridos. ¿Cuántos de ellos habían sido víctimas del engaño? Una cosa era cierta, con la muerte de Max Tillman esos secretos habían quedado enterrados para siempre.

Mientras reflexionaba en todo esto, Luca se quedó de pie en el centro de la habitación del ático de La Posada del Halcón, la maleta ya cerrada a sus pies. Las paredes blancas, los cuadritos impersonales, la pequeña ventana en el techo inclinado… todo le resultaba familiar y, a la vez, extraño. Era consciente de que nunca más volvería a poner un pie en ese lugar, y sin embargo, por alguna razón, sentía la necesidad de recordar lo que estaba viendo, como una postal más de aquellos días.

Cogió la maleta y salió de la habitación. Caminó por el pasillo del ático y bajó por la escalera de servicio donde se subió al ascensor.

En la recepción estaba Pierce. Con él no había hablado demasiado durante los últimos días, pero el joven siempre había sido amable. Luca se acercó al mostrador.

—Buenos días, Pierce —dijo Luca, extendiendo la mano.

—Buenos días, señor Bruzzo —respondió el joven estrechándole la mano—. ¿Ya se marcha?

—Sí.

Pierce dudó un momento.

—Señor Bruzzo, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro. Dime.

—Quería saber por cuánto tiempo la policía tendrá retenido mi barco.

Luca suspiró.

—No lo sé. Será una vez que hayan terminado de hacer los peritajes correspondientes. No debería demandar más de una semana. Me aseguraré de que Hoyle se ponga en contacto contigo para eso.

—Muchas gracias. ¿Va a regresar, señor Bruzzo?

—No lo creo, Pierce. Mi trabajo ya está hecho y ahora la investigación queda enteramente en manos del FBI.

—¿Va a despedirse de los Vance?

—Ya lo he hecho ayer. Ahora lo único que quiero es marcharme para ver a mi familia.

—Claro, por supuesto. Permítame que le lleve las maletas al coche.

—No hace falta. Gracias.

—Que tenga un buen viaje, señor Bruzzo.

—Gracias, Pierce. Cuídate.

Luca salió de La Posada del Halcón, con ese mismo sentimiento de estar viendo todo aquello por última vez. El jardín, el porche, la fachada de piedra… todo quedaba atrás. Se dirigió al aparcamiento y se metió adentro del coche. Se colocó las gafas de sol y puso en marcha el motor.

El Focus avanzó por las calles de la isla. Algunas personas lo reconocieron y se lo quedaron mirando, sus rostros una mezcla de curiosidad y recelo. Los rostros de las mujeres, perfectos y sonrientes, le recordaban que Peyton seguía libre y que podía estar en cualquier parte.

A Luca le costaba aferrarse a la idea de que Peyton había sido arrastrada por la corriente oceánica.

¿Podría Luca seguir adelante con su vida con normalidad y convivir con la idea de que Peyton podía aparecer de un momento a otro?

La respuesta llegó en su cabeza en palabras de la propia Peyton.

¡TÚ NO PUEDES LIDIAR CON LA VERDAD!

58

Luca dejó el coche aparcado frente al garaje de su casa. Hizo todo deliberadamente lento: apagó el motor, se bajó del coche y fue hasta la parte de atrás para coger la maleta. No quiso levantar la cabeza en dirección a ninguna de las ventanas; ni siquiera se permitió sonreír, aunque la felicidad de regresar al hogar se le salía por los poros.

Entrar por la puerta interna del garaje hubiera sido más sencillo que subir los nueve escalones del porche elevado cargando la maleta, pero no dudó en escoger el camino más dificultoso. Cuando llegó a la puerta hizo sonar el llavero antes de introducir la llave correcta. En la quietud de la mañana, el sonido metálico fue perfectamente audible, incluso desde el interior.

Empujó la puerta y comprobó que la casa estaba en silencio. Como esperaba.

Al pasar junto a la cocina vio a Sarah de pie haciéndole un gesto con la mano en dirección al salón. Los ojos de ella, con una mezcla de alivio y alegría, lo saludaban en silencio.

Luca dejó la maleta junto a la escalera.

—Qué extraño que no haya nadie aquí —dijo al salón vacío.

Observó disimuladamente en dirección a las cortinas.

—¡Pero claro! Hoy es viernes. Lily debe de estar en la escuela.

Una risita corta delató la presencia de Lily detrás del sofá.

—Creo que me sentaré aquí un momento. Nada como estar solo en casa.

Lily surgió de su escondite, una catarata de risas y gritos.

— ¡Sorpresa, papá! ¡Sorpresa!

Luca se levantó y corrió en dirección a Lily, abriéndole los brazos.

—¡Dios mío! ¡¿Has estado allí todo este tiempo?! —. La abrazó con fuerza. Ella hablaba sin parar, su voz un torbellino de emoción.

—¡Todavía no has visto nada, papá! Todavía no has visto la verdadera sorpresa. ¡No has visto nada! Cuando me dejes ir… Ya verás.

Sarah llegó desde la cocina. Mientras Lily le pedía a Luca que se sentara en el sofá, prácticamente arrastrándolo del brazo, enfatizando que tenía que mostrarle un montón de cosas, Luca consiguió besar a Sarah y decirle con la mirada todo lo que podía.

Luca volvió a abrazar a Lily, palpando su delicado cuerpo.

—¡Papá! Necesito tener los brazos libres. Tengo que traer todo. ¡Ni te imaginas!

Él se sentó en el sofá, incapaz de dejar de mirarla. El amor que sentía por Lily era tan inmenso e incondicional que había redefinido por completo su matriz de creencias.

Lo que vino a continuación fue una exposición de los trabajos artísticos de Lily: dibujos y collages que había hecho a lo largo de los días y que había mantenido en estricto secreto, ahora expuestos en la mesa baja del salón a medida que los iba trayendo desde la cocina.

Luca, que nunca se había considerado especialmente bueno en ninguna disciplina artística, veía en Lily una clara inclinación que seguramente tenía sus raíces en Sarah y en la propia madre de Luca, que había sido una pintora aficionada en su juventud.

—¡Es increíble! Mira todos esos detalles… —dijo Luca genuinamente asombrado.

Observó de soslayo a Sarah. Ella también estaba sorprendida. Lily mejoraba a pasos agigantados.

Había varios dibujos de la familia, de ellos tres y también de sus primos y tíos. Otros dibujos —los más impactantes— eran abstractos. En uno de ellos había un castillo y una serie de luces que surgían en todas direcciones. Luca cogió el dibujo y se lo quedó mirando con una punzada de inquietud. Lily lo miraba a su vez con curiosidad.

—Ese lo hice rápido, papá, no lo mires. No debería estar aquí.

A Luca se le vino a la cabeza el Castillo, la casa fundacional a la que había entrado de manera subrepticia para encontrar las baldosas Terranova.

—¿Qué son estas sombras que hay aquí? —preguntó señalando unas figuras difusas en el dibujo.

—Son espíritus —dijo Lily con naturalidad.

La muestra artística se extendió por casi media hora. Poco a poco Lily fue cediendo su protagonismo y permitió que Sarah y Luca hablaran un momento.

Sólo un momento.

—¿Y si vamos a desayunar? —sugirió Lily con entusiasmo—. ¡¿Y si vamos al Pacific Park?!

—Lily, papá acaba de llegar —intervino Sarah—. Está cansado.

—Quizás, si mamá asegura que te has portado bien estos días…

—¡Sí! ¡Vamos al parque! —se ilusionó Lily, dando saltos de alegría—. Mientras todos están en la escuela yo voy a tener la noria para mí sola.

Unos minutos después, y sin demasiados preparativos, los tres se subían al coche en dirección a Santa Mónica. El trayecto les demandó unos cuarenta y cinco minutos en los cuales Lily no paró de hablar, contándole a Luca con todo lujo de detalles lo que había hecho en la escuela esos días, aunque habían hablado de ello casi todos los días por videollamada. Le habló de un nuevo juego con sus amigas, una pelea en clase y de un cuento de miedo que les había leído la señorita Carmen.

Habían estado en el Pacific Park hacía muy poco tiempo y sin embargo a Luca le parecía que había transcurrido una vida. Aunque no estaba abarrotado como en fin de semana, tenía una buena concurrencia de familias con niños pequeños, parejas y algunos turistas. La majestuosa noria giraba lentamente y los gritos de emoción de la montaña rusa se mezclaban con el bullicio de la gente.

Si bien el plan era ir a comer algo a otra parte, Lily insistió con que quería un algodón de azúcar. Se lo compraron en uno de los

puestos y ella se sentó en una mesa con la inmensa bola de color rosa que cubría su rostro por completo.

Sarah y Luca se sentaron frente a ella, de cara al océano.

Luca no pudo evitar pensar que varios kilómetros al norte, la búsqueda de Peyton Allen continuaba. Cada hora que pasaba la hipótesis de que no había sobrevivido a la travesía de buceo cobraba más fuerza.

—La estás buscando —dijo Sarah con voz suave, sin reproche.

—¿A qué te refieres?

—A Peyton. Desde que hemos llegado al parque, miras de otra manera a las mujeres….

Era cierto. Luca guardó silencio.

Mientras Lily batallaba con la dulce y pegajosa nube, Sarah abrazó a Luca.

—Si de alguna manera consiguió sobrevivir —dijo Sarah—, no será tan estúpida como para venir a Los Ángeles.

—Supongo que todo es demasiado pronto.

—¿Qué es demasiado pronto? —dijo Lily limpiándose con la lengua su barba rosada.

—Nada, cariño.

El móvil de Luca vibró en el bolsillo de su pantalón.

—Disculpa, debo contestar esta llamada.

Se alejó unos metros; jamás hablaba de temas de trabajo cerca de Lily si podía evitarlo

Sarah observó cómo Luca caminaba de un lado a otro con el móvil pegado a la oreja.

Regresó menos de cinco minutos después.

Sarah creyó advertir cierta felicidad en el rostro de su marido, una chispa de alivio que aparecía por primera vez desde su regreso. En general no solían hacer preguntas de las llamadas que recibían cada uno —el acuerdo tácito era que cada uno hablaba si tenía ganas—, pero lo que vio esta vez instó a Sarah a hacerlo.

—¿Alguna novedad?

—Nada importante.

Pero Sarah supo que Luca no le decía la verdad.

59

A los pocos minutos de emprender el regreso en coche, Lily se quedó en silencio con esa mirada perdida tan característica que antecede al sueño. Entre que se había levantado tempranísimo, entusiasmada con la llegada de Luca, y la visita al parque, estaba extenuada. Luca la observaba por el espejo retrovisor y advirtió cómo sus ojos se abrían y se cerraban en una batalla con final anunciado.

Cuando finalmente se durmió, Luca le hizo un gesto a Sarah con la mano cerrada.

—¿Has hablado con Alyssa?

—Todavía no. Estaba pensando en hacerlo hoy o mañana. No quiero incomodarla.

—Yo creo que deberías llamar a esa prima.

Hubo dos intercambios breves de cuestiones del hogar hasta que finalmente llegaron a casa. El coche se deslizó suavemente por la entrada del garaje.

—¿Despierto a Lily? —dijo Luca—. ¿Qué dices?

—No lo sé. Ayer durmió poco con toda la emoción. Quizás sea mejor dejarla.

—La llevaré al sofá. En todo caso se despertará.

Sarah entró a la casa por la puerta interna.

Luca quitó las correas de la silla de seguridad de Lily. La niña tenía las mejillas enrojecidas y el cabello apelmazado; Luca se lo apartó de la cara con delicadeza, la alzó en brazos y con cuidado de no chocar contra el marco de la puerta fue hasta el salón. Una vez allí se agachó y la depositó en el sofá. Lily se movió hasta adoptar una postura cómoda, acurrucada entre los cojines. Luca le quitó los zapatos y se la quedó mirando.

Cuando levantó la cabeza se encontró con Sarah a unos metros, el rostro blanco como un papel, sus ojos fijos en el móvil que sostenía en la mano.

—¿Qué sucede?

Sarah le mostró el móvil, su mano temblaba ligeramente.

—Acabo de recibir un correo de la editorial.

Luca procuró contener la ansiedad. Sabía cuánto había estado esperando Sarah ese correo; tanto que durante la última semana ella le había pedido que no le preguntara más al respecto.

Sarah había empezado a sentir que la apuesta por una carrera que todavía no existía había sido un error. Luca no estaba de acuerdo, por supuesto, creía en ella y en que si los dos estaban de acuerdo en que lo intentara, no tenía por qué preocuparse. Tendrían que ajustarse un poco, reducir gastos innecesarios, vacaciones y algunas cuestiones más. Todo eso era cierto. Tan cierto como que Sarah había dejado de disfrutar de su trabajo en la policía. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Quedarse en el empleo seguro? La novela que había escrito era buena. Podría escribir más y mejor si se enfocaba en ello.

En la teoría era la decisión más sencilla del mundo.

En la práctica, la incertidumbre estaba afectando a Sarah de un modo preocupante.

Por eso Luca había tomado la decisión de hablar con Peter para que él intercediera con su contacto y le enviara a Sarah la respuesta de una vez por todas. No se sentía cómodo con lo que había hecho; de hecho, estaba un poco arrepentido de haberse metido en algo que quizás debería haber seguido su curso natural. Pero lo hecho, hecho estaba. En su defensa, lo había hecho porque le partía el corazón ver a Sarah así.

Había llamado a Peter y le había pedido que hablara con Forrest Moon. Luca sabía que el mundo editorial no se caracterizaba por dar respuestas rápidas, y que incluso muchas veces optaba por el silencio; la propia Sarah se lo había dicho. Él estaba convencido de que la respuesta sería positiva y de que los de la editorial no serían tan estúpidos como para dejar pasar un libro con tanto

potencial como *Sonrisas de porcelana*. Tampoco serían tan necios para no apostar por una escritora como Sarah.

—¡Excelente! —dijo Luca— ¡Léelo por favor!

Sarah estaba paralizada, aferrando el móvil contra el pecho como si temiera volver a ver la pantalla y comprobar que el correo ya no estaba allí, que todo había sido una ilusión.

—¿Quieres que te deje sola?

El comentario le arrancó a Sarah una sonrisa.

—No hace falta.

Sarah apartó el móvil de su pecho. Apretó la pantalla con el dedo y empezó a leer, sus ojos recorriendo las palabras con lentitud.

Luca la miraba, casi sin respirar.

Entonces Sarah empezó a llorar. Lágrimas silenciosas, que rodaban por sus mejillas.

—¿¡Lo conseguiste!? —Luca no pudo evitar que la emoción se transmita a su voz con una mezcla de ansiedad y alegría.

Sarah no podía dejar de llorar, mucho menos hablar. Le tendió el móvil, su mano ya no temblaba.

Luca dio una zancada y lo cogió. Leyó el mensaje a toda velocidad:

Estimada Sarah Tripplehorn,

Agradecemos sinceramente el tiempo y la confianza que ha depositado en Vanguard al enviarnos su manuscrito *Sonrisas de porcelana*. Hemos tenido la oportunidad de revisarlo con detenimiento y, aunque reconocemos la indudable potencia de su título y la originalidad de su premisa, lamentamos informarle que, tras una cuidadosa consideración, hemos decidido no seguir adelante con su publicación.

La decisión ha sido difícil, pero en el panorama editorial actual debemos ser extremadamente selectivos con los proyectos.

Le deseamos el mayor de los éxitos en la búsqueda de un editor y le animamos a seguir escribiendo.

Atentamente,
Forrest Moon

Director editorial grupo Vanguard

60

Diez días después

Desde el momento que había dejado Falcon Island, Luca ya no formaba parte oficial de la investigación. Su trabajo había sido muy bien valorado por el FBI, al punto de que el director Duncan había mantenido una llamada con el capitán de Robos y Homicidios y el director del departamento para hacérselo saber. Todos estaban de acuerdo en que su presencia en la isla había sido determinante para hacer caer la fachada de Peyton Allen.

Para Luca, nada de eso importaba demasiado. Sí, los Vance y las otras dos familias habían encontrado respuestas, y quizás algo de paz, pero Peyton seguía libre. Con el correr de los días se habían sumado voces para alimentar la teoría de que Peyton había muerto ahogada en el océano.

La búsqueda seguía siendo intensa, pero ¿cuánto tiempo podría el FBI sostener semejante despliegue? Muy poco. El agente Hoyle, con el que Luca había limado las asperezas que habían tenido en la isla, aseguraba que quizás podrían seguir una o dos semanas más con recursos asignados directamente al caso. A partir de ese momento, Peyton sería una marca más en el sistema a la espera de alguna señal que quizás jamás volvería a aparecer.

La realidad era que Luca no lo estaba llevando nada bien. No podía dejar de pensar en el caso, ni siquiera cuando estaba de servicio y debía ocupar su mente en los casos locales que tenían entre manos. Lo cierto era que Cynthia lo apoyaba, era una compañera generosa y seguía haciéndose cargo de la mayor parte del trabajo como había hecho durante las últimas tres semanas.

Durham, que antes que capitán de la división era su amigo, había ido incluso más allá y le había dicho que se tomara todos los días que quisiera. La realidad era que Luca apenas había llegado, su trabajo había recibido todo tipo de elogios, destacando su participación para resolver cuatro crímenes en tiempo récord. La cabeza no puede ajustarse tan rápido después de algo tan grande, especialmente cuando se trataba de Peyton Allen, con quien Luca tenía una historia personal.

Esa mañana, Luca salió del edificio del FBI donde había mantenido una extensa reunión con Victoria Cowsill para darle algunas precisiones de sus días en la isla. Si había una posibilidad de dejar atrás el caso, no sucedería ese día.

Caminó por la avenida Wilshire, no del todo consciente de hacia dónde se dirigía, hasta que vio el letrero del Hollywood Paradise. Se detuvo cuando todavía estaba a varios metros del restaurante al que habían asistido numerosas veces durante los crímenes de Hollywood, hacía ya siete años. Desde entonces no había vuelto a poner un pie en el restaurante.

Ahora, por alguna razón, entrar le resultó la cosa más natural del mundo.

El local ya estaba bastante concurrido con los comensales del mediodía y se quedó esperando en la entrada. Había cambiado un poco desde aquellos años: ahora era más sobrio, todavía con la decoración relacionada con películas, pero ya no había figuras de tamaño real u objetos demasiado llamativos. El lugar conservaba los mismos reservados, la iluminación suave con lámparas bajas y los afiches en las paredes. También la vestimenta de los camareros era diferente, ahora con pantalones negros y unas camisas rosas. Luca no tenía del todo claro cuál era el cambio de imagen que el Hollywood Paradise pretendía con aquellas sutiles modificaciones, pero evidentemente les habían funcionado.

Una muchacha lo guio hasta su mesa; la más alejada que Luca pudo conseguir. Apenas se sentó, la camarera colocó en la mesa un individual de papel con las clásicas curiosidades del mundo del cine:

La famosa escena de *Pulp Fiction* donde Vincent (John Travolta) le inyecta adrenalina a Mia Wallace (Uma Thurman) para revivirla se filmó al revés. En realidad no está clavando la aguja, sino sacándola.

Luca leyó la frase y esbozó una leve sonrisa.

—¿Le gusta esa película, señor?

Luca no podía explicarle a esa chica que Alyssa Paget había dado con una de las claves de los crímenes de Hollywood cuando leyó una frase relacionada con Jack Nicholson en uno de esos manteles de papel.

Él no tenía ahora la misma suerte.

—Me gusta bastante.

—Aquí tiene el menú. Bienvenido a Hollywood Paradise.

—Gracias.

Luca se quedó observando las diferentes opciones sin prestarles verdadera atención.

Sobre la mesa había dejado una carpeta delgada donde a lo largo de los últimos días había tomado notas del caso de Peyton: preguntas sin respuesta, piezas faltantes, algunas pocas conclusiones.

Peyton había llegado a Falcon Island con una nueva apariencia y una identidad apropiada. Allí había conocido a Max Tillman y habían montado un lucrativo negocio estafando parejas ricas. ¿Sabría Max quién estaba realmente detrás de Sharon Tillman? Lo más lógico era pensar que no, que Peyton no le entregaría semejante poder a nadie, mucho menos a alguien que sabía era capaz de mentir y traicionarlo. Peyton Allen era una psicópata despiadada, pero eso no significaba que Max Tillman fuera un ser bondadoso y confiable.

Su secreto podría haber quedado a salvo para siempre de no ser por dos circunstancias que confluyeron para ponerla en evidencia. La primera, que Peyton le dijo al doctor Tench, el cirujano que había hecho maravillas con su aspecto físico, que iba a irse a una isla. Esto no hubiera sido determinante de no ser por la segunda

cuestión, y era que Peyton no pudo resistir su naturaleza y volvió a matar.

En el faro habían encontrado en total cuatro cadáveres. El de Max Tillman, atado a la silla con signos de tortura, y tres más en una fosa común. De esos tres cuerpos habían identificado positivamente a Eleanor Vance y a un turista joven que había sido reportado desaparecido durante la Regala Halcón.

Es decir…

—¿Ya decidió, señor?

Luca miró a la muchacha con incredulidad, como si no recordara dónde estaba.

—Sí. La hamburguesa Paradise y una Coca-Cola.

—Perfecto.

La muchacha recogió el menú y se marchó.

Luca volvió a la isla.

Si el turista había desaparecido apenas un año antes, significaba que Peyton no había cometido ningún crimen durante los primeros cinco años, salvo quizás el de la mujer no identificada. Y aquí era donde empezaba la especulación. Peyton había conseguido mantener sus impulsos asesinos bajo control durante mucho tiempo, probablemente convencida de que podría seguir adelante con su vida de estafadora, sin volver a matar.

Pero un día ya no pudo más. Posiblemente fantaseó con volver a hacerlo infinidad de veces, hasta que finalmente sucedió. Y una vez que lo hizo, ¿cuál sería la excusa para detenerse? La verdadera Peyton había, finalmente, salido a la luz.

Y entonces llegó el turno del turista: una víctima anónima ejecutada y enterrada fuera del radar de todo el mundo.

Peyton podría haber seguido en esa senda por mucho tiempo, eligiendo víctimas que estuvieran de paso por la isla…, solas.

Sin embargo, eligió secuestrar y matar a Eleanor Vance, una muchacha a la que casi todo el mundo en la isla conocía y quería. Y no sólo eso, sino que también había enviado fotografías a la familia Vance para dejar constancia de sus actos.

Este cambio de actitud debía de tener una razón profunda, y el romance de Peyton con Mindy Coleman parecía ser esa razón.

Peyton había querido hacerle daño a Mindy, secuestrando y asesinando a su amiga, y este comportamiento sí que era propio de Peyton. Luca no se olvidaba de que estaba analizando a alguien que había sido capaz de asesinar a una niña para causarle un dolor inimaginable a George, su propio padre.

Posiblemente, Peyton supo que sus días en la isla estarían contados desde que tomó esa decisión. El vínculo entre ella y Eleanor Vance tenía apenas un grado de separación. En cuanto su relación con Mindy Coleman saliera a la luz, alguien haría la conexión. Mindy Coleman podía ser lo suficientemente ingenua —o estar lo suficientemente enamorada— como para no verlo, pero alguien más lo haría.

Luca creía estar haciendo las conjeturas correctas. Incluso la huida final de Peyton había sido fiel a su estilo. Había dejado ADN por todas partes, un mensaje para Luca y hasta una broma con una escena de Jack Nicholson.

Peyton había coreografiado su huida estando en control total de la situación.

Hasta había conseguido que Max Tillman le diera el dinero, torturándolo en el sótano hasta que finalmente cedió la información.

Quizás lo único que no salió de acuerdo a su plan fue convencer a Mindy de que se fuera con ella. Quizás su intención no era que ella la acompañara, pero era algo que posiblemente nunca sabrían con certeza.

Ahora todos pensaban que ella no había sobrevivido.

Y eso les haría bajar la guardia.

Y Peyton Allen volvería a matar, porque estaba en su naturaleza y porque se creía demasiado astuta para todos.

El restaurante estaba a tope. Con casi todas las mesas ocupadas, el bullicio de las conversaciones se había multiplicado.

La camarera llegó a la mesa unos veinte minutos después de haber tomado la orden, miró en todas direcciones, sosteniendo con una mano la bandeja en la que tenía la hamburguesa y la Coca-Cola, pero no había rastros de Luca por ninguna parte.

Se disponía a dejar la comida sobre la mesa cuando vio los dos billetes de veinte. Se los metió en el bolsillo y se retiró con la

bandeja intacta. No iba a ser la primera vez ni la última que un cliente tenía que irse por una emergencia.

61

El pequeño cementerio estaba en el corazón del bosque de secuoyas de Falcon Island. A diferencia de lo que cabría esperar, allí no había lápidas de mármol ni opulentos mausoleos, sino una alineación de tumbas austeras, marcadas por sencillas cruces de madera o losas de piedra. Los cuerpos que descansaban allí eran de residentes de la isla y no de los millonarios que venían de otras partes y estaban de paso.

La despedida de los restos de Eleanor Vance se llevó adelante una mañana nublada de junio, al día siguiente de una fuerte tormenta que azotó a la isla. El aire era fresco, con el aroma a pino y a tierra mojada.

La ceremonia no había sido abierta a todos los habitantes de la isla. Desde la noticia de las trágicas circunstancias de su muerte, las muestras de afecto habían sido constantes y sentidas; los amigos de Eleanor montaron un altar improvisado en la puerta de su casa y muchísima gente había dejado allí cartas o flores para recordarla. Para la ceremonia la familia había pedido que los asistentes se limitaran a su círculo más cercano, buscando un momento de intimidad en medio del dolor público. Aun así, la concurrencia era bastante alta, una clara muestra del impacto que Eleanor había tenido en la comunidad.

Los presentes estaban dispuestos en dos grupos. Un primer anillo, más apretado, que rodeaba el ataúd de madera oscura, donde estaban Richard y Juliette Vance y otras cinco personas más. El resto, formando un segundo anillo más alejado, observaba con respeto.

En el segundo anillo estaba Luca, con un traje negro y gafas oscuras. Justo del otro lado, casi como un espejo de sí mismo,

estaba Hoyle, también de traje, su postura rígida y la mirada puesta en el grupo congregado en torno al ataúd. Ambos intercambiaron leves inclinaciones de cabeza en varios momentos de la ceremonia.

El ministro local, un hombre joven de voz grave, inició la ceremonia con una breve lectura de las escrituras. Sus palabras, elegidas para ofrecer esperanza y consuelo, hablaban de la paz eterna y del reencuentro en un lugar mejor, subrayadas por el viento y el canto de algunos pájaros.

Juliette Vance fue la siguiente en hablar. Llevaba un vestido negro sencillo; su rostro, sin maquillaje, transmitía el sufrimiento que durante meses había estado parcialmente contenido. Sus ojos enrojecidos casi no se habían apartado del pozo que serviría de hogar para su hija a partir de ese momento. Tomó una respiración profunda antes de empezar:

—Eleanor fue una hija maravillosa, una amiga leal, contagiaba alegría a todos los que la conocían. Hace algunos meses, cuando Eleanor desapareció, vino a verme su maestra de literatura del instituto, la señora Reese. Me preguntó si ella había seguido escribiendo, a lo que respondí que no. A Eleanor le gustaba mucho la lectura, pero jamás llegó a decirme que quisiera crear sus propios escritos. La señora Reese me dijo que siempre había demostrado interés y me trajo algunos poemas escritos por ella. Por supuesto, para mí han sido como tesoros y hoy quiero compartirlos con vosotros, porque hacerlo es recuperar algo de nuestra amada Eleanor:

Juliette desdobló un papel y leyó:

En las olas que rompen, mi verdad se esconde,
¿quién mira?
El viento me habla de un puente,
entre lo que muestro y lo que siento.
¿quién calla?
Un nombre en la brisa, que nadie ha de oír,
un pacto de luna que no ha de morir.

A Juliette se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Mi hija se fue demasiado pronto. Tantas cosas por descubrir, pero también muchas cosas para recordarla y seguir descubriéndola todos los días.

Después de un momento de silencio, Richard Vance se acercó. Abrazó a Juliette hasta que ella consiguió recuperar el control.

—Es difícil encontrar las palabras —dijo Richard—. Nuestros corazones están rotos y nunca volverán a ser los mismos. Pero no quiero que este día sea sólo de tristeza, porque si hay algo que caracterizaba a Eleanor era la alegría, y hoy quiero que un poco de esa magia nos de esperanza y fuerza para seguir. Es el deber de todos los que la conocimos que ella siga viva en nuestros recuerdos. Es mi deseo que mientras cada uno de nosotros esté en este mundo, Eleanor también esté.

A continuación Richard contó una emotiva anécdota de Eleanor en la que había ayudado a una chica de la escuela a la que prácticamente no conocía y que estaba siendo víctima de maltrato por parte de sus compañeros. Eleanor era una idealista, pero por sobre todas las cosas era una buena persona siempre dispuesta a ayudar y a ponerse del lado del indefenso.

Tras unos respetuosos minutos de silencio, uno de los empleados del cementerio se acercó y activó el sistema de poleas que inició el lento descenso del ataúd. Uno a uno, los miembros del círculo más íntimo se acercaron para dejar caer una rosa roja.

A continuación, Richard acompañó a Juliette hasta el camino de salida. El resto los siguió, pero a una distancia prudente. Ahora sí, Eleanor descansaba en paz.

Algunos de los allegados que habían estado más alejados empezaron a acercarse a la fosa para despedirse.

Luca, que se había desplazado lentamente a medida que los Vance pronunciaban sus discursos, ahora estaba junto a Mindy Coleman. La mujer se volvió. Llevaba puestos un vestido negro y unas gafas de sol.

—Hola, Peyton —dijo Luca.

62

La mujer a la que todos en Falcon Island conocían como Mindy Coleman, amiga de Eleanor y apadrinada por la familia Vance, se quitó las gafas de sol y observó a Luca con frialdad analítica.

—Detective Bruzzo —dijo en tono casual—. No sabía que vendría.

Luca observó su rostro. Era la segunda vez que lo hacía —la primera había sido cuando entró por primera vez a la Posada del Halcón— y otra vez lo asaltó la misma sensación, sólo que ahora venía acompañada de certezas.

Al advertir que Luca no decía nada, ella empezó a moverse.

—Te quedas donde estás —dijo Luca con voz firme—. Allí está el agente Hoyle, al que ya conoces. Aquellos hombres de allí no son deudos, sino agentes encubiertos del FBI, al igual que los que están aquí detrás…, y también esos de allí.

Un minuto de vacilación y duda. Miradas sutiles en todas direcciones.

—Como ves —dijo Luca—. Lo mejor es que te quedes aquí, conversando conmigo, mientras el resto de los asistentes se marchan en paz, especialmente Richard y Juliette.

Ella no respondió.

—Al menos le debes eso, ¿no crees? Te brindaron su hospitalidad y su confianza, y les pagaste de la peor forma, causando este dolor.

—No sé de qué habla, detective.

—Jugaremos como tú quieras, Peyton. Lo primero que debes saber es que no me he acercado a ti para confirmar nada. Ya sabemos que eres tú. La única razón por la que no estás en este

instante esposada y camino a la comisaría es porque queremos que esta gente pueda tener su ceremonia en paz.

—Sea lo que sea que piense, detective Bruzzo, se equivoca.

Luca sopesó la situación. Los asistentes seguían acercándose a la fosa abierta. La mayoría dejaba caer una flor, decía algunas palabras silenciosas o se quedaba allí un momento.

—Tu plan fue muy bueno, Peyton. No es que alguna vez haya subestimado tu inteligencia, pero esta vez casi te sales con la tuya. Nos hiciste creer que eras Sharon Tillman, y ahora todo el mundo cree que ella ha muerto en el océano. Los buzos han encontrado el bolso con el dinero enredado en uno de los pilares del muelle. Supongo que esa fue la cereza del postre para convencernos de tu muerte.

—Ya le dije al agente Hoyle que Sharon quería que huyéramos con ese dinero.

—Y probablemente eso haya sido cierto. Sospecho que Sharon Tillman realmente estaba enamorada de ti. De lo que no creo que haya sido capaz es de torturar a su marido para que le entregue el dinero. Mi intuición me dice que intentó disuadirlo, pero que no funcionó. Pero claro, tú tenías otros métodos mucho más eficaces.

Una pareja pasó cerca de ellos. La mujer saludó a Peyton con una inclinación de cabeza, que ella retribuyó. Luca aprovechó para intercambiar miradas con Hoyle y comunicarle que todo estaba bien. Hoyle había sido de la idea de esperar después del funeral para detener a Peyton, pero Luca había insistido en hacerlo cuanto antes. Dada la circunstancia de que había sido Luca el que había hecho la conexión, el FBI le había dado la derecha. Ahora estaban confiando en su criterio. Si algo estaba claro era que Peyton no podría escaparse de ninguna forma. No sólo estaba rodeada de agentes armados, un francotirador estaba apostado en el bosque y dispararía contra Peyton si las cosas se salían de control.

Luca no quería que nada de esto sucediera. Quería a Peyton viva.

—Cuando me fui de la isla —dijo Luca—, no pude dejar de pensar en ti, especialmente en algo que me dijo George, tu padre.

La mandíbula de Peyton se movió ligeramente. Fue un gesto casi imperceptible, pero Luca lo advirtió.

—Vive solo en una cabaña —dijo Luca—. Ha montado una carpintería.

Luca necesitaba ganar tiempo mientras los asistentes se despedían de Eleanor, pero también había una razón egoísta para decirle a Peyton todo aquello. Podría haberle pedido simplemente que se quedara en silencio, pero Luca quería ver la cara de ella cuando tuviera que admitir su fracaso.

—Visité a George antes de venir aquí y me dijo algo en lo que casi no había pensado hasta que me fui de la isla. Me dijo que a ti nunca te han importado las víctimas, ni su sufrimiento ni prácticamente nada de ellas. Para ti las personas que has asesinado han sido un medio para llegar a tus verdaderas víctimas: los vivos. Los que todavía pueden sentir.

Peyton se mantenía en silencio, sin mover un solo músculo. Luca se había acercado y observaba en la misma dirección que ella.

—Lo que hiciste en Los Ángeles, incluido el asesinato de Mariann, fue una forma de golpear a George, y vaya si lo conseguiste. Sólo de esa forma consigues completar el círculo y calmar esa compulsión que no puedes dejar. Tan fuerte fue la necesidad de ver el sufrimiento de George que tuviste que quedarte allí cuando descubrió el cuerpo sin vida de su hija. Te alimentas del sufrimiento de los vivos, Peyton Allen. Y entonces empecé a preguntarme… ¿Cómo haría Sharon Tillman para alimentarse de ese dolor si no conocía a los Vance?

Peyton giró la cabeza. A estas alturas debió de llegar a la conclusión de que si Luca estaba allí diciéndole todo eso no era porque quisiera arrancarle una confesión.

—Va a conseguir que me asuste, detective —dijo Peyton—. Podría cometer una locura.

—Lo máximo que recibirás será una bala en la pierna —dijo Luca—. De una manera o de otra, te irás con nosotros viva. La muerte sería un castigo demasiado benigno para ti.

Ella lo estudió. No dijo nada.

—Empecé a preguntarme cómo Sharon Tillman había conseguido alimentarse de ese sufrimiento. Y entonces empecé a pensar en su novia secreta, la inocente Mindy Coleman. ¿Le pediría a ella que le hablara de cómo los Vance sobrellevaban el secuestro de su hija? Porque era ella la que estuvo cerca de los Vance en todo momento, la que conocía de primera mano la devoción que ellos sentían por su única hija. ¿Te suena de algo? Porque a mí sí… El amor incondicional por una hija. El mismo amor incondicional que George sentía por Mariann. No pudiste resistirlo, Peyton. Era tu oportunidad de repetir tu verdadera fantasía, tu única fuente de sadismo: volver a causar ese daño irreparable y terrible a un padre y a una madre.

Algo en la mirada de Peyton cambió.

—¿Cómo está Lily, detective Bruzzo?

Luca se había preparado para lo que Peyton pudiera decirle. La mención de su hija en labios de esa asesina no era algo que no hubiera contemplado. La verdadera revelación era que Peyton finalmente admitía su identidad.

Luca no iba a entrar en su juego.

—El FBI nunca tuvo claro cómo Sharon Tillman tuvo acceso al sótano del faro. Asumió que, otra vez, se habría aprovechado de la pobre Mindy. Pero ahí estaba tu nombre otra vez. Para mí fue como uno de esos trucos visuales, que una vez que conoces la solución no puedes dejar de verla. Tú estabas cerca de los Vance, y tú tenías acceso al faro por tu trabajo en el restaurante. Y entonces se me ocurrió hablar con Richard y preguntarle por la misteriosa Mindy Coleman y la relación que los unía. Me dijo lo que ya sabía, que te querían muchísimo, que Eleanor te conocía del instituto y que habían reconectado hacía poco tiempo. También que ella fue la que intercedió para que te dieran el primer empleo en La posada del halcón.

—En esta isla la falsedad es moneda corriente. Si no eres uno de ellos, no existes.

—Mi teoría es que le pediste a Eleanor que mintiera para que tus padres te dieran el empleo. No sé cómo la convenciste, pero conociéndote no me sorprende. Con el tiempo, varias personas del

entorno de Eleanor creyeron que tú y ella habías ido a la misma escuela.

Varios de los asistentes ya se habían marchado. Hoyle era el único que los observaba sin disimular, pendiente de cualquier situación que pudiera producirse.

—Durante los primeros años en la isla quizás te convenciste de que no volvería a suceder —dijo Luca—. Como un adicto que lleva un tiempo limpio, creíste que sería así para siempre, que podrías controlarlo. Pero entonces la necesidad de matar apareció y pensaste que eligiendo a alguien al azar conseguirías aplacar el deseo…, pero eso no sucedió. ¿Me equivoco?

—¿Ha matado a alguien, detective? Parece que sabe de lo que habla.

—En algún momento supiste que tendrías que volver a hacerlo. Y los Vance eran el blanco perfecto. Debes de haber fantaseado con verlos sufrir, día tras día, mientras buscaban a su hija, y más tarde cuando descubrieran que estaba muerta. Pero, ¿sabes qué? Lo que más me sorprende de ti no es esa maldad que anida en tu interior; una parte de mí hasta puede entender que no puedes controlarlo. Lo que más me sorprende es el ego de creer que podrías salirte con la tuya con algo tan grande.

—Casi lo consigo —dijo ella con una sonrisa.

—Casi.

Ella no dejó de sonreír.

—No subestime al mal, detective.

—Oh, no lo hago…, por supuesto que no. Pero la idea de cargarle las muertes a Sharon Tillman y fingir su huida es, cuanto menos, pretencioso. ¿Sabes qué otra cosa me guió a ti? El ADN en casa de los Tillman. Lo dejaste demasiado evidente, una botella a medio beber con los labios marcados, el desagüe del baño… viéndolo en retrospectiva deberías haber sido menos obvia. Ya conocemos algunos de tus trucos, Peyton.

La sonrisa en el rostro de Peyton se había borrado. Nada más sencillo y efectivo como golpear el ego de un psicópata.

—Era demasiado tentador, ¿verdad? Hacernos creer que Sharon Tillman era Peyton Allen y que murió en el océano. El detalle

del bolso con el dinero en el muelle fue muy convincente, por cierto.

—Gracias.

—¿Dónde está el cuerpo de Sharon Tillman, Peyton?

Ella lo observó con una sonrisa torcida. Luca no había albergado la más mínima esperanza de que le dijera nada, por supuesto, pero igualmente lo intentó.

Las últimas personas se habían acercado a la fosa. En pocos minutos se marcharían por el camino del cementerio y por fin podrían detener a Peyton. Hoyle se había acercado un poco; el resto de los agentes también habían ajustado sus posiciones.

Peyton no tenía posibilidad de escapar.

—¿Usted cree que esto ha terminado, detective?

—Sí para ti.

—Pues se equivoca. Lo mejor que puede hacer es sacar su arma reglamentaria y dispararme ahora mismo. Si no lo hace, le juro que se arrepentirá.

—¿Sabes? George me dijo algo más cuando lo visité antes de venir a Falcon Island. De hecho, fue lo último que me dijo, antes de irme de su carpintería. Me dijo: si la encuentras no le creas nada de lo que te diga.

Peyton destilaba odio por los ojos.

Las últimas tres personas se alejaban a paso lento por el camino de tierra.

Luca le hizo un gesto a Hoyle.

Los agentes del FBI, ahora con sus armas a la vista, se acercaron formando un círculo alrededor de ellos.

63

Cuando Alyssa entró al hospital con un cuadro de hipertensión arterial inducida por el embarazo, nunca fue del todo consciente de la gravedad de la situación, en parte porque el estado de sedación se lo impidió, y en parte porque la única que supo de primera mano las posibles implicancias fue Joane, su prima, el único miembro de la familia que la acompañó en todo momento.

Además de cortar todo tipo de vínculo con el mundo exterior, Alyssa debió permanecer ingresada en el hospital con monitoreo constante para establecer posibles daños en sus órganos internos y en el niño por nacer. Un parto prematuro era la única solución. Los médicos, por supuesto, querían demorarlo lo máximo posible. Si inducían el parto demasiado pronto el niño tendría muy bajas posibilidades de sobrevivir. Por el contrario, esperar demasiado podía poner en riesgo la vida de la madre.

Fueron casi veinte días de incertidumbre. Veinte días de batallas diarias, marchas y contramarchas. Así fue como Henry Paget consiguió llegar a este mundo treinta y dos semanas después de su gestación. Fue trasladado a la unidad de cuidados intensivos neonatales, donde recibió oxígeno suplementario y monitoreo constante. El pronóstico era alentador.

Luca golpeó con suavidad la puerta de la habitación 303.

Nadie respondió. Iba a insistir, cuando la puerta se abrió y una mujer se asomó y salió al pasillo. Luca alcanzó a ver que la habitación estaba en penumbras.

—Buenos días, detective Bruzzo.

Con Joane había hablado por teléfono el día anterior. Era una mujer bastante mayor que Alyssa, de unos sesenta años o quizás

más. Llevaba el cabello corto y completamente cano. Sonrió con amabilidad.

—Aly está descansando un momento.

—Puedo volver más tarde.

—No, claro que no. Aly lo está esperando, sólo que duerme de manera intermitente.

—¿Jo?

La voz de Alyssa les llegó desde la habitación.

—Se lo dije, detective. Yo aprovecharé para ir a comer algo.

Luca le agradeció y entró a la habitación. El respaldo de la cama se erguía en ese momento de manera automática. Alyssa sonreía.

—Buenos días. Abre las cortinas, por favor. Jo piensa que necesito oscuridad absoluta para dormir unos minutos.

Luca traía un ramo de flores. Lo dejó en la mesilla y procedió a correr las cortinas. La luz matutina entró como un torrente.

—Mucho mejor —dijo Alyssa—. Déjame ver esas flores por favor.

Luca se acercó con ellas.

—Son preciosas. Muchas gracias. Déjalas allí; Jo se encargará cuando regrese.

—¿Segura?

—Sí, la pobre se está ganando el cielo con todo lo que me ha ayudado. Nos tenemos la una a la otra, así que en algún momento me tocará a mí.

—Es bastante más grande que tú.

Luca se sentó en la silla que estaba junto a la cama.

—Es que en realidad es prima de mi madre. Para mí siempre fue la prima Jo.

—¿Cómo está Henry?

El rostro de Alyssa se transformó.

—Más fuerte cada día. Por las tardes me permiten ir y tenerlo en brazos; supuestamente le ayuda mucho el contacto conmigo. Tenías razón…

—¿Respecto a qué?

—A que no se parece a nada. Una cree que es un vínculo que conoce; a fin de cuentas, todos somos hijos, nos han hablado de ello, hemos conocido a muchas personas que han pasado por la misma experiencia…, y sin embargo.

—Es imposible de transmitir.

—Mi vínculo con él es de apenas unos minutos por día…, desde hace sólo dos semanas… No digo que lo entienda del todo, pero creo voy camino a ello.

Se quedaron en silencio un momento. Luca no sabía nada del padre de Henry, más allá del hecho de que no había estado presente en ningún momento de la internación. Siendo él mismo alguien que se había criado sin conocer a su padre, no podía menos que empatizar con el recién llegado. Sabía que Alyssa le hablaría de todo ello a su tiempo, cuando estuviera lista.

—¿Cómo fue que te diste cuenta? —dijo Alyssa—. Esa zorra casi nos gana de nuevo.

—¿De verdad quieres que hablemos de ella?

Alyssa sonrió.

—No hay nada que quiera más en el mundo. Si se hubiera escapado…

—Casi lo consigue. Desde que me fui de la isla tenía una sensación extraña; como si todo encajara demasiado bien. Peyton había intentado escapar de noche con un scooter submarino y todos los expertos coincidían en que había sido una pésima idea. Luego encontraron el bolso con el dinero y el consenso de que no había sobrevivido era total.

—Hasta Duncan estaba convencido.

—Sí.

—¿Y Hoyle?

Luca sonrió. Sabía exactamente por qué Alyssa le preguntaba específicamente por Ryan Hoyle.

—Al principio nuestra relación no fue sencilla. Pero supongo que eso ya lo sabes.

Ahora fue el turno de Alyssa de sonreír.

—Sí, pero también sabía que tarde o temprano os llevaríais bien. Tú y él sois demasiado parecidos.

—Es posible.

—Duncan no ha querido decirme qué ha pasado con Peyton.

—Está presa en Lynwood —explicó Luca—, y seguirá allí por lo menos durante seis meses hasta que la fiscalía prepare la acusación. Según entiendo, ya tiene abogados, pero todavía no han hablado con ellos. Si me lo preguntas a mí, yo creo que intentará negociar para eludir la pena de muerte.

—Me aterra pensar en lo que podría tener para negociar.

—Por lo pronto no sabemos nada del cuerpo de Sharon Tillman. Pero podría haber más…

Alyssa suspiró y estiró la mano. Luca se acercó y se la cogió.

—Gracias, Luca. Todos estos días no pude dejar de pensar en ella, aunque sabía que mi prioridad estaba aquí.

—Por fin ha terminado.

—Duncan ha hablado con George, pero en cuanto salga de aquí iré a verlo. A él más que a nadie le alegrará saber que este capítulo nefasto se ha cerrado. Nunca volverá a ser el mismo de antes, pero quizás marque el inicio de algo. Para él y también para nosotros.

—Ya lo creo.

—Y una cosa más. No creas que te librarás de mí tan fácilmente.

—¿Otra colaboración con el FBI? Ni lo sueñes…

Luca rio, pero Alyssa se había quedado seria.

—Con respecto a eso sabes que nunca me rendiré. Tú y yo volveremos a trabajar juntos de nuevo. Pero ahora hay otra cosa que quería pedirte.

Al ver la seriedad de Alyssa, Luca se preocupó un poco.

—¿Qué cosa? Lo que necesites, por supuesto.

—Quiero que seas el padrino de Henry.

Luca se quedó sin palabras.

Criado por una madre soltera, sin ningún familiar, para Luca los vínculos familiares eran una rareza. Ser considerado un miembro más de la familia de Sarah era algo que no dejaba de maravillarlo y que agradecía todos los días; también el hecho de haber formado su

propia familia con una hija hermosa. Esto era algo nuevo. Una elección entre muchas posibles.

—¿Qué dices, Luca?

—Por supuesto, Alyssa. Me encantaría.

EPÍLOGO

Seis meses después

¿PUEDES VENIR AHORA MISMO A LA ESCUELA?
HAY UN ASUNTO QUE ME GUSTARÍA HABLAR CONTIGO.

Luca recibió el mensaje de su viejo amigo del instituto Steve Weissman cuando estaba saliendo de la central de policía, a las cinco treinta del veintiuno de diciembre. Steve y él no eran cercanos, pero sí se tenían aprecio y habían ido consolidando la relación a lo largo de los años. De hecho, él era la razón por la que Lily asistía a la escuela de la cual era director desde hacía casi una década.

Luca no pensó que el mensaje pudiera estar relacionado con Lily; las cuestiones de la escuela solían manejarlas por carriles formales y no por mensajes privados. Además, el día anterior había tenido lugar el festival de invierno, y s bien Luca había estado la mayor parte del tiempo con Sarah y otros padres, había tenido oportunidad de conversar brevemente con Steve. Su amigo se había mostrado cordial y despreocupado, y en ningún momento le insinúo que quería hablar con él un tema personal ni nada por el estilo. Ahora que lo pensaba, Luca recordaba que Steve le dijo que podrían reunirse después de las fiestas para ponerse al día. ¿Por necesitaba verlo ahora?

No sería la primera vez ni la última que un amigo quería aprovecharse de su placa. Si era así, Luca sabía que tendrían una conversación incómoda.

Le respondió que estaría en la escuela en unos cuarenta y cinco minutos y no preguntó nada más. No tenía sentido especular. Dudó si llamar a Sarah y decírselo; había una remota posibilidad de

que la situación sí estuviera relacionada con Lily por lo que decidió no inquietarla.

En otro contexto la hubiera llamado sin pensarlo, casi como un acto reflejo. Pero la comunicación con Sarah ya no era como antes; no es que hubiese cambiado dramáticamente, seguían conversando en el jardín por las noches, que era el ritual predilecto de ambos, compartían sus rutinas y mantenían un diálogo fluido.

Pero no como antes.

Había ciertas cosas que a Luca le costaba abordar, en parte porque se sentía incapaz de comprenderlas. La mayoría tenían que ver con la incipiente carrera literaria de Sarah, con sus angustias y sus dudas. Desde el rechazo editorial en Vanguard Sarah había entrado en una espiral de negación y frustración. Dudaba de su capacidad, pero también de la decisión que había tomado al dejar la policía. No porque extrañara el trabajo, sino porque se había convencido de que escribir no le permitiría obtener un ingreso económico sustentable.

Luca había intentado mantener un equilibrio razonable entre el apoyo, la confianza y una cierta objetividad, con resultados cuando menos cuestionables. El literario era un mundo misterioso para él.

Sarah había aceptado un empleo a tiempo parcial con uno de sus cuñados; una tarea administrativa para mantenerse ocupada y poder escribir, y también acumular correos de rechazo para su manuscrito.

Llegó a la escuela cuando ya era de noche.

En la puerta lo recibió uno de los oficiales de policía que regularmente estaba en el campus. Luca no conocía su nombre pero solía saludarlo cada vez que lo veía.

—Detective Bruzzo. El director lo espera en su despacho.

Hasta ese momento Luca siempre había sido un padre más. Ahora de repente era el detective Bruzzo. La señal de alarma volvió a encenderse.

Entró al vestíbulo negando con la cabeza. Desde la captura de Peyton que no había podido quitarse del todo la sensación de que ella podía intentar algo contra él o su familia, incluso desde prisión. Que incluso podría haberlo planificado antes… En fin, tonterías que

demostraban cuán profundo era su temor por la capacidad de daño de Peyton.

La luz artificial, a la que Luca no estaba acostumbrado en aquel ámbito, sumado al silencio más absoluto, acrecentaron su sensación de incomodidad. Este no era el momento de pensar en Peyton. Luca lo había considerado razonable durante las primeras semanas después de su detención, pero habían pasado ya seis meses y sin embargo Peyton seguía metido en su cabeza como un virus.

La puerta del despacho de Steve estaba abierta.

—¡Hola, Luca!

Steve, que era un hombre delgado y seguía teniendo el cabello amarillo como cuando era un niño, se levantó con efusividad y fue a recibirlo.

—Hola, Steve.

Luca intentó sonreír, pero no lo consiguió.

—Siéntate, por favor.

—¿Qué ha pasado?

—Tranquilo, Luca, hablemos —dijo con voz pausada—. Siento haberte llamado así, pero me pareció lo mejor.

Steve Weissman hablaba como vivía, a una velocidad un veinte por ciento más baja que el resto de los mortales. Quizás por eso todavía conservaba su color de cabello original.

—Mejor hablar personalmente —insistió Steve—. ¿No te parece?

Luca se sentó y esperó una eternidad hasta que Steve rodeara el escritorio y ocupara su lugar.

Tomó aire.

Entrelazó los dedos.

En momentos así Luca recordaba por qué nunca había mantenido una amistad estrecha con él durante su juventud.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar Luca.

—Ha estado muy bonito el festival ayer, ¿verdad?

La realidad era que sí. Pero Luca no iba a discutir las repercusiones familiares del festival, por lo menos no en ese momento.

—Ha estado muy bien.

Steve asintió. En el escritorio había una carpeta delgada. La abrió apenas, como si fuera necesario revisar el contenido, y a continuación extrajo una fotografía impresa. La colocó delante de Luca.

En la fotografía había un hombre caminando por el aparcamiento en el que él mismo acababa de dejar el coche. El ángulo permitía ver su rostro, pero llevaba puesta una bufanda, una boina y unas gafas. Parecía tener unos sesenta años, quizás más.

—¿Lo conoces?

—La fotografía no es muy buena. Diría que no lo conozco. ¿Quién es?

Steve hizo una mueca.

—Está bien Steve. Ve al grano por favor.

—Sí, claro. Pensé que a lo mejor era un familiar.

—No es ningún familiar ni nadie que conozca. ¿Por qué me muestras esa fotografía?

—Ayer, después del festival, Larry vio a ese hombre en el aparcamiento.

—¿Quién rayos es Larry?

—El oficial Newington —dijo Steve señalando en dirección a la salida—. Pensé que lo conocías.

—Sólo de verlo aquí.

—Bueno, Larry vio a ese hombre en el aparcamiento. Estaba solo, lo cual le llamó la atención. Ya ves que la mayoría de las familias se retira en grupo.

Luca volvió a mirar la fotografía. La boina, la bufanda, los anteojos…, debajo de ese disfraz podría haber un hombre más joven de lo que él pensaba.

—¿Por qué piensas que ese hombre podría ser un familiar nuestro?

—Por eso te he llamado. Larry me presentó hoy un reporte en el que mencionaba la presencia de ese hombre al que nunca había visto antes. No había nada grave pero decidimos averiguar un poco más. Lo primero que hice fue revisar las cámaras de seguridad de la

escuela. El tipo llegó solo y estuvo en todo momento en la parte de atrás del salón de actos. No habló con nadie hasta que se fue.

Steve sacó otra fotografía de la carpeta y la colocó delante de él.

A Luca se le heló la sangre.

La calidad dejaba mucho que desear porque había sido ampliada bastante.

La fotografía mostraba al hombre de espaldas, sosteniendo una cámara digital.

En la pantalla estaba el rostro inconfundible de Lily.

Steve empezó a sacar otras fotografías. Cada una parecía a simple vista idéntica a la anterior, pero al observar con detenimiento se advertían los matices.

—Son capturas de momentos diferentes —dijo Steve—. Ese hombre estuvo grabando específicamente a tu hija, Luca. Lo hizo durante todo el festival.

El cerebro de Luca recorrió diez avenidas al mismo tiempo.

—En circunstancias normales —añadió Steve—, daría aviso a la policía. Pero dada nuestra relación preferí hablar contigo primero. Espero que lo entiendas.

—Por supuesto.

—Di por hecho que lo conocías. Ahora que veo que no es así entiendo la gravedad del asunto.

Luca se levantó de repente.

—Has hecho lo correcto. Gracias.

Lo único que quería Luca en ese momento era hablar con Sarah y asegurarse de que Lily estuviera con ella y bien. Mientras esperaba que respondiera, no podía dejar de observar las fotografías sobre el escritorio.

¿Quién era ese hombre?

Siguiente libro de la serie



Máscara de cordura

